

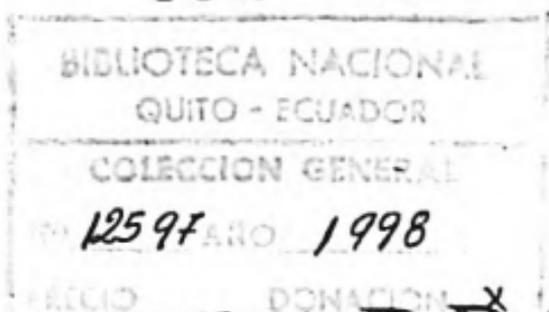
Obsequio del autor

Obra empastada en la
encuadernación saksiana

860-31(866) Alvarez
A 470

EUDOFILO ALVAREZ

5690 - J.



ABELARDO

Montalvo



Imprenta Nacional

1905

FER 12000708
E 0040708
T. 1607

Sin "Abelardo," no hubiera habido "Ocho cartas halladas." Abelardo que, respecto de Alfredo, es muy mayor en edad, es su verdadero progenitor. El cómo de este misterio no lo digo, porque no le interesa al público saber.

Puedo decir pues que "Abelardo" es el primer ensayo de mi pluma, y la presento á mis lectores, dado que los tenga, sin la pretensión de creer que sea una obra de arte, aunque el amor al arte fué mi único móvil al escribirla.

Imposible para uno como yo, que está dando los primeros pasos en el campo de las letras, dar á la publicidad una obra, no diré perfecta, pero sin muchos y acaso capitales defectos, y sin sentir al mismo tiempo, ese religioso temor que experimenta el reo al presentarse delante de un tribunal augusto y numeroso que le aguarda inexorable, en que cien ojos de jueces le miran, y el pensamiento de todos es libre, y van á juzgarle, y pueden abrumarle. . . Yo no temo la crítica de la maledicencia y la ignorancia, pero sí la bien intencionada y sabia, porque ésta es la que da el fallo como juez competente, y este fallo es inapelable.

Un día en París cayó en mis manos el Werther de Gœthe: lo leí, lo devoré, me estremecí, lloré . . . ¡Es que yo amaba entonces con el frenesí de Werther! y aun vibro todo yo á este solo recuerdo! Entonces fué cuando concebí la idea de mi "Abelardo" como un desahogo necesario de mi pecho: Abelardo no es una novela, es una historia, y cuánto dice en sus cartas que siente, sintió en realidad.

Como la desconfianza del mérito intrínseco de mi obra me ha perseguido siempre, la he mostrado en vía de consulta á algunos amigos de reconocida competencia literaria. De manos del Doctor D. Juan Benigno Vela pasó á las del autor del drama "El Diez de Agosto" D. Abelardo Moncayo, quien se dignó darme una crítica por escrito, que conservo como un tesoro. Esa crítica no es del todo lisonjera para mí, pero la sinceridad que toda ella respira, me ha hecho mucho bien, puesto que me ha mostrado algunos escollos que he procurado evitar.

"Y entrando en materia,—dice en una parte de su crítica—cuántas preciosidades en su librito; ó mejor dicho, cuántos materiales preciosos para su libro. Porque, valga la verdad, otra vez tiene Dn. Eudófilo que poner la mano en su obrita, para quitar bastante, condensar lo demás y afiligranar, si me acepta la palabra, cada una de las partes de la novela." Estos consejos me han servido de mucho. Pero ¿para qué? No por cierto para el fondo de la

obra en orden al sentimiento; porque esos "materiales preciosos" de que me habla D. Abelardo, constituyen toda la verdad de la historia. El precepto de ciertos humanistas, de conservar el autor largos años sus manuscritos antes de publicarlos, será bueno en un sentido pero no en otro: será bueno para bruñirlos y redondearlos: mas, de qué sirve este precepto al fondo del asunto en una obra de pura imaginación, y más si esta obra de imaginación está empapada en las emociones presentes del autor? El corazón humano es mudable de naturaleza, y lo que expresó una vez al fuego de la pasión ¿podrá expresarlo más tarde cuando esas emociones han pasado? Si lo puede, será ello un prodigio del entendimiento, mas no del corazón. ¿Podría un viejo crear una obra en que nos hablara de amores locos con igual verdad que un mozo cuya imaginación está exaltada con la fiebre del amor presente?

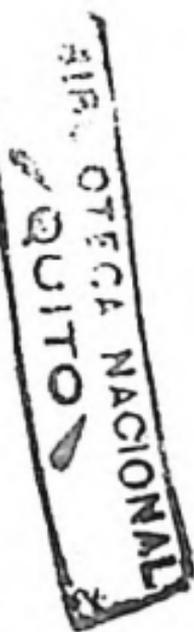
Pues el consejo del señor Moncayo pudo servirme y me sirvió en gran manera para limar mis

cartas, pero el fondo de ellas en lo tocante al sentimiento, ahí se ha quedado.

¡Aun vibro, vuelvo á decirlo, á esos recuerdos á la vez tan gratos y terribles!

“Y el fondo de mi tocayo?— me dice en otra parte D. Abelardo.—Si puramente creyera de mi deber alabar lo bueno, á más de interminable la tarea, sería en extremo gustosa. No es esto lo que Ud. quiere, verdad? y nada provechoso sacaría de ello además. Resígnese por consiguiente á oír, no á un Zoilo ni un Hermosilla; pero sí á un amigo que, por lo mismo que le estima y apetece su verdadera gloria, le quiere, si no perfecto, exento al menos de faltitas que otros le enrostrarían como enormes pecados y que de todos modos vale más no los tenga.” Después de lo cual me habla de los que él considera vicios de la obrita, de algunos de los cuales saben los cielos si me habré corregido, al menos en cuanto ha sido posible el corregirme.

Estas palabras sinceras de mi respetado amigo, me alentaron



sobremanera. Él sabía que yo necesitaba una crítica y nó un elogio ciego, y él me la dió, y se la agradezco en el alma. ¿Qué hermosa es la buena fe! Señalar los defectos en que ha incurrido un autor, y esto con el sólo móvil de corregir, es digno de las más nobles inteligencias. Pero hablar mal de una obra nó con espíritu de verdad y justicia, sino á impulsó de móviles perversos, es propio de plumas venales y arrastradas: yo las desprecio.

La misma obrita, sin las modificaciones todavía, pasó inmediatamente por una feliz ventura, de manos del señor Moncayo á las del Doctor D. Luis Felipe Borja. El Doctor Borja, autor de los ya famosos Comentarios al Código Civil chileno, que ha comenzado á publicar, no solamente es grande publicista, sino también muy versado en letras humanas; pues actualmente, los ratos que le permiten sus múltiples ocupaciones, trabaja en la versión del Prometeo de Esquilo directamente del griego. Pues también el Doctor Borja se ha portado harto benévolo conmigo,

con hacer un juicio crítico, que no he visto aún, pero que por carta de 30 de Marzo del año pasado, me ha ofrecido publicarlo cuando haya salido á luz mi obrita. "Limítome ahora á indicarle que antes de publicarlos (mis manuscritos) los lime esmeradamente; y cuando los dé á la estampa, imprimiré por mi cuenta un juicio crítico; el cual le será á Ud. muy favorable. Si hay alguna observación que le desagrada, espero que no me pase lo que á Gil Blas con aquel célebre Arzobispo."

Sea esta la ocasión de manifestar al Doctor Borja mi más profundo reconocimiento por tan halagadora oferta.

La modificación capital que mi obrita ha sufrido es el viaje de Abelardo á Italia. En los primeros manuscritos habla Abelardo del deseo ardiente que le animaba de irse á visitar aquella tierra del arte, y cuando estuvo para realizar su deseo le sobrevino un obstáculo insuperable, y hubo de renunciar al tal viaje. Un día el señor Moncayo me dijo en tono de broma, pero con harta serie-

dad en el fondo: "Dele gusto á su Abelardo, llévele á Italia, y así tendrá Ud. ocasión de hablar de esa hermosa tierra que Ud. ha visitado." La idea no era nueva para mí, pero me amedrentaba una tarea tan difícil para pluma como la mía: con todo, las palabras del señor Moncayo me animaron, y aunque con temor, emprendí en lo que no había pensado. Mas ni dicho señor ni el Doctor Borja han visto hasta la hora de hoy el dicho viaje.

A más de los muchos defectos que tiene mi novelita anteriormente publicada, la han tildado de planta *exótica* algunos de mis compatriotas, dado que sus personajes son españoles. Es lástima—dicen, y con razón hasta cierto punto—que vayamos á buscar asuntos de nuestras obras literarias fuera de esta tierra bendita y fecunda que se llama Ecuador, de esta porción de América, quizá la más privilegiada del planeta que habitamos, por su magnificencia, por su fecundidad y su hermosura. ¿Dónde ríos como el Amazonas, ni selvas más ex-

tensas, ni montañas como nuestras cordilleras, ni volcanes más terribles? ¿No está allí la larga dinastía de los Schyris, los belicosos Puruháes, las guerras sangrientas del imperio de Huaina-Cápac? ¿No tenemos historia los ecuatorianos? historia de esclavitud é historia de libertad; tanto los días de la conquista, los tres siglos de nuestro coloniaje, como los días de nuestra Independencia, que figuran entre los más grandiosos de la Epopeya Americana? ¿No es el Ecuador la cuna de la Libertad, no es Quito Luz de América, la ciudad épica que dió el primer grito de la emancipación de cien pueblos oprimidos? Las ciudades, las aldeas, el indio de las altiplanicies, el *montubio*, el negro de la Costa, son minas abundantes, no explotadas todavía, que prestan asunto á la comedia, al drama, á la novela. También el infinito Oriente Ecuatoriano, del Putumayo al Tumbes y la vasta cuenca del Amazonas, donde todo es selvas y ríos y ruiseñores, todo hermosura y misterio, ese maravilloso Edén ha sido más de una vez



teatro de amores locos, de desgracias sin fin, de trágicas escenas: allí hay cien tribus salvajes de origen desconocido, que se dan batalla perpetuamente: allí está el habitante de Canelos y las riberas del Bobonaza; allí los záparos del Curaray y las hordas de los feroces agusiris. ¿Por qué pues cerramos el oído á los gritos apasionados de nuestros habitantes, á la voz elocuente de nuestra naturaleza, al canto de nuestras aves, al lenguaje peculiar de nuestro pueblo? Por qué desdeñamos nuestras costumbres y caracteres y traspasamos las fronteras, en vez de interesar á nuestros lectores compatriotas y al mundo con escenas propias, esencialmente nacionales?

El argumento es abrumador para un ecuatoriano como yo que amo á mi patria. Y francamente que envidio á novelistas como Don Luis Martínez, que han logrado interesarnos con obras en que, al par que la justicia y el odio al crimen y las preocupaciones, campea el patriotismo.

Pero afortunadamente para mí, el Arte no reconoce fronteras,

porque su teatro es el Universo. Las regiones de la patria son limitadas; las del humano espíritu son más dilatadas y profundas que los mares. El Dante, Italia no le basta, la tierra misma no le basta, y se sale de ella y baja á lo profundo y sube á lo más alto. Es porque si bien el Arte no sale de los límites del humano espíritu, la Humanidad está en la tierra y fuera de ella, en el tiempo y en la eternidad. Tan artista es Zola cuando escribe sus novelas tituladas "París," "Lurdes," como cuando escribe aquella otra denominada "Roma." Y tan dentro de los dominios del Arte está un Zola, que como médico del alma descubre las llagas presentes y muestra al paciente la copa de la vida, obrando así como bienhechor del género humano, como sacerdote de la Verdad, la Justicia, la Belleza; tan dentro de los dominios del Arte está un Zola, como un Milton, como un Wagner, en quienes, en los dos últimos, cuánto crean parece ficción, y no lo es... Que no es sino una manera más elevada del pensamien-

to de penetrar el espíritu universal. Un Zola mira á lo más bajo, un Milton á lo más alto en esta inmensa escala de la creación.

Que Milton sea más grande, no importa: ambos son grandes.

El Arte es la interpretación de la naturaleza, la realización de lo bello; y su fin, el descubrirnos la esencia pura y eterna de las cosas, la belleza imperecedera; en una palabra, encaminarnos á lo ideal, á esa estrella luminosa que produce la más pura y noble delectación en nuestro espíritu. Bello es el sentimiento nacional, bello, el sentimiento patriótico, pero no más que una faz de la belleza, que la belleza tiene mil faces.

Shakspeare no pensaba con esa lógica un tanto egoísta de mis compatriotas, cuando salió de su patria y se fué tan lejos en busca de temas para sus dramas: Dinamarca, Italia, Grecia, el Egipto. Ni Racine para su Adrómaca, su Fedra, su Atalía; ni Corneille para su Cid, su Horacio, su Polyeucte se encerraron dentro de los linderos de Francia. Víctor Hugo en España fué á encontrar á su

Hernani, y en España encontró á su Carmen Próspero Merimée. ¿Y en qué parte de Francia nació el Avaro de Molière, su Tartufo, su Misántropo? en qué parte de Francia el Gil Blas de Le Sage? y Chateaubriand, ¿no escribió su ~~Atalia~~ en América, y de Saint-Pierre su Pablo y Virginia lejos, bien lejos de la Francia? ¿Y el Doctor Fausto es acaso un alemán, y el Don Quijote es por ventura un español? Childe-Harold, ese personaje grandioso, taciturno, solitario, que se anda errante por la tierra como por un vasto cementerio, evocando las más ilustres sombras de los que fueron. Ese Childe-Harold, cuando parte de la brumosa Albión á peregrinar por el mundo, una de sus mayores amarguras es no poder dedicar á su patria ni una lágrima de gratitud. Le vuelve las espaldas y no se acuerda más de ella, y se va el peregrino á extrañas tierras, sediento de lo desconocido.

¿Y se ha empobrecido la literatura nacional por esto? ¡ Santos cielos! qué engaño! Cuando los grandes escritores nos hablan

Ma

de la literatura inglesa: "Shakspeare es la mayor gloria de Inglaterra, dicen; todo el pensamiento inglés está condensado en Shakspeare." Y otros hay que no saben por cuál de los dos debe de estar más orgullosa Inglaterra, si por Byron, si por Shakspeare. Los humanistas de todas las escuelas, cuando aconsejan á sus discípulos estudiar la literatura inglesa como una de las más hermosas de cuantas se conocen, citan en primer término á esos dos sublimes pensadores.

Pueblos que dan de sí hombres tan grandes, son grandes pueblos, pueblos vigorosos. Porque aunque el genio lleve su inspirado pensamiento á extrañas regiones, ese pensamiento no es más que el brote espontáneo del genio, así como éste no es á su vez más que el brote espontáneo del suelo que le vió nacer, la substancia misma del alma nacional.

El arte más encumbrado no es francés, ni es alemán, ni chileno, ni argentino: es humano. Una obra de arte será tanto más perfecta cuanto más represente á la naturaleza, al espíritu universal

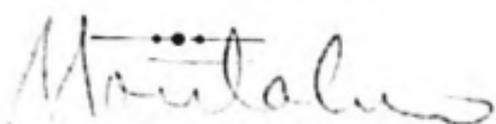
chispa de Dios, en el cual están condensadas las más grandes verdades, y esto, sea que el pensamiento del artista no haya traspasado los términos de su patria, sea que nos lleve á otros tiempos ó á remotas tierras. “Lo bello no es otra cosa que la cima de lo verdadero”: Lo cual nada tiene que ver con las fronteras de la patria. Ese sentimiento del eterno misterio, es el fondo nó de un pueblo solamente, sino de la humanidad entera. El dolor es un patrimonio del género humano, y nó de tal individuo ni tal nación. Lo incognoscible, esa noche tenebrosa, que es el fondo de todas las cosas, ha de ser el punto adonde el arte de alto coturno dirija sus miradas y en cuyo torno gire. Porque la misión del arte, apoyado en la ciencia, es descubrir todos los arcanos, correr el velo que cubre todas las cosas, y penetrar lo insondable.

Como se ve, una obra de arte puede ser buena, cualquiera que sea el asunto; nacional ó extraño. Así pues, no temo tanto que se me tilde de haber traído al Ecuador una planta *exótica*. Lo

que dudo, lo que temo, lo que me hace temblar es no haber escrito una obra de arte, y que la realidad haya burlado mis más halagadoras esperanzas.



ABELARDO



PRIMERA PARTE

MEUDÓN.—*Mayo...*

En el tiempo que estoy en París ni una carta he podido escribirte, como si me hubiera olvidado de ti, Néstor querido. Apenas entra uno en este mar en borrasca, comienza á luchar con las olas, y aturdido parece que oyera por todas partes el sálvese quien pueda: puesto que estés en tu aposento, no cesa de herir tus oídos el ruido de la ciudad, que semeja al lejano estruendo de un terremoto. ¡Imagínate un semibárbaro de los Andes desiertos en París! Por donde vas en estas calles las muchedumbres te envuelven y sofocan, la bulla te asorda y

entorpece, el movimiento te ofusca la vista; y no puedes andar sin recibir pisotones y codazos, teniendo tú que pagar en la misma moneda mal que te pese. En fin, esta infinita variedad de objetos repetida sin cesar todos los días, viene á convertirse en fea monotonía. Huyo de los poblados, porque me figuro que el sentimiento se me embota al verme arrebatado por tanta oleada de gente y carruajes.

Mis horas más gratas son aquellas que paso donde la naturaleza reina sin contrarresto, allí donde no ha llegado aún la tiranía del hombre. Ahora mismo estoy en el campo y alegre como nunca; alegre, Néstor! Tenemos una primavera que es un paraíso: los prados, los arroyos, todo está alegre. Por dondequiera la naturaleza ostenta su obra maestra, y de dondequiera salen himnos de alabanza que se elevan hasta el trono del Señor. ¡Cómo se ve que todo es vida, que nada hay inanimado ni nada está en reposo! hasta el viejo y turbio Sena parece que se ha rejuvenecido y vuelto á los días de sus amores: estas olorosas lilas, estos bosques de floridos castaños me deleitan. Un placer celestial experimento al revolotear y perderme por estos campos sombríos. Subir á las colinas, bajar á los valles, discurrir por lo más espeso de las selvas, arrastrado por ese no sé qué misterioso que me atrae... Hallarme alegre! ¿qué te parece? no acierto á comprender: alegre yo que he padecido tanto, que he llorado tanto; alegre, y lejos de mi patria; alegre, y lejos de ti! ¿de qué materia será hecho el hombre?, qué será esto que llamamos corazón humano? Horas hay supremas en que uno cree que felicidad y alegría

huyeron de su pecho para siempre, que no le queda en la vida sino dolor y llanto, y cuando menos piensa ya es presa del placer. Cuando veo que todo pasa, me admiro que tan dispuesto esté el mortal á la alegría: me figuro ver en el género humano ese espectáculo horrendo que nos ofrecen las suliotas en las alturas de Zalongos; figúrome que el género humano es una inmensa rueda fúnebre que á la continua gira en torno del vacío, y que á cada vuelta que da se hunde uno en el abismo... Reanúdase la cadena y sigue la danza, ¡y con qué arrebató y alegría! ¿qué locura frenética es aquella? y no hay uno que se acuerde que tiene á sus pies la nada! Cuando veo que todo pasa, amigo Néstor, y que por intensos que sean los recuerdos tienen sus horas de crepúsculo... que á cada día que pasa más se alejan, hasta que empiezan á desaparecer por sus contornos y á flotar entre la nada y la existencia: más allá... cuerpos indecisos, sombras vagas, puntos negros apenas perceptibles, hasta que se pierden en la noche del olvido... No sé por qué se estremece mi espíritu en este rato. Dios sabe por qué hizo tan corta la vida del hombre. Nuestra despedida fué fría ¿verdad, Néstor? fría en la apariencia: tú parecías distraído y yo también: yo creo que si nos hubiéramos querido menos, nos habríamos abrazado estrechamente. Oh Néstor, no hay dicha comparable á la de tener por amigo un corazón como el tuyo. Mi madre ¡mi pobre madre! cuánto lloró el día de mi partida. Dile que los negocios marchan á pedir de boca y que bien pronto me tendrá á su lado.

Adiós.

¿Y tú piensas siempre en realizar tu proyecto de viaje á la provincia del Oriente, al país de la vainilla, al país de la canela? ; No quisiera más dicha que hallarme allá para irnos los dos! Siempre me han atraído irresistiblemente esas vírgenes selvas embalsamadas de mil aromas, esos ríos y lagos. ¿ Por qué piensas que he simpatizado con estos bosques sombríos, sino porque me recuerdan las selváticas regiones de mi tierra? Cuando oigo hablar del impetuoso Pastaza, de la destreza inaudita del indio en el manejar la rápida piragua en torrentosos ríos como el alto Napo; cuando oigo hablar de esas tempestades furibundas que estremecen la tierra en medio de la noche, y de las inundaciones y los huracanes y las centellas y los truenos que acrecientan el horror de esas montañas y esos valles profundos... ¿ Qué espectáculo hay en la tierra como el sublime Sangay de sempiternas nieves, plantado á las puertas del Oriente, cuando por la noche se enciende todo él y lanza llamas al cielo, tornándose en montaña de fuego, y al modo de boreal aurora, aclara las selvas y las tenebrosas cuencas de los ríos? Cuántas veces me han venido deseos de pertenecer á esa esbelta raza de los Jívaros, para vivir en familia con las fieras. Ya me imagino verme pintado de vivas y fantásticas figuras, pendientes de mi desnudo cuerpo sartas de sonoras conchas y cascabeles, ceñida la frente de diadema de mimbres y de plumas; ya me figuro yo correr á la voz guerrera del *tundui*, flotante la cabellera, empuñado de mi lanza de negra chonta, volar á

la guerra á traer cabezas enemigas en trofeos. Por lo mismo que tan remotos están de nosotros estos placeres salvajes, más nos seducen. ¡Cuántas veces he deseado formar parte de esas horrendas fiestas de las *shanzhas*! Cuántas veces me han venido ganas de subir allá á la *Colina Santa* de los salvajes! Y entre febriles danzas, al són de tamboriles, de pífanos y flautas, allí en la Colina Santa regada de flores, agotar el *natema*, licor divino, y entre horrendas convulsiones comunicarme con el negro genio de las selvas, para leer iluminado en el seno del porvenir el destino de los mortales! Oh, amigo, cuánto diera por estar allá: si presto pudiera yo tornar á mi tierra, qué de cosas no haríamos los dos. Plegue al Cielo no tenernos separados largo tiempo. Dile á tu hermana que por este correo le envío lo que le ofrecí, á condición que deje de ser tan mala. Muy mala es ella, mal que te pese, y muy fea. . . Mi compatriota D. me entregó tu carta. Sigue escribiéndome con la misma dirección que te tengo dada. Mucho te agradezco lo que has hecho por mí. Cuanto á lo demás, confío en que todo se arreglará.

Adiós.

Mucho tengo yo de mariposa: los campos me deleitan. Ruinas hay que me son harto queridas, por donde gusto de vagar con frecuencia. Largas horas las paso á orillas del Sena, viendo correr sus aguas tranquilas: cierro los ojos y me

pongo á soñar, y Dios sabe las cosas que veo, las cosas que siento... oigo en mi interior una voz que viene de no sé dónde, que quiere no sé qué, voz confusa, eco de un mundo desconocido. Tanto he llegado á encariñarme con estas soledades, que no me da gana de irme á París: la pestilencia de las grandes ciudades infesta alma y cuerpo: París me ahuyenta. El asunto Dreyfus me tiene harto con sus maquinaciones infernales. Por aquí no hay pelotones ni tumultos ni intrigas; ni venta ni compra de conciencias; ni odios de raza ni de religión; ni antifranceses ni anticatólicos, ni antijudíos. En estos campos apacibles el rayo mismo depondría su furor y quedaría manso como una culebra inofensiva. Parece que hubiera yo perdido la memoria de lo pasado y que no me inquietara el porvenir; ; tanta es la serenidad de mi ánimo! Me figuro que estoy por cima de un alto promontorio desde donde domino el inmenso mar de las cosas humanas, de donde ningún movimiento percibo, y á donde no me llegan ni las tumultuosas voces de las danzas macábricas ni los gritos de venganza y muerte que profieren los hombres contra los hombres.

Fecha en Meudón. . .

Mayo.

¡Qué sarcasmo! Pedirme te diga lo que es París, tú que sabes mejor que yo lo que es la capital del mundo! Pudiera decirte lo que me ha parecido,

mas nó lo que sea en realidad esta Babilonia moderna, porque tarea es ésta no sólo difícil pero imposible para uno como yo. Si fuera yo un Zola, aun era pedirme demasiado: la pluma de un grande pesimista y la de un grande optimista se há menester para ello: Un Zola y un Víctor Hugo juntos podrían hacerlo. Según la manera de ver las cosas, podrá cada cual exclamar: París es un caos, es un infierno; París es un paraíso que ofrece al hombre superior placeres que el vulgo no conoce. De los viajeros que aquí vienen, unos dicen: París es un lugar de sibaritas y lugar de perdición: todo aquí es robos, asesinatos y parricidios; corrupción de los hombres y prostitución de las mujeres; otros dicen: París es un lugar donde uno se muere de hambre en todo tiempo; de calor en el verano, de frío en el invierno; y no pocos piensan que en Paris todo es engaño y mentira, aunque todos, eso sí, están conformes en reconocer que es París la más bella ciudad del universo.

Todo es verdad, no lo niego; mas limitarse á hablar de esta manera, sería quedar-se en la superficie de las cosas en vez de penetrar su esencia: Tras la confusión y bullicio que asorda, hay un silencio elocuente como de tumba; tras el desenfreno de las pasiones, de negros nubarrones, un cielo sereno se descubre en el espacio sin límites, por donde se dilata el pensamiento de esfera en esfera, en tanto que el corazón late creyendo que vislumbra lo infinito. ¿Has visto alguna vez el océano en tormenta? ¡y cómo impelen esos vientos y cómo silban y braman en los cabos y las velas de los buques, y levantan á manera de huraca-

nes esos torbellinos de agua! Un ruido sordo viene de todas partes, que te amedrenta; grietas profundas, como la tierra á un terremoto, ves en tu torno abrirse cual sepulturas. ¡Olas enfurecidas que unas sobre otras se precipitan en rugientes y espumosas cataratas! Los peces mismos son presa de sus furores y arrojados con violencia y de cabeza al fondo de esos senos hirvientes. Cuán débil es el pobre mortal ante ese monstruo que tanto y tanto ha devorado. . .

Mas ¿quién lo creyera? todo esto es en la superficie: en el fondo todo es calma. Todo es calma en el fondo, pero allí hay cimas y hay abismos y hay arcanos que el hombre no alcanza á comprender.

París es un océano en tormenta.

Tabernas, garitos, mancebías, casas de todo género de prostitución, cuántos vicios la corrupción ha imaginado, todo eso constituye la tormenta: engaños, robos, suicidios, asesinatos horribles, escándalos sin cuento, flotan en la superficie.

¿Eres buen buzo? penetra á sus profundidades y escudriña sus arcanos en esas cimas de cimas, esos abismos de abismos.—Hombre-Dios ¿y no das todavía con el fondo? Basta, basta, sal y dinos lo que has visto.—Decirte lo que he visto. . . lo que vieron mis ojos, lo que oyeron mis oídos no te podré yo decir ni tú me podrás comprender en tanto que la débil palabra sea el órgano del alma y tu pensamiento no lea directamente en el mío. París-Louvre, París-Panteón, París-Nuestra Señora, París-luz, París-fraternidad. ¡Lo que vieron mis ojos, lo que oyeron mis oídos!

Profundidades inconmensurables, arcanos de lo infinito ! Siglos amontonados, grandes pueblos congregados, silencio profundo de los tiempos, abismos del pensamiento, trono del Arte... Ahora comprendo por qué París es grande.

Mayo

Me engañaste, queridísimo Néstor, haciéndome ir más allá de lo que pensaba, cosa de olvidarme de mí propio. Nunca pensé hablarte sobre París, porque me daba miedo : seguro está que lo vuelva á hacer en los días de mi vida.

Te envió por este correo los libros que me pides y otros más : la mayor parte en francés, porque yo sé que después del español y el italiano, es la lengua que más te gusta. Por lo que á mí toca, he abandonado estos días todo estudio y mi Virgilio es ahora mi compañero. Alguien dijo que la Eneida encerraba en sí la Iliada y la Odisea juntamente : quien tal dijo no estuvo muy lejos de la verdad. Pues pongo el Virgilio bajo del brazo y me dejo ir por estos trigos sin rumbo conocido, y cuánto más de París me aparto, más descubro en las gentes del campo las huellas de los hombres primitivos : Esa sencilla timidez de la campesina y el timbre de su voz, ese hablarse á largas distancias unos á otros sin temor de molestar al vecino : las criaturas gordillas, medio desnudas y sucias las mejillas, que viven en familia con las palomas y los conejos : el mugido del buey, la leche de la vaca, el cariño del pastor á sus ovejas, el sueño tranquilo de estas gentes, ajenas á los

problemas de la vida, ignorantes de cuanto pudiera turbarles su reposo... Cosas son éstas que me dan en qué pensar. Parece que nada ó casi nada hubiera cambiado para ellos el mundo desde los tiempos de Homero. ¡Tiempos felices aquellos! en que las ninfas en persona tejían las telas con lanzaderas de oro; en que el propio Ulises cortaba con el hacha el tronco de olivo y labraba él mismo su lecho nupcial; en que todo una princesa como la joven y bella Nausicaa, váse al río con sus criadas á lavar la ropa que se ha de mudar el día de la boda: Y mientras la ropa se seca, hace ella su comida junto al río, y se quita el velo y juega con sus doncellas en la ribera. Felices gentes las de aquí, yo las envidio: cuando estoy con ellos me olvido de todo y participo sin pensarlo de su apacible serenidad, y entonces comprendo que no hay en la vida dicha que compararse pueda con la tranquilidad del corazón. Dulce, dulce es la vida de los campos, donde están seguras las esposas, donde la amistad es sincera, y no se ve la hipocresía de las ciudades. Largos ratos los paso conversando con estas buenas gentes: la buena fe, la sinceridad se revela en todos sus actos: si entro á su habitación, me reciben con muchas inclinaciones de cabeza y se ven embarcados sin acertar con la mejor manera de agradarme: bríndanme el mejor asiento cubierto con las mejores pieles. Pena me da que tanto por mí se inquieten: yo quería me entendiesen que más placer me hicieran en recibirme con la misma confianza que á un vecino.



MEUDÓN.—*Mayo.*

¿Quieres que te diga cómo di con estos bosques de donde te van mis cartas? Estábamos á principios de Marzo, en invierno todavía, aunque no tan recio como en los pasados meses. Que en invierno, París y sus cercanías tienen un aspecto de todo en todo tétrico, muy diverso del de ahora; porque has de saber que aquí no se goza como en mi tierra de primavera constante, y así, en vez de árboles cubiertos de hojas y flores, no ves en ciertas épocas del año más que troncos carbonizados: el sol, si alguna vez asoma, es una luz mortecina sin calor, y en vez de un cielo puro de primavera, calles y río están henchidos de espesa niebla: las bocas de los corceles semejan chimeneas por el vapor que despiden, pudiendo otro tanto decirse de las bocas humanas: las noches son largas, los días cortos, y la oscuridad reina día y noche. Pues una mañana de invierno, en levantándome de la cama, me asomé á la ventana, y fuí sorprendido por un espectáculo del todo nuevo para mí: estaba la ciudad cubierta de nieve. Yo había deseado ver este fenómeno en la naturaleza misma, que antes no lo había visto más que en pintura, como en la "Batalla de Eyleau," obra maestra de Gros. Sacudiendo la pereza y venciendo el temor del frío, púseme en un jesus en la calle. ¡Y era de verse tanta animación en las gentes por doquiera, y ese andar garboso de las muchachas sobre la nieve! diríase que un astro nuevo había aparecido en el cielo, porque todos los objetos estaban iluminados de extraña manera: estatuas, tejados, to-



rres, cúpulas, chapiteles, todo blanqueaba. Del lado del noroeste un viento glacial me soplabá á la cara; los copos de nieve seguían cayendo como flores de castaño, y vime todo el cuerpo como salpicado de blanca espuma: parecía yo un oso de los polos. ¿Pues las Tullerías? La Isla Misteriosa de Julio Verne no es nada al lado de este maravilloso espectáculo: parece que por arte de encantamiento en lago de plata se han mudado, en que árboles flotan, y jardines y fuentes y monumentos también de plata. Bocas de cocodrilos y serpientes, crespas melenas de leones, fauces y garras de tigres de bronce, luengas barbas de ancianos venerables ¿por dónde no ha penetrado esta intrusa? el desnudo voluptuoso de la Casandra de Millet, de la divina Eva de Delaplanche, de la delicada Veleda de Maindron, todo lo ha invadido y profanado. ¡Ya estoy en el Sena, amigo mío, plantado en el puente de un vaporcito que como una flecha corre río abajo rompiendo estas aguas espesas de color de barro! A medida que avanzo, mil objetos como en fantasmagoría van pasando veloces delante de mis ojos: las multitudes que preparan la Exposición de 1900, están aquí con sus crugientes grúas y sus cabrías y otras máquinas enormes, y trenes de pequeños vagones que entran y salen por oscuros subterráneos, y montones de tierra, hileras de piedras, grandes cadenas enroscadas á manera de sierpes; puentes con estatuas colocadas en posturas diferentes; botes, chalupas, pontones, rápidos vaporcitos que vienen cual violentos tiburones: todo se mueve, todo se agita en un mar de blanca nieve. Pero una

vez que París, la Isla de los Cisnes, la estatua de la Libertad y el Puente de Auteuil han quedado á mis espaldas, preséntase de improviso ante mis ojos un espectáculo magnífico, que me llena de asombro y entusiasmo: es la parte donde el Sena cambia de dirección describiendo una gran curva en torno de la Isla de San Germán: Meudón, Sevres, San Cloud, el Monte Valeriano, todo es nieve: playas, islas, colinas, lagos y bosques, graciosos declivios, blancas prominencias como senos de mujer... Todo aquí está atestiguando que la madre naturaleza es bella y voluptuosa, y no parece sino que por la noche ha dado á luz al dios de la hermosura.

MEUDÓN.—*Mayo.*

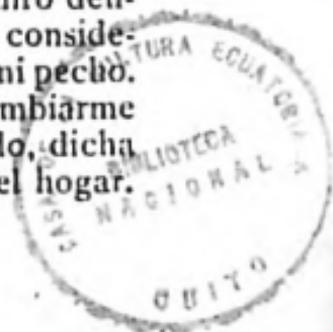
Tanto he llegado á encariñarme con este pedazo de cielo, que difícilmente podría abandonarlo. Aquí en Meudón hay muchos que me conocen, y algunos son mis amigos. Cuando les digo que soy ecuatoriano, se admiran de verme rubio. Figúranse que es el Ecuador lo más cálido de la tierra, y que sólo produce negros. No digo en Meudón, hasta en París son pocos los que saben que existe en nuestro globo una república así denominada, con altas y frías montañas: que estos europeos civilizados no conocen más geografía ni historia que de las naciones poderosas. Les gusta á estos semicampesinos de por aquí les hable de mi tierra, y me hacen preguntas que harto revelan su sencillez: yo me complazco en responderles con igual ingenuidad

Les hablo de nuestros lagos y volcanes, de nuestras costumbres, del vestido de nuestras mujeres, y me escuchan asombrados. Uno me preguntó, al tiempo que me miraba al vestido, como dudando fuese el mío propio, si era verdad que vestíamos plumas todavía. Yo le respondí que había en el Ecuador una región inmensa denominada el Oriente, poblada de jaguares y de boas, la región del incienso de estoraque, cruzada de los más grandes ríos del mundo, el mayor de los cuales, el Amazonas, tenía mil y tantos poderosos tributarios, que su sistema fluvial era el mayor de la tierra, y su hoya seis veces más grande que la Francia; le dije que allí había cien razas de salvajes destructores de cien pueblos castellanos, cuya ocupación cotidiana era la caza, la pesca y la guerra, y cuyo alimento principal era la chicha de yuca y *chontaruro*; le dije que de estas tribus, los más feroces, pero los más hermosos y altivos, los más inteligentes y misteriosos, eran los Jívaros, cuya expresiva lengua estaba henchida de poesía, que andaban desnudos muchos de ellos, medio desnudos los más, que llevaban ajorcas de pieles de culebra, y pendientes de preciosos colibríes en torno de la cabeza, y moscardones de brillantes colores en las horadadas orejas, y dientes de mono y tigre en forma de gargantillas.

Todos cuantos me rodeaban quedaron maravillados á estas palabras mías. Son muy buenos estos hijos de Meudón: te digo que estoy contento, muy contento con estas gentes.

Mayo.

Existe en Meudón un ciego, que es á mi ver el hombre más dichoso de la tierra. Paradoja, exclamarás acaso: ciego y dichoso ¿cómo es posible? La ambición, amigo Néstor, vuelve desgraciados á los hombres, y la soledad, por otra parte, es la mayor de las calamidades. Pues el tal ciego no tiene ambición ninguna: pasan las horas, y es para él como si no pasaran; el día del mañana lo aguarda con envidiable serenidad: nada de cuanto en el mundo sucede le preocupa. Tiene un hogar que es un nido de amor; una esposa y tres pimpollos, que se mueren por él: ama y es amado; hé ahí el secreto de su felicidad. Ella es joven y muy agraciada á la vez que hacendosa: todo su pensamiento está en su marido, á quien le mira con sin igual ternura, y luego que se ha desocupado de los quehaceres de la casa, viene á sentarse á su lado, le coge las manos y las pone entre las suyas, lo cual es indecible gozo para el ciego. Sus hijos, como tres golondrinas, revolotean al rededor de la casa, entran y salen, y son el embeleso de sus padres. Este cuadro, por todo extremo seductor, me ha sacado de uno como letargo en que mi espíritu yacía, haciéndome pensar seriamente en mi verdadera situación: Vivir como yo vivo, no es vivir; vivir aislado y en lejanas tierras, sin un corazón que se corresponda con el mío, no es vivir: miro en torno mío, miro dentro de mí, y me hiela el alma la consideración de ese vacío inmenso de mi pecho. Más de una vez he deseado cambiarme con el ciego. Amar y ser amado, dicha envidiable, felicidad suprema del hogar.



Mayo.

Una sombra vaga como en lontananza flota en mi mente; una nota profunda pero lejana y melancólica, viene á mis oídos, y hiere las más delicadas fibras de mi ser. ¿Son ilusiones perdidas, recuerdos moribundos que batallan?... ¿Qué se hizo mi amiguita y compañera de mis juegos infantiles? Juntos en la ciudad, juntos en el campo y juntas siempre nuestras familias: Jamás me he de olvidar de su quinta ni de sus bosques de perales en la vega del río, ni de esos árboles que ella trepaba como una ardilla. ¡ Con qué agilidad se plantaba en las ramas de los árboles, haciéndolas balancear como si un ave acabara de plegar allí sus alas! Un día se escapó de caer y dió un grito, que cual puñalada me traspasó el corazón. Nada podíamos hacer el uno sin la otra: pero, eso sí, la armonía de los dos no era constante: Ella colérica un demonio, y yo también. Recuerdo que una ocasión, por no sé qué bagatela, nos enojamos tan repentinamente y tanto, que al punto nos vinimos á las manos: yo le dí un gentil golpe en la cabeza, y ella me mordió con ira tal, que le saltó sangre á las mejillas, y ambos á dos nos pusimos á llorar. En su casa de la ciudad había á la esquina del huerto un nogal frondoso, á cuyo pie solíamos concurrir, acompañados de otros amigos, á contarnos cuentos las noches de luna. ¡ Y digo si era encantadora la muchacha, cuando con la seriedad del caso, toda ella exaltada y con un modo que daba apariencia de verdad á su cuento, nos hablaba de los duendes que tiraban piedras en los cuar-

tos oscuros, de las almas que se andaban por las ruinas, de la caja ronca, de las procesiones infernales, de los gatos negros en las bocas de los hornos, de todo aquello que más horror le causa á uno y más le mueve la curiosidad cuando niño. Se casó y se fué... Más tarde vi una muy semejante, y que como ella había vivido eu una playa: La vi y desapareció... Todas las cosas en este mundo son peregrinas: vienen y pasan y no vuelven.

MEUDÓN.—*Mayo.*

Me tienes junto á una fuente, donde con harta frecuencia vengo á pasar las horas en vía de recreo: me gusta ver sus puras y frescas aguas, que salen por dos bocas de silenos de una artística peña entrecubierta de enredaderas, al través de las cuales se ven esculpidas en ella platillos, cornamusas, zamponas y otros objetos campestres. Árboles corpulentos la rodean. Todo su aspecto revela remota antigüedad; y á sus bordes sólo un vaso ha quedado, roto y cubierto de hiedras. Aquí suelen acudir las gentes del lugar á mitigar la sed, y aquí vienen los niños á jugar. No há mucho asomaron por aquí dos guapas mozas con sendos cántaros, que por unas gradas de mármol se acercaron á tomar agua á la fuente: los cuales llenos, con desembarazo y gracia los levantaron y pusieron la una sobre la cabeza, la otra sobre los hombros, y desaparecieron por los árboles. Esto me recuerda á esas elegantes y graciosas atenienses que,

brazos desnudos y pechos levantados, iban como reinas á la fuente. Calirrohe á llenar sus ánforas de esas aguas cristalinas.

Oh el hombre, Néstor! qué ser tan superior es el hombre! Dotado de las más nobles facultades con las que se remonta al través del espacio y de los tiempos, pónese en contacto con todo lo de la tierra, hasta con lo que ya no existe. Todo yo vibro al evocar las pasadas edades que á la continua giran en mi cerebro, donde oigo voces y veo imágenes de cien generaciones agitarse dentro de mí en vertiginoso torbellino. Lo cierto es que el mundo visible y el invisible, los que son y los que ya no son; lo pasado, lo presente y lo futuro, todo está ligado íntimamente por hilos ocultos movidos de resortes, de cuyo mecanismo sólo Dios sabe el secreto. De no, digo yo, si el hombre estuviera aislado en el tiempo y el espacio ¿á qué el pensamiento y la memoria, á qué la esperanza y los recuerdos? Sin esta fraternidad universal sería el mundo una quimera.

Tanto me preocuparon estos pensamientos, que llegué á olvidarme del lugar en que me hallaba, y no sé hasta cuándo hubiera mi imaginación divagado así, á no haberme sacado de ese mi arrobamiento la presencia de un viejo pobremente vestido, pero de agradable fisonomía, que acaba de irse. Esa nariz aguileña, esa barba larga y cana, ese continente grave, me llamaron desde luego la atención: y si otro hubiera sido el hábito que traía, y éstos fueran lugares más desiertos, habría dicho yo que era aquel viejo un ermitaño. No tardé en conocerme con él y entender trataba con

uno bueno en el fondo, pero cuya imaginación, como antiguo soldado de la monarquía, estaba llena de viejas preocupaciones. Es portero ahora de la quinta de un noble, sita en Ville-d'Avray, lugar que linda con Sevres y San Cloud, no muy lejos de aquí; donde ha vivido desde que cayó con Napoleón III el 4 de Setiembre. República y republicanos son para él cosa odiosa y despreciable.—¡Ay, señor! me dice con profunda melancolía, la grandeza de la Francia desapareció por siempre con los reyes. Por donde Ud. vaya no encontrará más que vestigios de su antiguo esplendor. Aquí mismo, añadió, ¿ha visto Ud. los magníficos jardines de Lenotre y la terraza gigantesca en la cumbre de la colina? son restos y nada más del tan celebrado palacio de Meudón. La marquesa de Pompadour, maravillada un día de la belleza de estos contornos, resolvió fijar aquí su residencia, y el gran Luis XV mandó fabricarlo en persona y decorarlo con los mejores artistas de la época. Ahora, todo ha desaparecido...

Y en diciendo esto bajó los ojos como agobiado por la pesadumbre. No dejó de conmovirme, te aseguro, el aspecto del buen viejo. Pero esta conversación, insignificante al parecer, me ha sugerido el siguiente pensamiento: El hombre, más que malo es ignorante, y los males que afligen á la pobre humanidad, provienen más de su ignorancia y preocupaciones, que de su corrupción misma. "El *gran* Luis XV", como le llama el viejo, no sería á sus ojos más que un hombre miserable, si conociera su vida y tuviera el ánimo dispuesto á dar á cada uno lo que es suyo. Pero lejos de eso, cuan-

do habla de reyes, todo rey le parece grande: el sentimiento habla en él primero que la razón, y se engaña á sí mismo sin saber á qué hora se ha engañado. ¡Así es el mundo, amigo! El hombre anda á tientas por este laberinto de las cosas humanas, siguiendo ciegamente el camino que tomó en un principio, aun cuando le lleve al abismo. La ignorancia alimenta á la preocupación, y la preocupación á la ignorancia, y ambas á dos, la caja de Pandora en las manos, andan como locas derramando males sin cuento por todo el orbe.

Mayo.

X Mi patria, ¡mi adorada patria! ¿Sabes que tengo ganas de regresar á ella? Ahora estoy en París, y con todo siento el vacío de mi soledad: ningún corazón late por mí; cada cual va pensando en su negocio, y todo fuera de ello le es indiferente. Mi patria! Lejos de su patria nadie es feliz. Hay cosas por aquí que me despiertan mil recuerdos: he visto palmeras en los jardines y las habitaciones privadas, y me recuerdan las gentiles palmas de mi tierra y mis escursiones por las selvas orillas del Toachi: si oigo hablar castellano, vuelvo la vista involuntariamente, y es gran consuelo para mí reconocer en el que habla siquiera un español, ya que no un americano. Mi patria! ella es pequeña, pero su historia es tan gloriosa que tengo orgullo de ser ecuatoriano: En mi patria sonó el primer grito de la Emanci-

pación latino-americana; en mi patria nació el más grande cantor de la Epopeya americana. Mi patria! jamás me imaginé que la amara tanto. Su pequeñez presente me contrista, pero su grandeza futura me consuela: el Ecuador ha de ser grande un día; elementos tenemos: naturaleza fecunda en todo mineral y planta, cielo hermoso, montañas soberbias y ricas de los más preciosos metales, y dos océanos adonde corren sobre lechos de oro nuestros ríos caudalosos. Más tarde nuestros compatriotas dejarán de matarse unos á otros, y dirigirán sus fuerzas contra la ambición extranjera, y puesta en su punto la honra nacional, cultivarán la tierra, y emplearán sus más nobles facultades en las ciencias y las artes. Esta consideración me arranca lágrimas de placer. Te aseguro, Néstor, que mientras no sale uno de su suelo natal, no sabe lo que es amor de patria: tempestades y ventiscas, rayos y truenos, bramidos de volcanes; los ventisqueros, las vastas soledades por do he vagado en mi niñez, todo eso me hace falta: en otro tiempo, yo, el hijo de las montañas, formaba parte de esos elementos formidables. Nunca me he de olvidar de esa impresión que recibí al ver por vez primera la Costa del Ecuador. Hace años, á fines del mes de junio, me hallaba de viaje hacia el Perú: había ya pasado de Guaranda, y tenía á mis espaldas al rey de los Andes, el Chimborazo, resplandeciente de nieve y rodeado de un cortejo de montañas: ascensos y descensos estaba yo pasando, resbaladizos sin cuento, barrancos profundos, largos trechos de camellones y surcos henchidos de lodo, en que recuas de mulas con sendas



y pesadas cargas se atascaban; * todo eso estaba atravesando por entre los cerrados chaparros de la montaña, cuando, llegado que hube á un punto denominado "Las Palmas," vime de improviso como en la cima de un alto promontorio: un mar inmenso de blancos copos de niebla se extendía á mis pies, cubriendo la llanura infinita de la Costa: en lontananza, el Océano de Balboa se confundía con el azul del firmamento, y en último término, ostentábase el sol poniente, de color de sangre, cuyos cansados rayos teñían de un color cobrizo las cumbres de los montes. Una gran sacudida sufrió mi alma á este golpe de vista, y quedé como abismado ante ese espectáculo sublime. Vasta me pareció la tierra al ver la inmensidad de ese horizonte, y yo mismo crecí en consideración á mis ojos, al sentirme capaz de comprender y admirar todo el poder y gloria que ostentaba allí el Omnipotente. Escurríme por la espesura del bosque, y me senté sobre un tronco. Bien pronto el sol, como un globo de fuego, se hundió en el abismo en medio de un incendio en que las nubes se abrasaban. Oh! y quién me diera entonces arrojarme de cabeza en esas nieblas amontonadas, y cruzar como un meteoro el horizonte, y sumergirme en esas hondas de luz! Lentamente los arboles iban cambiando de forma y de color, hasta que se convirtieron en manchas cenicientas, al través del vasto mar de sombras en que

* Gracias al triunfo de las armas liberales en 1895, tenemos, en vez del camino de la Sierra á la costa del Pacífico, descrita en esta carta, la vía férrea más atrevida de la América Meridional.

cielos y tierra se iban sumergiendo. Solemne silencio el de la naturaleza: las aves, que poco antes gorgeaban alegres, quedaron mudas, y ni una hoja de árbol se movía. No había más ruido que el trac-trac monótono y triste de los sapos. ¡Qué ideas tristes me acometieron! Acordéme de Quito, de todos los seres queridos que dejaba: todo lo veía al través de un velo lúgubre... Cuando menos pensé, las sombras de la tarde se tornaron en noche tenebrosa, y el mundo todo me pareció una tumba.



MEUDÓN.

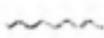
Cuánto me rodea deleita mis sentidos, Razón tuvieron artistas y poetas de habitar en estos contornos: Tomás Moore, Scribe, Casimiro Delavigne, Balzac, Wagner y tantos otros, razón tuvieron: toda alma poética y sensible es digna de estos collados. Corot anduvo por aquí, y Gros, llena el alma de la divina belleza, buscó el infinito en la tierra, y como no le hallara, perdió el juicio y se mató. En los abismos del río de Meudón fué donde vino á morir este loco sublime.

Me tienes sentado sobre un césped á la sombra de un haya, dibujando el cuadro más bello con que naturaleza ha podido regalarme: los inquietos gorriones abundan en estos follajes: como les doy de comer en la mano, cuando me ven me siguen y rodean, haciendo bulla que es una delicia para mí. Te juro por quien soy, que mientras me halle en Europa, nunca jamás me separaré de esta cascada espumosa que cae por entre los

laberintos de la gruta, ni de esta laguna que va á perderse en la espesura de los árboles: las palomas revolotean y viven en familia con los patos y los gansos, y el cisne, imponente como el dios de la laguna, levanta su cuello con gracia y majestad, y con su cuerpo rompe las aguas soberbiamente. No muy lejos de la gruta, y un sí es no es oculta entre las ramas, se ve una casita suiza, vieja y con la puerta fuera de su quicio; delante de la cual están aquí y allí un banco para sentarse, un montón de leña menuda, una carreta con una sola rueda, y en un rincón una gallina con sus pollos escarbando. Una mujer blanca y fresca, pero pobremente vestida, está sentada á la puerta de la casita, dando de mamar á su recién nacido, al tiempo que le mira con esa ternura de que sólo una madre es capaz. La criatura es una plata: blanca y gorda; lleva una camisa de cendal que le da hasta el ombligo; y en tanto que chupa el néctar de la vida y mira al rostro de su madre, está con la manecita y el dedo del pie jugando. Un gato que acaba de salir del cuarto, se tiene junto á la mujer, quieto y los ojos medio cerrados como pensativo...

X He concluído mi dibujo, amigo Néstor, y te aseguro que he quedado satisfecho de mi obra. Todo aquí es vida y sentimiento. La naturaleza ofrece á menudo modelos tales, que el pintor poco ó nada tiene que añadir ni quitar para hacer una obra digna de la posteridad, siempre que el tal sepa comprender y sepa sentir. ¡Saber comprender la naturaleza y distinguir lo bello! hé ahí lo difícil, amigo mío, porque ese don no ha concedido Dios á todos los mortales.

¿Qué sería este paisaje á los ojos del físico, por ejemplo, que no fuera más que físico? qué á los ojos del negociante y á los del materialista y el ateo? El físico no vería aquí sino las leyes de la dinámica: densidad, pesantez, cuerpos sólidos y líquidos en movimiento; el comerciante: un terreno que podía producirle unos tantos miles de francos, y el materialista y el ateo no verían más allá que ha vista el físico, que puede ver el botánico; y toda la armonía y toda la gracia y todo el misterio de este paisaje quedarían ocultos á sus ojos. Con razón se ha dicho que por esencia es la pintura un arte cristiano, espiritualista. Preciso es ser verdadero pintor para oír esa voz oculta que está detrás de la naturaleza, y entender su lenguaje; para sumergirse en espíritu por las profundidades del mundo que le rodea. La belleza es el soplo divino, amigo Néstor, la belleza es invisible como Dios. Cuánto vemos con los ojos corpóreos no es sino materia, no es sino cuerpos en reposo ó movimiento, pero que nada nos dicen al parecer. Sólo el alma artista es capaz de penetrar el espíritu de cuánto nos rodea, y comprender esa fraternidad de los seres entre sí, ese ayudarse y alimentarse mutuamente. Sólo ella puede simpatizar con estas almas y fuerzas invisibles y bienhechoras; sólo ella goza con los recuerdos, y adivina los dulces misterios del amor en el rincón de una cabaña, y vislumbra la grandeza y el orden invisibles de la naturaleza, al contemplar la robustez del roble, la magnificencia del cisne, la ternura de una madre ó la inocencia de un niño.



Junio.

No paré ayer hasta no hablar con la mujer aquella y coger en mis brazos á ese ángel que tenía en sus faldas.—Buena mujer, le dije, tiene Ud una criatura encantadora.— ¡Ay, señor! me respondió, dando muestras de gozo, los ojos puestos en su hijito, y me escapé de que se me muriese á los pocos días de nacido; pero ahora, á Dios gracias, sanito le tengo y robusto. Y en diciendo esto, le besó.—¿Y tiene padre?— Su padre vive y es joven todavía, respondiéndome con orgullosa complacencia: ayer nomás se fué á Nantes á visitar á su viejecita madre: en Nantes vivió de pescador en tiempo de su primera mujer, y sólo desde que me conoció se arraigó aquí para dedicarse á la labranza: yo me quedé, siguió diciendo, acompañada de su hermanito menor, que acostumbra irse á París todos los días á vender la leche de unas cabras que tenemos. Con efecto, á poco asomó su hermano político arreando tres cabras por el otro lado de la laguna. Tomé la criatura en mis brazos y la besé; pero se asustó tanto de ver una cara extraña, que dió á llorar, y la madre se apresuró á cogerla. Si no es su padre ó su tío, siempre se asusta, dijo, y la estrechó una y otra vez entre sus brazos, y la besó y volvió á darle el pecho, lo cual puso término á sus penalidades. Yo le ofrecí á ella volver á tomar leche una mañana, y dándole cinco sueldos al mozo de las cabras, despedíme.

Lo que te dije ayer de la pintura, te digo ahora de la poesía: no se trata sino de descubrir lo bello y de expresarlo. Pero díme ¿quién será capaz de tarea al pa-

recer tan ~~difficil~~? Nacer pintor, nacer poeta, es milagro de la naturaleza, y no son de todos los días los milagros. Así como la pintura es el arte de expresar todas las concepciones del alma por medio de todas las realidades de la naturaleza; así la poesía es el arte de expresar todas las concepciones del alma por medio de la palabra voladora; y esto, Néstor, para la gran mayoría de los mortales es imposible. Esta laguna, que ha llegado á ser el objeto de mis delicias... ¿Cuántos habrán pasado por aquí sin saborear el néctar de su divina poesía? Cuántos y cuántos hay en quienes el alma duerme, y cuyas miradas no van más allá de la superficie de las cosas; cuántos y cuántos hay que pasan por delante de un lirio, por ejemplo, que está en la plenitud de su existencia, y siguen indiferentes su camino, sin siquiera dignarse de mirarlo. Cuán pocos son los que pueden ver en ese lirio la manifestación externa de una fuente oculta de vida universal, presente en cualquier punto de la tierra donde aparece aquella flor, y que esa fuente de vida universal no es á su vez más que un arroyo que mana del seno de vida absoluta que llamamos Dios. Comprender la naturaleza, oír la voz de la poesía, ver la vida al través del denso velo de las cosas... La vida! agente infatigable y misterioso, que de individuo en individuo corre, y de especie en especie por toda la extensión del universo; que hace circular la savia en las plantas, la sangre en nuestras venas; la vida! potencia irresistible, más activa que el fuego, más sutil que el éter, más veloz y poderosa que el rayo; la vida! espíritu invisible, que palpita en

todos los corazones, que dirige todas las voluntades y mueve el pensamiento y lo levanta á las regiones etéreas; la vida! flúido maravilloso que, como las aguas que van á la mar, ora corre lento y profundo como en el alma del filósofo, ora es arroyo como en la cuna del niño, como en el nido del ave; cuándo impetuosos torrentes y humeantes cataratas, como en los abismos del genio ó el corazón tempestuoso del amante; la vida!... Néstor, es cosa para abismar la armonía y variedad y poder del universo. Ver la vida elaborando á la continua, y en silencio transformando sin cesar todas las cosas, sustentando á los seres mismos que nosotros despreciamos... Cuántas veces, tendiéndome sobre el césped y descubriendo en él mil menudas yervecitas, todo un mundo de insectos diminutos, apenas perceptibles, he dicho: por aquí corre la vida, el alma de lo bello. Para la vida no hay chico ni grande, no hay noble ni plebeyo: todo el que tiene un organismo es digno de ella, y el infusorio no es para la vida un ente despreciable. ¡ Hermosa fraternidad la fraternidad del universo! Me hundo en el seno de los mares, me remonto á las altas cordilleras, bajo á los valles, me interno en la espesura de las selvas, y la vida presente donde quiera... Néstor, Néstor, mi espíritu se rinde abrumado por el peso de este maravilloso arcano.

Junio.

Me preguntas qué tal voy de salud: te diré que como siempre, muy mala

traigo : tú sabes que la naturaleza me hizo en extremo débil y sensible, y esto no hay poder humano que lo remedie.

Lo que tú me dices del compatriota N. desgraciadamente es mucha verdad, y tu temor justo de que no juegue limpio en el negocio ; pero yo te prometo que andaré alerta y no hará de las que acostumbra. Ya yo sabía lo que era este miserable, indigno de ser mi semejante, no digo compatriota. ¡ Y qué marrano es, y qué manera tiene de mirar tan al soslayo, y qué alma encierra ese cuerpo repugnante ! La avaricia y el alcohol le han convertido en el más infeliz de los hombres. Y si vieras cómo está ; peor de lo que era : ojos encarnizados, los hombros en las orejas, colgadas las mejillas, flojos los labios ; esa tan forzada actitud, esa rigidez de brazos y piernas, ese encogimiento de su cuerpo : todo en él indica que su alma es un animal inmundo y feo. A veces se me eriza el pelo y me da gana de huir ; otras, su presencia me infunde compasión. Yo que tengo creído que este mundo no es más que un lugar de prueba, en el que no debemos servirnos de los bienes terrenos, pereceros por naturaleza, sino como de paso ; que es nuestro destino ir mejorando de mundo en mundo hasta llegar á Dios, y aquel que no lo procura no lo alcanza : yo que tengo, digo, esta creencia ; cuán distantes de mí debo ver, Néstor, á infelices como éste ! Bien abajo están en la escalade la creación, revueltos en un lago de betún, de donde espesos vapores se levantan que les envuelven, y adonde ni un rayo de luz penetra, que les aclare el alma. Ganas me toman de abrirles los ojos y darles la mano ; de infundirles sen-

timientos generosos, odio á todo lo criminal, desprecio á todo lo vil, inclinación á todo lo noble y grande.

Junio.

Digan lo que digan los sabios, llegue á donde llegue su saber, nunca jamás podrán explicarme lo que el sueño significa. Este es uno de los más grandes misterios que envuelven al pobre mortal como una densa bruma. Eso de gozar en sueños, ¡eso de gozar en sueños! esos gozes en nada se parecen á los verdaderos que el hombre suele tomarse despierto: sólo que estos sueños presto se desvanecen y queda el hombre como herido por el rayo, sin saber lo que aquello significa. Esto te digo, Néstor, por lo que acaba de suceder. Habiendo pasado el día en París, vine á Meudón en busca de holganza, y escurrimé por el bosque: como estuve harto de andar, me pidió reposo el cuerpo: llegué á una parte escarpada á un montón de piedras quebradas que han rodado desde arriba, al lado del cual se ve un dolmen, único rastro de tumbas de los druidas que en otros tiempos habitaron estos bosques. Allí me senté, al pie de una encina á leer mi Virgilio, y á poco me había quedado profundamente dormido. Entonces fué cuándo pasaron en mi fantasía las cosas más extrañas: Todo en el bosque parecía confusión: primeramente oí entre ruido de follaje los ladridos de una jauría de perros cazadores, que pasaron delante de mí tendidos como saetas, uno de los cuales ya alcanzaba á un fiero jabalí que iba echando espuma por

la boca; luego vi unas cabras silvestres que espantadas trepaban por altísimos peñascos; luego, unos siervos que en muchedumbre inmensa, iban bien lejos por un hondo valle, envueltos en una nube de polvo que levantaban huyendo: llenaban el monte con sus voces las bocinas y las gentes que corrían en tropel interminable. Entre los mozos, uno hubo por todo extremo gentil, pues como un Apolo aventajaba á los demás en gallardía, y á sus grandes pasos todos seguían con igual presteza: las mujeres, altas como Diana, esbeltas y ágiles, desnudas las rodillas, arco en mano y dorada aljaba al hombro, vuelan, que no corren, los ojos puestos en la presa. Sus rubios cabellos van flotando, y sus vestiduras, infladas á la espalda, van por delante pegadas á las carnes, dejando ver sus formas serpentinadas. En esto, horrenda tempestad sobrevino de improviso envuelta en huracanes: ya impetuosos torrentes bajan hirviendo por hondos barrancos, y los valles van subiendo con troncos flotantes en su espumosa superficie. Árboles corpulentos caían unos sobre otros, conmoviendo las peñas, y rodaban impetuosos las laderas arrastrando pedrones que caían al abismo. El cielo negro y sañudo, parece que batalla con la tierra, y los truenos se suceden, y cual descargas de cien y cien baterías, van sordas dilatándose en las nubes.

Quando uno está soñando, los cuadros se mudan como decoraciones de teatro, sin saber cómo ni cuándo; pues no sé á qué hora pasó la tempestad, ni á qué hora el monte escarpado se me convirtió en los campos gloriosos en que me encuentro: eterna primavera reina en mi

torno: el viento ya no es una furia, sino blanda y embalsamada brisa: aquí violetas y bosquecillos de lilas, rosales y laureles; allí granados con frutos encendidos, y bellos manantiales. Subí á un collado cubierto de viñas, y de su cima vi un horizonte ameno como los Campos Elíseos de los antiguos poetas. El hombre no va á la guerra ya ni se alimenta de carne: armas y ruedas de carros están arrinconadas, y en verdosos prados pacen mansamente las fieras y los caballos guerreros; juntos están el lobo y el cordero, el águila y el cisne, juntas revolotean las aves de rapiña y las palomas. Por entre playas cubiertas de bellos platanales, un manso río de plata serpentea dilatándose hasta las faldas de montañas lejanas y azulinas, coronadas de nieve que el sol dora con sus rayos matutinos. Enjambres de doradas avejas, en ~~actitud~~ *actividad* maravillosa, hinchén los aires con su música sonora, mientras cantan las aves en mis hombros. El hombre, como las bestias, ha depuesto su ferocidad, porque ha huído de la tierra el espíritu del mal, y principiado el imperio de la justicia al soplo de la fraternidad y de la ciencia: ni envidia, ni egoísmo, ni venganza, ni pereza en este mundo regenerado: el aguijón de la sabiduría ha substituído á la inercia, y todas las humanas facultades se han vuelto ardientes como el fuego, activas como el pensamiento. Unas zagalas, en inocente desnudez, se bañan en una fuente, mientras agrupadas otras con sus amantes á la sombra de uu árbol, ceñidas las sienes con blanquísimas bandadas, tocan amorosamente flautas, laúdes y otros instrumentos. Mis ojos alcanzaron una fuerza de visión que vie-

ron al través de grandísimas distancias en el espacio, la armonía con que mundos luminosos se movían: el sol, seguido de una corte de cien planetas en un espacio sin fin, era arrebatado al infinito con rapidez vertiginosa por una fuerza invisible; y todas las estrellas volaban en la misma dirección con igual arrebatado movimiento, ¿á dónde?... En eso se me apareció sobre una montaña de purpúreas nubes una figura alta, que por su forma era mujer, mas por su hermosura y majestad era de origen divino, pues nunca en la tierra había yo visto maravilla semejante. Los cabellos eran de oro purísimo, y el rostro, severo y bello como griego mármol, resplandecía: suave luz la bañaba, y hasta la vestidura talar que desde los hombros le bajaba en pliegues verticales, parecía de luz. Tenía los ojos clavados en las esferas celestes; pero al ver mi ánimo conturbado, que no me atrevía á proferir palabra, me miró y habló de esta manera: "Yo soy la diosa del amor celeste, que velo en el mundo por el que huye los placeres torpes y las orgías inmundas: tú te has creído como un proscrito en la tierra, has suspirado muchas veces por lo desconocido mirando á las profundidades del espacio: por eso vengo en nombre del que todo lo puede, á pasearte por él, para que admires la inmensidad de mis dominios y ensalces la gloria del Eterno." Y en diciendo esto, tendióme la mano y echóse en las nubes como para volar. Al punto me sentí más ligero que el aire, y como nube de incienso, comencé á elevarme lentamente hacia donde élla estaba. Mientras tanto, mil voces femeninas salidas de labios

invisibles, venían á mis oídos en raudales de armonía: "Aman los reyes y los pastores, decían esas voces, y los peces y las aves. Amor rige los pueblos, Amor rige los mundos: loado sea el Señor, loado sea el Amor." Y lo que decían unas, repetían otras y otras cada vez más lejanas. Mas cuando estuve para llegar á ella, y darle la mano y echarme á volar con ella; no sé qué espíritu maléfico, que no me quiere bien, echó de lo alto del peñasco una gran piedra, cuyo ruido me despertó. Como quedan los ojos al apagarse la luz en noche tenebrosa, no de otra suerte quedó mi ánimo al despertar y ver que todo era mentira. Inmóvil me quedé, bajos los ojos: sentí que las lágrimas me saltaron, y como avergonzado de mí mismo, me levanté maquinalmente, y no sé cómo me encuentro aquí escribiéndote esta carta.

Junio.

Viéndolo estoy: te reirás de mis cartas y dirás que como un niño me entretengo. Mas mi confianza para contigo es grande, como grande es el cariño que me tienes, para temer que me taches de necio. Yo mismo me habría reído como tú, si esa sombra soberana que ví dormido, no me infundiera respeto é impusiera silencio: puede haber sido quimera aquella imagen, pero entonces, digo yo, quimeras hay que hacen á los hombres mucho bien.

Pasando á otra cosa: me tienes en las laderas de Meudón establecido definitivamente: aquí pienso pasar los meses de

verano, que París á lo que dicen, es inhabitable entonces ; pues ahora mismo ya se ha hecho sentir el calor con fuerza. Nacido yo y crecido entre las rocas de las altas cordilleras de los Andes, entre dos altas murallas levantadas por la mano del Eterno, donde todos los vientos se estrellan ; estoy acostumbrado á esa eterna primavera de mi tierra, donde no se conocen ni los calores ni los crudos inviernos de París. Mi tierra ó estas frescas colinas, amigo Néstor. Si vieras dónde estoy, me envidiarías : y no te resientas si te digo que hasta he llegado á temer que suene la hora de mi partida. ¡ Quisiera ser paloma y volar por este fresco y delicioso valle que á la vista tengo, y batir mis alas por las flores silvestres y la verde grama, y esconderme en los follajes, y hacer coro al canto de las aves ocultas en mi torno ! En frente, en una granja, mugen las vacas, y en el valle, oculto entre malezas, murmura un arroyo que viene de la laguna : un sendero blanquea á lo largo del arroyo, por donde pasa todas las tardes de vuelta de París, el mozo de las cabras tocando su zampoña : á mi izquierda, el valle se estrecha formando una como garganta en declivio donde el pueblo se apiña. A poco de aquí tienes el bosque, y siguiendo una senda oscura, luego descubres un espectáculo á la vez encantador y magnífico : Abajo el ancho y plateado Sena con sus puentes y sus islas sembradas de quintas y bosquecillos ; río arriba, la blanca fachada de la casa de los huérfanos de San Felipe en la cumbre de un ribazo en los bosques de Clamar ; río abajo á mi izquierda, blanquean entre bosques los

pueblos de Sevres, San Cloud y Suresnes, á los pies de una cordillera de colinas arboladas que en arco se dilatan hasta el Monte Valeriano. Al otro lado del río, el gran Bosque de Boloña, y cien arbolados más, y cien pueblos más, y París inmenso erizado de arcos de triunfo, de cúpulas y torres, y dominado por la sublime Basílica que sobre el alta montaña de Montmartre se levanta; y por último, las colinas de Montmorency, que cual sombras se confunden con las nubes del cielo en los confines de este horizonte inmenso como el océano.

Las gentes del pueblo, bien que á pocos kilómetros de París, conservan esa amable sencillez del campo, y se ocupan en los mismos oficios en que se ocupa el género humano en todas partes: de las mujeres, lavan las unas, cosen las otras, cuántas aplanchan, cuántas se sientan á las puertas de las tiendas á conversar y ver chacotear á sus hijos las mozas, á sus nietos las ancianas. Los días festivos, días de descanso, los amigos y parientes se reúnen llenos de animación y de alegría; los habitantes de París rompen entonces las siete leguas de fortificaciones que le cercan, y cual invasión de bárbaros se desparraman á la redonda por cien bocas, hinchendo poblaciones y poblando los desiertos. Gran parte de aquella gente viene por aquí, de la cual, unos lo pasan en el pueblo bebiendo y jugando, y otros se internan en los bosques, donde reposan y comen, á orillas de una laguna, los manjares que han traído de sus casas; y luego corren, y luego cantan, y luego bailan, y persiguen á sus queridas los amantes, y las alcanzan y las besan.

✓ Mi casita es de un solo piso: tiene su azotea, su jardín y una cascadita que va á morir en el arroyo de abajo. Los amigos de Meudón me conocen con el nombre de "El Americano": otras veces me llaman "El Hijo de las selvas". Ambos nombres me gustan. Me quieren mucho y son muy buenos.

Sabrás que con la mayor casualidad he topado aquí con un peruano antiguo amigo mío, con quien hice conocimiento en Lima hace algún tiempo, con ocasión de las relaciones comerciales que su señor padre mantenía con mi tío. En América me había asegurado más de una vez que en su vida se casaría, y yo le creí, porque á decirte verded, es un hombre al parecer frío é indiferente para todo: al menos yo le creí así, pero alguna hubo que le hizo quebrantar sus juramentos, y se ha venido con ella por orden de su padre, con objeto de mandarle mercancías desde aquí. Ya conoce mi cuarto; y aunque nunca nos habíamos escrito en ausencia, ha quedado desde ahora reanudada nuestra amistad, y más estrecha que lo era. Yo quedé á mi vez en ir á verlo pronto en su casita de campo, que está frente á la isla de San Germán al otro lado del río, media legua de aquí. Conversamos largamente recordando muchas cosas de Lima; nuestros baños en el mar con las muchachas, nuestros paseos en borricos por los huertos con esas limeñas tan graciosas, tan coquetas y alegres, que á la sazón veraneaban en Chorrillos. Aunque es verdad, amigo Néstor, que no fueron ellas, más antes una extranjera que entre ellas ví, la que hablaba en mi interior; esa extranjera cuya imagen desde

que la conocí, quedó fija en mi mente, cual astro que nunca se pone. ¡Dios sabe por qué no he vuelto á verla! ... Pero vamos á lo que vamos: cómo nos vimos aquí fué con la mayor casualidad, como te llevo dicho. El joven C., sobrino del cura de Meudón, que ha recibido una buena herencia y es muy amigo de darse buena vida, convidó á una partida de caza á varios amigos suyos: Julio, que así se llama el peruano, fué uno de ellos, y yo también. Gran sorpresa fué para todos ver que los dos habíamos sido tan amigos, y el joven C., mozo simpático y gentil, resolvió muy generosamente celebrar este feliz encuentro con un baile que se le aguyó el mes de enero por un contratiempo que le sobrevino, pero que lo va á efectuar la semana entrante en su quinta situada entre el bosque de Meudón y Versailles, no muy lejos de la laguna de Ecrevisse. Bien comprendo yo, eso sí, que nuestro encuentro lo tomó como un mero pretexto, pues ya él venía preparándose de antemano, y no á un "baile campestre", como él dice, sino á uno en forma, á lo que sé. "Los bailes son más deliciosos en estío que en invierno, y además allí tendremos muchachas guapas, y creo que ninguno de los amigos quedará descontento", nos dijo bromeando. De suerte que todos nos separamos muy satisfechos de nuestro paseo, y con muy buena gana de concurrir al baile.



X Muy pronto recibirás una novelita que acaba de componer tu primo, como primer ensayo serio de su pluma. Lás-

tima que sea él más francés que ecuatoriano, y que la lengua de Cervantes no la posea tan á fondo como la francesa en la cual ha escrito su libro. He leído la novelita de principio á fin, y me ha gustado mucho en cuanto á su desempeño, si bien cuanto al asunto, tendría algo que decir. Casi podría asegurarte que la obrita es un argumento en pro de la fatalidad humana: La fatalidad nos persigue como sombra y nos rodea por todas partes: como el pez en el mar estamos sumidos en la fatalidad, y no otra cosa respiramos: Colmillos, garras, venenos, pestes, hambrunas, guerras, naufragios, terremotos, enfermedades horribles, ignorancia, todo género de plaga . . ., y lo peor de todo, esta fuente de todos los tormentos, que está fatalmente dentro de nosotros, este no sé qué llamado corazón . . . Ante la fatalidad nada pueden libertad, virtud, sabiduría: Samuel, que así se llama la persona principal de la novela, nació pobre y plebeyo en medio de una sociedad pervertida, para quien idiot/z y vicios eran virtudes, si el idiota y vicioso pertenecía á la nobleza; y el /aber y las buenas prendas eran crímene/ en el que nació de humilde cuna. Samuel no sólo nació pobre, no sólo nació plebeyo, nació también enfermizo: heredó de su padre enfermedades adquiridas en su vida libertina. A su clara inteligencia reunía Samuel el saber, y al saber mucha severidad de costumbres, mucha altivez de carácter, y una sensibilidad exquisita, que fué el peor tormento que naturaleza pudo darle. Fuera de los males heredados, la educación de su niñez no recibió el pulimento debido;

antes al contrario, fué de todo en todo descuidada: ni ejercicios ni gimnasia; ni juegos ni libertad; ni aires puros ni agua: nada se hizo por desarrollar su parte física, nada por armonizar el alma con el cuerpo: sus privaciones fueron numerosas y su higiene ninguna: aunque altivo por naturaleza, era corto en su trato con las gentes, merced á la educación recibida. En una palabra, no encontró en sus primeros años más que elementos nocivos que contribuyeron á desarrollar más y más los gérmenes de muerte que consigo llevaba. Pasaban los años, y con los años nuevas enfermedades le sobrevenían, que iban adquiriendo incremento poco á poco. He observado buenas costumbres, se decía, pues ¿de dónde tantos males? Para él era necesidad sentir, y el médico le proscribía sentir; para él era necesidad pensar, y el médico le proscribía pensar. Ni pensar, ni sentir, ni leer, ni escribir, él, que tan bien manejaba la pluma, ¿qué te parece? Más de una vez se indignó contra su médico, como si él hubiera sido la causa de sus males, y pretendió poner en olvido sus prescripciones; pero siempre pagó caro su desobediencia. Rosa Elvira, joven bella, noble y rica, enamoróse perdidamente de Samuel, que al fin y al cabo el talento atrae, fuera de que él, no obstante los males que padecía, era de muy gentil presencia. Samuel no lo estaba menos de ella, pero estos amores fueron para él una cadena de pesadumbres: Había tronado contra los vicios de la sociedad en cuyo seno nació, y la sociedad corrompida en extremo, le aborrecía de muerte. En esto vinieron sus amores con Elvira, y la

familia de la joven, que á lo más granado de la sociedad pertenecía, y que por afinidad estaba enlazada con las demás familias principales, se aprovechó de esta coyuntura para ejercitar contra él toda su injusta saña y su venganza. La misma Elvira fué víctima de los atropellos de sus padres, de sus hermanos, de sus primos; y los jóvenes de la nobleza que pretendían su mano, ofendidos de verse pospuestos, dirigieron contra Samuel sus tiros: una vez se escapó del puñal; otra vez cayó en una emboscada, de la cual, si bien salió con vida, no salió los huesos sanos. Mas como el amor es invencible, los dos solos fueron poderosos á luchar contra sus enemigos, y para salir victoriosos de tan terrible contienda, fugaron de su tierra á extranjero suelo. Allí, dueños de sí mismos, sin más testigo que el cielo sus amores, comenzaron á vislumbrar los albores de su felicidad, y ya no pensaron sino en unirse eternamente por los indisolubles lazos del matrimonio: corrieron las diligencias del caso y señalaron día para la boda ¡Felices ellos, que van á unirse para siempre, felices ellos cuyo amor tanto se ha purificado en el crisol del sufrimiento! Felices? Pobre Samuel! ignoraba que no había nacido para ser feliz un solo día en este mundo: su complexión delicada, sus muchos males físicos y morales, su excitación nerviosa, la vehemente pasión que le abrasaba; todo acabó por consumirle la poca salud que le había quedado: desarrollóse una terrible ictericia, que en vano combatieron con tanto empeño los médicos, y la víspera del casamiento, después de padecer males del alma peores aún que los del cuerpo, espiró el desgraciado

en brazos de su Elvira. Ella entonces, muerta al mundo, sin esperanzas ni ilusiones ya, no pensó en más que entrarse monja en un monasterio de la misma ciudad adonde habían huído los dos, del cual convento nunca salió sino para dirigirse al cementerio, á llorar sobre la tumba de su Samuel desventurado.

Este es el triunfo de la fatalidad, amigo mío. Parece increíble, pero es lo cierto que hay seres tan desgraciados, y que el género humano nada puede contra los decretos de un inflexible y cruel destino. Sea lo que fuere, ello es que tu primo se ha hecho acreedor á una corona de laureles por tan preciosa obrita.

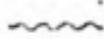
A Dios.



El chipriota amigo mío y compañero de viaje de Nueva York á París, de quien no sé si te hablé anteriormente; acaba de partirse para su tierra: nos abrazamos fuertemente al despedirse. Es un joven un tanto libertino, pero muy simpático é inteligente. Ha derrochado mucho dinero, ha engañado á unas tantas mujeres, y ahora regresa á su tierra pobre de centavo: yo tuve que prestarle unos tantos francos para el camino. Mucho hizo por llevarme á Atenas consigo, ponderándome la importancia de sus ruinas y del actual museo, resultado de las excavaciones que se hacen diariamente. Cuanto á idioma, díjome que nada tenía yo que temer, que de las lenguas extranjeras, la francesa era la que más se hablaba allí, fuera de que pronto me familiarizaría con el grie-

go. Por último, me aseguró que tenía un precioso vasito de barro cocido en forma de compotera, con figuras rojas sobre fondo negro, de puro estilo ático, firmado por Eufronio. Me ofreció mandármelo para que lo conserve como un recuerdo suyo. Dudo mucho que cumpla ni se acuerde más de mí, no obstante sus repetidas protestas de escribirme y conservar por siempre mi memoria: que estas amistades improvisadas, Néstor amigo, fácilmente se olvidan con la ausencia.

Adiós.



Tres cartas he recibido de tí, de fechas atrasadas las dos primeras, y á ninguna he podido contestarte. No tengo tiempo, Néstor; las más nobles facultades de mi alma están absortas. Hace unos minutos estuve allá ... Tengo todo el cielo en mi pecho, y es dulce dejarme ir cerrados los ojos en este mar de goces, y engolfarme en él ... Escríbeme, Néstor, escríbeme cuanto quieras, pero déjame vivir. Todos los mundos del universo no valen lo que vale el corazón! Es tan hermoso amar! Lágrimas de placer derramo. Sólo Dios infinito en todas sus perfecciones, ha podido darme un corazón como el que tengo. Yo ignoraba de cuánto era capaz, ni he podido comprender este arcano que llevo dentro de mí, esta fuente inagotable de emociones divinas. Sentir... No tengo tiempo, Néstor. ¡Nunca mi imaginación ha trabajado tanto! Y no extrañes esta manera de hablar: no sólo me he olvidado de tí, sino del pasado, del

presente, de cuánto me rodea, para entregarme con toda mi alma á la más noble de las criaturas. A veces me parece un sueño, que tanta felicidad fuera mentira: ¿y si de repente despertara? ... Ímpetus tengo de romper esta pluma: ¡que no pueda decirte nada! Quisiera ponerte su imagen por delante... quisiera grabar en este papel este fuego devorador en que ardo todo yo... ¿Quién lo hubiera dicho? Yo, que hasta hace poco tenía creído que la tierra no era más que un lugar de llanto. Me avergüenzo de haber juzgado así tan de ligero, y vivido tantos años ignorando estos arcanos del amor, del infinito... Dulce me es la vida, Néstor, quiero vivir, vivir eternamente para gozar por siempre del bien que adoro. ¡Y que haya monstruo que no la quiera! Sólo una cosa me preocupa, sólo una nube hay que impide que el sol de mi ventura brille con todo su esplendor. Pero lo principal es que soy feliz al presente, y que nada más quiero, ni á nada más aspiro fuera de ella. Véngame después lo que viniere ¿qué importa? ¡Clementina! ... bella mujer! sólo tú has podido llenar este vacío lóbrego de mi pecho. ¡Qué hermoso es el amar, oh linda Clementina! Divinidad solitaria, obra maravillosa del Hacedor supremo ¡Clementina!



Ayer, cuando te escribí, estuve medio enajenado, y creo que te envié una carta sin sentido. Estarás impaciente de saber lo que decirte quería. ¿Qué quie-

res? acababa de venir de allá . . . y mi pluma se estremecía conmigo. Tanta fe tengo en tu amistad, que cuando me siento acosado de tristeza ó arrebatado de alegría, tomo la pluma y grabo en el papel todas mis impresiones, como que tú eres el confidente de mis lágrimas y goces; y como se tropellan por salirse unas primero que otras, yo las voy tomando como salen, sin darme el trabajo de colocarlas en orden. Cuando veas cartas semejantes, perdóname: yo sé que siempre estás dispuesto á perdonarme.

¡Cómo ruedan y se entretajan los humanos sucesos, querido Néstor! cómo va el hombre, ciego por este laberinto de la vida, arrastrado por esa fuerza oculta que llamamos destino! Cosas pasan en el mundo, que por lisonjear nuestra ignorancia y vanidad, decimos son hijas del acaso; cuando en realidad son resultados de leyes sabias que no fallan nunca, dictadas por el Ordenador de todas las cosas. Libre es el hombre, es verdad, pero la libertad tiene sus límites, y más allá su naturaleza sigue obrando como parte de esa armonía universal que se escapa á la conciencia humana.

Seis años há que me hallaba tomando baños de mar en Chorrillos, la más preciosa perla de la costa peruana, adonde suelen salir las familias de Lima en verano. Como tú sabes, Chorrillos en el Perú, es lo que San Sebastián en España; lo que Dieppe, Niza y Biarritz en Francia: las delicias del estío; tanto más que de Lima allí todo es verjeles. A la entrada de Chorrillos, del lado que une esta ciudad con el pueblecito de

Barranco, y dominando la extensa bahía de Chorrillos al Callao; había una quinta de encantador semblante, cubierta de parras, rodeada de plátanos, melocotoneros y olivos. Eran sus dueños los padres de Julio, con quien, con tanta casualidad como fortuna di por aquí, como te llevo dicho. Mi permanencia en Chorrillos fué corta, dado que presto hube de regresar á mi tierra. Aunque corta mi amistad con las hermanas de Julio y sus señores padres, con todo, como mé guardasen grandes consideraciones gracias á mi tío, no sólo me recibieron solícita y amablemente las dos ó tres veces que á su casa fuí; sino que repetidas ocasiones me convidaron á frecuentarla.

En vía de conversación habíales hablado de cuánto gustaba yo de "El Salto del Fraile," promontorio batido por las ondas, escarpado y desnudo de vegetación como el Monte Himeto de Atenas, sito frente á la quinta al otro lado de Chorrillos; y adonde más de una vez, ora las tardes, ora las noches, dirigí mis pasos solitarios. Las tardes goza uno allí de un espectáculo magnífico, cuando puesto el sol del lado allá del mar, envía desde sus abismos rayos de luz que doran las nubes, matizándolas de tan variada y caprichosa manera, que en vano se esforzaría naturaleza en producir iguales arreboles en ninguna otra parte. Presente había tenido aquella familia ese pecado mío, y para la víspera de embarcarme de vuelta al Ecuador, me convidó á pasar la tarde en el tal promontorio, lo cual acepté con gusto. Puntual fuí en concurrir á la casa á la hora de la cita.

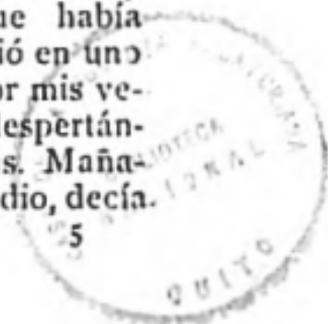
V Cuando salíamos, llamó una de ellas en alto un nombre que yo no conocía, diciendo á la vez: "Vamos, que ya es hora." Una voz dulce s'olió del huerto respondiendo. Curioso yo, tendí la vista á aquella parte, cuando en seguida asomé por entre el follaje una niña de unos dieciséis abriles y bella como un ángel. Había puesto el pico del canario entre sus labios, y le venía acariciando y diciendo mil requiebros: tal era el gusto de haber dado con su avecita que acababa de escapársele de la jaula. Era la niña, blanca y un tanto pálida, de un blanco de marfil nada común. Traía un vestido de muselina púrpura y adornada graciosamente la cabeza con una cinta de lo mismo: el cabello, negro como el ébano; los ojos, negros también, y el mirar, profundo como la noche, encerraba un mundo de gracia y simpatía. El candor y la inocencia que toda ella respiraba, realzaban sobremanera sus hechizos. Nunca la había yo visto en la casa, y supuse que sería alguna amiguita á quien habían convidado al paseo; más de la presentación, aunque no muy franca, inferí que aquella niña era uno como miembro de familia, bien que su apellido era extranjero. En efecto, más tarde me dió el nombre del país donde nació, lo cual fué añadir á mis ojos nuevos encantos á su hermosura; porque yo amo á su patria como á la Grecia, suspiro por su patria como suspiro por la antigua Atenas. Su patria es un edén, donde las almas delicadas y sensibles, sedientas de lo ideal, encuentran los más puros manantiales de belleza y poesía. Contentéme cuando me la presentaban con fríos cumpli-

mientos, y con darle á poco unas violetas, única flor que me quedó de las que había llevado.

Hermosa estaba la tarde aquella, despejado el mar, límpido y profundo el cielo, y el sol, en la segunda mitad de su carrera diurna, del cenit al ocaso, enviaba á la tierra en sus ondas de luz calor y vida. Como los padres de Julio no salieron, todos éramos muy mozos, y jugamos y chacoteamos con todo el buen humor y la confianza que inspira el campo: corriendo por las rocas, saltando grietas, viendo por dónde los despeñaderos eran más hondos, y por dónde el mar azotaba las rocas con más furia. El mismo Julio, con ser el mayor de todos y tener el carácter que tenía, se mostró alegre y complaciente. La muchacha andaba par ahí lijera como una cervatilla: sin embargo, más de una vez tuve ocasión de darle la mano en los pasos más difíciles ó que yo quería que lo fueran, y en uno de esos saltos me dijo con viveza: "Cuando estoy por aquí me siento libre como el viento." En esto llegó á nuestros oídos el lejano estampido de la mar embravecida, de la parte á donde nos encaminábamos; á poco de lo cual bajamos por una escabrosa pendiente, opuesta á la que da á Chorrillos, á un sitio junto á un juego de aguas sublime, donde el mar ostenta toda su pujanza, y donde el esqueleto gigante de las peñas carcomidas, atestiguan qué lucha secular ha sostenido con las terribles olas: cuándo son lomas en movimiento, que revientan y hacen temblar la tierra con sus detonaciones; cuándo espumosos torrentes que se atascan en profundos cauces y dilatan por

concavidades cavernosas, donde braman con el sordo rumor de cien leones bravíos. Allí nos sentamos á tomar nuestra fruta. Mi fortuna quiso que me tocara recostarme á los pies de la niña vestida de púrpura. Tres pescadores que cerca de nosotros estaban, acudieron á nuestro llamamiento, y sin hacerse de rogar nos ayudaron á despabilar los manjares con tan buena voluntad y apetito, que no se escaparon de sus manos ni los encendidos albaricoques, ni el bello dorado, vino fragante y delicioso. Me figuraba yo estar asistiendo á un festín de deidades marinas. Bendito sea el alto Dios, que en este mundo de misterios, tan viva fantasía nos ha dado.

Como ya el crepúsculo viniese, y tras el crepúsculo la noche, y el camino por recorrer no era muy corto, resolvióse el regresar; y llegado que hubimos á la cima del promontorio, sentámonos por recobrar aliento. Ya el sol, como el dios de las aguas, rodaba al abismo en su carro de fuego, y bien pronto las sombras se dilataron por el líquido horizonte. La última mirada del padre de la luz me pareció tan vaga y triste, que despertó en mi ánimo ideas melancólicas: sentí entonces todo el peso de mi situación y comprendí que amaba á aquella criatura. Había nuestra conversación de los dos ido más allá de lo que tú puedes imaginarte... su voz argentina y sus palabras resonaban en mis oídos, y ese "yo nací en una playa," que había salido de sus labios, se convirtió en un como filtro que iba corriendo por mis venas, acalorando mi fantasía y despertándome sensaciones nunca sentidas. Mañana debo embarcarme sin remedio, decía.



entre mí, y acaso para no volver. . . Acordéme de la pregunta que poco antes me había hecho : “ ¿ Y piensa Ud. volver á Lima alguna vez ? ” Miré como por vez postrera todas las cosas : no sé qué misterioso velo las cubría : y los barcos pescantes que asomaban á lo lejos, y las gentes que buscando sus conchitas se muestran y se pierden por las rocas, y los bañistas niños que juegan desnudos por la playa : todo todo, hasta la misma vaguedad del crepúsculo sombrío, adquirió á mis ojos un valor inapreciable. Élla, la niña, la candorosa niña, más hermosa aún, incomparablemente hermosa en ese instante, mirando al cielo, exclamó : “ ¡ Qué hermosa luna ! Volví la vista, y en efecto, la luna, grande y pura, se levantaba por el Oriente. Ay ! amigo, si los dioses me concedieran descubrirte mi pecho aquel momento . . . Había visto yo un astro en todo su esplendor, el que desapareció luego . . . ; y ver después aquel otro en el Oriente, que comienza á correr un espacio sombrío y desierto, cual viajero nocturno y solitario ! Eché una mirada á mi porvenir y me estremecí.

Llegados á la quinta, y alzados los manteles, salimos todos á una terraza que mira al mar, situada al borde de un despeñadero á lo largo del huerto : allí estuvimos en tertulia hasta que sonó la hora de despedirme. Pero la señora madre de Julio, no quiso dejarme ir sin que oyera antes un poco de música : Fuimos á la sala, y sentóse al piano la niña de púrpura. Al sentarse me lanzó una mirada, y tocó no sé si de propósito el “ Adió’s ” de Schubert, y cantó con tanto sentimiento, que mi espíritu se cubrió de un denso velo de tristeza.

! Tal fué la expresión de esa bella cuanto dolorosa frase del Adiós!

Honor y necesidad me obligó á embarcarme al otro día. El tiempo amaneció cubierto, y toda la naturaleza estaba triste. El adiós de la víspera sonaba en mis oídos como una campanada de agonía. A una media hora de hallarme á bordo de "El Puno," comenzó á andar la máquina, y el buque, á alejarse poco á poco del Callao: mis ojos, húmedos y fijos, no se desprendían de la quinta, que con la distancia se divisaba apenas; hasta que la convexidad del horizonte, cada vez mayor, la cubrió del todo: luego fueron desapareciendo sucesivamente Chorrillos, el Salto del Fraile, la Punta. Toda la costa desapareció y aun la isla de San Lorenzo y el cerro de San Cristóbal, y ya no veía otra cosa que las azules montañas de la sierra, en cuyas sombras vaporosas flotaba á los ojos de mi imaginación, aquella niña con su vestido púrpura y su flotante cabellera, tal como el día anterior la había visto correr por entre las rocas del promontorio. En vano mi razón me decía que era harto poco tiempo para haberme enamorado tanto de aquella criatura: en vano, porque mi corazón seguía sintiendo y pronunciando su nombre, porque no podía sacudirme de ese recuerdo del día antes, que tanto me acosaba, de nuestras palabras entrecortadas, de esa conversación corta pero imperecedera de los dos.

Nunca estuvo en mis manos volver á verla; pero los seis años transcurridos desde entonces, apenas pude, do amortiguar en mi pecho, aquellas divinas emociones, pues siempre he sus-



pirado por aquel día cada vez más lejano, como se suspira por la belleza ideal, por una estrella solitaria en el espacio oscuro.

Y querrás creer? oh misterio! y querrás creer que el día que pasé el río á visitar á Julio, me encuentro con que su esposa es aquella misma niña, quiero decir, Clementina? Conozco ahora su historia, y he tenido días que sólo en el paraíso puede haber iguales. Envíame, Néstor, envíame: no te puedo negar que soy el más dichoso de los hombres. Ahora, Clementina es madre, tiene una criatura que es un sol de hermosura, y á la que cien veces he besado. Y si vieras, Clementina no ha olvidado nada de aquel venturoso día, se acuerda de todo... Dios mío, acaba de entrar un impertinente: aguarda al siguiente correo. Nunca he visitado á este hombre, y siempre me viene á ver, aunque sabe que no le recibo con los brazos abiertos. Hay gente para todo.

La casa de Clementina, te lo he dicho, está en una lijera eminencia, frente á la mayor de las islas: tiene un mirador de donde se dominan las playas y las colinas con sus numerosas quintas. La primera vez que fui á visitar á Julio, fué una tarde serena y radiosa, cuando el sol bañaba las copas de los árboles con una lluvia de oro, al tiempo que por las faldas de las montañas hacían las sombras un contraste poético, y los mirlos entre las ramas cantaban alegremente. Una avenida de

olmos me condujo á una gran puerta de verjas de hierro dorada y cubierta de enredaderas. Pasado que hubo la puerta, seguí en derechura por entre un bosquecillo umbroso á un jardín con dos surtidores, que está delante de la azotea de la casa. Cuando por ahí reparé hermosa como el alba, una mujer vestida de blanco, sentada gravemente al pie de un viejo tilo: no bien hube dado unos pasos adelante, cuando reconocí en aquella mujer á Clementina. Se había bañado aquel día, y su undosa cabellera le cubría las espaldas. La brisa parecía jugar con ella, según que le llevaba unas hebras de su pelo por el rostro. Es bella como una visión paradisíaca. Un tropel de encontrados pensamientos agitó mi ánimo en ese instante. Tan embebecida estaba en la lectura de su libro, que llevó susto al ver de repente delante de sí un desconocido. "Perdone Ud. mi sorpresa, dijo recordando su serenidad al punto en que me conoció: tan lejos de aquí se hallaba mi espíritu, que ni le he sentido que entraba." No sé lo que le respondí: tan fascinado estuve, que me figuré que un espíritu benéfico me había transportado á un mundo ideal. Ya ella había sabido que yo me hallaba en Meudón, porque Julio le había contado, y aguardaba mi visita. Quién lo creyera? ¡seis años bastaron á transformarla! Y esa muchacha inquieta como una ardilla, lijera como una cervatilla, trocóse en una mujer tranquila y grave que acaso había sentido en su seno el sordo murmullo de toda una generación. Verdad que su niñez no fué todo alegría á lo que ahora sé. ¡A los seis años corridos, cuán otra

se ha vuelto! La pureza virginal y la maternidad se dan la mano en ella, y una noble serenidad se admira en toda su persona, que le obliga á uno á mantenerse á cierta respetuosa distancia, á la vez que atrae irresistiblemente su presencia. Julio había salido á las vecindades, de donde debía volver luego. Cuando me invitó á la sala, yo le rogué que me dejase gozar de las delicias del jardín, á lo cual accedió, y me hizo sentar á su lado. "Como me he criado en medio de árboles, dijo, dondequiera que voy busco su compañía". No acababa de decir esto, cuando se me presentó por delante una escena infantil de lo más seductor que puede uno imaginarse. Tres lindas criaturas de mayor á menor, sobrinitas de Clementina, asomaron corriendo por el vestíbulo de la casa: el primero, que frisaba con los diez años, llevaba sofocando entre sus brazos un perrito faldero: la segunda, de ocho años, le pisaba los talones gritando y alegando que el perrito era suyo; y á su vez, Eugenia, la menor, que es un dije y la que más se parece á su tía, alegaba en su favor llorando; pero atrasóse mucho la pobrecita, á causa que tuvo que bajar despacio y de lado las gradas de la escalinata. Mientras tanto, el bribonzuelo de Miguel Ángel, que así era su nombre, había pasado ya por delante de nosotros hecho un saeta. Clementina se paró á agarrarle al paso, pero en balde: él, más listo que ella, hizo á tiempo una curva y se escurrió por medio de los árboles. Yo me moría de gusto de ver aquello, y ella, bien que un tanto enfadada, celebró conmigo las cóleras y vocinglerías de las unas, y la

risa y travesura del otro. "Mono, muy mono es este muchacho, dijo ella, siempre se complace en hacer llorar á sus hermanitas." Eugenia no tuvo otro recurso que acudir al llamamiento de su tía, en cuyas faldas ocultó el rostro llorando. El alma se me iba por cogerla y agasajarla, pero imposible, porque cuando lo intenté, me rechazó colérica, y sólo al cabo de una buena pieza, y gracias á lo que de mí le dijo Clementina, se dejó besar y enjugar el llanto con mi pañuelo. Aquella tarde me rogó Julio le acompañara á comer en su casa, y al despedirme por la noche, comprometióme á volver al día siguiente, para irnos todos juntos al baile á que estábamos convidados. Al otro día encontré á Clementina rodeada de sus sobrinitas, que le hacían bulla como un nido de gorriones, imponiéndole, para quedarse, mil condiciones que eran aceptadas á bulto, con tal de cumplirlas eso sí, todas á la vuelta. En eso estaban, cuando sonó afuera ruido de coche. ¿Y esa bella Clementina ya está lista? hablaron en seguida. Era la señora X, su casera y vecina, parienta del dueño de la función. Venía con su hija Genoveva, joven muy apuesta y vivaracha, pero pequeña de cuerpo, flaca, coqueta, vana y un tanto tuerta aunque agraciada. Se saludaron besándose en ambas mejillas, y después de otros cumplimientos del caso, me presentaron á la señora é hija. En tanto que se ponía Clementina sus blancos guantes hasta encima del codo, contaba á sus amigas las muchas cosas buenas que iba á traer á sus sobrinos, lo cual lo hacía por acabar de engañarles, si bien el bellaco de Miguel Ángel

parecía sonreírse socarronamente. La señora X brindó su coche á Clementina, en el cual me tocó entrar á mí, lo mismo que á Genoveva y una criada que llevaba á Carlitos, hijo de Clementina. Entraron en él otro la señora, Julio y su hermana Teresa. Hacía rato que habíamos pasado el puente, y estábamos ya para voltear la loma, cuando rompió el silencio Genoveva: “Estos días los he pasado soñando—dijo la charlatana, dándoselas de entendida en achaque de literatura, y viéndome la cara, como quien iba á deslumbrarme con su inteligencia y su saber—estoy leyendo unos dramas tan ingeniosos, que merced á su gran mérito, han llegado á representarse muchas noches de seguida en el Casino de París y en Chatelet.” Y para probarnos lo buenos que eran, hízonos saber cómo aparecían en ellos amores locos, mezclados con celos y con duelos; sonambulismos, cuchilladas, incendios, cavernas tenebrosas con monstruos adentro, y montañas de diamantes, y edenes donde ríos de miel corrían en medio de una eterna primavera. “El libro que he leído estos días, dijo Clementina, me ha impresionado sobremanera: ¡qué de recuerdos ha despertado en mi alma su lectura! Divino Michelet, amante de la soledad y de las selvas!” Cual divina inspiración cayeron sobre mí estas palabras suyas: entendí al punto que hablaba de la obra del gran francés intitulada “El Pájaro.” Conmovióse la mujer y habló con gran pasión de este libro, y con mucho acierto lo juzgó, citando de él los más patéticos pasajes. Como cruzábamos ese momento el bosque, parecióme palpar la realidad de aquel ma-

ravilloso mundo de las aves, de que habla Michelet; pues sonaba en mis oídos el canto sublime del ruiseñor. Recordé de aquel pasaje triste de aquella huérfana ilustre, que principia: "Soy nacida en el campo"... La imagen de Bernardino de Saint-Pierre, como un relámpago cruzó mi mente, y mi fantasía, desenfrenada ya, recorrió en un instante el promontorio del Heye, las selvas silenciosas y profundas de la Bretaña; los trigales, verjeles y vendimias del mediodía de Francia. Pero qué! para ver el alma tebril de Clementina en su semblante, fué necesario que recordara lo que Michelet dice de aquel país venturoso donde ella había nacido. Vibró mi corazón fuertemente á esa como evocación de tan augusta sombra hecha por un ángel. Sólo Italia, "esta gloriosa nodriza de la Francia", pudo brotar esta mujer divina. Una huella profunda había dejado en su pecho el libro de Michelet: llena, llena estaba del amor de la naturaleza y de su patria, y yo ardía con ella, y con ella amaba cuanto ella amaba: los Apeninos, Florencia, las playas del Arno, todo. Al cabo de rato de silencio siguió la conversación, que después de algunas vueltas y rodeos, cayó sobre la bondad y excelencia de la música.

—¿La música y el baile, dijo Clementina, serán entretenimientos frívolos, que ninguna huella dejan tras sí en el corazón humano?

—Si no son entretenimientos, ¿qué pueden ser? dijo Genoveva.

—Hay algo más en ello, replicó la Italiana: Un arte cuyo fin es exprimir el alma humana, seguramente lleva en sí

algo que vale más que un mero pasatiempo, y para mí la música y el baile son tan bellos y tan nobles como su hermana la poesía.

Yo, que había oído la música de Wagner... Ese Sigfredo, personaje extraño, venido al mundo en el seno obscuro de una selva; yo, que la noche antes había visto en el Tannhäuser esa danza febril de ninfas y bacantes junto á la gruta de Venus... Los más elevados pensamientos, las más delicadas emociones que había experimentado en el teatro, renováronse en mi interior á estas palabras de la bella florentina. Desde que el soplo de Dios pasó cual benéfica tempestad por sobre mi cabeza al escuchar las sublimes sinfonías de Beethoven; desde que hube sentido correr por mis venas el filtro mágico destilado por ese grande elaborador el vate de Bayreuth; y hube penetrado en fantásticos mundos salidos de la infinita Belleza á las evocaciones del dios de la poesía, y escuchado en las vírgenes y brumosas selvas de Ossian los cánticos alzados al cielo por las sombras misteriosas de los Eddas... Yo, que tanto y tanto había sentido avasallado por ese encanto mágico de la armonía. ¡Oh Néstor! el sólo recuerdo me enajena! Yo la miraba con pasión á Clementina, yo la admiraba. "La música, á mi entender, siguió diciendo con mayor vehemencia, es el resorte más poderoso con que cuenta la naturaleza en sus arcanos para unir á todos los hombres por el amor y el sentimiento, y hacerles columbrar esos horizontes desconocidos adonde el hombre se encamina. La música es hija de la humanidad; pues ella

brotó espontáneamente como una planta silvestre donde quiera que el hombre existe; y yo aseguro, y tengo fe en lo que digo, no gozará el hombre de todo el bien y el deleite á que en la tierra está llamado, sino cuando la música haya penetrado á lo más hondo de todas las conciencias." Yo me había figurado hasta ese día, que una mujer, por nobles que fuesen sus sentimientos, nunca llegaría á hablar de tan elevada manera. Clementina me infundió gran respeto, y me sentí como humillado á su presencia, pero al mismo tiempo, envanecido. ¡Ser ella la mujer á quien yo amaba! Sus palabras me habían dejado absorto, y no volví en mí sino cuando, llegados á la quinta, paró el coche. Unos caballeros, miembros de la familia de la casa, se acercaron solícitos á los coches, y dieron la mano á las señoras. Cuanto á mí, de gran esfuerzo de ánimo hube menester para salir de ese enajenamiento y andar convenientemente cumplido con los caseros, que nos aguardaban en la primera sala. Desde el vestíbulo estaba la casa iluminada y adornada de palmeras y otras plantas verdes, y en los salones veíanse arañas y lindas estatuas que hacían de candelabros, y muchas flores sin aroma pero bellas. Las infinitas luces y las muchachas vestidas ora de blanco, ora de rosa, ya de grana, ya de oro, cuándo de azul celeste; en perspectiva infinita se repetían cien veces en todas direcciones, inercid á la ilusión óptica de los espejos. Era aquello un cielo. El buen humor de los mozos, la gracia y coquetería de las muchachas, el talante culto y amable de las señoras de edad; todo contribuyó á hacer agradable

la reunión. Tras nosotros iban viniendo otros y otros convidados; cuando por último llegó, con gran ruido de ruedas y caballos, una dorada carroza manejada por elegantes lacayos de librea. "Es el señor Fulano, dijeron, noble de Ville-d'Avray, que viene con su hija." Él trae carmín en los labios, peluca en la cabeza, diamantes del Cabo al pecho, y un carbunclo oriental en el meñique; ella, ricamente vestida, pecho y brazos desnudos, traía al cuello una gargantilla de gruesas perlas orientales, con estrella de diamantes en el centro; de tocado, una diadema de diamantes azules y topacios, y sobre los hombros, un regio manto forrado de armiño y sostenido por una cadena de pedrería: entró en el salón afectando la majestad de una reina, y haciendo con boca y nariz un gesto de soberano desdén, que parecía decir: "Yo sobre todas." Y tanto mayor fué el contraste, cuanto que las otras señoritas no tenían ese lujo deslumbrador. Pues si bien se veían rasos, terciopelos en sus vestidos, gasas, muselinas de seda, finísimos holanes; cintas, encajes de Venecia, brillantes lentejuelas, hermosas flores; con todo, casi ninguna llevaba joyas en su cuerpo; que la más pródiga en ellas fué una elegante señorita, que traía suspendida del cuello una linda cadena de perlas negras, que bajándole hasta la cintura, sostenía por el otro extremo un ramito de rosas en el seno izquierdo. Mas no creas que la entrada de estos señores vaya á ser un contra-tiempo para nadie: cuchicheos é irónicas sonrisas han menudeado sobre todo entre los más listos mozos; el buen humor se ha aumentado y el baile va á

comenzar con verdadero entusiasmo. La orquesta rompió á tocar una polca, la alegría brilló en todos los ojos, y todos nos pusimos á danzar. Yo saqué primero á una hermanita del dueño de la fiesta, muchacha muy simpática, con quien hubiera querido portarme más cumplido y galante que estuve: saqué luego á una segunda, luego á una tercera, siendo ésta más fea que otra cosa, y sobre todo muy pesada por demasiado gorda. Mientras tanto buscaba yo con los ojos á la florentina: la decente sencillez de su hermoso vestido, esa curvatura de los pies y la cadencia en el movimiento; esa gracia sin par con que llevaba la cola, descubriendo esos bajos de seda encendidos... Me daba fiebre. Una joven le dijo al paso una galantería, á lo cual volvió ella la cabeza á responderle, y lo hizo con elegancia tal, que no he visto en otra mujer, por hermosas que haya visto. A veces, cuando se me perdía entre las otras parejas, la veía en los espejos, la veía repetida cien veces en torno mío; ya se iba, ya venía... Yo no sé de qué materia superior soy hecho, que las formas perfectas de la mujer me enajenan, pues no te puedo explicar lo que sentía al verle ese cuello, ese busto de reina. Su airoso talle me traía al pensamiento esas concepciones delicadas y esbeltas de Lisipo. Yo estaba impaciente de bailar con ella, y aprovechándome de un valse que tocaban, me acerqué á sacarla. "Contento estaría usted —me embromó con mucha gracia— cuando danzaba con la fulana", refiriéndose á una ñata madura que se adorna la cabeza como una de diez y ocho, y presume ser bonita. "Y lo peor es, le

respondí, que lo ha hecho más largo de lo que hubiera querido". Y en diciendo esto nos enlazamos, y al ceñirle el brazo en torno á la cintura por la primera vez, corrientes de divinas sensaciones cruzaron mi cuerpo. Pausados al principio, luego fueron apresurándose los compases, y las parejas entonces menudeaban cada vez más su cadencioso movimiento: sentía yo que el vaivén de la sangre se me iba acelerando. Ya suben ya suben las olas. En esto, una pareja, como huyendo de la tempestad que ya le cogía los talones, renunció al baile y fué á sentarse: vi que lo propio hacían otras, y que miraban con atención á mi compañera. Había gran espacio; estaba yo como electrizado, y bailaba con mayor agitación: y cuando la de la orquesta llegó á su colmo, y los bajos bramaron; entonces, entonces llegó para los dos el momento supremo. Oh Néstor! si puedes comprender, comprende! ¿qué locura, qué torbellino es este? Girar en torno de la sala y sobre nosotros mismos con la vertiginosa rapidez de las esferas celestes! Sentir, sentir ese momento lo inmenso del espacio y lo intenso de la vida! Mi fantasía ardiente rompió las paredes de tan estrecho recinto, y Clementina y yo, en torbellino volamos por el espacio sin fin. Mis mejillas sintieron el fuego de las suyas, y su aliento me embriagaba... ¡Oh divinas sensaciones de un instante! En vano llevo los ojos á aquella noche...

Pasada la tempestad: "Quedan desquitados los años que no he bailado", dijo: me manifestó que estaba cansada, dimos unas vueltas paseando por la sala, y se sentó. Brindéle en seguida del

aparador un vaso de jarabe de frambuesa, que en ese calor fué recibido de muy buen grado. De los jóvenes del sexo feo, mientras unos seguían bailando, otros salieron á fumar á la azotea. Dos señoritas, asidas de las manos, pasaron al tocador, huyendo de la luz demasiado viva de los salones, á respirar ese ambiente perfumado de las flores. Y no faltó alguno que se quedó sentado, prendido del oído de su ninfa, que ora abría ora cerraba el abanico, ya por coquetaría, ya por ocultar, tras esa mariposa de cien visos, sus sonrisas y respuestas amorosas. Una señora viuda, algo jamona, pero de muy excelentes prendas, tenía entre las suyas la mano de Clementina, al tiempo que conversaban. Nada alcancé á oír de su conversación, sino que Clementina, respondiendo á no sé qué cargos que su amiga le hacía, le dijo entre otras cosas: "La mujer casada no es dueña de sí misma". En eso iban á tocar la contradanza ó *cuadrilla* inglesa, y yo me apresuré á sacar á Clementina; quien se me excusó con mostrarme en su libretín el nombre del joven que la había comprometido de antemano: pero sí me reservo, añadió, á danzar con usted la próxima cuadrilla americana. Sentéme á su lado mientras tanto, cuando en eso asomó de por ahí un vejete ochentón, que sobre ochentón es tonto, y más enamorado que un mozo. Y con aire de remirado mozalbete, se acercó á Clementina á convidarla para la contradanza americana del mismo número que estaba ya marcado con mi nombre. Pero se frunció el viejo, y me miró como un basilisco, cuando ella le respondió que se había ya comprome-

tido á hacerlo conmigo. “Usted me ha salvado—me dijo ella, cuando el viejo chocho se hubo retirado—no sabe usted cuánto me repugna este hombre”. Clementina tenía razón. Su oído delicado no podía soportar los floreos impertinentes que acostumbra ese viejo que jamás ha querido á nadie, pero que se las da de enamorado de cuantas son las muchachas bonitas, y se ha declarado competidor y enemigo mortal de los mozos, él, el vejete—pergamino, que no tiene otra recomendación á los ojos de las damas, que el usar como usa todos los cosméticos habidos y por haber, y llevar como lleva peluca y dientes postizos.

Rompió al fin la música en la contradanza americana. Yo no sé, Néstor, qué pudo más en mí aquella noche, si el donaire de su cuerpo delicado, ó el alma que le brillaba en esos lindos ojos negros. Y cuando le daba la mano y abrazaba la cintura... En el molinete y en la tercera figura, no por otra cosa me gustaba ese cambiarse de damas, que por volver á encontrarla y estrecharla una vez más entre mis brazos. ¡Y cómo se perdía en esas vueltas y revueltas, y volvía á aparecer para volver á perderse! Y cómo la seguían mis ojos!... Parecía aquello un torbellino, é ímpetus tenía yo de arrojarme en ese torbellino. Su figura elegante avanzaba hacia mí. Y era de verse con qué majestad y gracia sabía hacer la venia. Genoveva danzaba con nosotros: es mujer mala, irónica y envidiosa por naturaleza: más de una vez me había abierto unos ojos muy grandes, y cuando en una de las figuras le tocó pasar delante de

mí, me dijo de manera que oyese Clementina: "Casada es," refiriéndose á la italiana. Desde luego recibí como una broma estas palabras, pero bien pronto hicieron en mí tal efecto, que la picadura de una víbora no me causara mayor daño. Como si me hubieran quitado una venda de los ojos miré á Julio, en quien antes no había pensado, y horroricéme á su presencia: su imagen comenzó á perseguirme desde entonces, y yo á huír de esa imagen como de un salteador nocturno. En tan breves instantes qué de ideas me acometieron ... Infeliz Abelardo, decía entré mí, Clementina es casada, y nunca jamás podrá ser tuya. Miré á mi porvenir, y era negro como la noche, y me estremecí, y una lágrima, Néstor, una lágrima de fuego rodó por mis mejillas. Sentí que la amaba con pasión, pero ví también que mi amor por tal camino iba á parar al abismo ... ¡Adiós alegría, adiós inocencia! dije á pesar mío en lo más hondo de mi pecho. Acordéme de lo que poco antes había dicho Clementina: "La mujer casada no es dueña de sí misma," y estas palabras, que tan bien me sonaron al salir de sus labios, me parecieron después una sentencia contra mí.

Mientras tanto, las horas habían volado, el buen humor de todos llegó á su colmo, y el entusiasmo se convirtió en delirio: todos bailaban, todos, que hasta los más fríos que estaban á las mesas de juego, aumentaron la animación, poniéndose á bailar con agitación tan frenética, que más parecían poseídos que danzadores. En eso una señora muy entrada en sus cuarenta, pero que con su carácter gracioso y alegre todo lo

animaba ; pidió que se bailara la farándula de Provenza, á lo cual respondieron los demás que ello era parte de la misma contradanza americana, y que ya llegaría su tiempo. Efectivamente, las contradanzas se unieron entre sí, y formamos todos una sola cadena. Al punto y como por vía de encantamiento, iluminóse bellamente el jardín con la luz eléctrica que en caprichosas formas había estado preparada de antemano. Yo bendecía estas felices improvisaciones que me permitían por más tiempo estar me junto á ella, asiéndola de las manos, ciñéndole la cintura, enlazando mis brazos con los suyos. La cadena, formada de todos los colores del iris, comenzó á serpentear como un rayo por el salón, haciendo mil figuras, según la caprichosa imaginación del que llevaba la batuta. Pareciónos el salón estrecho : recorrimos las piezas inmediatas, bajámos la escalera, y dimos en el jardín, que vino á ser el teatro de este como torbellino, donde entre otras cosas hicimos caracol ; y Clementina y yo vinimos casualmente á ser el centro de la figura. La Italiana en el jardín estaba divina. Su criada, por temor sin duda de un resfriado en su señora, echóle una mantilla de encaje á la cabeza, y esa mantilla tanto aumentó sus hechizos, que el joven que hacía de guión, cuyas miradas había clavado desde un principio en ella y despertado en mi pecho los celos y la rabia ; este joven, deseoso de ensalzar cual merecía su belleza, aprovechóse de la autoridad de que estaba investido para terminar la farándula haciendo en alto esta pregunta inesperada : ¿Cuál me decís que sea la Atenas de la moderna Europa ? ¡ Flo-

rencia ! respondieron todos á una. Pues bendita sea la Atenas italiana—añadió el joven mirando á Clementina—que de sí tantas y tantas maravillas ha dado : á lo cual todos respondieron lo mismo con igual entusiasmo y con aplausos ; pues aunque las demás señoritas entendieron la intención del mozo, con todo eso, no se disgustaron de ello, sino que le dieron la razón, porque ellas mismas la admiraban.

Allí se dió fin al baile, que ya nadie quiso volver al salón, gustosos como estaban en el jardín, donde en vía de descanso y formando grupos aparte, se pusieron á pasear debajo de los árboles.

Hermosa estaba la noche aquella : el aura de la mañana, el aroma de las flores, la profundidad del firmamento, el silencio de la naturaleza, el estanque misterioso que á los rayos de la luna brillaba al través del follaje ; todo convidaba al hombre á un santo recogimiento : Clementina atraída sin duda por tanta poesía, se apartó del jardín y paróse al pie de una peña de forma de pirámide, donde, el codo sobre una roca, se puso á contemplar las aguas de un manantial, que al punto de nacer se introducen dentro de la tierra, y van á reaparecer en abundante arroyo más abajo, desde donde corren entre malezas al estanque. Parte á la sombra, parte al claror de la luna, aquella mujer parecía una sacerdotisa, y me acerqué á ella con religioso temor. "Así es la fuente de Vaclusa" me dijo emocionada, haciendo alusión al solitario cantor de la bella Laura : después de lo cual me habló de Avignon y el Ródano, parajes que había visitado ella. ¡ Cuán de ex-

traña manera resonaba en mi interior ese momento el melancólico murmurio del manantial!

~~~~~

Pero ¿adónde me iba con mi relación? á cada paso me extravió. Quisiera tener la calma del filósofo para ser consecuente en mis actos y mis cartas, y darte cuenta circunstanciadamente de cómo paso las horas por aquí. Pues al terminar del baile, aquella señora alegre de quien te he hablado ya, tuvo la ocurrencia de que se sacara en el jardín á la luz de la electricidad, un grupo de fotografía de todos los concurrentes, á fin de conservar, dijo, un recuerdo de este baile. Todos aplaudimos la idea, y el Doctor Lorentz, su hijo médico, pero más fotógrafo que médico, recién llegado de los Estados Unidos, sacó una buena máquina americana Kódak y nos retrató. Ya me imagino ver en el grupo esas caras risueñas de todos, unos en pie, otros sentados en el suelo, cigarrillo en boca, á los pies de sus damas, las cuales no sabían qué hacerse por salir en fotografía más hermosas que lo eran. Clementina quiso quitarse para el grupo la mantilla: Eso no, dijo uno de ellos, que las leyes francesas lo prohíben, y así la asentaron al fondo del cuadro en uno como trono, bajo un dosel de arbustos. Acabada la función, unos aceptaron las camas que ofrecían los caseros, y otros resolvimos irnos cada cual á la suya. Era noche todavía, y la luna dominaba en el firmamento. ¿Cómo atravesamos el bosque? Tan sumido iba mi espí-

ritu en un mundo de ideas y de ensueños. Y cuando divisé la playa y ví la quinta de Clementina brillar vagamente en medio de árboles oscuros... Oh, Néstor! á durar por siempre estas divinas emociones, nunca más suspirara por mundos más venturosos que el terrenal! Llegados al puente me despedía de ellos, pero Julio se empeñó en que me quedase á dormir en su casa, lo cual hube de aceptar, dado que la mía no estaba cercana, y por el sendero por donde debía subir no caben coches. Cuando desperté, bien entrado el día, recorrí con la vista el recinto en que me hallaba: era el cuarto donde Clementina acostumbraba coser. El canto de las aves del jardín junto con los rayos del sol entraba por la ventana. Su costurero estaba ahí delante de mi cama, y al lado de unos calcetines que hacía para Carlitos, ví de ella una camisa de dormir con encajes pegados en parte. Mis ojos se clavaron en esa camisa. Largo tiempo pasé en la cama inmóvil, recorriendo con la vista cuánto á ella pertenecía. Por ahí rodaba un pañuelito de batista. ¡Qué momentos aquestos, Néstor, qué momentos aquestos, que no vuelven para los corazones que no aman sino una vez! Qué uno es hallarse en la plenitud de la gloria, donde nada nuevo hay que esperar, y otro, hallarse á los umbrales de esa gloria, á la entrada de un horizonte dulce y misterioso, donde á cada paso que das recibes impresiones nuevas, y sin saber cómo ni cuándo, en un enajenamiento superior, seducido por no sé qué fuerza oculta, te encuentras de repente en un mundo que no es este mundo, sintiendo lo que nunca has sen-

tido, soñando lo que nunca has soñado. No sé por qué me conmuevo tanto en este rato. . . Bendito sea el alto Dios, que en el fondo de esta obscura cárcel que llamamos cuerpo, haya puesto una chispa de su divina esencia, que nos hace capaces de amar y experimentar emociones que nos ponen al igual con los ángeles del cielo.

~~~~~

Estoy perdido, Néstor. Qué indiferencia de cuánto me rodea! qué ingratitud con cuántos se han dignado favorecerme con su amistad! Ni visito, ni quiero que nadie me visite: lo pasado es como si no existiera; lo presente es el todo para mí. Llámame egoísta, dí lo que tú quieras; á nada aspiro ya sino á volverme todo yo sentimiento. ¡Qué impresiones Dios mío, qué impresiones! de cuánto es capaz el corazón humano! El hombre es un abismo. Ahora, no tengo otro deseo sino que las horas y los días pasen para volar á ella, y las horas son eternas y no pasan. Cómo! Yo en París? exclamo de pronto: salgo de casa, vago por las calles, discurro por entre las multitudes, y este hombre-máquina no hace parte de esas multitudes, ni recibe de ellas impresión ninguna, porque ni ve, ni oye, ni siente, careciendo como carece de potencias y sentidos para todo lo que no es su Clementina. Me pongo á pasear en mi cuarto, me agito, doy vueltas y revueltas, y todo mi pensamiento está en ella. Cuando en los momentos de mayor calma tomo un libro, lo leo y lo

releo, y á cabo de una hora no he volteado una hoja: de grande esfuerzo hé menester para fijar la atención en la materia que leo. Esta mañana, por ejemplo, tocóme ver en un libro de Derecho Natural, que casualmente vino á mis manos, el capítulo que trata del matrimonio. Ví la palabra matrimonio, y allí fué mi divagar, allí mis hipótesis sin fin: si fuera ella soltera . . . si fuera mi esposa . . . si Carlos fuera mi hijo . . . ¡Tener por esposa á la más linda de las mujeres! verla unida á mí por el lazo indisoluble de un hijo, y poder con derecho decir: ella es mía . . . Pensaba en cómo le educaría á mi Carlos yo mismo en persona, en cómo trabajaría, en cuánto haría por ella, y me parecieron un monstruo de maldad los malos maridos, é indignado exclamé, ¡malvados, criminales! . . . Cuando volví en mí de este como delirio, cerré el libro y me salí á la calle con mi cerebro hecho una fragua.

V

PARÍS.

Querido Néstor: No necesitaba tu carta de recomendación para servir como he servido á la familia N. Son mis paisanos, y eso me bastaba, fuera de que tenía yo para con ellos hartos motivos de gratitud. Hoy partieron para Alemania en el tren de las cinco, que van á hacer su residencia en las riberas del Elba, quiero decir, en Hamburgo.

Me queda la satisfacción de haberles acompañado por varias partes siquiera estos tres últimos días. Ayer, por ejemplo, fuímos á Fontenebleau, donde vimos

muchas cosas buenas, recorriendo su palacio, sus jardines y sus inmensos bosques, después de lo cual volvimos muy contentos á nuestras casas.

Pero te aseguro, Néstor, que hubiera pasado momentos mucho más gratos, si un tal Victoriano, pariente político de la dicha familia, hubiera hecho el favor de quedarse en su casa, que poquísimos hombres conozco tan necios como aquél. Es este mozo un antiguo condiscípulo mío; mas era en el colegio, te diré de paso, uno de esos estudiantes que por desgracia abundan en mi tierra, que quieren ostentar gran capacidad intelectual con decir que nunca se cuidan de sus tareas de estudiante: para ellos, llevar libro á las aulas, cosa vergonzosa; estudiar una lección, propio de bobos: bástales pasar la vista por los libros para digerir las más peliagudas tesis de filosofía. Desgraciadamente tan preclaros talentos resultan á la larga una nulidad y no servir para maldita la cosa. Además de eso, tenía este mi condiscípulo la virtud de huírse de su casa frecuentemente, hasta que un día alzó el vuelo tan alto con dinero de sus señores padres, que no paró sino en Nueva York. ¡Y digo si ha llevado vida de penitencia el tiempo que habita esa ciudad! petardista, jugador, falsificador de documentos. Su padre siempre le está mandando buenos dineros y consejos dignos de un hombre muy de bien y trabajador como él es; mas mi Victoriano se aprovecha de lo primero, echa al fuego lo segundo, con carta y todo, y siempre está debiendo á todo el mundo. ¡Pero qué necio estuvo ayer, Dios misericordioso! qué hombre tan empalagoso y lleno de presunción!

si era para sacar de sus casillas al mismo Job si le oyera. Es el más encarnizado enemigo que conozco de la raza latina: qué digo enemigo? las naciones latino-americanas y del mediodía de Europa le inspiran el más profundo desprecio. Según él, no pasará mucho que la raza anglo sajona llegará á dominar sin contrarresto el orbe todo, extendiéndose por toda la redondez de la tierra y sofocando en su seno cuanto extraño sea á la sangre que corre por sus venas. Raza que va degenerando día por día, dice hablando de la nuestra, y que lleva dentro de sí el germen de muerte de una manera fatal. Para él un ecuatoriano vale ménos que una araña. No digo un ecuatoriano, un francés, un italiano son gente que le inspira repugnancia. ¡Y si vieras el tono y manera que emplea en sus discursos! es la sabiduría hablando, es la infalibilidad sentenciando.

Despreciar á todo un pueblo, es propio de almas torpes y atrevidas; ¿y qué diremos del que insulta á una raza entera sólo porque ignora su historia en lo absoluto? Noble raza latina! musa sublime y soñadora! soplo divino, que como los cálidos vientos del Ecuador te extiendes á las heladas regiones del espíritu, y moderas y templas el rigor y dureza de los pueblos del Norte. Raza latina! llama que todo lo abrazas, fuego que todo lo depuras, fuente inagotable de sentimiento. Raza latina! el vaso de la vida lo tienes rebosando, y lo derramas con profusión por dondequiera. Y tanta conciencia tienes de tu pujanza, y tanta soberbia, que no quieres vivir sino entre dioses sacados de la nada por tu volun-

tad soberana, al fiat de tu omnipotencia creadora. Un día, el genio de la Grecia, cansado ya del Pindo, levantó el vuelo y cruzó el espacio por sobre el Adriático y el mar Jonio, y ahora le vemos revoloteando por las alturas de Italia, de Francia, y la Nación de las Columnas de Hércules. Y ya no son los Fidias y Policletos; ya no los Polignotos, los Zeusis, los Apeles: son los Miguel-Ángeles y Juan Goujones; son los Ingres y Davides; son los Goyas, Murillos, Riberas y Velásquez; son los Leonardos y Rafaeles, por cuyas venas corre el licor de los inmortales, cuyos cerebros están iluminados por la luz de lo ideal, y en cuyos pechos arde el fuego de la divina inspiración. Raza latina! quién sino ella ha levantado al Señor esas sublimes catedrales góticas, cuyas bóvedas se lanzan á las nubes, desafiando al rayo con sus altos y agudos chapiteles? ¡Qué variedad de estilos, qué bellos y maravillosos monumentos! Ven á Chartres, á Amiens, á Nuestra Señora; al Louvre, á la Grande Ópera en Francia; ven á Venecia á la Plaza de San Marcos en Italia; ven á Florencia á la Tumba de los Médicis; ven á Roma á San Pedro y la Capilla Sixtina, y verás de cuánto y cuánto ha sido capaz esta sublime raza! Cuando pienso en Atenas, no puedo menos que pensar en Roma, en Florencia, en París, en estas excelsas ciudades de nuestra excelsa raza greco-latina. Pero nunca jamás se me ha ocurrido pensar en Londres ni en Berlín al mismo tiempo.

El Famoso Rubens más es latino que germano. Y ¿qué sangre corre por las venas de los Dantes y Petrarcas, de los

Ariostos y Tassos; qué de los Camoëns, Herculanos, Cervantes y Calderones; qué de los Molieres, Corneilles, Hugos y Racines?

No se crea, nó, que hemos de negar por eso á la Inglaterra su Byron ni su Milton, su Shakspeare ni su Reinolds; á la Holanda, su Ruysdael ni su Rembrandt; á la Alemania, su Klopstock y su Schiller, su Gœthe y su Durero. ¿Ni quién se atrevería á negar á aquella gran Nación sus tres ideales: filosofía, música y poesía? quién le niega la gloria de haberse internado por esos impenetrables y maravillosos mundos de la armonía, y recorrido todas sus faces, y que es allí donde nació la sinfonía? qué músico podría compararse con Beethoven? quién sino Gluck, quién sino Wagner son los regeneradores del Drama Musical, en que Música y Poesía se vuelven á encontrar á los siglos de haberse separado en la antigua Grecia; drama en que el hombre se completa despertándose la conciencia y poniéndose en acción todas las humanas facultades?

Todo esto es verdad, pero con todo, no olvidemos que la Francia tiene su Rameau, su Mehul, su Berlioz, su Bizet, su Saint-Saënz: no olvidemos que no hay elegancia ni dulzura ni encanto más irresistible que la melodía italiana: que Italia tiene su Pergoleso, su Piccini, su Donizetti, su Verdi, su Rossini; que Cimarosa es tan grande, que ha llegado á decirse de él que á no haber existido tan ilustre italiano, algo faltaría á la música. No olvidemos que en Italia nació la instrumentación moderna, y que es en la Atenas de Italia, en esta ciudad bendita donde la ópera nació; que de Flo-

rencia se extendió, como una mancha de aceite, por toda la Península, no menos que por Francia y Alemania; y que en música son los italianos los maestros de los alemanes, ya que en Italia brotaron las primeras fuentes de la inspiración musical, que como por natural pendiente corrieron por el suelo germano, y que los mismos alemanes vinieron á tomar de esas aguas á su origen. Testigo Gluck, que fué alemán, italiano y francés al mismo tiempo; testigo Meyerbeer, que pasó á Italia y luego á París, donde murió llamándose francés. Hændel y Bach abrieron la marcha triunfal en Alemania el siglo XVIII: pero recordemos que Hændel vivió en Italia "donde no solamente escribió óperas, sino que dulcificó al contacto de la melodía y de la escuela italiana, la rudeza de su estilo todavía demasiado alemán". A nuestra raza se debe la ópera seria y la ópera bufa. Y si bien el drama musical toma un vuelo de águila con Wagner, no es él su creador, sino los italianos de su antigua capital de Toscana, quiero decir, los florentinos.

La civilización como el hombre se mueve sobre la faz de la tierra: eso es todo. La civilización viaja, y mientras está en una parte, deja de estar en otra: ha pasado por Egipto, Fenicia y Grecia; por Cartago, Italia, España; ha girado en torno del Mediterráneo, y ahora les ha tocado el turno á los países anglo-sajones el recibir en su seno á esa viajera augusta. Día llegará en que la época y las circunstancias lo exijan, y la civilización entonces, cansada ya de esas regiones, alzará el vuelo é irá á posarse en más felices é ignoradas regiones, con

gran sorpresa de los sabios. Mas no por eso habremos de echar en olvido que la raza greco-latina ha sido la hija predilecta de la civilización, y que seguirá siendo por siempre de todas las razas de la tierra la más delicada y sensible, y que en ella se refleja como un límpido cielo en aguas cristalina la más pura esencia del espiritualismo cristiano. Ahora más que nunca me lamento de que Thiers hubiese muerto sin realizar su dorado sueño, cual es el de escribir la historia de Florencia. El arte, el arte en todas sus maravillosas manifestaciones nació y ha prevalecido siempre en las naciones del mediodía de Europa. Soberbia tengo, te aseguro, de pertenecer á una raza que se va tras lo bello con la misma diligencia que el astrónomo tras el astro que vislumbra en el espacio. Soberbia tengo de ser yo la sangre de su sangre, los huesos de sus huesos.

Pero qué, vuelvo á insistir, ¿he querido con esto menoscabar en algo la obra redentora de las naciones del Norte? guárdeme el cielo de pretensión semejante. Lo que llamamos progreso del género humano se compone de elementos tan múltiples y heterogéneos, que no hay pueblo en la tierra por pequeño é insignificante que parezca, que no ponga algo de su parte en este gran todo que constituye la felicidad de la familia humana. La civilización es uno como templo griego: sostenido por murallas y columnas. Las murallas y columnas son las naciones: unas contribuyen á la solidez del monumento, otras á embellecerlo. Yo no desprecio á ningún pueblo, yo los respeto á todos, porque todos colaboran en la misma obra, todos

se encaminan á un mismo fin, errando y acertando según sus fuerzas y sus luces. Todos trabajan, todos sudan, todos soportan los rigores de la necesidad, todos luchan con el dios del mal, quiero decir con la rebelde naturaleza, con las tempestades del corazón, con las oleadas de la ignorancia en este mar inmenso y tenebroso de la vida.

No es posible borrar de la historia ni del haz de la tierra nación alguna, sin destruir por el mismo hecho un agente del progreso. Pon á un lado con el pensamiento á España, y habrás cortado las alas al águila genovés y al portugués, Colón y Magallanes, y arrebatado á la civilización todo un mundo; pon á un lado á Portugal, y habrás derribado la obra del atrevido explorador Vasco de Gama; suprime por un momento la Francia, y habrás restablecido el imperio del despotismo; suprime á la Italia, y habrás conmovido los cimientos sobre que apoya esta vasta y pesada mole que llamamos civilización moderna. Pero prescinde asimismo de Alemania, y habrás de prescindir nada menos que de Gutemberg, y habrás encadenado otra vez el pensamiento; prescinde de Inglaterra, y habrás de prescindir de Jorge Stéphenon y de la benéfica influencia de la navegación y del comercio; prescinde de los Estados Unidos de Norte América, y tendrás que prescindir de Franklin, de Fulton, de Morse, Edison y otros. Elimina á la Europa, y habrás eliminado las ciencias y las artes; elimina á la América, y habrás de un golpe derribado el vasto imperio de la democracia; elimina en fin los antiguos pueblos de la civilización clásica, y ha-

brás por el mismo hecho entorpecido nuestra naturaleza tan exquisita y delicada: volveremos á las cavernas y los bosques, á alimentarnos de la caza y de la pesca, á luchar con la naturaleza y con las fieras, para poder llegar después de miles de siglos á la civilización presente, que no es otra cosa que el resultado de cien civilizaciones pasadas, y de una lenta y penosa elaboración del hombre primitivo.

Maravilloso es á la verdad este concierto humano, prueba irrefutable de la existencia de una suprema causa que todo lo gobierna. ¿Podría acaso la ciega naturaleza producir por sí sola el orden y la armonía? podría ella propia existir sin la virtud de ese ente superior que da la vida y mantiene la existencia universal? Ni el grano de arena, ni las esferas celestes, ni el infusorio, ni el hombre son hijos del acaso; todo en el mundo revela previsión é inteligencia. Por dondequiera Dios se me presenta en sus obras; si miro á la historia, allí está Dios; si penetro en las entrañas de la tierra, en el seno de los bosques, en las profundidades del mar y el firmamento, allí está Dios; si vuelvo los ojos dentro de mí, y leo allá en el fondo de mi alma ese desdén de las cosas vulgares, esa sed insaciable del saber, esa aspiración á lo desconocido y lo infinito, y veo y siento ese fuego sagrado, esa llama invisible y celeste del amor... perdóname, oh Dios, perdóname si alguna vez vacilé, si algún día llegó á albergarse en mi pecho el horrible monstruo de la duda.



Julio.

Según el principio de mi anterior creencias tú que te iba á contar algo de lo mucho y bueno que vimos en Fontenebleau; mas no fué ese mi propósito, sino tan sólo referirte las impertinencias de ese mi condiscípulo. Dirás tú por ventura que por qué me preocupo así de un ente como aquél. ¿Y un naturalista, digo yo, no se preocupa de un reptil? Al sabio le sirve ese reptil no solamente para sus observaciones científicas, mas también para aprender á conocer la distancia casi infinita que va de su naturaleza á la nuestra; conocimiento que le hará subir en consideración á sus propios ojos inspirándole repugnancia á las acciones viles. Pues el estudio del hombre por el hombre no es menos necesario y útil: el de los excelsos, para imitar sus virtudes; el de los viles y criminales, para evitar sus extravíos. El avaro me hace exclamar: Cuánto va de tu corazón al mío! y no otra cosa digo de este mozo: cuánto va de tu patriotismo al mío! Pero te aseguro, Néstor, que acaso no me hubieran herido tanto sus necesidades é ignorancia, á no haber sido, como lo fué, honrado por el Gobierno de mi tierra con carácter oficial en el extranjero: que tú sabes cuánto desdoro á una nación acarrea eso de enviar gentes de la hampa ante naciones amigas, á quienes se debe respetar y considerar, aun cuando carezcamos de las consideraciones propias. Así es que un ecuatoriano pundonoroso no puede menos que abochornarse de tanta humillación. ¡Y cómo se pavonea el pedante cuando habla inglés! A mí se dirigió á hablarme en francés:

yo, como es natural, le respondí en castellano: todos hablábamos nuestra lengua, él era tan sud-americano como nosotros, pues ¿á qué fin hablar en toda lengua menos en la propia? Y qué francés, Néstor, qué francés! el que ignora su idioma propio, menos aún sabrá el ajeno.

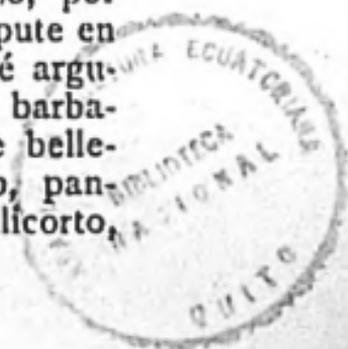
Llegado que hubimos á Fontenebleau, á este Fontenebleau que ya Vasari llamaba "una nueva Roma": — Uff! qué casa tan baja, casi toda ella de un solo piso, fuera de que ni siquiera ha sido de mármol! Nada tuvo que admirar en Fontenebleau, ni el genio del Renacimiento, ni á los Primaticcios y Cellinis; ni á los Rossos, Canovas, Pujoles y Pílonos. Naturaleza, fuentes, decoración interior del palacio, todo pasó inadvertido á sus ojos. Ni pinturas, ni muebles reales, ni bronces, ni porcelanas de Sevres, ni tapices de Gobelinos, nada, nada tuvo que ver allí, no más que por haber sido á sus ojos tan bajo el edificio. ¿Ni qué le importaron los recuerdos históricos en que abunda este célebre palacio? La abdicación de Napoleón I en el patio de sus adioses á los granaderos de su guardia al partir á la isla de Elba; la pieza donde murió el gran Condé; la otra en que Pío VII guardó su cautiverio; la otra donde Luis XIV firmó la revocación del edicto de Nantes, y para mí lo más interesante de todo en Fontenebleau, aquella casita humilde y solitaria donde vivió Kosciusko, el mártir sublime de Polonia... ¡Cuántas y cuántas cosas de esas que mueven el alma, quedan ignoradas para el que nunca ha abierto un libro! El bosque de Fontenebleau pasa por el más bello de Fran-

cia, ya por lo ameno y pintoresco del suelo, en unas partes, ya por sus gargantas salvajes en otras, ya por sus rocas y colinas, no menos que por esa vegetación vigorosa y el canto vario de las aves de especies diferentes entre las que abunda el faisán. Con razón es el lugar de cita del cazador, y con mayor razón se ha establecido allí una colonia de pintores.

Pues todo lo veía el tal mozo y todo lo ahogaba en un mar de soberano desdén; que todo era inferior á lo que había visto en el primer puerto del mundo de Colón. ¡ Cuando no gusta de las casas de París porque dice que son buenas para enanos!: de enanos llama las casas de seis pisos: quiere que sean torres de cincuenta y cien metros de altura, y de veinte y treinta pisos, como las hay en Nueva York, la ciudad-torbellino sin armonía; casas que son para él las mejores y las más hermosas del mundo, si algo se le entiende de achaques de hermosura. Él, que no es enano, digo yo, ¿ cómo habrá vivido en las de uno y dos pisos de su tierra?: las de tres son muy modernas, y en éstas aún no ha habitado.

Lo único que le pareció cosa buena, acabada en Fontenebleau, creación digna de una raza sobrenatural, es el jardín inglés. Por qué? nada más que por llevar ese nombre, que más cuenta no supo darse. Otro de los jóvenes de la familia que acompañé, muy estudioso é inteligente, había sido partidario del jardín francés, que también se admira en Fontenebleau. El impugnante de Victoriano admitía el jardín inglés en tratándose de pequeñas dimensiones; y el francés, ó mejor, la combinación de entram-

bos, cuanto á los mayores, como se ve en los bosques de Boloña y de Vincennes. De suerte que se suscitó entre los dos una disputa, si así puede llamarse el habérselas con un charlatán. El uno sostuvo con razones muy plausibles la excelencia del jardín francés y la ventaja incontestable que el uno hacía al otro: á lo cual añadió que los ingleses no habían mostrado mucho acierto al tomar por modelo á los chinos en materia de jardines, porque no sólo les imitaron en lo bueno que éstos tenían, como la variedad, el movimiento, el contraste y lo pintoresco, sino que tomaron también sus exageraciones y extravagancias. Mi Victoriano, oyendo la palabra *chinos*, no sabe lo que le pasa: toda la charla se le desvaneció: "chinos", "chinos" repite, y se atasca en esa palabra y se pone un camarón de rojo. La presunción y la soberbia le salen á manera de llamas al rostro, y no pudiendo contenerse en su enojo, estalló al fin diciendo: "Últimamente, yo prefiero el inglés al francés en jardines y en todo, y no hay más que averiguar, que sobre gustos no hay disputa". Yo, que hice propósito de ser imparcial en esta discusión, estaba callando; mas cuando le oí á ése echar por la boca esa sabandija de refrán, no pude moderar el calor de mi pecho. Alto ahí, le dije, que mal hace una persona sensata de apoyar sus opiniones en un principio tan falso, por no decir, tan necio. ¡Nadie dispute en materia de gustos!, mire Ud. qué argumento, bueno para entronizar la barbarie en un pueblo. El dechado de belleza entre los chinos es rechoncho, panzudo, pie diminuto, calvo, cuellicorto,



juanetudo, de nariz tacha, y ojos oblicuos, y chicos en extremo, y de boca y orejas grandes; repugnándoles, por el contrario, la esbeltez y los grandes ojos de una Diana. Pues si un chino se pusiera á contender conmigo acerca de la perfección del cuerpo humano, claro está que según el citado refrán, los dos tendríamos razón: yo en sostener mi ideal, él en sostener el suyo. ¿Y se podría tolerar semejante sinrazón? ¡Sobre gustos no hay nada escrito! Como si el buen gusto fuera una cosa que se lleva el viento, ó estuviera sujeta al capricho individual ó pudiera ser el patrimonio de pueblos bárbaros! como si no fuera el resultado de conocimientos profundos basados en principios fijos, inmutables y eternos, como la moral cristiana!

Si el tal refrán llegara á prevalecer, bien pronto nos veríamos engalanados labios y narices con grandes anillos, atravesados de plumas las orejas, y el cuerpo y el rostro pintados con vivos colores, para mayor gloria de Dios y honra del género humano.

Al pie de las laderas de Meudón, ribera del río, y frente á la isla de San Germán, hay un grupo de casuchas viejas de pescadores, en cuyas puertas se ven letreros empolvados y confusos que dicen: "A la pesca maravillosa," "A la gruta misteriosa". Me da gusto cuando entro en una de estas casas, ver una doncella junto al hogar quemando ramas secas recogidas en las breñas. Allí venden

las mujeres café y cerveza en sus rústicas tenduchas, cuyas paredes y tejados de juncos están cubiertos de enredaderas; ó bien en azoteas con grupos de sillas en torno de mesitas bajo las copas de los árboles. El suelo es pedregoso y cubierto de troncos arrastrados por las inundaciones del río. Las entradas de las tiendas son oscuras como de cuevas: junto á una de estas cuevas vense animales monteses domesticados. Esto me recuerda la mansión de la hechicera Hija del Sol en la isla Eea, que en medio los bosques en que habita, en vez de hachas y lumbres nocturnas, quema pedazos de olorosos cedros. El navegante que por vez primera pasa por aquí, figúrase ver en estos habitantes de apariencia humilde, seres misteriosos venidos de otros mundos. Tal es el aspecto de este poético paisaje. Grato es venir por aquí á la hora del crepúsculo, y ver desaparecer lentamente estos como fantasmas en las sombras de la noche. Ayer tarde estuve allí viendo pescar, sentado sobre una piedra junto á unas redes que se oreaban: cuando en eso asomó un amigo mío con otros compañeros, y mal de mi grado me sacaron de esos ensueños. Como vi el gusto que tuvo al verme, hube de aceptarle el vaso de cerveza que me ofreciera en una de esas tenduchas. Después que hubimos charlado largo rato y bebido más de una copa, recayó la conversación sobre la mujer, y en breve espacio de tiempo tanto y tanto se habló, que de seguro no habrán sido ni más numerosas ni más acaloradas las discusiones de los filósofos sobre tan difícil tema. —Dios hizo al hombre esencialmente sensual, dijo el de más groseros sentimien-

tos, y dotó á la mujer de propiedades que puedan satisfacer esas tendencias irresistibles de la carne: hé aquí la misión de la mujer —I.a mujer, dijo otro, es el sér más frágil que conozco: no hay una cuya virtud sea inquebrantable, cuya honestidad no salga por el albañal á poca costa, y que no se crea con mayores atractivos en la desenvoltura y la malicia, que en el pudor y la inocencia. Y como alguno dijese que la mujer daba mucho tormento al hombre: Es muy bobo, siguió diciendo á manera de réplica, el que padece tormento por ella, sabiendo como sabe que es tan fácil en el querer como en el olvidar, y que mientras aparenta cariño á una persona, de corazón otro está deseando que la aventaje: que no ama nunca de veras ni se rinde á la virtud y mérito verdadero, mas tan sólo á las vanas apariencias. Y el que se casa ha de saber que no hay esposa fiel donde hay ocasión, y donde el marido no se torna en un segundo Dédalo y la encierra en un laberinto más intrincado que el de Creta. Maldito el hombre que incautamente se fía de la fidelidad de su consorte; que no hay honradas aun cuando á los umbrales de la vejez se encuentren, si tienen ocasión, porque la ocasión es la palanca de Arquímedes. Por mi parte, á ninguna he querido, prosiguió, pero sí á muchas he engañado, y de todas me he burlado.—Callad, dijo á esta sazón el último, que hasta ahora estaba callando, callad y no insultéis tan groseramente á nuestras madres. Yo que estaba mordiéndome los labios, al oír esto no pude más, é interrumpiéndole á mi amigo, eché sobre los otros tal torrente de palabras, que les ahogué en ellas, y les quité la ga-

na de continuar desbarrando. De la mujer, dije, no se debe hablar sino con religioso temor: insultarla, es cometer sacrilegio: ella es lo más maravilloso y santo de cuanto existe en la creación: es el sol del Universo. Elimínad á la mujer, y la obra de Dios queda imperfecta y ruda; prescindid de la mujer, y el hombre queda envuelto en tinieblas, en un mundo monótono y pesado. En el cielo hay ángeles, en la tierra hay mujeres; ella es el ángel que todo lo embellece: sin ella, adiós ilusiones, adiós esperanzas. No sabéis cuánto vale este precioso don del cielo! Sin la mujer no hay amor, y sin amor ¿á qué el corazón humano? Amor... deidad sublime con ningún sér comparable, excepto Dios. El amor es como Dios, todo lo ve, todo lo ilumina, todo lo puede. Como el misterio de la tumba, despierta al espíritu dormido. Él rompe cadenas y repara las injusticias de los hombres: es el gran nivelador del universo: exalta al humilde y destrona al poderoso. Los griegos, que lo sintieron en su pecho, comprendieron su poder, y lo divinizaron: Hércules rendido é hilando á los pies de Onfale, es la apoteosis del amor. El corazón de mármol del fiero y altivo Hipólito se abrasa y se consume á la vista de su sin par Aricia. El amor escala el Olimpo: todos los dioses aman. El amor es el soplo de vida universal, la fuente de toda poesía: un corazón vacío carece de inspiración. El que ama es uno como poseído; siente dentro de sí el demonio del genio y es capaz de las más sublimes concepciones: el Dante no concibió su inmortal epopeya sino cuando sintió dentro de sí la divina llama del amor. "Si

á aquel por quien todo existe place alargar mi vida, decir espero de Beatriz lo que de ninguna otra se ha dicho". Y la Divina Comedia fue el cumplimiento de aquel generoso voto. Miguel Ángel, otro que tal, ardía en el amor más puro por una mujer altiva y noble como él, y á la tarde, de vuelta del trabajo, escribía un soneto en su elogio, y como Dante rogaba á su deidad de rodillas le sostuviera en sus desfallecimientos, y le mantuviera siempre en el recto sendero de la vida; ella era para Miguel Ángel una virtud celeste. "Aquel que la ama, decía, se eleva al cielo por la fe", y por ella, por la mujer, subió este genio sublime hasta el amor supremo. ¡Infeliz de aquel que no ama! oh fuego omnipotente el del amor!... "Basta, basta, noble americano" dijeron todos á una, viéndome que llevaba término de no acabar mi razonamiento. "No me cabe duda, me dijo mi amigo en tono de chanza, que os ha trabucado el juicio alguna hermosa, porque es imposible que un indiferente hable así con tan febril entusiasmo: en mi vida he visto más ardiente defensor de la mujer". Yo no le quise negar que amaba, pero ni le confesé tampoco, y en tomando una copa por la fraternidad de los dos mundos como ellos dijeron, nos separamos.

~~~~~

El día de hoy lo he pasado con Julio, acompañándole á algunas compras que tenía que hacer para mandar á su padre. Por la mañana fuimos á París, de allí á San Dionisio, donde, aprovechándome de la ocasión, en tanto que él visitaba las fábricas, me entretuve en conocer la

basílica, célebre y antiguo monumento, gótico en su mayor parte, que encierra las tumbas de los reyes de Francia desde Dagoberto I, rey merovingio. Aunque de ordinario habla poco, este día he conversado largamente con Julio, y he acabado de convencerme de ser un hombre de bien, pero indiferente para todo y muy reconcentrado: tiene ideas extravagantes, y le gusta el suicidio: su espíritu es sombrío y helado como las brumosas regiones polares. No cree en nada, y aún me parece que su corazón no ama cosa ni á nadie en este mundo. Te digo que en nada cree; porque tuvimos una discusión los dos sobre la vida futura, y para él la vida futura no existe; todo se acaba con la muerte. “Cuando alguien venga del otro mundo y me diga que el hombre es inmortal, entonces lo creeré” me ha dicho. Esto es triste, amigo mío. ¿Qué sería de esos entes superiores que padecen tanto y tanto en esta vida, si con la muerte todo se acabara? La gloria, dicen los incrédulos, la gloria que alcanzan en la tierra es harta recompensa para ellos. Mas yo no sé de qué pueda aprovechar la gloria á esos claros varones á quienes se les ha hecho justicia de muertos, cuando en vida fueron víctimas del sarcasmo y la ingratitud de sus semejantes. ¿Qué digo de muertos? algunos hay que ni después de muertos. Pobre Mozart! no hay alma generosa que no se conmueva al pensar en este hijo ilustre del infortunio. Siempre padeció pobreza; pero á los treinta y seis años en que expiró, llegó á su colmo la miseria. Pobreza es crimen: pues ¿cómo un criminal ha de merecer una tumba? pobreza es lepra:

pues ¿cómo el cadáver de un leproso ha de merecer honores?; y los pocos amigos de Mozart cuando vivo, abandonan su cuerpo, cuando muerto, en la mitad del camino, y llega al cementerio el infeliz sin más compañeros que los sepultureros, que con desprecio y sin testigos le arrojan en la fosa común. Al día siguiente vino la viuda á llorar sobre el cadáver de su marido, pero nadie pudo indicarle dónde se hallaba, ni nadie sabe hasta el día el lugar en que se encuentra. Francisco de la Torre, nuestro Petrarca español, no ha sido más afortunado que Mozart. Nó, Néstor, mi espíritu creyente no puede convenir con afirmación tan absurda como injusta de que los grandes hombres se hundan en la nada. Nunca me he de olvidar de lo que un artista decía no há muchos días: "Veneración me infunden los hombres superiores, que han dejado grabada su alma en obras inmortales, que tanto nos elevan, procurándonos placeres que nada tienen de mundanos. Son los enviados de una Providencia oculta á nuestros ojos, que vuelven, terminada su misión, al seno de donde salieron á recibir el premio de las buenas obras que hicieron en la tierra".

No regresámos de nuestra correría sino muy por la tarde. "He preparado el postre, y ahora va Ud. á comer con nosotros", me dijo Clementina, refiriéndose á una crema que me gusta. Acabada la comida, nos quedámos largo rato conversando de sobremesa. Ofrecióseles hablar en el entierro de Carnot, que había acaecido á poco de llegados del Perú, y Teresa refirió el caso con entusiasmo, recordando cómo de toda

Europa vinieron representantes de las naciones, y otros personajes al acompañamiento de la ilustre víctima; cómo el pueblo francés, apiñado en calles y ventanas, permanecía inmóvil y mudo, en tanto que pasaba el cadáver lentamente al compás de la marcha fúnebre de Chopin: todos lloran, todos llevan el pañuelo á los ojos, y nada interrumpe aquel silencio. Nada más conmovedor ese momento solemne, decía, que el silencio de la muchedumbre, interrumpido apenas por los acordes fúnebres de la Guardia Republicana, acordes cavernosos cual voces salidas de lo hondo de los sepulcros. Como rogué á Teresa que la tocara, pasámos al cuarto del piano, y en efecto, querido Néstor, el insigne polaco se ha encumbrado aquí á la más alta poesía: el dolor y melancolía de esta marcha me llegó al alma. Despertóme ideas tristes la suerte de Polonia. Todo pasa... pueblos y gobiernos, todo perece, y todo va á dar en la fosa. No sé qué nube cruzó mi mente en ese rato. Clementina, me dije, tú eres para mí sombra fugitiva... ¿qué será de mí dentro de poco? y estremecíme á esta pregunta mía. Tuve ansia de soledad y salí precipitadamente al jardín. Al cabo de media hora pedí á la criada mi sombrero, y sin despedirme de nadie me saqué. Esta italiana va á perderme, visto lo tengo; porque la violencia de mi pasión me precipita á imprudencias que me van costando caro.



Las ruinas! Testigos mudos del pasado, espectros palpables que entre el

ser y la nada moran atestiguando día y noche cuán fugaz es la vida. ¡Las ruinas! Dime, Nestor, ¿qué desierto guarda más silencio, qué templo es más sagrado, qué gemido es más triste, qué llanto más aflictivo, qué exclamación más vehemente, qué elocuencia más persuasiva que la elocuencia de las ruinas? ¡Quién me diera tornarme en fantasma y revolotear entre ellas eternamente!

Paseando un día por el Jardín de Plantas en París, llamóme la atención una casuca vieja, que medio oculta en campo matoso, parece acreditar aunque con timidez el olvido aparente en que ha caído el edificio. Curioso yo, busco alguna señal que pueda llevarme al conocimiento de lo que sea, cuando al través de las matas distingo en la pared unas letras grabadas en hueco, que dicen: "Casa de Cuvier." Un estremecimiento religioso sentí por todo mi cuerpo al considerar que aquella había sido en otros tiempos la mansión de la sabiduría.

Esto me trae á la memoria lo que en mi tierra me aconteció una noche, en que mi corazón latió con mayor fuerza todavía: Hallábame yo de paso en la ciudad de Ambato, que tanto había deseado conocer, así por su hermosura como por ser cuna de hombres ilustres. Dentro de pocas horas debía yo seguir mi camino á lejanas tierras, de donde ignoraba si alguna vez volvería. Mañana habremos de salir muy temprano, dije entre mí, y no me queda sino la noche: qué hacer? pues que sea esta noche. A la una de la mañana salgo de la posada y tomo el camino que me conduce al río: afortunadamente hacía una luna muy clara. Como pudiera hacerlo

en los momentos más solemnes, como quien guiara á las vírgenes de Atenas al templo de Minerva, así me encaminé paso entre paso, cabizbajo y pensativo; hasta que á los bordes de la bajada me detuve involuntariamente á la vista de esa indecisa y misteriosa perspectiva de la playa. El silencio de la ciudad interrumpido apenas por el ruido lejano del Ambato que bien abajo sonaba; esos bosquecillos aclarados vagamente, y esas quintas que asoman y se pierden entre los árboles; todo este conjunto misterioso y poético engendró en mi ánimo mil extrañas sensaciones. Ya me figuro que así han de haber sido el Tigris y el Éufrates en esos tiempos felices en que corrían regando el Paraíso de nuestros primeros padres. ¡Ambato, Ambato! hermoso huerto, delicioso jardín! Si las musas del Pindo conocieran tus encantadoras playas, bailarían á la sombra de tus árboles coposos, coronándose con guirnaldas de olorosas flores, y se bañarían en tus aguas cristalinas! Vuelvo en mí de este como delirio, bajo la pendiente, paso el puente, y tomo la senda sinuosa que río arriba conduce á los Ficoas; dejando bien abajo á mis espaldas el poético Atocha, que entre bosques se oculta y que sirvió de mansión al autor de "Cumandá." Muchos perros de las chozas de los indios me acometieron, hasta que cansados me dejaron seguir libre en mi peregrinación. Habíase la luna mientras tanto ocultado entre las nubes, y la noche se tornó esos momentos más obscura que clara: los altos árboles piramidales de uno y otro lado del camino semejaban un cortejo de fantasmas. Atravesé primero quebraditas, arroyue-

---

los, largos y estrechos callejones, para llegar al sitio apetecido. A mi izquierda, bajo el nivel del camino, sobre especie de meseta, está una casita baja, cubierta de teja, blanqueada de cal, parte en ruina, parte en pie todavía. Frente con frente al corredor, una puerta cubierta de fusias y madreselvas da acceso á un jardín igualmente abandonado, y á una huerta que por la ladera se extiende hasta la orilla del río. Un hilo de agua que desde las alturas viene formando cascaditas, cae al jardín. Mirando á mis pies esa mansión solitaria, sentado sobre una piedra, dejéme estar largo rato. ¿Y quién podrá apreciar en lo que vale esta habitación humilde? me decía. Todos duermen... y Ambato mismo, la ilustre madre de este hijo ilustre, duerme tranquila, en tanto que un desconocido contempla por la primera y acaso última vez el lugar santo donde vivió y donde escribió el apóstol de un pueblo. ¿Quién diría que la verdad y la virtud, desconocidas del vulgo, perseguidas por la tiranía, hallaron asilo en este sitio? Dios, patria, libertad, amor y poesía, aquí tuvieron su sacerdote. ¡Oh muros, oh huertos, oh lugares sagrados! cuántos pensamientos visteis agitarse, cuántas tempestades desencadenarse en esa alma fiera y grande! ...

Cuando bajé al patio de la casa, el ladrido de un perrito que estaba á guardarla, despertó á la *huasi-cama*, que tuvo buen susto, pues su marido estaba ausente, al ver allí á tales horas un hombre para ella desconocido. "Buena mujer, le dije, no temas nada, que soy un viajero que ha querido al paso visita resta

quinta, porque tiene motivos para ello. ¿No es éste el Ficoa de los Montalvos? —El mismo, niño, respondiome la india en su media lengua.—¿Y tienes las llaves de éstas puertas? Las tiene mi patrón Panchito, el Ministro, que está en Quito. Este cuartito, prosiguió señalando una de las piezas, ahora está vacío: en él vivió en otro tiempo su hermano el *escribiente* llamado Juanito; este otro, ocupan cuando vienen mi patrona y su hija la niña Lucila, y este último, la sobrina de mi patrón la niña Mercedes Quirola. Al oír estos dos últimos nombres, se me vinieron á la memoria esos bellos rasgos que en el 6º número del *Regenerador* se leen. Esos cuartos oscuros, sin puertas, añadió, fueron habitaciones de la familia, pero ahora no son otra cosa como su merced ve, que muros desmoronados, palos caídos de los techos, un horno viejo, un suelo húmedo y telarañas por todas partes. Dile una pieza de moneda á la india, que con tanta sensatez me había enterado de todo, y roguéla se entrase á dormir. Y cuando me ví á solas en medio el silencio de las ruinas, llena mi alma de recuerdos, embargóme un temor sagrado, emociones vagas, algo inexplicable. Repasé despacio con la vista esas puertas, recordando en cada una de ellas la historia que acababa de escuchar. “Ahora está vacío”; palabras crueles que demuestran lo fugaz de la vida, que pasa como una sombra. ¡Ahora está vacío!... Cuando menos pensé, la luna había entrado, y negros nubarrones envolvían la tierra. ¡Adiós muros, adiós Ficoa, adiós playas encantadas! Y me aparté de allí escurriéndome por el seno de la noche tenebrosa.

Ocho días los he pasado sin verla, ocho días. Y si vieras cómo... siempre revoloteando en torno de su casa. Ayer tomé una canoa y me fui lejos río abajo, y no volví sino denoche. Acaba de reprendirme seriamente Clementina de mi imprudencia de aquella noche: conoce el imperio que sobre mí tiene, y como una reina que perdona una falta á su vasallo, me dijo no volviera á hacer eso de salirme tan precipitadamente, porque daría margen á comentarios de las gentes contra mí. Yo no le respondí palabra, pero en mi modo conoció ella lo arrepentido que estaba de mi falta, y lo resuelto á obedecerla. A la verdad, no volveré á cometer imprudencias de la laya.

Margarita, sirvienta que fué de los padres de la italiana desde su mocedad, es una viejecita de muy buenas prendas: ama á su patrona como hija: es muy sensata. Yo la quiero mucho. Ha llegado á tener tanta confianza conmigo, que me ha dado buenos ratos. Cuando comienza á hablar de su *hija Clementina*, como la llama, no tiene fin la mujer, y ya tú adivinas si me cansaré de escucharla. — Ay, señor, me decía, no puede Ud. figurarse cuánto ha padecido mi señorita y cuánto he llorado con ella! Antes me decía "mamá", y yo, hasta ahora le digo "mi hija". Mucho ha pensado en usted: desde que se casó ha enmudecido. "Abelardo", "el joven ecuatoriano", eran palabras que ella se complacía en repetir. Triste se quedó el día que partió usted para el Ecuador. Recuerdo que como á los tres años de

esto, cuando ya la suponía olvidada de todo, fuimos un día al Salto del Fraile y bajámos hasta el juego de aguas; cuando de repente dijo: “¿Recuerdas, Margarita, de aquel día en que vinimos con ese joven ecuatoriano?”, y quedóse pensativa en diciendo esto. Entonces caí en la cuenta de que acababa de sentarse en el mismo sitio en que aquel día se había sentado. Pobrecita! y se casó sin quererle.

—Cómo, ¿no le quiere á Julio? la interrumpí de pronto.—Digo que se casó sin quererle; pero ahora ¿qué quiere usted? ya tiene á su Carlitos, y un hijo es vínculo sagrado, es la ceniza que conserva el fuego del hogar”. Mucho me hirieron estas últimas palabras, te confieso, y con cierto despecho y á manera de desquite le repliqué.—Pues ¿por qué se casó con él si no le quiso?—Señor, señor, me respondió dando un ay profundo, si los sucesos humanos dependieran del libre albedrío del hombre, cuánto sería el mundo; pero en esta vida de miseria la voluntad anda siempre contrariada á despecho de sus aspiraciones y deseos; nacen ilusiones que se desvanecen, crecen esperanzas que se vuelven quimeras quizá al tiempo de realizarse: y sucede no pocas veces que el mortal está condenado á vivir fatalmente al lado de quien más aborrece, y ausente siempre de aquel á quien más ama. ¡Pobre señorita! y tan amorosa de su hermana, y siempre ausente de ella: dos únicas hermanas, dos huérfanas, dos desgraciadas”... y se le fueron las lágrimas al decir esto.—Cuénteme, por Dios, cuénteme esta historia con todos sus detalles, le dije, que el modo como vie-

8.

ne usted haciéndolo es para interesar á los más broncos pechos.—Como ya le he dicho, prosiguió, son dos hermanas huérfanas de padre y madre, que no tienen más pariente íntimo en el mundo que una tía rica. Ambas nacieron en Florencia, ciudad de Italia, en una quinta ribera del Arno: allí crecieron á la sombra de sus padres, que las idolatraban, y ambas mamaron la leche de mis pechos. Pero llegó el día fatal en que él desapareció de la tierra con gran parte de su fortuna, y á poco, ella, y quedóse así la señorita en un Jesús huérfana y sola. Navegábamos un día de paseo en el Mediterráneo hacia Sicilia, adonde nos llevaban también intereses comerciales; cuando hé ahí que en comenzando á navegar la vuelta de unas islas, fuertes vientos se desencadenaron de repente, acompañados de copiosa lluvia. Azotaban las olas los crudos peñascos, y de rechazo venían contra nosotros causando un estruendo que ya nos parecía abrirse el buque en mil pedazos. El horizonte subía á las estrellas y bajaba á los abismos. Ya desaparecía uno, ya otro y otro, devorados por las ondas. En medio de la universal angustia, unos gritaban y corrían, otros se arrodillaban clamando á voces al cielo, y mujer hubo que se reía á carcajadas perdida el juicio; mientras una madre turbada y temblorosa, abrazada de su hijo, se despedía de él desesperadamente. En eso vino la noche, ¿qué haré para olvidarme de tan horrenda noche? Los truenos menudeaban y la lluvia crecía más y más á cada trueno. En lo más recio de la borrasca fué devorado por las olas el padre de mi niña: á la

luz de un relámpago yo le ví hundirse en los abismos; á lo cual lanzó mi niña agudo grito, é iba á arrojarse al mar, cuando un marinero la contuvo casi en los aires, y cayó en sus brazos desmayada. En un abrir y cerrar de ojos mudóse en desgracia su fortuna, y vióse al volver en sí huérfana y pobre; porque el dinero y joyas que llevaba, todo se perdió junto con los equipajes, y de los bienes que quedaron, que no eran muchos, gran parte debía invertirse en pagar á los acreedores. También su madre, que no pudo resistir á tamaña desgracia, murió á los pocos días, y así mi niña se quedó en la tierra sin tener á quien volver los ojos. Su hermana Matilde se redujo á vivir con su tía, de cuyo poder no salió sino para casarse, y á donde volvió el día en que su marido la abandonara. Hallábase á la sazón en Florencia el que ahora es suegro de mi patrona, con quien las ligaba estrecha y antigua amistad, sin un lejano parentesco. Este señor nos recogió á las dos, y nos llevó poco después al Perú, donde vivía con su familia. No puede usted imaginarse lo que lloró, los ayes que dió la pobre niña al separarse por la primera vez y á remotas tierras del único bien que le había quedado, su hermana idolatrada. Ay! señor, aun me acuerdo el rato de la despedida. Turbadas, ahogadas por el sentimiento, se abrazaron sin decirse palabra, y ahí se quedaron enlazadas, apoyadas la una en la otra, como dos estatuas sobre una tumba. Yo me estremecí al verlas. El día de la partida, cuando estábamos sobre una colina tras la cual iba á desaparecer para siempre la ciudad; volvió la vista á Florencia, y tendidas las ma-

nos, con doloroso llanto, exclamó tristemente: ¡Adiós patria, adiós playas, adiós hermana querida, oh cementerio... oh madre mía, adiós!" Aquí se interrumpió la relación, que ni ella pudo continuarla ni yo escucharla, porque la emoción nos ahogaba. No la conozco á la que está en Italia, pero ya la quiero como una hermana. Pasado ese momento, roguéle que prosiguiese, lo cual lo hizo de la manera siguiente: — Mientras navegábamos hacia el Perú, largos ratos se sentaba á popa del buque á mirar con la mano en la mejilla. Qué inmensidad! exclamaba, tántos días de navegar y no ver tierra por ningún lado! ¿Por dónde queda Italia? y clavaba los ojos donde le mostraban. Margarita, me decía volviéndose á mí, regresemos: porque me arrebatan á la fuerza de donde yo nací? yo no me quiero ir, y se apoyaba en mi pecho sollozando: pero el buque impasible seguía alejándose más y más de Italia. Tantas cosas imposibles me proponía, que llegué á temer no estuviera perdiendo la razón. Una vez en Lima, desarrolló mi niña que daba gusto. En las calles, los jóvenes la seguían, las mujeres saltan á las ventanas á verla pasar. Recuerdo que un domingo seis amiguitas tuyas de lo principal de Lima fueron á conducirla á paseo al Jardín de la Exposición: Unas de lacre, otras de rosa, otras de blanco, daba gusto verlas derramando gracia y resplandeciendo sus ojos de alegría. A mi niña la pusieron en medio de ellas, y todas asidas entre sí la miraban al rostro dirigiéndole como á extranjera mil preguntas. La conversación no podía ser más acalorada, según que llenaban las calles con sus

risas y sus voces. Al entrar del parque, un grupo de jóvenes que allí estaban quedaron embelesados á su vista. "Se van por el lado de la laguna," dijo uno de ellos, al tiempo que las seguían. "Ahora veo cuánta fuerza los ojos negros tienen" dijo otro. La de ojos negros era mi niña, que en realidad de verdad, no me ciega el cariño, aventajaba á las demás en belleza. Sucede que don Julio Balta, su actual esposo, estuviera desde mucho antes ardiendo de amor por ella: mas su carácter un tanto extravagante, hacía que conservase este fuego como un secreto en lo íntimo de su pecho; pues nunca se dió á conocer ni por una acción, ni una palabra cariñosa, pero ni siquiera por una mirada. Y solo cuando vió que los enamorados se aumentaban día á día, entre los cuales había jóvenes que podían hacerle seria competencia, y temiendo que ella comenzase á manifestar inclinación á alguno de ellos, se apresuró á descubrir su secreto, no á mi niña, sino á su señora madre y su intención de unirse en matrimonio con ella. Su padre, no supo sino después, que aunque el jefe natural de la casa, ni su familia le mira como á tal, ni él tiene voluntad propia; que la de su esposa prevalece. La señora no sólo aprobó tan acertada elección, mas también manifestó grande contento. "Pero es menester — dijo, á lo que después supe por boca de una de sus criadas, — manejar este negocio con mucho tiento, pues no se me oculta que hay lobos que revolotean por aquí". Y así lo hicieron: dobláronse desde entonces atenciones y cuidados: quería la señora adivinarle á mi niña los pensamientos para darle to-

do gusto: jamás la dejaron sola ni en la casa ni en la calle, y á la sala de tertulia ya no salía sino de vez en cuando. Mientras tanto, no cesaba la señora de ponderar á la niña cómo su hijo la quería más que á sus hermanas mismas: él es serio de natural, le decía, pero es muy bueno, y cuando quiere, quiere de veras: qué feliz sería la mujer que se casara con Julio! y cómo la querría yo si llegara á hacerlo con una de mi gusto! Necesario fué, pues, precipitar el plan: So pretexto de hacerla conocer tan encantadoras playas, acordaron salir á veranear por unos días á Ancón, donde debían arreglarlo todo con el mayor sigilo, y de donde no volverían sino cuando el clavo estuviera bien remachado. Así lo hicieron. Una tarde que se paseaban en la ribera del mar de Ancón recogiendo conchas, declaró don Julio Balta su amor á mi patrona, y su designio de casarse con ella; quien á estas palabras dejó caer las conchas en el suelo, y quedó yerta. Viendo don Julio la palidez de la niña, y comprendiendo el golpe mortal que recibió con su declaración, calló al punto y llevó la conversación á cosa diferente. Sólo á cabo de días siguió lo comenzado, pues lejos de desmayar en su pensamiento, había jurado á los cielos y la tierra no suspender la marcha de sus planes hasta llegar al fin de su deseo. Juramentos de parte de él, reflexiones y promesas de parte de la señora, ahogaban á la pobre criatura. Pusiéronla por delante su soledad y cuán triste porvenir le esperaba; le recordaron cuánto habían hecho ellos en su favor, y la gratitud que ella les debía. Acosada, aturdida mi pobre niña, no sabía qué decir ni qué pensar.

Todo su consuelo era venir á mí. Qué te parece, Margarita, este modo de estrecharme? todos conspiran contra mí. Yo no sé como no<sup>o</sup> me caí muerta aquella tarde en la playa: casarse con quien una no quiere, esto es horrible. Vivir juntos día y noche, y no un mes ni un año, sino toda la vida, oh, no debiera el cielo permitir estas cosas. ¡Pobre humanidad! esto no es mudar de estado, sino inmortalarse. Margarita, tú debes salvarme, yo quisiera irme... No es que le aborrezca, oh nó, sería yo criminal si le aborreciera; antes al contrario, yo le estimo, le considero mucho á este señor, como que es miembro de una familia á quien lo debo todo; pero no le quiero para marido: es tan desabrido y áspero, que ni siquiera con finura me ha tratado, y de repente matrimonio! Sus reflexiones por otra parte tan justas son, que me hacen estremecer: yo soy sola, sin porvenir, sin nadie en el mundo que se interese por mí: sus padres de él, por desgracia, son viejecitos, se morirán; sus hermanas se casarán, se dispersarán, y yo quedaré abandonada y expuesta á los caprichos de la suerte. ¿Recuerdas, Margarita, de aquel joven ecuatoriano que se fué á su tierra? ya se habrá casado... Yo no sé qué hacer. Qué dices, Margarita, qué me aconsejas? Yo me hallaba turbada, sin saber qué responder: mis consejos podían aumentar su desgracia y acabar por perderla: se me desgarraba el corazón de ver á mi pobre niña de tal manera acosada. Ay! señor, qué terrible es la impotencia! Yo me limitaba á decirle que retardase todo lo posible su casamiento, evitando el sí con rodeos y pretextos: qué pensaré, que

aun tenemos tiempo.—Pero esto es precisamente lo que no quieren, me decía, lo que quieren es pronto, lo más pronto posible, y esto es lo que más me atormenta. Al fin, al fin, como la presa estaba en sus manos, ellos lo pudieron todo. Media hora antes de casarse vino á mí, y como si la muerte la aguardara: —Adiós, Margarita, me dijo, me voy arrebatada por el torrente del destino", y me abrazó estrechamente, y oculto el rostro en mi seno, lloró como una Magdalena. La emoción que experimenté aquel día, tan violenta fué, y tanto daño me hizo, que pasé algunos días enferma. Al otro día de casada recibió carta de su hermana. ¡Y si Ud. la hubiera visto! leía callando, y mientras tanto gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Yo ignoraba lo que esa carta decía, y lloraba de verla llorar. Se puso pensativa con la mano en la frente: tornó á abrir la carta, tornó á leerla, y la guardó.—¿Y conserva dicha carta?—Sí, señor, no ella, sino yo, porque se la pedí como un amargo recuerdo de aquel día . . .—Margarita! le dije, y sin hacerse de rogar salió de sus labios el "voy á traérsela, señor". Yo entiendo todavía poco el italiano, pero ayudado de Margarita, pude traducirla toda al español y copiarla en mi librito de memoria. Dice así la carta: "Mucho te agradezco el retrato que me has enviado: parece que día á día ganas en hermosura: ¡qué linda estás! Me alegro que te hayan sacado sin que lo adviertas tú: es la actitud tan natural y el sitio en que te encuentras tan bien elegido, que todo prueba que el fotógrafo ha sido verdadero artista. La vista de tu retrato me ha quitado la mala impresión

que me dejó un sueño que tuve ahora días: te ví al anochecer al borde de un precipicio en actitud triste, mirando al mar en un lugar desierto. . . Pero desde ayer que recibí tu carta, te veo alegre, y satisfecha de la vida, corriendo la Playa Grande, la Playa Hermosa; recogiendo caracoles y conchitas de perla en Ancón, adonde me anuncias que te vas. Qué familia tan buena aquella en cuyo seno vives: cuánto han hecho por tí con el mayor desinterés. Salir todos á Ancón sólo porque tú salgas, porque tú goces recreándote en esa bella región peruana, es para cautivar. Espero que en los correos siguientes me contarás los gratos días que allí estás pasando. Goza de la vida mientras puedas, hermana mía, que estos días de ventura son fugaces.

Me preguntas si he tenido noticias de mi esposo. Por lo más sagrado te pido no me hables de él: quizá á fuerza de callar llegaré á olvidarme de un pasado en que están las fuentes de mi desventura. ; Feliz tú que todavía estás libre! feliz tú que ignoras que el matrimonio es un calvario: disfruta mientras puedas de esta hermosa libertad, de estos días que vuelan, y que una vez ídos no vuelven. . . Yo no le hice otro daño á ese hombre que amarle con frenesí, con la mayor buena fe, como puede amar una mujer que ignora lo que es el mundo: él, en cambio, fingió no tener en la tierra otro cielo que yo, cuando su corazón había estado bien lejos de mí. Hay mucha ferocidad en el hombre que se complace en despertar una pasión en la mujer á quien no ama, y con quien llega al extremo de casarse, para formar

una familia que ha de abandonar en brazos de la miseria y la orfandad. Como tú sabes, cuando se casó conmigo había tenido hijos en una escocesa, que vivía hacía algunos años en Florencia, y á quien él la enriqueció entregándole toda su fortuna. Pero ciertos puntos antes oscuros para mí, he llegado á aclararlos recientemente. Ahora están viviendo en Escocia. De allá me escribió llamándome: decía en su carta que tenía reservada para mí una casa como un palacio: yo no quise rebajarme á contestarle. Mandóme después, por dos veces, obsequios que consistían en ricas telas escocesas, que le fueron devueltas por la posta. Desde entonces no ha vuelto á acordarse más de mí, y viven en esas montañas dichosos y tranquilos, en tanto que yo estoy sumida en el dolor más profundo, viendo crecer á mis hijos sin padre . . . Si vieras, en este rato viene mi Lola, se cuelga de mi cuello, me besa muchas veces y me seca las lágrimas. Cuando me preguntan por su papá, les digo que se ha ido á Roma, que pronto ha de volver: ellos me creen, y salen á jugar. Están mis ojos tan nublados, que no sé cómo te escribo.

Me hablas tú del deseo que tienes de venirte á vivir conmigo, tú, que tan bien estás allá: me parece mentira: esto prueba el amor extremo que me tienes. Le mostré tu carta á nuestra tía, y me dijo en leyéndola, que tenía tres mil liras disponibles para tu viaje. Es tan buena la señora, que no sé cómo pagarle cual merece tanta generosidad. No espero sino una carta en que me digas que estás lista, para volar á traerte yo misma en persona. ¿ Llegaré á verte? Llegaré

ese día? Dios mío! y cómo late mi corazón al considerar cuán grande sería mi ventura si llegaran á realizarse estas mis ilusiones! Hermana mía, no sabes con qué ansia espero el correo en que me llames para volar á tí. Mi tía está resuelta á mandarme; dice que ella cuidará de mis hijos en mi ausencia. Qué hermoso viaje haríamos las dos, ¿verdad, Clementina? de vuelta á nuestra tierra. Volveríamos á los días de nuestra infancia, á pasear por lugares que nos son tan caros. Cómo se van los días, cómo se va la juventud!... Ven-te, hermana mía, renovemos esta primavera que ya termina: tu presencia será para mí el calor que me anime, la lluvia que refresque esta planta que empieza á marchitarse. Las dos nos iremos por la playa, las dos treparemos la montaña. ¿Te acuerdas del viejecito de la colina, como solíamos llamarle, que vivía junto á San Miniato, que nos daba fruta, que nos daba flores?, ya no existe: donde estaba la tienda se levanta ahora la casa de unos potentados, rodeada de hermosos jardines: son sus dueños muy soberbios y no muy queridos de los pobres. Las hijas de la vecina, que jugaban con nosotras, se casaron: cada marido fué uno como ave de rapiña, que vino y se llevó lejos su presa. La pobre madre, que tan contenta vivía rodeada de sus hijas, la ves ahora triste y abatida: ha envejecido tanto y aparenta su exterior edad mayor de lo que tiene. Ayer no más recibió carta de una de ellas, que estaba en Madagascar: la escribe la víspera de su partida á la Oceanía, adonde se va con su marido en busca de la vida. La carta es de lo más conmove-

dor: "Cada día que pasa, me alejo más de tí, le dice: mañana nos embarcamos con rumbo á la Australia. Así lo quiere el destino. No te pongas triste, madre querida, yo creo que sí he de volver. Adiós". Esta carta le ha llevado á la cama á la pobre señora; parece fiebre lo que tiene. ¿Llegaré á verte, Clementina? tu carta de ayer me ha puesto medio loca. Los días son tan fugaces, que pasan y pasan como un torrente... Y siendo la vida tan corta ¿hemos de vivir ausentes? Vente, Clementina, vente. Florencia siempre es Florencia; ¡hay lugares que me son tan queridos! Ayer tarde subí á la montaña de San Miniato á limpiar la tumba de nuestra madre: las lluvias han obscurecido algún tanto la piedra: también las coronas de inmortales que tú colocaste la víspera de tu partida, necesitaban que se las limpiase. Las hiedras han cubierto gran parte de la tumba: te mando estas flores arrancadas de allí. Vente, hermana mía, vente: mi paseo favorito es el cementerio: allí me ha sorprendido más de una vez la noche. Oscura está mi alma en este rato. Tengo una conciencia tan clara de lo fugaz de la vida, que me horrorizo de verme madre: tengo horror al ver á mis tres hijos. Jamás sabe una madre la suerte que les prepara el destino. Esta Eugenia, tierna todavía, á quien tú no conoces... ¿De dónde me han acometido tan lúgubres pensamientos? Días hay que estoy alegre, días que estoy triste, sin que sepa la causa de esta alegría ni esta tristeza. Tú extrañarás que te escriba así, contra mi costumbre, pues aunque en mi interior esté llorando, en mis cartas estoy

riendo, y más si me dirijo á tí. Esta mañana amanecí alegre, ahora estoy triste, yo no sé por qué. Quiero desechár de la memoria y no puedo aquel sueño que tuve la otra mañana. Adiós, Clementina, adiós.

P. D.—Tu cuartito está como tú lo dejaste; y así estará hasta tu venida. De propósito no he tocado un solo trasto, para que veas cómo he sabido respetar tus cosas: el violín está en el mismo puesto, y una manteleta está rodando por ahí. todo está empolvado, y hasta telarañas se han sentado en las paredes. Este aspecto lúgubre no desaparecerá sino el día en que tú vengas”.

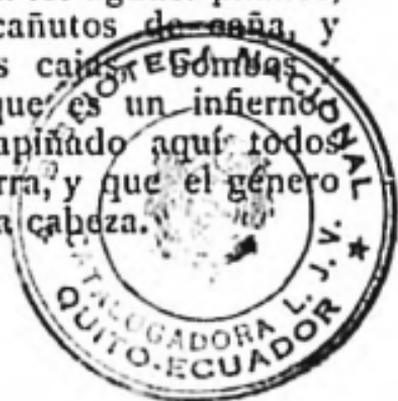
MEUDÓN.—*Septiembre.*

Estos días ¿quién lo creyera? ha llovido mucho, como si fuera invierno, cuando aun estamos en setiembre, en que verano y otoño se encuentran: todos se admiran de esta anomalía del tiempo. Sólo ayer nos hizo un domingo excepcional de verdadero estío: no quieren otra cosa los parisienses. Yo estuve en San Cloud, y era de verse las muchedumbres que por tres lados desembocaban en la Plaza de Armas, que está contigua al puente: vaporcitos, trenes y tranvías llegaban unos tras otros henchidos de paseantes. Si mal no recuerdo, ya te he dicho que un vasto parque se dilata á lo largo del río de la plaza de San Cloud á la de Sevres, y en cuyo centro, grande y bella, se admira

una cascada con estatuas, á cuyos pies se extiende una piscina. En la extremidad oriental del parque, entre el bosque, se alza majestuosamente el palacio de Sevres, ó sea la Manufactura Nacional de esa divina porcelana que tú conoces. Delante del palacio está la estatua en bronce de Palissy por Luis Ernesto Barrias, de la cual se han hecho dos reproducciones que están la una en París, la otra aquí en Boloña. En lo interior del edificio, ves por un lado, en orden cronológico, nada menos que la historia de la cerámica, donde hay ejemplares de todos los países, desde los más remotos tiempos; y por el otro, una exposición permanente de las más bellas obras de Sevres, donde, entre otras cosas, admiras en las paredes de vasos gigantescos y en planchas de porcelana, reproducciones maravillosas de las obras maestras de pintura. El parque está en plano, pero desde él se levanta una colina cubierta de bosques naturales y desiertos, donde apenas encuentras de vez en cuando alguna pareja amorosa que gusta de soledad.

Te digo que San Cloud se convierte en un verdadero caos los domingos de setiembre: tal es la multitud, tales los gritos, tales las risotadas y la algazara del populacho. Y como si el día no les bastara, continúan sus orgías por la noche, á la luz de linternas venecianas. En la plaza, cafés-concierto, gritos de los muchachos, voces de los ramilleteros y vendedores de barquillos, juguetes y cien voces más: las mesitas redondas en que se toman frescos, han bajado de las aceras, é invadido la plaza. No hay dónde poner un pie, tal es el gentío.

Pero esto es nada: casi todos cuantos de París vienen se dirigen al parque; de suerte que su ancha Puerta de verjas de hierro es un chiflón continuo de gentes que se atascan durante horas enteras. A eso de las dos de la tarde el desorden ha llegado á su colmo: todos están ebrios de placer, y no pocos discípulos de Baco van tambaleando. No es el culto pueblo parisiense el que se divierte entonces; es el desenfrenado pueblo primitivo y campestre. Allí se abren cantinas donde se bebe sin medida, y tiendas donde se canta y baila desenfrenadamente: constrúyense teatros, improvisanse barracas, donde los expositores de monstruos humanos encarecen lo raro de sus deformidades con arrebatadora elocuencia; allí las partidas de sortija, las ruletas y los pujilatos; allí los somnámbulos que cuentan lo pasado y predicen lo porvenir, y cien titiriteros y volatineros que hacen pruebas en el aire y arrancan de los espectadores aplausos y carcajadas: allí, bajo los árboles y en pintoresco desorden cual gitanos; los pasteleros, fruteros y cantineros disponen sus hornos, estufas y toneles, donde acuden hambrientos pelotones; allí, los círculos de cien carros llenos de gentes, giran vertiginosamente al compás de órganos bulliciosos; allí las montañas rusas, cuyo estruendo va más allá de las colinas; allí, en fin, las vocinglerías se confunden con los agudos pífanos, los chillidos de los cañutos de caña, y con las desapacibles caídas de bombas y tambores. El parque es un infierno parece que se han apiñado aquí todos los pueblos de la tierra, y que el género humano ha perdido la cabeza.



Fastidiado, aturdido, no pensé en más que huir de esa babel, y tomé una calle pendiente y poco transitada, que de la plaza va á dar encima de la cascada, al sitio en que se hallaba en otro tiempo el célebre palacio de Luis XIV, habitado más tarde por Bonaparte y Napoleón III, y por fin y postre, destruido por los alemanes el 1870. Ahora no se ven allí más que una vastísima terraza y hermosos jardines de lilas y violetas: de donde, dejando á mi izquierda el camino que conduce á la Linterna de Diógenes, eché á la derecha por otro que en zizás conduce arriba á un alto y viejo jardín, que está sostenido por macizos contrafuertes de piedra. De esa altura se domina á San Cloud, las playas, el Bosque de Boloña, Saint-Germain-en-Laye cuna de Luis el Grande, París, Montmorency... Una vez arriba, provocóme una senda largísima y oscura, abovedada de árboles. Más de una vez me había ido por esa misma senda con Teresa y Clementina; pero ayer viéndome solo, gocé más que acompañado de ellas. Después de mucho andar, se distingue al fondo un punto luminoso, que va ensanchándose á medida que avanzo: es que el camino conduce á una bella plazoleta circular, abierta en medio del bosque, adornada de estatuas que tienen por dosel las ramas de los árboles, y de una taza de fuente circular al **CONTORNO**. Por aquí pasa, paralela á la senda, una ancha avenida, que une los jardines del dicho palacio con la población de Ville-d'Avray. Sentéme en esta plaza al pié de una Diana de mármol. A poco me tomó la noche en el desierto, y la noche era ne-

gra. Un trueno lejano hirió mis oídos. Yo no sé por qué me conmoví tanto y tanto ese momento. Pobre Matilde! Y como si alguien me persiguiera, internéme en el bosque.

*Septiembre.*

Cuánto me alegro de haberme granjeado la amistad de Matilde, á quien la quiero con ternura desde que Margarita me contó su historia. No há mucho que me hablaba Clementina de su hermana, que vive en las vecindades de Florencia. Yo le manifesté mi deseo de ser amigo de ella, y le rogué la escribiera en tal sentido poniéndome á sus pies. Ayer me dió á leer un párrafo de carta que dice así: "El amigo de quien me hablas, adornado de tan buenas prendas como dices, no puede menos de merecer mis consideraciones y aprecio, y así, tengo á honra aceptarle su amistad y ofrecerle á mi vez la mía: ojalá pronto tenga yo el gusto de conocerle. Dile así". Le devolví la carta sin decirle palabra; mi gratitud se reconcentró en mi pecho. Yo no soy digno de ella, bien lo veo, y este convencimiento me vuelve tímido á su presencia. A veces se me van las ideas, se me ata la lengua, me pongo una grana: ella me ve y se sonríe, y esta especie de serenidad suya aumenta mi confusión. Dicen que no hay en el mundo fuerza como la voluntad, que todo puede ser vencido, salvo esta facultad, que es invencible. Yo creía lo mismo hasta hace poco; pero ahora?

no tengo más voluntad que hacer la suya. El día que le adivino su pensamiento, que le obedezco en algo, ese día me creo feliz. ¡Qué hermoso es obedecer á la mujer amada! perder el albedrío y caer rendido ante aquella á quien se adora!

*Octubre.*

El día de ayer lo pasámos en Versalles con Julio, Teresa y Clementina. Era primer domingo de octubre, y por consiguiente, último del año del juego de las Grandes Aguas, que no se verifican sino el primer domingo de cada mes desde mayo á octubre, y muy rara vez también el tercer domingo en junio, julio y agosto. Salimos muy por la mañana, por evitar concurrencia en las estaciones del ferrocarril. Así tuvimos tiempo para ver algo, que un día es poca cosa para lo que hay que ver allí. Recorrimos en coche la real ciudad, en cuya construcción empleó 36.000 hombres y 6.000 caballos el capricho de Luis XIV; vimos al paso las estatuas de la Plaza de Armas, y seguimos á la *Sala del Juego de Pelota*, donde se verificó, bajo la presidencia de Bailly, la famosa sesión de 1789, en que los miembros del estado llano, constituidos en Asamblea Nacional, juraron no disolverse hasta dar una Constitución á la Francia. Por desgracia, el museo de la Revolución, que encierra esta sala, aun no lo abrían; pero me prometí volver un día con el único objeto de visitarlo. No bien dieron las once, tomámos la calle de Hoche y nos

encaminámos hacia el palacio de Mansard, el arquitecto de Luis XIV, para ser de los primeros en visitarlo; pues dicho palacio es el punto céntrico adonde convergen los largos cordones de paseantes que vienen de París. Imposible decirte las maravillas que en él vimos: magníficas é interminables galerías con estatuas; una bella cuanto atrevida capilla gótica por el mismo Mansard, dorada y ricamente adornada con pinturas y esculturas; vastos salones con altísimos espejos que semejan elegantes puertas, y con ventanas que miran á los jardines y á los bosques de las colinas. Moradas son éstas del más absoluto despotismo, de la más deslumbradora gloria, de la más loca concupiscencia, de los cancanes y orgías de los reyes de Francia. Pero la verdadera joya del palacio de Luis el Grande, joya que por sí sola merece que el viajero se venga á toda costa de los más remotos países; no es la Galería de los Espejos, no los amenos parques, sino sobre todo el Museo Histórico de Pinturas, creado por Luis Felipe, colección sin par en el orbe todo. No hay cuadro que no sea un tesoro, ya por su mérito artístico, ya desde el punto de vista histórico. Los pintores franceses más ilustres figuran allí: los hermanos Scheffer, Horacio Vernet, Delaroche, Gerard, Delacroix, José Barrias, y cien más que sería sobrado largo referirte. Allí están las guerras de Carlomagno, allí está Juana de Arco liberando á la Francia de la esclavitud inglesa; allí está Luis XIV paseándose victorioso por el Rin, y batiéndose con Flandes y con España; allí las Cruzadas, batallas furibundas de sarracenos y cris-

tianos; allí la Revolución Francesa y las hazañas de Napoleón Bonaparte; allí en fin la guerra de Crimea. Una de las cosas en que más me sentí sobrecogido de admiración y respeto, fué cuando entré en el Salón de la Guerra, y miré en la techumbre aquel cuadro pintado por Lebrun: representa á la Francia armada con el rayo de la guerra y un escudo con el retrato de Luis XIV. Belona, Alemania, Holanda y España la miran aterradas. Según San Simón, no contribuyó poco esta pintura á irritar y ligar á la Europa entera contra el monarca francés.

Tras el palacio se ve una gran terraza adornada de grandes y bellos vasos de mármol con relieves, y de fuentes con amocillos, ninfas y tritones de bronce sobre sus bordes. Por los tres costados de la terraza y por magníficas escaleras se descende á un dilatado campo cubierto de bosques y naranjales; adornado de estatuas de dioses mitológicos; de escaleras, arriates, gradiosas fuentes y estanques tan vastos, que en tiempo de los reyes cabía en ellos una gran flotilla de barcos de diferentes naciones. Grandioso es el Obelisco-surtidor de cien bocas; grandioso el gigante Encélado que bajo el Etna está lanzando al cielo agua por la boca en sus infernales contorsiones; no menos que las colosales fuentes del Dragón y de Neptuno. Las aguas conducidas aquí por anchos subterráneos, toman entre los bosquecillos mil formas diferentes: unas semejan cristal disuelto que se despeña en forma de peinetas transparentes; otras chorros de luz altísimos, que caen convertidos en bombas luminosas como juegos de co-

lores; otras parecen haces de tallos en forma de trompeta de vistosos cambiantes; cuáles pinos piramidales ó flexibles sauces en cuyas ramas de perlas y diamantes juguetea el iris. Entrámos de paso al bosquecillo de los Baños de Apolo, en cuya gruta está el dios de la poesía rodeado de divinidades femeninas; mientras dos grupos de soberbios corceles le aguardan en la fuente, al pie de una cascada.

Bien que algo retirado de allí el pequeño Trianón, fuimos á visitarlo: En este palacio, residencia favorita de María Antonieta, lo más interesante es el jardín, cuyo estilo inglés contrasta con el severo y majestuoso de Le Nôtre. Pues en vez de calles de árboles anchas, rectas y magníficas de los jardines de Versalles, se ven aquí estrechas sendas que juguetean serpenteando por entre los árboles. Tomámos una de aquellas sendas, pasámos por delante de un bello templete de Cupido, que está junto á un arroyo, y á poco nos hallámos en la más pintoresca y poética parte del jardín, que consiste en un grupo de casuchas rústicas, techadas de paja y cubiertas de hiedras, orillas de una laguna. Cada una de esas casuchas tiene su nombre: que el presbiterio, que el molino, que la lechería, que la torre de Marlborough, así denominada de la célebre canción, muy en boga entonces, del famoso general inglés, y ¿qué sé yo que otros nombres más? lo que sé es que Teresa dijo que en su vida había visto paisaje más ameno. Allí en un declivio nos sentámos sobre la grama, bajo unas ramas que nos hacían sombra, á ver nadar los gansos y los cisnes, y escuchar el pío-pío de las golondri-

nas. Las palomas son tan mansas que venían á nuestros hombros. Mucho sentí cuando Julio dió la señal de levantar el campo.

Acabada la fiesta, terminado el juego de las grandes aguas que se hizo entre la algazara de las multitudes y la armoniosa tempestad de las bandas; tornámos á casa muy satisfechos de nuestro paseo. Eran la siete de la tarde, y la comida estaba lista. "Voy á prepararles mi manjar", dijo Clementina antes de sentarnos. "Mi manjar" llama ella á un plato de postre, especie de crema ó espuma italiana, que adereza con yemas de huevo, marsala, azúcar y canela. La cocinera que tienen es de lo mejor. Teresa no es profana en el arte culinario: una y otra han intentado aprender de Clementina á preparar este plato tan bien como ella, y no lo han conseguido. ¡ Pero qué demonios! aun no se me pasa la cólera que tuve con la loquilla de Genoveva, que tan amiga se titula de Teresa, y tanto la visita. Acabada la comida y alzada la mesa, salimos como de costumbre á tomar nuestro café en la glorieta. Pues allí vino la supuesta amiga, y de los cabellos sacó á colación sus pies: y que son pequeñitos, muy chiquititos, y que los botines le han venido flojos, y que no hay fealdad como el pie grande en la mujer, qué sé yo cuánto más dijo. Viendo que nada respondían á ello, dirigióse á Teresa: A ver Teresa, ¿ cuál de las dos tiene pie más pequeño? y diciendo y poniendo el suyo junto al de Teresa: yo!, dijo la loquilla viéndome la cara con aire de triunfo. Es claro, dijo Teresa, que si tu pie fuera igual con el mío, serías imperfecta. No sabes

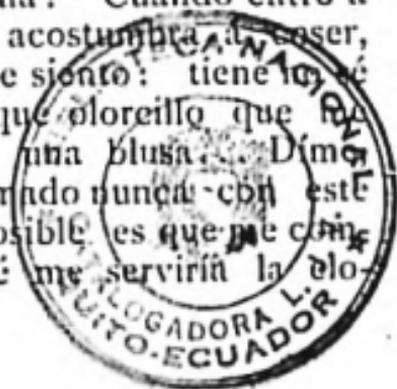
cuán satisfecha quedó de sí al oír estas palabras, que le sentaron como miel sobre hojuelas: creyó que había triunfado, y que la otra se daba por vencida, sin entender la simple la manera aguda y delicada como se defendió Teresa.

Algunas se figuran que el pie es tanto más bonito cuanto más pequeño, sea el que fuere el tamaño de la persona, cuando no puede el humano cuerpo ser perfecto, si carece de una justa proporción de las partes con el todo. Los chinos gustan del pie diminuto por extremo en esos cuerpos deformes, cuyo vientre puede contener un buey; y aunque es cierto que las mujeres son á sus ojos tanto más hermosas cuanto más delgadas; son con todo los pies tan diminutos, y más en las nobles, que no pudiendo sostener la masa de su cuerpo, se ven las infelices obligadas á trasladarse de un lugar á otro á espaldas de un camarero. Pero tú sabes que los chinos jamás han dado la ley al mundo en achaque de buen gusto, y que distan infinito de los antiguos griegos, quienes supieron estimar en cuanto vale el pie pequeño, pero nunca hasta olvidarse de las leyes de proporción y de armonía. Los de la Minerva de Fídias son mucho más grandes que los de la Venus de Milo, y más todavía que de la Venus de Médicis. Teresa tiene proporcionadamente mayores, eso es todo: la una es alta, más alta aún que la misma Clementina; la otra, un grano de mostaza. No niego que también la loca tiene bonitos pies, bonitas manos, y no faltaría quien la codiciase, á no ser por esa boca tan grande que abre una cuarta cuando se ríe, esos labios secos y sin sangre, que pare-

cen cubiertos de escama; y más que todo, si no fuera tan habladora y tan mala y no tuviera la lengua viperina que tiene. En fin, pasado ese momento desgraciado, todo con música y canto sazónose. Fuimos al gabinete, y á poco tocó Teresa al piano la obertura dramática de Rollín por Parés, actual Director de la Guardia Republicana. Me gusta esa pieza magistral, que tan bien interpreta aquella noche horrenda, en que los piratas del Norte, entre la sorda tempestad del océano, cual bandadas de aves de rapiña, se acercan á las costas de Francia, sedientos de sangre y de pillaje, lanzando al aire salvajes gritos de guerra. Las pobres gentes del país, en su desesperación, “¡ Los Normandos, los Normandos!”, exclaman despaavoridos, y se agrupan en torno del obispo, alzando ojos y manos al cielo, pidiendo misericordia al Dios omnipotente: “¡ Líbranos, Señor, del furor de los Normandos!” ... Y se aprestan resueltos á la defensa, pero en vano: la cuchilla de Rollín es invencible, y se entra victorioso por cima de los vencidos. ¿ Mas quién lo creyera? ¡ oh poder de la religión de Cristo! el furor normando se apacigua, el vencedor es vencido, abraza Rollín el Cristianismo, y agacha humilde la cabeza á recibir las aguas bautismales. Muchas veces he rogado á Teresa repetir esta obertura, porque jamás me canso de oirla: luego cantaron Teresa y Clementina la Plegaria de Stradella. ¡ Bella Clementina! ... Verla de pies cantando con voz angelical una plegaria!: siente el frío de la prisión, ¡ tan tristemente canta! Néstor, habrá mujeres hermosas en el mundo, no digo

quo no; sí las hay y muchas, ¿pero como Clementina? La otra noche cantó como nunca el Ave María de Verdi... No me creas exagerado, no me ciega el amor: quiero hablarte de ella, y mi lengua se ata y mi mente se acalora, y me duele ver que no la conozcas como yo la conozco.

Miedo tengo de verme: eso de no ser dueño de mis actos: oh Dios ¡oh Dios mío! Cuando veo lo que fui y lo que soy... Pobre Abelardo! en otro tiempo era tu sueño tranquilo! sin sueños, sin recuerdos, sin sombras, sin espectros. Ay, amigo! ese Abelardo pasó, y no ha quedado de él ni la sombra. El arroyo se ha convertido en torrente, la chispa en explosión. Esa paloma no existe: ahora es el león que rugé; es el volcán que brama. Es imposible, Néstor, que alcances cómo me ha transformado esta mujer: lo que no tiene relación con ella es indiferente para mí: mis afecciones se han cambiado. Hay una mujer á quien no quise bien, pero desde que vi que Clementina la había cobrado algún cariño, es gran consuelo para mí toparla en la calle, saludar con ella; porque me figuro que algo va en ella de mí bien. Qué sería de mí sin Clementina? Cuando entro á su cuarto donde acostumbra á estar, no sé decirte lo que siento: tiene un qué aroma, no sé qué olorillo que me deleita: una bata, una blusa... Dime Néstor, ¿no has amado nunca con este frenesí? pues imposible es que me comprendas; ¿de qué me servirá la do-



cuencia?, oh no, es menester amar como yo amo para alcanzar lo que siento. Ver una piéza de su vestido ... Cuánto diera yo porque tú me comprendieras! Perdóname, Néstor, que te hable así. No há muchos días pensé ver en Clementina cierto modo que no era el de costumbre; en su rostro un gesto de desdén; y al despedirme, la vi indiferente ó algo peor. Turbéme tanto, que no acerté á salir, y en vez de tomar á la puerta principal, tomé á la que conduce al aposento inmediato. Te digo que salí de allí medio muerto, sumido en un abismo de los más negros pensamientos: todas mis ilusiones se me desvanecieron, ¡qué noche tan terrible! Yo me había engañado malamente, á lo que vi después, pero entre tanto ¡cuánto padecí, Dios mío! Qué he hecho yo? me preguntaba; tal vez interpretó mal esta palabra, esta acción mía ... para qué hice, para qué dije ... Nó, ella no me quiere, si así cambia no me puede querer: no sería capaz de irse al sacrificio por mí. ¡Lo que haría yo por ella! cautivo, encadenado, privado de luz y libertad, contento viviría con su amor. ¡Pero qué vacío siento! ¿qué soy, qué valgo, para qué vivo? Indiferente, desdeñosa ... ¡Y más la quiero, y más me abraso! Clementina, Clementina, loco estoy ... Saqué un pañuelo suyo, que conmigo llevaba, y me apreté los ojos. ¡Qué terrible es el amor, qué castigo el que Dios impuso al hombre!



Una mañana que me iba á París, encargóme le comprase una peineta, para reponer la que el día antes se le había ido en el río. Compre usted, me dijo, ó en la casa de Vever, sita en la calle de la Paz, ó en la de Lalique, en la Avenida de la Ópera: por lo demás, añadió, puede usted elegir la que mejor le parezca. Bien se te alcanzará con qué empeño procuraría yo cumplir pronto y bien ésta que para mí era una orden. Bien es verdad que no dejaba de inquietarme la idea de que pudiese hacer una compra que no fuera de su gusto. Fuíme primero á la casa de Vever, donde vi lo más precioso en brazaletes, diademas, pendientes y collares que semejan encajes. En las variadas y caprichosas formas de las joyas, entra con mucho la planta, y aún el reino animal: escarabajos, libélulas, mariposas, pavos reales, pecesitos, elegantes cabezas de mujer; igualmente que diosas y semidiosas mitológicas, y sirenas con cola de ópalo; y cuando no, instrumentos como la lira. El pelo es elemento apropiado para dar variedad y gracia á ciertas joyas como horquillas y alfileres: ora se ven cabezas femeninas con cabellos crespos y recogidos como en griego mármol; ora esparcidos como de furias, ó caídos cual de troyanas que tienen la misión de llorar en los entierros. Aunque había lindas peinetas en esta casa, fuíme también á la otra. Ambas me gustan. Cuando veo la fineza y el primor de joyas y peinetas de Lalique, me parece que aventaja á su competidor Vever. Dos cosas he notado en una y otra casa: la preponderancia del reino vegetal y la sobriedad en el empleo de piedras preciosas

aún en las mismas joyas. En los adornos se observa una sencillez y delicadeza que encanta. La amatista en bruto se emplea mucho como adorno vegetal. Te he dicho que la planta prepondera; pero también el reino animal viene en seguida; luego cabezas humanas; luego bustos, y por último, cuerpos enteros, que son los más raros. Pero nada en la casa de Lalique como las peinetas: unas de color de ámbar, otras de la mejor madera. El oro, la plata y el esmalte se combinan á maravilla para adornar el cuerno y el marfil; el ópalo, la turquesa, el zafiro, se ven rarísima vez: evitan los colores vivos en sus adornos. Las perlas emplean con gracia singular: hay unas, largas y agudas á manera de hojitas, de las que se han servido para formar crisantemos, guirnaldas y otros adornos de las peinetas. Al principio me llamó la atención una en que se veía imitado un cielo con nubes; pero di la preferencia á otra, esmaltada con oro, y cuyo principal adorno eran unas violetas de amatista. Acerté á desempeñarme con tanta habilidad en el encargo de Clementina, que se contentó sobremanera: "Esto merece un premio", dijo al ver la peineta, y corrió á mostrársela á Teresa. Al otro día me envió un libro con dedicatoria, y un cuadrito, diciendo que aquello era lo que me había ofrecido en recompensa de mi buen gusto. Su ífo fué un gran pintor á juzgar por la crítica de los inteligentes: distinguióse sobre todo, como buen florentín, en la representación de escenas humanas; pero tiene también hermosos paisajes, de los cuales dejó dos á Clementina de recuerdo. El uno de

los dos, el que más me gusta me ha obsequiado. Este hombre singular tiene puntos de contacto en el paisaje con Claudio el Lorenés, por lo profundo del horizonte, lo tranquilo y radioso del ocaso; y en las escenas humanas con el Corregio; por esa manera de expresar los efectos exteriores de los cuerpos, igualmente que por la elegancia, verdad y grandeza de su pincel. Dos mil quinientos francos daban á Clementina por cada uno de los cuadros, según me contó el interesado, á lo cual respondió ella que por dinero no los daría ni por diez tantos más, no sólo porque eran un recuerdo, más aún, por ser obras muy de su gusto. Cuanto más contemplo el cuadro que conserva aún Clementina, tanto más me posesiono de él, penetro su espíritu y descubro la poesía que encierra: Estoy en las riberas del mar á la hora del crepúsculo; la noche comienza tímidamente á extenderse por el horizonte, y la moribunda luz del ocaso se refleja todavía en las leves ondulaciones de las aguas. Toda la naturaleza tiene un aspecto sombrío. Detrás de unas peñas, una penumbra espesa da al agua un color oscuro de betún de aspecto imponente, cual si el mar no tuviera fondo en esa dirección. A lo lejos se divisa un barco de pescadores. Las riberas son declivos escarpados y cubiertos de matorrales; de una como caverna oscura de un barranco, sale un chorro de agua, que corre al mar saltando en cascaditas: una zagala con tocado de hebrea, con pies desnudos, chicos y blancos, está recogiendo el ganado ovejuno desparramado por allí. Esta zagala es Clementina. Lo pintoresco está dominado en este

cuadro por lo ideal, que tanto prevalece; y lo imprevisto y misterioso habla al corazón con elocuencia. El otro cuadro, con que acaba de obsequiarme, representa á la misma Clementina: Parece una sibila, tal es su actitud: un libro sobre las rodillas, está sentada junto á una gruta, al pie de una escarpa cubierta de espeso bosque. Ya no lee: tiene la diestra bajo la barba, y el codo sobre el libro: diríase que la lectura la ha sumido en lo más hondo de la melancolía. Es su vestidura delgada túnica sin mangas, sostenida con broches en los hombros: el peinado es sencillo, y el cabello, en gracioso nudo sobre la nuca, deja libre ese divino cuello. Acaba de anochecer, y la luna se levanta radiosa detrás de los peñascos: un tronco secular cubre su disco, pero baña con su luz el bosque todo, y le comunica un misterioso encanto imposible de explicar; de suerte que uno participa, sin advertirlo, de esa vaga melancolía de la naturaleza. Parece que el viento silba, que oigo voces, que hay algo que me habla detrás de ese silencio universal . . . Este cuadro lo tengo á la cabecera de mi cama.

Pues este su tío, no solamente fué pintor, fué también grande escritor, y su mejor obra es la que trata del Arte y la Belleza, que es la que me ha enviado Clementina. ¡Qué libro, oh Dios, qué libro! Hace tres días que no he cesado de leerlo. Cómo se ve cuánto y cuánto ha penetrado este hombre á Schelling, á Lamennais; cuánto se ha empapado en las ideas de Platón sobre lo bello, y cuán profundamente ha comprendido el espíritu estético de los pueblos clásicos de la antigüedad. Más de una vez cita á

San Agustín, á quien le llama discípulo de Platón. ¡Lo bello!, me hace estremecer esta palabra. ¡Lo bello! ... Cómo se ve que Dios existe, y que la humanidad tiende á la infinita belleza. Venturosos los pocos mortales que han recibido del cielo la misión de guiarla por ese camino ... Déjame, Néstor, que disfrute de la vida: esto sí que es gozar. Todo nuevo, todo desconocido para mí en estos horizontes luminosos, en cuya contemplación me quedo absorto.

Voy al fin á realizar mi dorado sueño, cual es, de visitar á Italia; pues sábe que acabo de comprometerme con Julio á acompañarles en un paseo que durará probablemente un mes ó dos. Tratábase de hacer un viajecito en vía de paseo, bien por el Rin, bien por Suiza; porque el médico ha dicho que conviene que Clementina viaje y se distraiga. Ella, como es natural, ha preferido á Italia, y está contentísima. Yo no sé cómo encareceré la ilusión que tengo: no veo la hora de partirnos. Está resuelto que de hoy en ocho sin falta nos iremos. "Puede que sólo á mí me parezca así, porque es mi tierra,—me decía Clementina una tarde que paseábamos por la isla,—pero es lo cierto que va á conocer una ciudad sin par por su hermosura. Ud. que tanto gusta de las nobles artes, ya tendrá ocasión de admirar en Florencia toda la pujanza y fecundidad del genio del Renacimiento. Su clima es delicioso: cuando una está en estos fríos de París, estima en lo que vale el suave clima del otro lado de

los Apeninos. Todo bello en mi tierra. Me acuerdo que con mi madre acostumbraba yo á oír misa en Santa Croce. Santa Croce es el Panteón de Florencia, que guarda á los inmortales. Siempre recuerdo de una tumba en aquella iglesia, que lleva esta inscripción: "Sola en mi auro-  
ra, sola en mi ocaso, estoy también sola en este suelo". Y en diciendo esto calló: tenía la vista fija en el vacío: diríase que recorría con la imaginación esa tierra bendita, y traía á la memoria mil recuerdos infantiles. "¡Tántos años pasados!, exclamó de pronto; como en sueños recuerdo de aquellos días que ya no volverán.... Esas iglesias, esos paseos, esas campiñas, ¿por dónde no habré andado? Todo hermoso, todo bello en esa mansión del Arte, adonde aun me parece mentira que me voy". Triste se puso al acordarse de Florencia. ¡Me habló con tanto sentimiento de no haber podido hasta ahora conocer en Nápoles la casa donde nació su madre! Fué su madre hija de una griega, razón por la cual tanto simpatiza con los griegos napolitanos. Después de largo callar, sacáronla de ese como arrobamiento las risas y palmoteos de unos muchachos, que de la margen opuesta miraban al río con mucha atención: era que había volcado una canoa, y el marinero, de quien asomaba apenas la cabeza, se dirigía á la orilla nadando, adonde salió sano y salvo, celebrando él mismo su per-  
cance. Como yo le rogué á Clementina que me hablase algo más de su tierra, prosiguió de esta manera: "Allí hay palacios y tesoros artísticos, que pueden figurar entre las maravillas de los siglos; verdaderos templos en donde no sólo Europa sino el universo rinde culto al Arte: Allí

está la Cúpula de Brunelleschi, allí el Campanario del Giotto, allí las Puertas de bronce de Giberti, las cuales tanto asombro pusieron en el pecho de Miguel Ángel, que al verlas exclamó: "Estas puertas son dignas del paraíso". Me encareció la Capilla de San Lorenzo, que guarda estatuas de Miguel Ángel. "Mi patria, dijo, fué también la del Dante y de Bocaccio, del Sarto, de Cellini y Querubini. Mi tío decía siempre que Maquiavelo había sido calumniado, y que fué un grande hombre. La Toscana ha dado de sí á los Ariostos y Petrarcas, á los Leonardos y Miguel Ángeles y cien otros. De mi patria fueron los Médicis, que tanta protección prestaron á las Artes, Letras y Ciencias: esta familia insigne dió de sí siete grandes Duques á la Toscana; á Roma tres papas y muchos cardenales, y á Francia dos ilustres reinas. Florencia fué un tiempo capital de Italia, y América misma no puede ser indiferente con Florencia, como no puede serlo con España, pues que florentín fué Américo Vespucio". Me dijo que la casa de su hermana se hallaba á la margen izquierda del Arno, cerca de la Torre y la Villa de Galileo, entre el Monte Olivete y la colina de Miniato. Al centro, dijo, del jardín que está delante de la quinta, se alza un pino, que plantaron el día en que yo nací. "Oh Abelardo, ese ruido del río, ese aroma de las flores, esos jardines de Boboli, esa fragancia de los olives de mi tierra... ¡Felices los florentinos que viven en Florencia! En frente, del otro lado de la ciudad, se levanta un pintoresco promontorio, donde, sobre la antigua Fiesole de los etruscos, se levanta ahora resplandeciente la ciudad del mismo nom-

bre entre olivares en la escarpada cumbre: allí hemos de pasar un día, porque su vista es magnífica: valles y ríos, laderas y cordilleras de colinas sembradas de quintas y de bosques, y en lontananza, montañas azulinas coronadas de nieve. A derecha é izquierda de Fiesole, las rocas se levantan cual montañas: en las faldas de aquellos cerros, pululan quintas pintorescas y alquerías. Abetos y cipreses, olmos y pinos, magnolias, juncos y palmeras, forman deliciosos ramilletes: cada quinta es un paraíso. Allí, en esas pintorescas faldas de Fiesole, en esas lindas colinas, donde el pastor duerme tranquilo, en tanto que el ganado pace, allí vivió el Beato Angélico, soñando con Dios, con la Virgen, con los ángeles del cielo". Cuánto hubiera dado yo porque no acabase nunca de hablarme de su tierra! La emoción que tuvo al acordarse de Florencia, realzó con mucho el encanto de su rostro. ¡La hizo Dios tan hermosa! Yéndome con ella, no digo á Italia, en cualquier rincón de la tierra estaría contento. Ella, sólo ella puede engendrar en mi pecho las más delicadas emociones: ella puede aclarar mi espíritu como la luz, ó sembrarlo de espectros como la noche.

Desde luego, nuestro viaje pensámos hacerlo por el Montcenis, pero está resuelto que nos iremos por el San Gotardo, vía que le gusta más á Clementina

Necio fui cuando dije que en la tierra no se gozaba. Mucho yerra el hombre al sentar principios tan generales, lleva-

do de las impresiones del momento. Que no se goce! el que tiene un libro, como el que tengo, y adora una mujer como la mía, que no goce! Te escribo desde el bosque, por donde discurro horas enteras, leyendo unos ratos, otros oyendo el canto de las aves, escuchando el silencio de estas soledades, recorriendo con la imaginación los tiempos primitivos, en que el hombre vivía en relaciones íntimas con la madre naturaleza. Lo sublime... Acabo de ver esta palabra en mi libro. Lo sublime es propio de la creación, la cual es tanto más sublime cuanto más se remonta á sus orígenes: nada más sublime que el caos, donde es imposible la belleza, porque la belleza es orden, proporción y simetría. La belleza apareció con el hombre. Cuando Dios hizo á Adán, ó por mejor decir, cuando Dios hizo á Eva, entonces se ostentó la belleza en el mundo con todo su esplendor. No obstante, el hombre primitivo es poco sensible todavía á los encantos de la belleza: antes que lo bello, le impresionaba lo sublime. Así en sus obras primitivas de arte, lo primero que se revela es lo sublime: antes de la Escultura nació la Arquitectura, y ésta es formidable en sus principios, como todo lo que al hombre le rodeaba: es inmensa, es alta, es profunda, cavernosa y terrible, como la terrible naturaleza de entonces: las pirámides recuerdan las montañas; los laberintos subterráneos, las cavernas; las largas líneas horizontales, la superficie del mar; y las techumbres estrelladas, el firmamento. Ni á la escultura la admite como adorno, si no es en forma de los seres más grandes y terribles de la creación: aquí es el sol radio-

so del medio día; allí el rayo que serpentea en el espacio; ya el águila ó el cóndor, que se encumbran á las nubes; ya el elefante, el león ó la serpiente. Este es el arte, en embrión todavía, pero es arte. Tras el caos viene el orden, la armonía; tras lo sublime lo bello. Venus ha salido del mar. Con la aparición de la Arquitectura y la Música, el hombre se ha vuelto menos feroz y rudo; la naturaleza comienza á apaciguarse, y vislúmbrense ya los primeros albores de la belleza, que ha de imperar más tarde. ¿No vemos las piedras venir ellas mismas á colocarse en los muros de Tebas á los mágicos sonidos de la lira de Anfión? No vemos á Orfeo atrayendo á sus pies, mansas y humildes, las fieras, y hechizando con su voz á las divinidades infernales? Y Homero no sólo canta á Júpiter, el dios que truena en las montañas; no sólo canta á Neptuno, el dios del mar sin límites: canta también á Venus, canta también á Apolo. Cierto que lo sublime subsiste todavía; pero es porque la naturaleza ha existido y existirá siempre con sus abismos, sus cataclismos y evoluciones formidables, y porque lo sublime no es sino lo bello, pero en orden muy superior á los alcances de la humana inteligencia. Mas el Arte ha nacido, y la humanidad se ha salvado. Benditos los pueblos que han rendido culto al Arte, porque él es el redentor que quebrantará la cabeza á la serpiente; bendita sea la Grecia, fuente inagotable de belleza y poesía: Íctino, Fidias, Apeles, Esquilo, benditos seáis! Bendita sea la Italia, madre fecunda de la civilización moderna; bendita sea la Francia, heredera universal de todo lo

grande, de todo lo noble, de todo lo bello: genio sublime... ¿Pero adónde me estoy yendo? Cuando evoqué los tiempos primitivos, iba á hablarte de otra cosa, y sin advertirlo me he apartado de lo que me había propuesto. Iba á recordarte de esos tiempos felices en que había mayor sencillez é ingenuidad en el hombre; de esos bosques sagrados, de esas chozas humildes, de esos campos cubiertos de trigo. ¡Cómo me atraen esas cosas! Allí viviría, digo yo, con mi Clementina, pastando el ganado por las laderas, tomando la leche caliente de las vacas, lavándonos los pies en las fuentes cristalinas, buscando miel en las colmenas, nidos en los matorrales, recogiendo espigas y cantando en el tiempo de la siega. ¡Qué felicidad entonces! en un momento de cansancio poder reclinar en su seno mi frente, y dormirme tranquilo el sueño de la inocencia y del amor.

Estamos en vísperas de nuestro viaje á Italia: son las once de la noche, y me tienes en casa de Julio ayudándoles á hacer las maletas. Mañana ya no te podré escribir, que estaremos en camino; por eso lo hago á estas horas y á toda prisa, como verás por la letra.

Ya no nos vamos por Suiza, como teníamos resuelto, sino por el Mont-Cenis; pero sí volveremos por el San Gotardo.

Acaba de venir de Italia un joven amigo nuestro, que aunque español, es un verdadero inglés, no sólo por lo infatigable y atrevido en el viajar, más aún por

ese espíritu observador y curioso que le lleva á conocer hasta los rincones más insignificantes de un país, con tal que cualquier mataperros disfrazado de cicerone le invente anécdotas á su sabor. Su tema es hablar de sus viajes: si le das cuerda, esto es si le haces una pregunta á ello relativa, no dejará de andar la máquina, si tú no te tomas el trabajo de pararla.

Pero en cambio es inteligente y bastante instruído: viaja con provecho.— No paséis el Cenís, nos dice, sin ver antes en el Delfinado las *siete maravillas naturales* y la gran Cartuja, que está en un desierto entre ásperas montañas.

Como ha visto el Cabo Miseno en Nápoles, ha mandado sacar en el museo de Lyon una copia del cuadro de Gerard: "Corina en el Cabo Miseno". Como ha visto la Cartuja, está mandando sacar en el Louvre copia de los cuadros del Rafael francés, Lesueur, relativos á la vida de San Bruno.

Imposible que no hubiera estado en el valle de Chamounix, que no hubiera subido al Monte Blanco. Estar en Chamounix y no pensar en la Linda de Donizetti, otro imposible.

"¡ Pero nada, nada como el Lago Lemán! exclama entusiasmado.

Fuíme á Italia por el Simplón, y estuve en el Lemán".

Y se enardece tanto el joven, que yo creo que ni Byron, ni el mismo Rousseau se enamoraron de dicho lago hasta ese extremo. "Ver el lago .. la Isla Rousseau, el Jura, los Alpes, el Monte Blanco! Dista éste unas doce leguas del lago, y con todo, tan alto es, tan colosal es su pirámide, que parece que ya nos aplasta con su mole, cuya immaculada

frente se refleja en las opalinas aguas del Lemán.

El Ródano, prosiguió, entra en el lago, turbio y espeso, y sale hacia Ginebra cristalino y azul como el firmamento, y rápido como una flecha. Vi entre los bosques de sus riberas el palacio de Voltaire: los habitantes de Ferney rinden culto á su poeta, y el pedestal de su estatua habla maravillas en su elogio. Más allá vi el palacio donde Madama de Staël vivió, y asimismo vi en Lausana la casa habitada por Gibbon. En el alto Ródano, al fondo del valle de Sión, álzase majestuoso en forma de cono como nuestro Cotopaxi, el Mont-Catogne coronado de nieve. ¡Qué hermoso lago! los vaporcitos que lo surcan semejan cometas caídos, y las velas lejanas, que cual blancas sombras se vislumbran al través de la neblina, aumentan el misterio de estas aguas. Oh! yo quisiera ser poeta para cantar al Lemán como le cantó en su Childe-Harold la hermosa víctima de Missolonghi! Clarens... Vevey... verdaderos verjeles, sus casas se pierden entre los huertos. ¿Qué poeta ha cantado en verso á la Naturaleza con igual sentimiento que Rousseau en prosa en las laderas de Clarens? Por las riberas de la vecina Vevey vaga la sombra de su Nueva Eloísa. Yo anduve por el bosque de castaños por donde anduvo Julia... En Vevey hay una casita que lleva una placa en una de sus paredes con esta inscripción: "Aquí vivió J. J. Rousseau en 1732". Encima de esta inscripción hay una medalla de fondo azul en que se lee: "A la Clef". De esta medalla pende una llave dorada. "Yo iba á Vevey, dice por ahí Rousseau,

á vivir en la Clef . . . yo he amado á esta ciudad con un amor que me ha seguido por todos mis viajes". Más allá de Vevey, más allá de las bahías de Clarens y de Montreux, se halla el sombrío castillo inmortalizado por Byron en "El Prisionero de Chillon". Este prisionero fué Bonivard, prior de San Víctor de Ginebra. Está el castillo al pie de escarpadas rocas: diríase que ha venido rodando desde lo alto, y que ha quedado como suspendido al borde de un abismo. Este abismo es el Lago. Si en vez de detenerse al borde, se hubiera ido al fondo, habría desaparecido con torres y todo esta especie de Bastilla. Aunque no es aquí donde alcanza el lago su mayor profundidad, con todo, podrían engullir sus aguas el obelisco de Lúxor de la Plaza de la Concordia, puesto cuatro veces uno sobre otro. Ese abismo ha devorado prisioneros sin cuento, que eran arrojados por la noche desde las oscuras mazmorras en que yacían atormentados: dichas mazmorras están bajo el nivel del agua. En esas paredes subterráneas se ven grabados los nombres ilustres de quienes han visitado tan horrenda cárcel: Byron, Eugenio Sué, Jorje Sand, Víctor Hugo y cien otros".

Aquí fué preciso interrumpir al joven viajero, porque estábamos ocupados, y él no caía en la cuenta de esto, ni llevaba término de acabar su inacabable cuento.

El viaje, á lo que veo, va á ser de lo más rápido: apenas tendremos tiempo de ver muy poca cosa. No quiero contrariarle en nada á Julio. Lo que él diga se hará. Adiós.

## SEGUNDA PARTE

---

### GÉNOVA.

¡Salve, Italia! maravilloso altar del Arte y la Naturaleza, yo te saludo. ¡Salve, oh reina del Tirreno, madre de Cristóbal Colón, Génova ilustre, yo te saludo! El corazón me palpita en este momento sagrado para mí. Yo en Italia, yo en el Mediterráneo... Qué mundos los que bullen en mi mente á la evocación de estos nombres sacrosantos! Cuando leía en mi tierra la historia del Mediterráneo, y aprendía á conocer cuánto la humanidad había pensado y cuánto había llorado en sus riberas; cuando me sentía atraído hacia este suelo por una simpatía irresistible, y veía mis débiles fuer-

zas, mi pobreza, mi infortunio, y con la imaginación medía tantas montañas y todo un océano interpuestos entre el Mediterráneo y yo; abatíase mi ánimo como de un náufrago que ha perdido toda esperanza de salvarse. Recuerdo que una tarde pensando en esto me paseaba por una playa, cuando de pronto suspendí el paso y me puse á contemplar las aguas del Cotopaxi, que corrían al Atlántico, y á hablar con ellas en mis adentros: — Aguas, me decía, que vais á confundiros un día con las del Mediterráneo, con ese mar remoto que jamás llegaré á ver... y me abatía el ánimo la consideración de que un viaje para mí era imposible. Y ahora estoy aquí... ¡Qué hermoso es sentir, Néstor, qué hermoso es! te aseguro que si llegara á perder el sentimiento, me tendría por el ínfimo de los seres creados. La imaginación del que siente es antorcha luminosa que todas las sombras disipa: los más remotos recuerdos vibran como presentes en mi pecho!

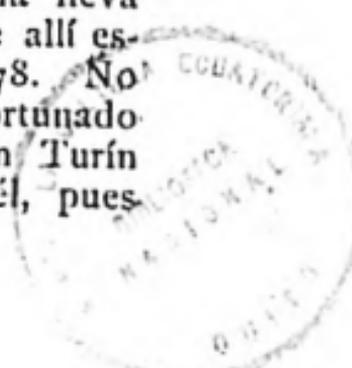
Creerás tú por ventura que hemos visto muchas cosas de París acá. A duras penas visitámos la Cartuja. Este Julio... Cuánto hubiera dado por irme á Ginebra y embarcarme en ese lago. Cuando Clementina le propuso pasar por allí, hizo del sordo.

Horas no más nos detuvimos en Turín: llegámos allí á medio día, y salimos con el alba al día siguiente. Alcanzámos eso sí á subir al monte de la Superga, en cuya cumbre visitámos las tumbas de los reyes de Cerdeña. Volviendo de allí entrámos á la Catedral, construída por *Meo del Carprino* de Florencia, donde están los sepulcros de los duques de Saboya, y donde vimos con profunda venera-

ción la parte del Santo Sudario que allí conservan, en que fué envuelto el cuerpo de Jesucristo. Al pasar de la Plaza de San Carlos, nos parámos delante de la estatua ecuestre, en bronce, del *ilustre saboyano*, como dice Mariana, el general *Emmanuel Filiberto de Saboya* por Marochetti. Hay en el pedestal, de granito, dos bajos relieves: el uno representa la Batalla de San Quintín, y el otro la Paz del Cateau-Cambresis. Está el *Cabeza de hierro* en actitud de envainar su espada, después del tan glorioso tratado de paz que puso fin á la guerra entre Felipe II de España y Enrique II de Francia. También nos llamó la atención el bello y colosal monumento de Cavour por el florentino Dupré: la Italia agradecida está en actitud de coronar al creador de la unidad italiana, quien tiene en la mano un papel con estas célebres palabras: "La Iglesia libre en el Estado libre". Vense en el sócalo figuras alegóricas: el Derecho, el Deber, la Política, la Independencia. Momentos antes habíamos visto en la vía Cavour N.º 8, la casa donde nació el ilustre conde.

En la vía Garibaldi está el gigantesco monumento del Mont-Cenis: el genio de la ciencia está cerniéndose encima de un gran montón de rocas, bajo las cuales yacen vencidos los Gigantes de las montañas.

En la calle de la Basílica se alza el palacio del Tasso, cuya fachada lleva una inscripción que recuerda que allí estuvo el Cisne de Sorrento en 1578. No todo fué llanto en la vida del infortunado Tasso: estos días que pasó en Turín fueron de gran consuelo para él, pues



todos saben que aquella temporada, Emmanuel Filiberto, queriendo celebrar la presencia del Cantor de la Jerusalén Libertada en aquella ciudad, imaginó aquellas famosas fiestas del Jardín de Armida.

De la casa del Tisso nos encaminámos en derechura á las escarpadas riberas del Po, el Erídano de los clásicos poetas, en cuyos abismos fué precipitado Faetón por el rayo del padre de los dioses.

Allí nos anocheció.

Nos tienes en la capital de la Liguria, en el más activo puerto de Italia, á juzgar por esa ciudad flotante que tengo á la vista entre los Apeninos y el mar; en Génova la Soberbia, en Génova la Magnífica, en la ciudad de mármol y los jardines suspendidos y los espléndidos palacios. ¡Qué magnificencia de cuanto me rodea! aquí está reunido todo lo más formidable de la creación: abismos y cimas; cielo, mar, montañas... ¿Ves aquella vaporosa silueta que ya se pierde allá en los confines de este líquido horizonte? es la cuna de Napoleón, la ilustre Córsega.

Yo estoy en una altura dominando á Génova en su conjunto: allá adentro, las aguas del Arno confundidas con el mar vienen á romper sus olas, formando blanca espuma en las negras rocas que sirven de contrafuerte á la ciudad. ¡Florencia se aproxima! Si la vieras á Clementina lo nerviosa que está... Gran felicidad es la mía, Abelardo, me decía anoche, hablando de Florencia, venirme á mi tierra, á este país de las flores con un hombre como usted.

Qué ambiente el que aquí se respira, embalsamado con el aroma de olivares y

laureles; de limoneros y naranjos. Estas riberas de Génova, en una extensión de muchas leguas, del oriente al occidente, de Spezia á Vintimille, y mucho más hacia Spezia, forman un solo edén con sus pintorescas poblaciones, sus bellas quintas y abundosos huertos. Esta Génova es un verdadero laberinto de valles, y colinas, y montes que toman cada vez mayores proporciones, á medida que avanzan hacia la majestuosa mole de los Apeninos coronados de nieve. No he visto en cuanto he viajado más pintoresca ciudad en medio de un panorama tan grandioso. La primera vez vine acompañado, ahora me tienes solo en este promontorio, solo en lo alto de este magnífico y áspero Jardín de la Villetta di Negro, entre grutas y cascadas. Desde aquí se ven en pintoresco desorden las casas de la ciudad, cuyos frentes se han pintado con los más vivos colores: verde, azul, rosa, rojo, amarillo. Vense también en las fachadas pinturas al fresco y grandísimas estatuas de los antiguos señores, y colosales cariátides desnudas. Así el *Palazzo Rosso*, tan célebre en todos tiempos, que abriga una biblioteca y una galería de pinturas, lleva este nombre por estar bañado de un rojo subido. Rojo es también el *hotel* donde nos alojámos, fabricado por Alessi en la ladera de enfrente, cuya imponente y bella fachada está mirando al mar, y cuya azotea, cubierta de madre selvas, aparece como suspendida en el aire sobre las copas de los árboles del bosquecillo que está á sus pies. Á pesar de la distancia y de las palmeras que entrecubren la azotea, desde aquí distingo á Clementina con su mantilla blanca. El estam-

pido de las olas menudea en el hotel como truenos repetidos, y momentos hay que con tanta furia azotan, que estremecen los cimientos.

Esta tarde nos vamos en coche al Campo Santo, que está á media hora de aquí, al fondo de un valle, en las riberas del Bisagno, al pie de la montaña.

Mañana estaremos en Florencia: hasta Spezia iremos por mar, adonde viene también por mar Matilde á nuestro encuentro. Pero de manera vamos á hacerlo nosotros, que llegaremos allí primero que ella: ya sabemos á qué hora llega su buque.

Esta mañana nos fuimos al palacio de Andrés Doria, el Padre de la Patria celebrado por Ariosto. Sus jardines son admirables, no menos que los frescos de sus muros pintados por Perino del Vaga, discípulo de Rafael.

Génova es también famosa por sus museos de pinturas. Mas tan acelerado es nuestro viaje, que parece que no fuéramos paseantes sino negociantes.

En la Plaza de Acquaverde, en un bosquecillo de palmeras, se alza el monumento consagrado á la memoria del descubridor del Nuevo Mundo: Está apoyado sobre un ancla, teniendo á sus pies á la América de hinojos. Yo también, como hijo de ella, sentí impulsos de arrodillarme. Génova, Génova! tu historia es inmortal... Cómo se ve que tú eres grande aun pasados los días de tu esplendor! Ya tu pabellón no flamea en remotos mares como en otros tiempos; ya tu pendón no se pasea triunfante en los más lejanos términos de la tierra; pero con todo oh Génova, con todo conservas todavía la majestad de reina

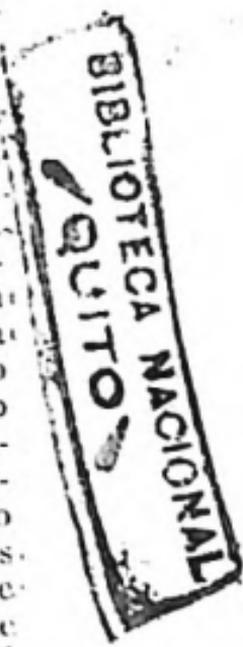
del Tirreno! Qué enigma el de los tiempos, qué abismos los que se abren á los ojos del pensador, al contemplar la progresiva marcha de la humanidad hacia lo desconocido . . . Cómo se separan los pueblos que formaron en su principio un solo núcleo, á fin de volver á unirse, formados ya, un día, aquel día que ha de consagrar la historia como un grande acontecimiento! Genoveses y Españoles hermanos son, porque hermanos fueron Iberos y Ligures. Cuántos y cuántos siglos han pasado para volver á encontrarse España con Liguria, y abrir los dos, como han abierto, un nuevo cauce al gran río de la humanidad. Cabot, Colón, hijos de Génova, del *Actium* de otros tiempos! tan grandes sois que toda la tierra se estremeció con vuestra venida al mundo, porque vosotros sois los Alpes y los Andes de la moderna civilización.

En un palacio que lleva el nombre de Doria Tursi, fabricado en una escarpa hace más de tres siglos por el arquitecto Lurago, la más bella fábrica que he visto, con sus arcadas superpuestas, y más que todo sus escaleras cuya magnificencia recuerda la Grande Ópera de París; en ese palacio cuyo patio está adornado con una estatua de mármol de Mazzini, y cuyos muros están cubiertos de bellos frescos sacados de la vida de uno de los Grimaldis, uno de los cuales frescos representa la *Llegada de Dn. Juàn de Austria á Génova* después de la batalla de Lepanto; en ese palacio en que se halla actualmente el Municipio, allí, oh Néstor, tales cosas vi, y tales cosas oí, que harán que Génova quede grabada por siempre en mi memoria.

Vi desde luego tres cartas originales de Colón: vi después el violín de Paganini fabricado por Guarneri.

El guardián de estos tesoros, que mucho gusta de conversar, en un Jesús nos contó la historia del violín y la suya propia; por donde vino á reconocerse con Clementina, de cuya casa había sido uno como paje en sus primeros años. Se conmovió tanto el viejo, que se le fueron las lágrimas al verla mujer completa ya, cuando él la había dejado niña de unos seis años el día en que dejó la casa por segunda ocasión, y esta vez para siempre. Yo la he visto en mi imaginación, dijo, tal como era: una niña juguetona y traviesa, que perseguía en el jardín las mariposas. Una ocasión persiguió á su hermana mayor con tal furia, que la alcanzó por los cabellos de manera de hacerla arrodillarse de espaldas á sus pies, la cabeza echada para atrás; que en esa postura le dió buenos golpes, y aun hubiera llegado á morderla á no haber la otra andado lista en defenderse. La causa fué que Matilde enojada le sacó la lengua, después de lo cual, mostrándole una enorme piedra, la dijo: "*Tú eres pesadota como esta piedra*". Nunca la habían visto á Clementina tan fuera de sí como aquel día. Recordó después el viejo cómo había sido él un pilluelo con inclinaciones malignas. Su señor le puso en la escuela, pero que él solía irse las horas de clase con condiscípulos como él ociosos á nadar en el río, á corretear en la playa, á sacar de quicios con sus pilladas á los campesinos de las afueras de Florencia; sin que esto les impidiese el tener cuenta con las horas para estar en casa á la de costumbre. Pero

una ocasión se fueron tan lejos que llegaron hasta Prato siguiendo á unos gitanos. Que entonces la vuelta á casa el mismo día les fué imposible, pues cuando menos lo pensaron se les anocheció; razón por cuya virtud tuvieron que quedarse á dormir en compañía de los gitanos en sus tiendas plantadas fuera de la ciudad. Al otro día su amo le vió rodeando la casa sin atreverse á entrar, todo él mohino y agachado. Esta falta dió ocasión á que se descubriese la vida que hasta entonces había llevado: lo cual visto por su amo, que había sido inútil cuanto había hecho por encamilarle por la senda del deber, concibió al fin el propósito de ponerle en una casa de mosaico florentino. Allí aguantó cosa de seis años, al cabo de los cuales y de veinte y tantos de edad, logró escaparse: que como era amante de la música se fué á Milán donde logró entrar en el teatro de la Scala, en el cual hizo progresos tales, que después de poco tiempo ya desempeñaba papeles relativamente importantes. Que su afición á la flauta era tanta, que al morir hace dos años un artista de la Scala le dejó de recuerdo una hermosa flauta Bœhm, que aun conserva. El Director de la fábrica de mosaico sintió en el alma la fuga de su escolar, que tantas pruebas de habilidad había dado, y así sucedió que al cabo de ocho años en que descubrió el paradero de su prófugo, hiciese un viaje á Milán, de donde le costó hartó trabajo traerle consigo: mas sucede que á poco muriese el Director del establecimiento, lo que le determinó á recogerse otra vez á casa de su amo primitivo, de donde tornó á fugarse y á continuar trabajando en mo-



saico. Desde entonces, añade, hice de ese arte mi profesión, que aquí no estoy sino precariamente, reemplazando á un sobrino mío que se fué á Carrara al entierro de una hijita suya. Manifestó en fin su gratitud profunda para con el papá de Clementina, cuya memoria veneraba: dijo que á ese empeño paternal que puso en educarle lo debía todo. Y en sus ojos, en su modo, se conocía cuánto deseaba que llegase la ocasión de servir á Clementina. Hablaron los dos sobre Florencia; le dijo él los cambios que había sufrido la ciudad, y le dió los nombres de las personas conocidas que habían muerto. Después salimos al jardín, á donde nos acompañó el guardián, que anduvo muy atento, obsequiándonos á todos con ramilletes de flores hechos con sus manos. Un trueno lejano venido de las montañas nos hizo reparar en el estado del tiempo, que estaba cubierto hacia los Apeninos, bien que á Génova llegasen todavía, aunque débiles ya, los rayos del ocaso. Poca gana teníamos de salir del jardín, y como nos había fatigado algún tanto la subida de una escarpa, nos sentamos á descansar junto á una cueva, cuyo techo se componía de las gruesas raíces de un corpulento cedro. Contónos el guardián un hecho acaecido en esa cueva en estos últimos días. Y es que un joven genovés, de apellido Montalto, se enamoró perdidamente de una bella veneciana la señorita Lucrecia Cogni. Presente la tengo, dice: alta, morena, pálida, con esos ojos negros centellantes. Desdeñóle en un principio ella, y tanto, que herido de sus desdenes no volvió á pisar su casa, y despechado fué en usca del olvido á

viajar por lejanas tierras. Pero sucede que con la ausencia no consiguió otra cosa que cegarse más de amor por ella ; y así tornó á su tierra más enfermo del alma que lo estuvo el día de la partida. Todo lo contrario de lo que en ella se notaba, pues no parecía sino más indiferente y desdeñosa para con él. Entonces fué cuando el joven amante, que nunca había sido poeta, escribió unos versos, de los cuales sólo me acuerdo de unos que más ó menos decían de esta manera:

*Al encontrarnos los dos  
De la vida en el espacio,  
Previsto estaba de Dios  
Tu despiadado rechazo.*

*¡ Vano empeño el de tu orgullo !  
Tu corazón inclemente  
¡ Ignora, Lucrecia mía,  
Que es mi amor omnipotente ?  
¡ Pues sabe que á tu pesar,  
Eternamente girar  
Me verás en torno tuyo !*

Más tarde escribió otros desesperados que decían :

*Mujer corazón de fiera,  
¡ Qué haré yo para olvidarte,  
Dónde iré para no verte ?  
Ángel, demonio, quimera,  
Yo no sé qué nombre darte.  
Ay ! ni sé lo que me espera ! ...*

Ella permaneció sorda á todo, y duro su pecho á las clamorosas quejas del joven enamorado. Así corrieron los años, hasta el día en que la firmeza y ejemplar constancia de Montalto, logró rendir la voluntad de la soberbia veneciana, cuyo

rendimiento llegó después á tanto, que hizo por él cosas increíbles. Porque aunque los dos llegaron á quererse, ni los padres de ella ni los de él consintieron en su enlace, y fugaron de sus casas. Mas como la persecución fuese inmediata, no tuvieron tiempo de irse lejos, y los vinieron á encontrar en esta cueva,—dijo mostrándonos la que estaba junto á nosotros. Tres días la tuvieron encerrada los padres de la muchacha, al cabo de los cuales la embarcaron en un vapor que partía para Constantinopla, el cual barco se fué á pique á poco de haber partido. El pobre joven recibiendo la nueva de tan terrible catástrofe, desapareció de la ciudad, y á los cuatro días vinieron á encontrarle exánime y alelado en esta cueva, de donde le llevaron á su lecho, y donde está desde hace tres días delirando á causa de la fiebre que le ha acometido. Los médicos dicen que es imposible que viva; y sus padres lloran desconsolados y arrepentidos de haberle impedido el matrimonio. Pero desgraciadamente todo es tarde . . .”

Una lágrima corrió ese momento por el rostro de Clementina. Yo, por disimular mi emoción, y contener las que ya rebosaban en mis ojos, les mostré las espaldas y tendí la vista hacia el Mediterráneo: así permanecemos largo espacio, inmóviles y mudos. Un segundo trueno vino ese rato de los Apeninos.—Allá, á la margen opuesta de la mar está el Egipto, dije, para romper el silencio.— Y la Etiopia la patria de Aida, añadió Clementina.

¡Aida, Aida! exclamó de pronto el guardián, con gran sorpresa nuestra: yo he visto esta ópera muchas veces, es

una ópera, ópera de Verdi, por más señas, que se estrenó en el Cairo en 1871, y que el año siguiente se representó por vez primera en Europa, en el teatro de la Scala en Milán: esto he oído decir muchas veces. Aun me acuerdo de la bulla que aquella noche hicieron los concurrentes: parecía que ya el teatro se venía abajo: tales eran los aplausos. Treinta y siete veces de seguida hicieron salir á Verdi al escenario, y le obsequiaron los artistas con una batuta de marfil, que tenía nada menos que la forma de cetro coronado de una estrella de diamantes, con los nombres de Aida y de Verdi en piedras preciosas. Yo tomé parte en esa representación: me ensayaron en mis papeles repetidas veces desde muchos días antes del 7 de Febrero. A mí me deslumbraba todo lo que veía: cantos marciales, danzas y charangas y carros de guerra; Tebas y Menfis, templos y pirámides, y rocas cubiertas de palmeras en las riberas del Nilo cubierto de barcos en una noche de luna. Que así decían se llamaba todo aquello, y todo lo cual hacía parte de la decoración y de la escena. Aquella noche, prosiguió, pasé de soldado á esclavo, de esclavo á sepulturero, porque hasta los dos sacerdotes que cerraban la sepultura me ocuparon. Más tarde, ya me hicieron desempeñar papeles más decentes, y aun llevaba camino de ingresar en la Orquesta de flautista, cuando vinieron á llevarme de Florencia á trabajar en mosaico.

Y á propósito de flauta, continuó, la toco regularmente: Dios me ha dado esta habilidad. En Florencia, cuando se improvisa una orquesta, yo formo parte de

esa orquesta. He notado,—le dijo á Clementina,—cuando Ud. visitaba el palacio, que entendía de violín: el alma se le iba cuando lo vió ¿no es verdad? el violín de Paganini, nada menos que de Paganini. Pues yo voy á cometer esta tarde el desacato mayor de mi vida,—siguió diciendo, al tiempo que disimuladamente miraba en torno suyo, como que temía que alguien le escuchase;—esto no puedo hacerlo sino por Ud.: si no aprovecho de esta ocasión jamás podré manifestarle de algún modo mi reconocimiento. Afortunadamente no hay nadie en el palacio, si no es el conserje; es día de fiesta, y ningún empleado concurre; y como la noche viene, está ya cerrado al público: ustedes fueron los últimos en visitarlo. Así pues, no hay inconveniente ninguno en que yo haga lo que me he propuesto: pero eso sí, encargo á ustedes secreto, mucho secreto. (Te ruego rompas esta carta no bien la leas). Dios sabe lo que harían de mí si descubrieren que he profanado esa reliquia, que tal la he oído llamar muchas veces. Me meterían en la cárcel, me destituirían de mi empleo, yo no sé lo más que de mí harían. Yo voy á hacer lo que nadie hasta aquí ha hecho ni nadie hará en lo adelante. ¿Ya me adivina Ud? Es el caso que quiero que Ud. coja con sus manos esa reliquia, que la vea y la revea: pero eso sí, después de todo nos va á hacer oír alguna cosa buena, bella, y yo la acompaño con mi flauta. Estamos? Si Ud. nos ofrece tañer algo, se lo traigo ahorita mismo.—Qué cosa? preguntó Clementina.—El violín de Paganini, respondió el guardián.—Yo no esperaba tanta dicha

ni tanta bondad en Ud., dijo ella: con tal que me lo traiga yo haré lo que pueda. Y le ofreció guardarle el secreto. Yo le prometí otro tanto. Julio no dijo nada porque estaba paseándose, y ese rato se alejó más de nosotros.—Pues vuelvo en seguida, dijo el viejo, y se fué. En ese intervalo se acercó Clementina á la puerta de la cueva, y miró adentro, después de lo cual volvió al tronco en que estábamos sentados. “Estoy temblando como si fuera á cometer un crimen” dijo. En efecto, noté en ella grande agitación, lo cual entendí que era debido al profundo respeto que le infundía la memoria del ilustre violinista genovés, y á su temor de incurrir en una como profanación á que iba á lanzarse luego. Tardó el hombre en regresar: no acertábamos nosotros á qué atribuir su tardanza, cuando al fin asomó por entre los árboles. Levantóse ella en pie de pronto mirando al instrumento: estaba pálida. Si la hubiera yo visto á cinco pasos de distancia, no habría distinguido su palidez: ya la noche nos envolvía y el mar parecía una sombra espesa y negra. Esa hoguera prendida poco antes en el ocaso, iba apagándose ya, y las siluetas de los arreboles, confundíendose con la noche. Los relámpagos menudean, y el lejano trueno venido de la montaña parece responder á los estampidos de las olas que se rompe á nuestros pies.—Creerían ustedes que ya no volvía, nos dijo el guardián jugando: se me olvidó que no tenía aquí la flauta, sino en casa, y he tenido que ir por algunas cuerdas. Y en diciendo esto presentó el violín á Clementina, quien volvió en recibirlo. Mas una



en sus manos, transfiguróse de tal modo la mujer, que parecía que la inspiración había descendido sobre ella. "El final de Aida", dijo al viejo, y sonó en seguida una cosa verdaderamente celestial: era ese mismo dúo que cantaron un día Aida y Radamés, á la hora suprema en que los enterraban vivos en la cripta del templo de Vulcano: canto sublime que es el grito del alma apasionada, que en su dolor goza de entregarse al sacrificio con su bien; dúo de amor que se confunde sobre sus cabezas con himnos lúgubres y solemnes de sacerdotes, y con los golpes con que los sepultureros cierran la entrada del subterráneo; dúo en fin en que los dos tristes amantes exhalan el último suspiro, con la esperanza de volverse á ver allá en las regiones de lo infinito.

"¡Adiós, mansión de duelo y de miseria! cantan despidiéndose de este mundo. Alegres desvarios, triste realidad, adiós... El cielo se abre á nosotros, y nuestras almas en una confundidas van á volar al seno del Eterno!"

~~~~~

SPEZIA. — Octubre.

Nos tienes en Spezia, el primer puerto naval de Italia, orillas de una bahía que, por su magnificencia y belleza, dicen ser la rival del Golfo de Nápoles y la Conca d' Oro de Palermo. Está rodeada de colinas coronadas de fuertes. Maravillado yo de tan benigno clima, pregunté á los habitantes del lugar si á la casualidad debíamos el haber venido en

tan hermosos días: “No, señor, me respondieron, todo el año es lo mismo: este clima es único en el mundo, por lo cual, y por las flores, y por las frutas, y por estas montañas, acuden tanto inglés, tanto italiano á bañarse en nuestras aguas”. Efectivamente, este rato que te escribo, aunque ya estamos en octubre, veq unas tantas hijas de Albión, que cual nereidas juguetean con las ondas.

Esta mañana llegó Matilde: ya la conozco: también ella es hermosa, pero con otra hermosura: rubia, de ojos claros y más rosadas mejillas que su hermana. Al punto en que á lo lejos divisámos la nave en que venía, Clementina experimentó una violenta conmoción. “Allá viene Matilde!” exclamó tendiendo los brazos como para abrazarla, y así se quedó mirando á la nave. Cuánto tarda! dijo impaciente de tanto esperar, porque en verdad el barco parecía no moverse, según que pasaba el tiempo y siempre lo veíamos distante todavía: sólo por la columna de humo que cual penacho flotaba hacia popa, entendíamos que el barco venía hacia nosotros. De vez en cuando cambiaba de dirección el humo según el viento que soplaba, pero luego volvía á cubrir la estela que deja tras sí la nave. La ciudad, alegre; pues muchas gentes bajaron como nosotros al muelle á esperar á los pasajeros que llegaban, entre los que venían amigos y parientes suyos. Uno de los que á nuestro lado estaban, sacó el reloj y dijo: “Aun falta un cuarto de hora para que llegue el vapor”. Una anciana decía á otra llorando de gusto que á los diez años le iba á ver á su hijo, que venía de bien lejanas tierras. “Si vendrá carta de mi mari-

do", decía otra mujer, hablando consigo misma. Entre la multitud expectante, había ingleses que miraban al buque con gemelos. Yo hice lo propio, y vi que los marineros, pies desnudos, mangas y pantalones arremangados, se movían de popa á proa y de babor á estribor con grande agitación: cuáles trepaban los palos; quienes abrían toldos y jarcias; aquellos sujetaban contra el navío los esqui-fes; otros sacaban de la bodega con cabrias mercaderías y equipajes, mientras los pasajeros venían á agruparse en proa á mirarnos á su vez con sus anteojos. Clementina no veía á nadie si no era al buque: breves eran sus palabras y entrecortadas ese momento. Cuando ya el buque se acercaba y se distinguía á las personas, comenzaron á manera de saludo las gentes de tierra y del navío á agitarse pañuelos y sombreros. Momentos antes de que anclara el vapor, Matilde vió á Clementina y Clementina á Matilde, y se llamaron por sus nombres, siendo tal su deseo de abrazarse, que ya querían de un salto salvar el trecho que las separaba. Lágrimas de alegría brillaron en los ojos de Clementina. Julio saludó á Matilde y yo también. Pero al par que estaba yo contento de verla, experimenté no sé qué secreto temor, que me movió á portarme un tanto serio ó indiferente con ella. ¡Ver al ídolo de Clementina y no saber qué impresión iba yo á hacerle, ni qué podía resultar para mí de este primer encuentro! Ya puedes figurarte si tenía yo motivo para esa extrema timidez. Al punto en que desembarcaba, la otra abriéndose paso por entre la muchedumbre, corrió á recibirla con los brazos abiertos, y Matilde

estrechó contra su pecho á su querida hermana: luego le abrazó á Julio, después de lo cual vino mi presentación, que me puso tembloroso al darle la mano. Acercóse en seguida á la muchacha que venía con nosotros, cogió á Carlos en brazos, le besó repetidas veces, y preguntó en seguida por sus hijos: — ¿Y mis hijos? qué malos son ustedes! no hármelos traído! " — A lo cual se disculparon con las mismas razones dadas por correo de antemano. Para mí, el encuentro fue un verdadero golpe, porque me pareció Matilde indiferente conmigo. Toda su atención se dirigía á su hermana, quien á su vez parecía haberse olvidado ese rato del mundo todo, inclusive yo. También á Julio le dirigía la palabra, pero á mí, apenas si me miraba en medio de la conversación acalorada que sostenía con ellos. Las dos se abrazaban: pasaba un momento, y se volvían á abrazar. Yo me consideraba ese rato el último de todos: me creía por demás allí, y que el afecto que antes me había mostrado Clementina, había sido tan sin consistencia, que se desvaneció al encontrarse con su hermana; me figuraba que Matilde por mera cortesía había dicho por cartas en mi favor tantas cosas lisonjeras, cuando muy otra había sido la realidad. Preguntóme Matilde qué tal me había parecido Italia: Yo me limité á responderle fríamente que era un país que me había atraído toda mi vida. Un momento antes de sentarnos á la mesa, se acercó á mí Clementina, y me dijo al oído, al tiempo que me estrechaba la mano con la suya: — Por qué tan serio, Abelardo? Matilde está quejosa de su terquedad de usted". — Y qué quiere us-

ted que yo haga, si ella se porta así conmigo?" le respondí. Comprendí, pues, que esa indiferencia que yo creía ver en Matilde, no era más que un engaño mío, ó por mejor decir el resultado de mi porte para con ella. También ella debió de haber comprendido por su parte que estaba engañada, y así sucedió que en la mesa con las miradas nos explicámos. Tanto ella como yo hicimos lo posible por desagraviarnos de este agravio involuntario en los dos; y como estaba á mi lado, tuve ocasión de atenderla á mis anchas. El vino acabó por reconciliarnos; alegres ya, acudimos á las bromas, y nos levantámos de la mesa muy otros de lo que habíamos estado al sentarnos.

Mañana entramos en la Toscana, que debe su nombre á los Tusis ó Etruscos, los *Tirrenos* de los griegos, que dominaron desde Spezia hasta Civita-Vecchia: quiero decir que mañana estaremos en la capital de la antigua Etruria. Nos detendremos unas horas en la cuna de Galileo maldecida por el Dante.

Pisa es una de las maravillas de Italia: su antigüedad es remota, como la de Génova, de la que fué rival, de ella y de Venecia, como republicana, guerrera y comercial. Pisa, fundada por los griegos, vino á ser colonia de los romanos cerca de dos siglos antes de Jesucristo, y la *Colonia Julia Pisana* del emperador Augusto. Como Florencia, Pisa está en las dos márgenes del Arno, á unas dos leguas del mar. En otro tiempo Pisa estaba en las orillas mismas del Tirreno, y lo que á la presente es Liorna, era entonces la mar. Las arenas del Arno han obrado este prodigio. Del siglo XII al XIV era Pisa en arquitectura y escul-

tura acaso más insigne que la misma capital de la Toscana; pues por la construcción de la catedral, que remonta al siglo XI, es por donde la vida artística comenzó á desenvolverse en Italia. Pero al fin y al cabo, tanto en política como en artes, tuvo la soberbia Pisa que ceder el puesto á la ciudad del Renacimiento, á la sin par Florencia.

Te digo que nos levantámos alegres de la mesa, habiéndose desvanecido entre Matilde y yo toda falsa inteligencia. Después de almuerzo tomámos una barca y nos vinimos á Porto-Venere, lo más encantador del golfo. No tornaremos á Spezia sino de noche, en comiendo abajo en el *Velvedere*. Llegado que hubimos á Porto-Venere, cruzámos á pie la decadente población y subimos á la Gruta Arpaja, abierta en las rocas, en cuyas oscuras paredes leímos á la luz de una tea una inscripción relativa á Byron. En esa gruta me aguardan; que no subieron hasta aquí por lo áspero de las peñas. Estoy en la cumbre de un monte de mármol, en el sitio mismo en que se hallaba antiguamente el bello templo de Venus “saludado desde lejos por todos los marineros”. No solamente las catástrofes, mas también todo espetáculo grandioso que la naturaleza nos presenta, nos abruma con el peso de su grandeza casi tanto como las creaciones del Genio: Hacia Génova las bahías y promontorios se suceden en maravillosa perspectiva; al lado opuesto, las fugitivas costas de la Toscana; á gran distancia, las vaporosas montañas de la Córsega parecen surgir de los abismos del otro lado del mar, como un sueño que ya se desvanece. Aquí frente á la bahía,

están las avanzadas de los Apeninos, montañas de un aspecto admirable, en cuyas faldas, que se hunden en la mar, blanquean pintorescas poblaciones como la encantadora Lerici, rodeadas de huertos y olivares. Más allá de Lerici, hacia Liorna, vese por entre los vapores que de la mar se levantan, la costa donde Byron redujo á cenizas los restos mortales de su amigo Shelley, á quien arrebató una borrasca en esta mar que ahora contemplo. Tranquila está la mar en este rato. ¡ Dulce reposo de la naturaleza! Una estrella comienza á dibujarse en el firmamento.

Cuando Gæthe en su segundo Fausto engendrara á Euforión, pensaba en la prematura muerte del malogrado Byron. Euforión fruto precoz de ese amor apasionado de Fausto con Elena, de esa unión íntima del genio moderno con la belleza antigua resucitada; Euforión, la inspiración, que con la lira en la mano despierta el sentimiento de lo infinito á todos los seres del Universo; Euforión, ay! el niño Euforión muere al principiar la carrera de su vida, víctima de un exceso de entusiasmo.

Pero si Byron murió joven, más joven todavía moriste tú oh noble y grande Shelley!

Demogorgón, Demogorgón, hijo de la noche de lo insondable, espíritu oculto de las cosas, díme cuándo sales de tus abismos, cuándo salvas á la humanidad doliente? Sólo Shelley, sacerdote de lo ideal, ungido por la mano del Señor, pudo alzar el velo de lo desconocido y contemplarte; y sólo él, con su terrible voz de profeta pudo evocarte. Todos los males de la tierra en forma de cade-

nas pesan sobre Prometeo; pero ese titán es la Fuerza, el Amor, la Belleza, en una palabra, el Porvenir. En vano las Furias dirigen contra él dardos empozoñados que le sangran el corazón: Prometeo es más fuerte que las rocas, inflexible como la fatalidad. La esperanza jamás le abandona, y día vendrá que Demogorgón, el genio de la ciencia universal se despierte, y su voz de trueno retumbe por todas las concavidades del Universo, y la Ciencia rompa á Prometeo las cadenas. Entonces, este hijo de la Tierra, viéndose libre como el águila, dueño de sus alas y de un horizonte sin fin, henchido el pecho de amor y de entusiasmo; podrá realizar la visión de Shelley, y atravesar en junta de sus hermanas las hijas de todos los elementos, atravesar las montañas y venir aquí á plegar sus alas en las riberas del mar, en las luminosas y floridas regiones de lo bello... Aquí, entre divinos cánticos, inventarán las Artes, que las Horas derramarán con profusión entre los hombres. Oh! ya veo el triunfo de la Humanidad, y los males huyendo en tropel hacia el profundo! Purificada la tierra ha quedado luminosa y fragante. Lo que era muerto está vivo, y el Planeta se estremece de placer; y al girar vertiginosamente en el espacio, en armonía con los celestes mundos; himnos de alabanza entona con ellos en apoteosis del Gran Todo.

FLORENCIA.

Llegámos á Florencia de noche. Había llovido fuerte en las alturas por la tarde, y el Arno, convertido en aluvión corría impetuoso tronando.

Cuando estábamos aún á leguas de distancia de Florencia, atravesando, de noche ya, ciudades y amenos campos; la gran ciudad se dejaba adivinar por un vasto resplandor, que se confundía con el cielo cual reflejo de un incendio gigantesco. Mientras llegábamos, negros y colosales fantasmas comenzaron á dibujarse en el aire de un modo casi imperceptible. Eran la *Torre del Palacio Viejo* ó de la *Señoría*; el soberbio *Campanile*, y la imponente cúpula de Brunelleschi. Las montañas y colinas del fondo, tras las que brillaba una estrella, se dibujaban en el cielo cual grandes masas de sombra. La tía y las amigas de Matilde se habían preparado á recibirnos con grandes muestras de júbilo: hubo festones y arcos triunfales de follaje: el jardín estaba engalanado de faroles redondos de papel de vivísimos colores. La comida fué en el jardín. Mesa sin lujo, pero decente: mantelería alemanisca, platos de porcelana esmaltados en oro, cristales de Venecia, candelabros con delicados fanales, ramos de flores blancas, ramilletes con frutas. Las amigas de Matilde eran lindas muchachas, una de las cuales, la morena, llevaba en la cabeza una flor de un hermoso color rojo, que un joven que decían era su novio, le había puesto. Dos hermanas gemelas traían vestidos de rosa la una, de oro la otra. Matilde estaba de lacre, y Clementina de violeta. Esta

última ocupó el centro de la mesa. Era aquello un verdadero jardín. Yo estaba casi frente á ella, y pude admirar como nunca sus donaires. Sus labios de púrpura me hicieron perder el sentido, y los vapores del vino, que me subieron á la cabeza, inflamaron mi fantasía y avivaron mi ardimiento. El placer de todos era tal, que á la hora de los postres uno de los concurrentes se puso de pies, y con la copa de champaña en la mano, brindó galanamente á la salud de los recién llegados. Al punto en que apurábamos la copa, dejóse oír sobre nuestras cabezas una música tan aérea y divina, que los que no estábamos en el secreto, asombrados nos vimos las caras, como dudando que aquello fuese realidad. ¡Qué mirada la que me dirigió entonces Clementina! qué mirada! ... Oh Néstor, puesto que esta mujer no es ni puede ser mía, viviré y moriré solitario, mirando el mundo como un desierto, y cerrado á todo ser humano el santuario de mi pecho, en donde el único Dios á quien yo adoro es Clementina. Vivir por ella, morir por ella es toda mi ilusión. Cuán soberana es su presencia, Néstor, y cuán ardientes son sus ojos. ¡Qué placer, qué envidiable ventura es pasar las horas muriendo de amor por ella!

Todo en el jardín lo habían dispuesto de modo que la ilusión fuese completa: ni un solo músico se dejó ver al tiempo que la música sonaba al través del follaje.

A eso de las dos de la mañana todos dormían, y reinaba en la casa el silencio más profundo. Mi dormitorio era una pieza independiente de las demás: como no tenía sueño, salí á dar una vuelta.

El amante, por donde va, va soñando:

tomé una senda cualquiera y me dejé ir por ella maquinalmente, repitiendo palabras sin sentido. Tú me perdonarás que haya pasado, sin advertir en ello, por delante de la villa donde Galileo, ciego ya, recibió la visita de su amigo Milton. Yo no veía otra cosa en mi imaginación qua una imagen vestida de violeta. El sendero cruza un valle y sube una cuesta: subí por esa cuesta, y no sé hasta dónde me habría ido, si no me hubiera topado con un obstáculo que me sacó de ese enajenamiento y me obligó á reflexionar: era la puerta, cerrada ahora, de las antiguas fortificaciones de Miguel Ángel, que como ingeniero de la República construyó en 1529, y de donde dirigió por once meses la defensa de la ciudad contra los imperiales. Me hallaba pues en la cumbre de San Miniato. Allí me senté al pie de aquella puerta. Un poco más abajo, en las laderas, se extendía un vasto campo que parecía poblado de blanquecinas sombras: era el cementerio, á cuyos pies se alzaba, toda de mármol, la iglesia de San Miniato, una de las más antiguas de Florencia. El rumor del río, que pasa bañando los pies de la colina, llegaba á mis oídos de extraña manera. El tren pasó el puente con estruendo en ese rato; la locomotora de ojos de fuego, resoplaba, y dando un gemido se alejó. Una nube negra en el cielo cubría de espesa sombra la inmensa hoya del Arno, hoya tenebrosa allá en los confines á donde no llegaban ni los débiles rayos de la luz de la ciudad. Inmóvil me quedé... Estos son los momentos en que la imaginación toma vuelo: por donde va se hunde en tenebrosa noche, y es imposible conte-

nerla. Qué de cosas me vinieron á la mente, qué de reflexiones á la contemplación de cosas tan grandes y tan obscuras! Todo obscuro... Los más grandes hechos que palpitan en la Historia tienen su origen en las sombras. ¿Cómo habrá surgido en el seno de los tiempos, me decía, esta ciudad misteriosa? Yo bien sé que los habitantes de Florencia son piedras rodadas de Fiesole; yo bien sé que los huéspedes de Fiesole extranjeros fueron, de luengas tierras venidos: asiáticos etruscos, que cruzaron el Adriático y entraron en Italia por el Po. Pero no sé más. El origen de los etruscos, como el de los egipcios y caldeos, como el de los arios, como el de todos los antiguos pueblos de la tierra, está en ese obscuro y profundo pozo en que están guardados los arcanos. ¿Quién fué el primero que entró en Italia? Brotó del seno de la tierra ó vino de extraño suelo? Nadie lo sabe. Nadie hasta la hora presente se ha atrevido á decir: "Éstos son sus primeros habitantes, por este lado entraron en esta región fecunda; á tal raza pertenecieron. Virgilio, refiriéndose á Evandro, rey del Lacio, nos presenta á Saturno como el primer civilizador de Italia; pero Saturno mismo ya la encontró poblada de salvajes. Los confines de la ciencia son intrincados laberintos, donde la débil inteligencia humana se pierde y desfallece. Quedóse mi imaginación inmóvil como mi cuerpo: revoloteó y cayó como la mariposa en torno de la llama. En esto las espesas nubes del cielo se rasgaron formando uno como balcón, por donde la luna del Oriente miró á la tierra y discipó las

sombras. Florencia, Florencia!—exclamé en mis adentros al verla brillar de tan poética manera,—tú eres como el esfinge: ocultas un enigma detrás de un rostro hermoso. Tú apareces radiante como el firmamento, serena como las nevadas cumbres de los montes: y con todo, ¿quién puede penetrar en tus profundidades? Como las montañas son las fuentes de caudalosos ríos, tú eres el centro universal de esas ondas de belleza y poesía que toda la tierra bañan. A tí te han llamado “La ciudad noble, la hija de Roma”; otros con mayor acierto te han llamado “Elegante pagana hija de Atenas”. Atenas, Roma, Florencia! Trinidad augusta que hace bambolear el globo con el peso de su grandeza! Así como los ríos forman al paso vastos y profundos lagos, así el espíritu humano, corriendo por Florencia, ha llenado concavidades mayores que el océano. Yo estoy al borde de estas concavidades, y mis ojos no descubren sus confines, ni mi pensamiento es poderoso á penetrar estos abismos. Así pensaba yo, cuando la luna tornó á ocultarse detrás de nubes más negras que primero: las luces de la ciudad se habían apagado de repente, y Florencia quedó sumergida en tenebroso caos. Este negro silencio sólo era interrumpido por el estruendo del río que bramaba allá adentro. Yo, cual hijo de la noche, destinado á ver y sentir en las sombras, se me multiplicaron los sentidos y despertaron nuevas facultades, y ví, y sentí cosas extrañas... Oí un silencio elocuente, rumores horrendos y confusos, que parecían salir de los sepulcros. Con los ojos cerrados veía todos los espectros de la historia: Etrus-

cos, Bárbaros y Romanos, Blancos y Negros, Güelfos y Gibelinos. Aquí están los Buondelmonti y los Uberti; aquí los Cerchis y los Donatis, los Médicis y Pazzis; aquí todas las grandezas y todas las miserias: pugilatos, emboscadas, puñaladas, mutilaciones horrendas: el asesinato de cien caras, las Furias dando gritos, el espanto en todos los corazones, la venganza derribando palacios, la guerra sin cuartel por donde quiera... Pero todas estas cosas han rodado como piedras á los abismos del olvido: el tiempo es crisol que todo lo purifica, y sólo ha quedado de tí, oh reina del Arno, la fama de tu grandeza. Llegará día en que la tierra tenga oídos y sabrá escuchar la voz de la belleza infinita. Entonces tu nombre, oh Florencia, como el clarín del juicio final rezonará en las conciencias dormidas y las despertará... Tu destino es crecer en magnitud con las edades: cuando la civilización alumbre á la vez toda la tierra, entonces los pueblos volverán á tí sus miradas y te contemplarán y te admirarán... Y cuando se dirijan á tí como al templo del Arte, á medida que avancen, tú crecerás á sus ojos en magnitud como crecen para el viajero las montañas; y de todas partes vendrán á beber en tus fuentes las aguas de la divina inspiración. Mas en tanto que los pueblos duermen, que la ignorancia triunfa, que el vicio impera; duérme Florencia, duérme el sueño del olvido, y ocúlta tu frente en el seno de lo desconocido. Farinata, tú el salvador de Florencia, y vosotras, sombras venerables de Dante y Miguel Ángel, dormid también, dormid hasta el día en que la Reina de Toscana saldrá del seno de la

noche, bella como la aurora, á recibir, entre cánticos inmortales, las alabanzas del universo en apoteosis de su genio.

Aunque te escribí esta mañana, quiero añadir una posdata relativa á Pisa, "ciudad en sitio etrusca y en origen griega". Es triste y despoblada, y con todo *La Sapienza* cuenta en el día como con sesenta cátedras y mil estudiantes. En esta misma Universidad, fundada el siglo XII, fué donde Galileo enseñó matemáticas. Pisa es una ciudad de luto: en su frente está marcado el dolor: la negligencia y el desaliento se revelan en todos sus habitantes: todo aquí es lúgubre cual si acabara de ser teatro de una gran batalla. Si la ciudad es triste, más triste aun es la Plaza de la Catedral, que está fuera de la población en un lugar desierto: parece el cementerio de Pisa. En esta plaza funesta, como cuatro fantasmas están las cuatro maravillas de Pisa, las cuatro maravillas del Arte, que por sí solas bastarían á dar gloria á la Italia: la Catedral, el Campanario, el Baptisterio, el Campo-Santo.

El genio de la pintura no ha pasado por Pisa: en cambio sus dos bellas hermanas, la Arquitectura y la Estatuaria, desde muy temprano se posaron allí. El ilustre Nicolás y su hijo Juan, lo mismo que Bonnano, lo mismo que Tommaso, pisanos fueron.

Hablando propiamente, no hay en Europa sino dos tipos completos de arquitectura: el que inventó la Grecia y el que salió del seno de la Edad Media; pues la morisca, que se admira en España, es importada, ó al ~~meson~~

menor

européos sus creadores. Para encontrar otros sería necesario irnos á los pueblos del Oriente clásico ó bien á la América primitiva. Como la arquitectura participa de la inmovilidad de las montañas, sus transformaciones son menos frecuentes. Mas no quiero decir con esto que los dos tipos de arquitectura sean los únicos en Europa, después de los cuales toda originalidad haya sido imposible, y que la civilización haya dicho la última palabra á este respecto. La evolución es ley universal que todo lo abarca. Nada hay inmutable en la creación. La Roma imperial, el siglo XVI y el siguiente atestiguan que también la arquitectura es susceptible de mudanza; solamente que para ello necesitan los pueblos la inspiración del genio, lo cual en verdad es pedir demasiado.

También Pisa, cuando ya llegaba al apogeo de su grandeza luchando á brazo partido con sus rivales, Génova y Venecia; cuando puestos á sus plantas los infieles se constituyó señora de Cerdeña, Córcega y la Isla de Elba; entonces hizo la ilustre Pisa lo que Europa no ha podido hacer sino muy de cuando en cuando: imprimir á su arquitectura un sello característico, dándole nuevas formas y una fisonomía propia, por donde se la puede distinguir de toda otra del mundo conocido, como se distingue á un italiano de un noruego, á un lapón de un español. Tomó de lo antiguo formas consagradas por el tiempo: el macizo muro, la planta cuadrilátera, y la circular, la elegante cúpula; y todo lo cubrió con gusto exquisito de ese revestimiento de galerías superpuestas, que se componen de esbeltas y delicadas columna-

tas coronadas de arcos de medio punto: adorno fantástico, hijo de su inventiva, en que gracia y magnificencia se dan la mano.

La catedral, cuya fachada adornan puertas de bronce, la levantó Buschetto el siglo XI, en acción de gracias á Nuestra Señora por el gran triunfo naval que la República Pisana consiguió de los sarracenos cerca de Palermo. Columnas, capiteles y otros de sus adornos son trofeos de sus victorias alcanzadas en remotos países. Parece un edificio sobre otro, en que el inferior es de mayores dimensiones. La airosa media naranja la ves ceñida por el medio de elegantes y aéreas columnitas. El espíritu de Roma, Grecia y Bizancio se ha petrificado allí amasado con la originalidad é inspiración toscana.

El Campo Santo de Pisa no es como el de Génova, el cementerio de la ciudad. Nó. Es el panteón que guarda grandes hombres, el templo de todas las edades: allí se ven esculturas de la Edad Media; allí mosaicos y sarcófagos romanos; allí altares etruscos y bajo-relieves griegos. Después que los cruzados hubieron traído cincuenta y tres navíos de tierra del Monte Calvario, llamó la República á su hijo más ilustre, el escultor y arquitecto Juan Pisano, y le dijo: "Eléva un monumento á la gloria de tu Patria y á la tuya propia sobre esta tierra santa". Y el monumento fué el Campo Santo de Pisa. Es de estilo gótico toscano, y tiene la figura de un inmenso rectángulo formado de muros y columnatas, ó por mejor decir, es un vasto pórtico del más hermoso mármol blanco, al par de los tres monumentos mencionados.

El aspecto del patio es triste, y el silencio, profundo, cual si las alas de la muerte le hicieran sombra. Cuatro cipreses se alzan en las cuatro esquinas, y fracciones de columnas, y antiguas urnas funerarias yacen entre malezas sirviendo á las ranas de morada. Las cuatro galerías están adornadas de mentados frescos en sus muros, frescos que el tiempo va carcomiendo poco á poco. Las escuelas de Siena y de Florencia están representadas allí por los hermanos Lorenzetti y por Orcagna y Bonozzo Gozzoli cuya tumba está en el mismo camposanto. El gesto del Juez Vengador del célebre Juicio de los Lorenzetti, atribuído malamente á Orcagna por Vasari, fué imitado por Bartolomeo y Miguel Ángel.

El Bautisterio y la Torre inclinada son del mismo gusto y el mismo estilo que la catedral, y sólo se diferencian entre sí por la figura. El Bautisterio es una rotonda que remata en cúpula, y la torre un altísimo cilindro de arcadas superpuestas. Después de tanto discutirse sobre si la inclinación fuera de la vertical correspondería á la intención del arquitecto ó sería puro efecto del acaso, se ha optado por lo segundo. Dicen que cedió el terreno cuando hubieron concluído el cuarto piso, y que ésta es la razón por la cual sólo desde entonces comienza la desviación. Sea propósito deliberado, sea obra de la casualidad, ello es que sólo en la Edad Media se ven estas anomalías: Entre otras, las torres de San Nicolás de Pisa, las dos de Bolonia y la de Zaragoza aunque ya no existe, lo atestiguan. A la inclinación de esta torre debe el mundo descubri-

mientos admirables acerca de la afinidad de los astros, de las leyes que rigen al universo. Al pie del Campanile hay una lápida cuya inscripción recuerda que Galileo hizo en él serios estudios sobre las leyes de la gravedad. Esto me recuerda aquella famosa estrofa de Quintana.

*Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar... La Italia ciega
Le ofrece en premio un calabozo impio...
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.*

El panorama que abarca la vista desde lo alto de la Torre es grandioso: Pisa, Liorna, el Arno que serpentea hermosamente en vastísima llanura; los Montes Pisanos por un lado, el Mar Tirreno por el otro, y en lontananza las islas de Capraya y de Gorgona, y más allá las islas de Córsega y de Elba... La imaginación sigue la misma ruta, traspasa el Mediterráneo y llega al Atlántico, á Santa Helena, y veo al mismo tiempo cuna, y cárcel, y tumba de la soberbia águila europea.

Lástima que ésta sea una carta y que las horas avancen. Cuánto y cuánto podría yo decirte acerca del Baptisterio! En el interior de esta fábrica divina se ve con asombro despertar el alba del Renacimiento. Aunque con mala gana todavía, pero ya el cristianismo y el paganismo comienzan á reconciliarse al cabo de largos siglos de encarnizada lucha: allí están los pasajes de la Biblia y el Evangelio; allí Meleagro con sus perros cazadores. El desnudo arrogante de la belleza antigua y la más pura castidad del espíritu moderno, están grabados en

mármol en la Pila Bautismal no menos que en el Púlpito de Nicolás Pisano.

Oh el Baptisterio! Aun está resonando en mis oídos esa música salida de esa bóveda sonora. No viniendo á Italia no puedes nunca imaginarte hasta dónde llega el poder de la armonía del Eco. El de esta capilla no es como aquel otro formidable de los Alpes saboyanos, en que al tiro de un cañón resuenan las cavernas de tan extraña manera, como si las montañas hechas pedazos rodasen rebotando á los abismos. Nó. Ésta es una voz tierna, delicada, conmovedora: el sonido de una nota, de una sola nota de un instrumento, basta para que oigas cien coros de uños como ángeles—niños que se dilatan por sobre tu cabeza: cierras los ojos y te abandonas á esos goces que te hacen vislumbrar los placeres de lo desconocido. Clementina, con su garganta sonora, dió un acorde sucesivamente desde la más baja nota hasta la más alta, y aunque estaba ya prevenido yo, con todo, esos coros que en perspectiva se alejaban á lo infinito, de tal manera cantaron, que me conmovieron hondamente; y hasta ahora me figuro que aquello no fuera realidad sino sueño, sueño en que por un instante parecieron abrirse de par en par las puertas de ese algo que sólo alguna vez adivinamos.

Caminábamos ya de vuelta á la posada, subyugado yo por ese encanto mágico del Baptisterio, cuando el guía nos mostró aquel sitio en que se hallaba en otro tiempo la famosa Torre del Hambre, así denominada porque ésta fué la cárcel de Ugolino y sus hijos, de aquel conde á quien vió Dante en el infierno devorando el cráneo de su cruel verdugo.

Esto me trajo á la memoria aquella terrible maldición del Poeta, que leí en Rosell: “¡Oh Pisa, baldón de los que moran en el hermoso país donde se oye el *sí*. Pues tan tardíos se muestran tus vecinos en castigarte, conmuévanse la Capraya y la Gorgona, y tal valladar opongán al Arno en su embocadura, que queden anegados todos sus habitantes”.

Querido Néstor:

Como me acosté tarde, me levanté tarde á eso de las ocho al otro día de llegados. El suelo estaba húmedo y los vapores se levantaban como niebla; pero la mañana estaba alegre y el sol resplandeciente: las aves del fondo de los follajes por un lado, y las campanas de la ciudad por otro, en hermoso coro henchían el aire con su armonía: era una mañana de pascuas. No encontré en toda la casa más que á doña Catalina tía carnal de Clementina, y á los criados. Julio seguía durmiendo; Matilde y su hermana se habían ido á misa á San Miniato. Fuíme á misa yo también, y en efecto, descubrí á Clementina justamente cuando el sacerdote alzaba la hostia: estaba de rodillas profundamente inclinada. Arrodilléme en seguida en medio del silencio de la iglesia, interrumpido sólo por las campanillas. Cuán hermosa es la oración de una alma levantada! Allí me dejé estar cerca de la puerta mirándola de lejos, respetando el santo recogimiento en que se hallaba. Cuando salieron me junté á ellas. Qué devo-

to á estado usted, me dijo Clementina bromeando. Ella sabe que no creo en cuánto creen los católicos, pero ha tenido la delicadeza de nunca tocarme este punto.

—Usted me ha manifestado más de una vez, me dijo en cuanto bajábamos por la colina, ser muy cristiano, y que se postra en espíritu ante la imagen de Jesús. ¿Pues llevará usted á mal que las mujeres practiquemos su doctrina más y mejor que los hombres? ”

No dejé de encogerme de hombros á estas palabras, pues yo sabía bién que la práctica cristiana no consistía tanto en concurrir á las iglesias.

—Clementina, le respondí, la buena fé ante todo, la verdad después, adonde no se llega sino por el camino de la sinceridad. La mujer es más ingenua que el hombre en sus creencias; por lo cual, aunque ha errado siempre y seguirá errando en la senda verdadera que conduce á la Causa de todas las cosas, con todo, estos caminos torcidos en un principio, seguirán enderezándose con los siglos, y día llegará en que el alma se encamine en derecha á su Dios como el proyectil á su blanco, como el cuerpo al centro de la tierra. Y esto, más que á la ciencia, lo deberemos sin duda á ese maravilloso instinto de amor y de verdad que ha puesto la Providencia en el corazón de la mujer. Entonces la sotana estará en girones, y convertido en polvo el sacerdote, porque cada hombre será por sí mismo el sacerdote del Señor”.

“Y cuando oráis no seréis como los hipócritas, que aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las

plazas, para ser vjstos de los hombres... Mas tú, cuando orares, éntra en tu aposento, y cerrada la puerta, óra á tu Padre en secreto". Estas palabras repetía en mi interior en ese rato.

—Desde que leí la Biblia, dije á Clementina, siempre estoy viendo con la imaginación la hermosa figura de Jesús, sentado en el borde del pozo de Jacob, al pie del Garizim. Sabía él que los samaritanos eran los más odiados en la tierra, y que en nombre de Dios galileos y judíos los despreciaban, y que nunca comían ni bebían con ellos. Pues allí vino el Hijo de María, y á poco una mujer á sacar agua del pozo, y después de una breve plática, ella le dijo en tono de reproche: "Nuestros padres en este monte adoraron, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar en donde se debe adorar". A lo cual Jesús le respondió: "Mujer, créeme, que viene la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Dios es espíritu: y es menester que aquellos que le adoran le adoren en espíritu y en verdad". Ideal sublime de la religión absoluta, que sólo en parte se ha realizado en los veinte siglos corridos, y á cuya realización definitiva se encamina con fe la humanidad".

En eso estaba de mi razonamiento, cuando Matilde, que sin duda se había cansado de mi charla, me llamó la atención á un pugilato infantil, de dos muchachos que peleaban sujetándose al parecer á reglas fijas, y aparentando al mismo tiempo esa feroz gravedad de los gladiadores: había dos bandos, los unos iban al alemán, los otros al francés, que así lo eran. Como las mujeres siguieron

su camino sin detenerse un punto, yo seguí también: cuando estábamos lejos, volví la cabeza y vi que uno de los dos estaba agachado dejando chorrear la sangre que le salía de la nariz.

Clementina me había dicho que en almorzando iríamos á visitar la Catedral y la iglesia de la Santa Cruz; pero fué porque ignorábamos que Matilde había tenido el coche listo para llevarnos á recorrer las calles de Florencia. En realidad, llegada la hora, vistiéronse muy apuestamente las dos hermanas: traían elegantes guantes blancos; Matilde prestó á Clementina un lindo sombrero adornado de un penacho de plumas blancas, que al movimiento del carruaje flameaban graciosamente. Julio iba frente á Matilde, yo al de Clementina. Pasó desde luego el coche costeano por la parte superior los fantásticos jardines de Boboli, que se extienden por la ladera de la montaña y rodean el ciclópeo Palacio de Pitti, que en una eminencia no muy lejos del Arno se levanta. Matilde nos hizo de cicerone.—Ya hemos de venir el domingo á Boboli, nos dijo, que estos jardines dibujados en tiempo de Cosme I por Tribolo y continuados por Buontalenti y Juan de Bolonia, merecen una visita especial: sus bosques y sus puentes son hermosos; hay mucho bueno que ver aquí: terrazas y escalinatas de mármol, un pilón antiguo de granito, un obelisco egipcio y cien cosas más; fuera de las estatuas de grandes artistas como Juan de Bolonia, y las cuatro de prisioneros modelados por Miguel Ángel para la tumba de Julio II, que se admiran dentro de una gruta". Esto me recordó los otros dos que había yo visto

en el Louvre. Escuchando á Matilde, no dejaba yo de admirar allá abajo al otro lado del Arno la ciudad reina con toda la magnificencia de sus monumentos. En esto habíamos pasado ya la Puerta Romana y la de San Miniato, y dejando á nuestra derecha la Plaza de Miguel Ángel, pasámos el río por el *Ponte alle Grazie*, el más viejo de los seis que tiene la ciudad. ¡Cuán bella y alegre me pareció Florencia! Con qué aristocrática elegancia viven los florentinos! Desde la Plaza de Santa Trinita zumbaban las muchedumbres á lo largo de la calle de Tornabuoni como enjambre de abejas: allí están los más ricos y brillantes almacenes, los más soberbios palacios, entre los cuales se distingue el de Strozzi, la obra maestra de los palacios de la enlosada Florencia.

Aparte de esa rudeza ciclópea que se observa en las construcciones etruscas, y de ese aspecto sombrío de algunas casas, verdaderas fortalezas ó castillos feudales que recuerdan las luchas horrendas de otros tiempos; toda la arquitectura de esta capital ostenta el más refinado buen gusto: simple y esbelta, sólida é imponente como la arquitectura pagana. Es curioso ver á menudo ese contraste de fachadas tan llanas pero adornadas de magníficas cornisas. Las ventanas son estrechas y escasas, y tienen la forma de ojiva gótica ó de ajimez moro.

Ya lo había observado en Clementina, y ahora he confirmado mi pensamiento con Matilde, que los italianos, y en particular los florentinos están familiarizados con los más grandes hombres que la humanidad ha producido, y con los más grandes acontecimientos de la historia.

Pues nos dijo nuestra cicerone que aunque el palacio de Guichardín, la casa de Maquiavelo y otros se hallaban á la ribera izquierda del río, por donde íbamos habfa también mucho que ver cuanto á celebridades florentinas. Y todo esto lo decía con cierto aire de noble orgullo, cosa que se observa en las gentes de las grandes ciudades que tienen un pasado glorioso. Mostrónos una serie de palacios y otra de ilustres nombres, pero en tanto número, que me ha sido imposible retener todos en la memoria. Te digo esto aunque me cuesta mucho confesarte mi ignorancia.

—Por Santa Croce!" dijo en alta voz á los cocheros. Con efecto, pasámos á poco por la Plaza de la Santa Cruz, viendo á la ligera la estatua de mármol levantada á la memoria del Dante.

—La casa del Dante", nos dijo más allá. Alcé la vista, y vi esta inscripción: "In questa casa degli Alighieri, nacque il divino poeta".

—A Santa Maria Nuova!" Allí nos contó cómo este hospital fué fundado por Folco Portinari, padre de la Beatriz del Dante.

Luego pasámos por la casa de Benvenuto Cellini; por la otra donde vivió y murió Alfieri; por el palacio Ginosi donde vivió Rafael; el otro de Ricardi, antigua casa de los Médicis donde nacieron los hijos de Cosme: Pedro, Juan y Julián, así como su nieto Lorenzo el Magnífico.

—La Galería de Corsine", nos dijo en otra parte.

—La Galería de Buonarroti". Díjonos que en dicha casa de Miguel An-

gel había obras de su juventud y bosquejos y manuscritos y autógrafos suyos.

En la Plaza de Santa María Novella, donde en otro tiempo se verificaban, sobre todo la víspera de San Juan, las corridas de cuadrigas fundadas por Cosme I; bajámos del coche para admirar mejor en la galería que está enfrente de la iglesia, los mentados bajo-relieves de tierra cocida esmaltada, de Luca della Robbia. En Santa María Novella, adonde volveremos otro día, se admiran tanto el célebre crucifijo tallado en madera por Brunelleschi, como algunos frescos de Masaccio, Filippino Lippi y Domingo Ghirlandajo el precursor de Leonardo, el Sarto y Miguel Ángel. Allí está además la obra maestra de Cimabue, la famosa Madona, que há siete siglos llevara en triunfo á la iglesia el pueblo florentino desde el taller del artista.

De allí tornámos al Arno, al malecón que lleva el nombre de Américo Vespuccio, donde los cocheros, viéndose en despoblado, sin temor de atropellar á nadie, hicieron zumbiar el látigo en los aires; y los caballos entonces, de suyo briosos y arrogantes, no corrían, que volaban río abajo por la playa. Mi imaginación estaba en esos momentos llena de Homero, cuando Iris y Venus volaban por el aire en el carro de Marte. Bien pronto nos internámos en los bosques de las Queseras... ¡Oh Florencia, Florencia, digna de aquellas hermosas edades mitológicas! Tú, la ciudad de las flores y las fuentes, poblada de infinitas estatuas; tú la ciudad del mármol y los arcos triunfales; tú, sólo una cosa necesitas, y es que los siglos pasen y pasen sobre tí, para que tu nombre subyu-

que la imaginación de los poetas, como los nombres mágicos de Atenas y de Troya, de Menfis y la Tebas de las cien puertas!

Matilde está empeñada en que sigamos adelante en nuestro paseo siquiera hasta Nápoles adonde ofrece acompañarnos. El más rebelde es Julio; pero va ablandándose, y entiendo que acabará por ceder. Yo, como te he dicho, he resuelto no apartarme de una norma de conducta enteramente pasiva. Así es que por deseos que tengo de conocer á Roma y Pompeya, nada le digo á Julio; si bien es cierto que no pierdo ocasión de enardecer el ánimo de Matilde en este sentido de irnos al sur de la Península. Ella dice que sólo una vez se ha ido en su vida por allá: que lo hizo con su marido cuando recién casada; pero que fué el paseo tan corto, que mucho quedó por verse. Así es que tiene grande ilusión de tornar al paseo en compañía de su hermana.

Hará cosa de una hora que volvimos de andar por la ciudad, y aun no se nos afloja el cansancio. Julio está tendido boca arriba á lo largo de un sofá fumando; Clementina se recostó en un diván de enfrente, y se ha dormido. Acabo de entrar á mi cuarto á escribirte la presente, y te aseguro que se me cae la pluma de las manos...

Al fin tuve que interrumpir esta carta para ir á tomar un buen sueño, pues te confieso que más ganas tenía de dormir que de escribirte: tales eran el cansancio de mi cuerpo y el entorpecimiento de mis facultades, que todas las cosas, aun las recién vistas, las veía remotas y confusas en mi memoria. ¡Mundos tras mundos bullen en mi mente en este rato! Quisiera á estos recuerdos prorrumper en torrentes de entusiasmo, antes que descender á contarte una por una las cosas que he visto. Grande ha sido Florencia en todo tiempo, inmensa su aspiración á la gloria. Cuando visitábamos no há mucho el maravilloso grupo del Bautisterio, la Torre de Giotto y Santa María del Fiore, me hicieron conocer el Decreto que en 1294 dictó la altiva y noble Florencia para que se alzara la catedral de la Nación: "Dado que es propio de la soberana prudencia de un pueblo de grande origen, dicen esos documentos, proceder en sus asuntos de manera tal, que por sus obras exteriores se reconozcan así la sabiduría como la magnanimidad de sus actos; ordénase á Arnolfo di Cambio, arquitecto de la ciudad, haga los dibujos respectivos para la renovación de Santa María Reparata, con la más alta y pródiga magnificencia que nunca vieron los siglos, á fin de que ni la industria ni la pujanza humanas puedan jamás emprender en obra más vasta ni más bella; persuadidos como están nuestros más ilustres ciudadanos de que no se debe emprender en obras del Municipio, si no se han de llevar á cabo con el primor y perfección que corresponde á la grande alma nacional, compuesta de las almas de todos los ciudadanos, uni-

dos entre sí por una sola voluntad". Tan grandiosa y titánica soberbia, sólo es comparable con la de los descendientes de Noé, que fabricaron la Torre de Babel: "Venid y alcancemos inmortal renombre, dicen ellos también, edificando una ciudad y una torre cuya cúspide se encumbre hasta los cielos".

Y Florencia erigió á la Madre de Dios el más grande y magnífico monumento de cuantos á la sazón existían en Italia. Y el genio de Brunelleschi, con maestría sobrehumana, inventando la cúpula de doble bóveda, la lanzó á las nubes, exponiéndola á la universal admiración. El propio Miguel Ángel, debía más tarde como arquitecto de los papas, inspirarse en esa cúpula para la suya en Roma. Y bien conocidas son del mundo sus palabras: "Quisiera ser enterrado en Santa Cruz de Florencia para tener siempre ante mis ojos la cúpula de Brunelleschi". Y allí duerme ... ¡Qué sombras las que deben de estar revoloteando por tan hermosos monumentos! En torno de la Catedral, las de Arnolfo, Giotto y Brunelleschi; en torno del Campanario, otra vez la de Giotto, las de Andrés Pisano, Luca della Robbia y Donatello; en torno del Baptisterio, donde Dante fué bautizado, otros no menos ilustres que los precedentes. Esta célebre Capilla, que reemplazó á un templo pagano é inspiró á Brunelleschi, y á la cual Dante elogia en uno de sus cantos del Infierno, llamándola: "Mi bello San Juan"; esta capilla, digo, tiene tres puertas de bronce, cuyos relieves de Andrés Pisano, y sobre todo los de Ghiberti, levantan este monumento á una de las maravillas del mundo.

En los relieves de la Capilla y el Campanario, han representado los artistas toda la escala de la humana civilización, conciliando las creencias más contrarias entre sí: artes, ciencias, industrias; el espíritu cristiano y el pagano: allí están la Biblia, el Evangelio y la Mitología griega. El estrecho espíritu de la Edad Media se ha tornado en soplo de vida universal, que todo lo vivifica y depura. Para estos genios del Renacimiento, lo verdadero y lo bello, como el aire y la luz, son dones del cielo que á todos los pueblos de la tierra pertenecen.

— Hermoso es ver lo más noble que la humanidad ha creado”, decía Clementina en tanto que nos encaminábamos á San Lorenzo á visitar las esculturas de Miguel Ángel; absorta como estaba en la contemplación de las maravillas de que estaba llena su mente. Anoche nos leyó Matilde la borrascosa vida de Miguel Ángel, y ansiábamos ver sus mármoles. Yo me adelanté de los demás para ser el primero en entrar á la Capilla, pero involuntariamente me detuve en el umbral. “Es una profanación entrar aquí”, dije entre mí. Y no sólo yo, todos nos sentimos sobrecogidos del mismo temor sagrado. Cuando está uno en presencia de cosas grandes, animadas por el espíritu divino; siente á la par que orgullo y complacencia, siente su ser achicarse y encogerse, cual si viera consumarse su total aniquilamiento.

Viendo yo las obras de Fidias ó Rafael, me figuro hallarme al borde de un mar en calma, ó contemplando la serenidad del firmamento: viendo las obras de Miguel Ángel, son borrascas en la mar, tempestades en las nubes las que

tengo en mi presencia. Como el arte griego mora en altas y venturosas regiones por cima de la naturaleza humana, adonde no llegan los tempestuosos vientos de la vida; su augusta serenidad es inmutable como lo eterno, y uno al contemplarlas se siente asimismo inmutable y sereno. No así con Miguel Ángel, cuyas creaciones son personas humanas, superiores sí, pero al fin humanas con pasiones vehementes. Aunque apasionado siempre de la belleza física, ocasiones hay en que no solamente en sus cuadros, más también en sus estatuas sacrifica algún tanto la belleza de la forma á la de la expresión: amor, odio, despecho, todas las pasiones del ánimo ha grabado en sus obras este genio sublime. Él ha podido decir antes lo que dijo Puget más tarde "Tiembra el mármol en mi presencia". No hay figura de Miguel Ángel que no revele en la forma y el gesto estremecimientos febriles, que son como ecos lejanos de los gritos del alma. Ora por lo enorme de sus cuerpos, lo hercúleo de sus músculos, como por la fuerza y la altivez del ánimo, sus creaciones pertenecen á un linaje tan superior, que aunque participa de la humana especie, está con todo muy por encima de ella. Si lloraran, llorarían como los héroes y los dioses de la Ilíada, haciendo estremecer los montes. ¡Pero qué pasión, oh Dios, qué pasión! cuánta simpatía infunde en el ánimo el dolor verdadero en seres tan grandes! Á mi me gustan los luchadores: nó los que luchan como verdugos del género humano, destruyendo á sus iguales, nó, sino éstos que luchan consigo mismos, cuyo pecho es una tormenta, cuyo genio hierve como

hierve una catarata en el abismo á donde cae. Yo soy amante de la paz, enemigo mortal de la violencia: la sangre me repugna, la guerra me horroriza. Y sin embargo, no es Rafael quien mayor influencia ejerce sobre mi imaginación, menos, mucho menos Veronés. Miguel Ángel me domina, él es quien me arrebatata con toda la fuerza de un torbellino. Leo su vida, veo sus obras, y mi pecho palpita, y todo mi ser se estremece. Rafael no me ha hecho llorar nunca: Alejandro ni César tampoco. Sólo Miguel Ángel me arranca lágrimas amargas de lo más hondo de mi ser. Oh Néstor! es imposible contemplar indiferente estos mármoles sombríos... Cuando Miguel Ángel los trabajó, su ánimo estaba sumido en el abatimiento más profundo, y en ellos condensó toda la hiel y amargura, todas las tempestades de su pecho. Su querida Florencia había caído en manos del enemigo vencedor después de un año de sitio: en vano la había defendido con su espada y sus fortificaciones. Cayó encadenada la libertad, é hirgióse sobre ella la tiranía de Clemente VII, teniendo en una mano la antorcha y en la otra el puñal exterminador: despreciables sayones iban de casa en casa degollando á los más ilustres ciudadanos; por toda Italia se lesan proclamaciones que ordenaban dar muerte á cerca de quinientos emigrados. Á qué hora le cogen y le matan? Oculto en casa de un amigo pasó largos y tristes días, oyendo zumbiar la muerte sobre su cabeza y viendo caer unas tras otras vidas generosas en torno suyo. Cuando el papa le hubo alzado la pena de muerte, con condición de que había de ter-

minar la Capilla de los Médicis; salió Miguel de su asilo y trabajó en estos mármoles con verdadera fiebre. Si el tenebroso Isafas ó el profeta de las Lamentaciones hubieran sido estatuarios, así habrían hecho sus estatuas. La Aurora, el Crepúsculo, el Penseroso, todas revelan la fiera indomable de su autor, que había soportado humillaciones sin cuento, que había visto vejada su patria, ensangrentada la libertad, escarnecida la virtud, triunfante el crimen é insolente el inepto y el sayón. El poeta Giam-Battista Strozzi, contemporáneo suyo, asombrado á la vista del Día, del Crepúsculo y de la Noche, escribió al pie de esta última estatua, que es la más bella de todas, y la que más padece, la que yace bajo el abatimiento más profundo; escribió unos versos que terminan en substancia con estas palabras: "Puesto que duerme, tiene vida: despiértala si dudas, y ella te hablará". Á lo cual Miguel Ángel, que también era poeta, hizo contestar al pronto por su estatua con otros amargos versos, que decían: "Grato me es el dormir, y más aún el ser de piedra: mientras en el mundo reinan la vergüenza y la injusticia, no ver y no sentir es gran ventura. Habla en voz baja, por Dios, no me despiertes!"

No quiero perder la ocasión de escribirte una vez más. Vinimos á pasar la tarde á orillas del Arno, en un sitio agreste pero hermoso cerca de un puente por donde acaba de pasar el tren. Apartéme de los demás, que están más

allá, y vine á esta piedra á escribirte. Ajado está el papel, pero quiero escribirte. Esta tarde me ha traído á la memoria aquel día de nuestro paseo al Salto del Fraile en Chorrillos, hacen más de seis años.

Hay un pastor aquí, que no tiene cara de pastor, que toca la flauta sobre estas rocas. Su historia triste y la bondad de su rostro me han conmovido hondamente. Ignora si sus padres han muerto ó viven todavía; que lo único que sabe es que fué abandonado, de recién nacido, en la puerta de una iglesia. Generalmente creen por aquí las gentes que su cuna no es tan humilde como aparenta. Es fruto del amor, mas no del matrimonio, y esto obligó á su madre á cometer la crueldad de abandonarle. Entre los miembros de una de las principales familias de Forencia, á la cual creen que pertenece el pastor, hay tipos á los cuales mucho se parece. Por qué te he de ocultar? hay quienes piensan que por el lado paterno es pariente de Clementina. A la verdad, tiene mucho de ella, y ella lo sabe. El que hace las veces de padre del mozo, es un hombre que no le tiene mucha voluntad: por eso le ha reducido á pastar ganado. Es muy sensible, y sabe tocar la flauta. Sólo cuando baila se le ve alegre. ¡Quisiera convertir en corazones de carne esos corazones de piedra de tanto padre desnaturalizado! Cuando contemplo estas inocentes criaturas que no han encontrado al venir al mundo sino el hielo del desierto en torno suyo... ni han tenido á quien pedir abrigo en sus desnudeces, ni pan en sus hambres, ni han merecido nunca de su padre una palabra de consue-

lo en sus horas de tristeza...; viendo por dondequiera caras extrañas y voluntades indiferentes á su suerte. Ay! cuando veo á este pastor, esas carnes blancas al través de sus vestidos desgarrados... Sabe una danza el mozo: se le dan unas monedas, y danza el mozo al són de una flauta que él mismo toca: es cuando se vuelve alegre, muy alegre. Es la única manera que tiene de ganarse la vida. ¡Qué dulce es el gemido de la flauta! Acaba de danzar: zapatea el mozo y le toma uno como delirio de placer. Clementina, de codo sobre una roca, le miraba fijamente, y una lágrima le rodó por la mejilla cuando llegó el pastor al mayor frenesí de su alegría.

La vida, querido Néstor, es una lucha, pero lucha que estamos forzados á sostener, y á menudo en silencio. Pequeñeces hay que no merecen contarse, y que sin embargo nos hieren como dardo y entenebrece en el alma. ¡Feliz me siento ahora, Néstor! Dentro de tres días nos vamos á Roma. Julio es un hombre á quien estimo en alto grado: si su ánimo no tuviera como tiene tantas mudanzas, que tanto daño hace á los que le rodean, todo lo vería yo de color de rosa. Qué fugaz es la vida, qué fugaz es la dicha! Cuánto diéramos porque este cariño que me liga á Clementina se acabara: nunca como ahora ha estado ella más cariñosa conmigo. Eso de no poder mandar al corazón... De qué sirve la voluntad al hombre, cuando fuerzas superiores la dominan? la fatalidad co-

mo sombra nos persigue. Cuando pienso que las horas más venturosas son las más fugaces...

Tú vas á creer por lo dicho que algo grave me ha ocurrido. Pues nada... Este Julio es muy bueno y muy condescendiente: pronto estaremos en Roma, y esto lo debemos en gran parte á Matilde: su carácter alegre y chistoso ha podido con él más que todos nosotros. Adiós, Néstor. Cuándo nos veremos? Adiós.

Antier y ayer visitámos los palacios de los Uffizii ú Oficios y el de Pitti: Te diré con franqueza, he desistido hablarte de ello. El mejor elogio que puedo hacer de su arquitectura y las infinitas obras maestras que encierran es callar. A mí lo extraordinario me enmudece. Cuando veo el mar, contemplo y callo, porque no hay proporción posible entre la palabra y el asombro.

El progreso es como la mar en creciente, que á cada oleada más se acerca á la ribera. En raras épocas se advierte con mayor claridad este movimiento progresivo como en el Renacimiento: el ideal va dando oleadas á cual más gigantesca, á medida que los siglos pasan: Giotto, Masaccio, Perugini son en pintura esas olas que unas tras otras cada vez más grandes se han sucedido. Leonardo de Vinci, Miguel Ángel y Rafael son los tres corifeos del Arte moderno, y como la cúspide de una vasta pirámide, como tres soles en cuyo torno giran estrellas como el Sarto y Frá Bartolomeo.

¡ Venturosa Florencia el día aquel en que á una estos tres astros brillaron en tu cielo!

Las galerías de los Uffizii y de Pitti me han sugerido estas ideas, porque allí están los más grandes maestros del Renacimiento.

Pasámos por una sala donde está el dramático grupo de la Niobe, pasámos por otras más y entrámos en la Tribuna de Buontalenti: donde largo rato nos detuvimos. Esta Tribuna encierra una colección sin par de obras maestras de la estatuaria antigua y el arte moderno. Entre dichas estatuas, que están formando un hermoso círculo, está la Venus de Médicis, que no es la divinidad que puedes figurarte, mas antes una joven revestida de carnes mortales, pero bella, pero casta y pudorosa, que sabiendo que está desnuda tiene temor de ser sorprendida por la sensualidad masculina. Cuán diversos sentimientos despierta su hermana la Venus de Milo, cuyo mirar soberano y augusto continente revela que es una diosa que tiene por morada altas y serenas regiones!

Entre las pinturas, haciendo coro á las del Corregio, Miguel Ángel, Rafael, Ribera y cien otros, y frente á la Venus de Médicis, se halla la de Urbino por Ticiano, de singular hermosura, y voluptuosa como lo son todas las Venus del hijo de Venecia: Acaba de tomar un baño, y en tanto las sirvientas le preparan la ropa, así desnuda se ha recostado en muelle lecho con un ramillete de flores en la mano, medio pensativa y soñadora, pensando quizá en su dueño que presto va á venir.

Tal es la sugestión de esta mujer, que

piensa uno sin quererlo en esos baños orientales que despiertan la sensualidad, en que vírgenes desnudas danzan en torno de bañistas voluptuosas al són de músicas entre el humo del incienso. Yo descendo, amigo, en estos ratos al mundo de la carne, y harto difícil es para mí desechar estos pensamientos...

ROMA.

Nos tienes en Roma desde hace ocho días; pero no he salido en este tiempo sino á la botica de al lado á comprar remedios. Acometióle á Julio en el camino un calofrío fuerte y prolongado y una calentura de treinta y nueve grados: de suerte que vino directamente á la cama, siendo mi primera diligencia en llegando á Roma buscar médico, quien ha logrado ya cortarle la fiebre: ahora está convaleciendo. Clementina, no contenta con los cuidados de la enfermera, de Matilde y los míos, no se ha movido estos días del lecho del enfermo, propinándole en persona los remedios: noches enteras se ha desvelado; está ojerosa y pálida. Julio la mira con ternura y reconocimiento. Esta mañana puso una mano de ella entre las suyas, y así estaban hasta cuando yo salí.

Ayer salimos por primera vez á la calle. Clementina quiso que fuéramos á San Pedro, fuimos en efecto, y allí se arrodilló y permaneció orando largo ra-

to: daba sin duda gracias al cielo de que así hubiese salvado á su Julio. Mientras los dos se quedaron sentados por ahí, Matilde y yo recorrimos lo interior de la iglesia. Visitámos algunas capillas, como la de San Miguel, la de la Columna, la Clementina, la Gregoriana, y nos paramos un rato delante de la losa que cubre los restos de Palestrina, el príncipe de los músicos. Como Julio no puede aún andar mucho, del asiento salió al coche, y regresámos á casa. Estamos en el Hotel de Londres en la Plaza de España, y aunque tuvimos que cruzar gran parte de la ciudad para llegar á San Pedro, con todo, nada ó casi nada ví de Roma, y sólo cuando estábamos en el Puente de Santángel fué cuando caí en la cuenta de que pasábamos el Tíber, de que esa mole redonda de enfrente era el Castillo, y esa otra masa más imponente de allá, á nuestra izquierda, era San Pedro. Cuan-to no hay alegría en el alma, parece que se queda el hombre sin sentidos. La Plaza de España está casi á la entrada del valle formado por los montes del Quirinal y el Pincio: en este último, llamado antiguamente "La Colina de los jardines", se hallaban los muy famosos de Lúculo, testigos de las orgías de Mesalina.

De ninguna altura en Roma se ve mejor la entrada del sol que del Pincio, y subí allí á la tarde. Triste subí, y mi ánimo se puso más sombrío cuando el sol desapareció del todo detrás de unas colinas, y la ciudad inmensa se sumergió en las sombras. Estaba mi ánimo dispuesto al llanto, y en mudo recogimiento permanecí largo tiempo al ver esa melancolía de la ciudad misteriosa,

cuyos recuerdos más tristes venían á mi mente. Yo no sé por qué me figuraba ver la imagen de Clementina flotante como una visión en ese mar de melancolía y de recuerdos haciendo parte de un mundo de ilusiones perdidas...

Néstor: Ayer se acalenturó algún tanto Julio, y se recogió temprano á su alcoba. Cuando entré á verle, encontré que hablaba á solas con Clementina, la cual lloraba á tiempo que hablaba no sé qué de su Carlos, no sé qué del destino. Turbéme al ver aquello y tanto que no sabiendo qué hacer de mi persona, llevé la vista á todas partes como quien busca una cosa que se le ha perdido, y me salí. Dije al paje que no me aguardasen á comer, atravesé la ciudad, pasé la Puerta Capena, que al presente llaman de San Sebastián, y en un pronto me hallé en los solitarios campos de Roma, adonde el día anterior habíamos salido juntos.

Era la hora en que el pastor recogía al aprisco su ganado, en que las sombras del crepúsculo cubrían la vasta llanura, y los fríos rayos del sol doraban débilmente los Montes Albanos y las alturas de Túsculum y de Tívoli. Los antiguos y colosales acueductos, así como otros monumentos paganos, convertidos ahora en ruinas, iban tomando un aspecto cada vez más sombrío. Llegué á un punto donde el camino se divide en dos, y donde, á la izquierda, se alza una capilla que lleva esta inscripción: "*Quo Vadis Domine?*" Dejé la Vía Ardeatina y seguí en derecha la Vía Apia. Una vez en el valle

por donde corre el Almo, tomé aguas arriba y subí al Bosque Sacro en lo alto de una colina. Tranquila estaba la noche, y la blanca luz de la luna bañaba la Campaña. No había más ruido que el susurro de la brisa en el follaje y el lejano y débil murmurio del Almo. Un ave pasó aleteando por allí. Este bosque es testigo de los coloquios nocturnos de Numa con la ninfa Egeria, cuya gruta está al pie de esta colina. Allí me senté en vía de descanso. El feo aullido de un perro me sacó de ese como enajenamiento. Levantéme y seguí mi camino hacia la Vía Apia, vía cubierta con la lava del Albano. Al cabo de algunos minutos dejé á mi espalda la tumba de Cecilia Metela, donde un día el peregrino Childe-Harold se detuvo á contemplarla. No sabes, Néstor, hasta dónde me dejé ir... En mi vida he pasado momentos más deliciosos, cruzando esos campos melancólicos por entre las tumbas numerosas de ese vasto cementerio de la romana gentilidad. Figurábame yo mismo ser una sombra que había salido del teatro de la vida, para empezar mi peregrinación por las oscuras regiones de la muerte.

Esta mañana entré al cuarto de los dos, y encontré á Clementina sola. Cómo ha amanecido Julio? le pregunté. Ya está bien, y tanto que ha salido á la calle, me respondió, al tiempo que daba á Carlitos de unos bombones que yo le había traído al chico el día anterior. Me dejé caer de lado en un diván, y

miraba ese cuadro que ella formaba con su Carlos. — Dígame Ud., Abelardo, me preguntó, de dónde le ha venido tanto malhumor estos días? Yo me callé, y ella no insistió. Sentóse luego sobre una silla, arrimóse á una mesa, y jugando con un plumero, con exterior distraído, me preguntó: "Y qué le parece, Abelardo, la suerte de la vecina?" refiriéndose á una muchacha que está de paso en los cuartos de al lado, y cuya historia nos habían ya contado. Es una joven de Palestrina que viaja á Noruega: va acompañada de su futuro suegro á juntarse con su prometido, que aseguran es dueño de grandes bosques y de una empresa de pesquería. Va la joven muy afligida, pues deja á sus padres, que no han podido seguirla, entre otras causas, por la extrema vejez de la señora. La despedida había sido conmovedora: su madre la abrazó diciéndole que ése era el último abrazo que le daba. Habían tenido que retardar el viaje á causa del desmayo que había sufrido la señora, pero al fin tuvieron que partir sin despedirse de ella. Lloro mucho la joven, y desde que está en Roma lo más lo pasa encerrada. Tanto sus padres como sus demás parientes se han empeñado mucho en disuadirla del matrimonio, pero nada han podido. La pobre joven se muestra muy afligida, y no se deja ver de nadie. "Así y todo ella es feliz, porque va á unirse en matrimonio con quien ella quiere" añadió Clementina á la pregunta que me había hecho, y lo dijo con cierto modo que harto daba á entender cuán lejos se creía de aquella felicidad.—Pero Ud. nada tiene que envidiarla" le repliqué con refinada

malicia de que después me he arrepentido: yo sabía su historia; Margarita me la había contado: de suerte que hubo gran maldad en mí al hablarle de esa manera. Clementina calló, y callámos los dos largo rato, al cabo del cual cogió ella una estampa de fotograbado de la mesa, y dando un suspiro exclamó: Todo es sacrificios en la vida! Acerqueme á ella, y vi que la dicha fotografia era de una de las más bellas y trágicas pinturas que nos ha legado la clásica antigüedad en los muros de Pompeya: era Ifigenia en el momento en que la desnudan para sacrificarla, y su madre, que vueltas las espaldas de ese cuadro de horror, cubierta con un manto desde la cabeza y el rostro con una mano, se lamenta agobiada por el dolor y la congoja, al ver que nada puede contra esa sentencia inapelable y cruel de su poderoso marido. Tal vez la Divinidad atiende á sus clamores, pues como el iris de la Biblia, Diana se le aparece en los aires caballera en una sierva. Inexplicable es; Néstor, lo que pasó en mi interior ese momento en que junto á ella veía la estampa; ese momento en que sus perfumados cabellos se rozaron con mis mejillas. Veía el cuadro y temblaba, y los instantes se me hacían horas: debía retirarme y no me retiraba. ¡Extrañas contradicciones del corazón humano! Pero nó, no fué contradicción, fué temor de incurrir en un extremo del que tal vez hubiera tenido que arrepentirme. Yo le agradezco á Clementina esta acción generosa de consentirme á su lado más tiempo de lo que yo esperaba. Cuando me retiró la estampa, di unas vueltas por el cuarto sin saber lo que

buscaba, y como si un crimen acabara de cometer en él, me apresuré á salir de temor que Julio me sorprendiera.

Cuando estábamos á la mesa, hablóse del programa que debíamos seguir en nuestro paseo de hoy día por la ciudad, y de la prisa que debíamos darnos en visitarla, siendo como eran cortos los días que nos quedaban, una vez que la semana entrante pasamos para Nápoles, á fin, dice Julio, de regresar cuanto antes á París centro de sus negocios.

Siento en el alma esta prisa de Julio, que así nos obliga á dejar á Roma precisamente cuando horizontes cada vez más nuevos y maravillosos de la Ciudad Eterna, voy descubriendo. La grandeza de París, tan colosal como aparecía á mis ojos, se ha tornado pequeña junto á la grandeza romana. Qué asombro causa el Monte Blanco á los que nunca han visto el Chimborazo! Pero la suerte ha querido que nos vayamos de Roma antes de lo que hubiera querido, y que ni los pocos días de nuestra permanencia aquí hayamos podido aprovecharlos.

—Lo que más me atrae en Roma, dijo Clementina, es el Monte Vaticano y las Catacumbas". No era ésta la primera vez que lo decía. También habla mucho de Tívoli y sus cataratas sublimes, á cuyos altos bordes se levantan el templo de Vesta y la casa de Corina. Yo le di la razón en mis adentros: mas como habíamos ya visitado á San Pedro por segunda vez, y por tercera el Vaticano, quedámos en visitar las Catacumbas, lo cual no se verificó porque á última hora resolvimos otra cosa, y es hacer la ascensión del Monte Saturno, por otro nombre, el Capitolio.

En Grecia el padre de los dioses habitó el Olimpo; en Italia, el Capitolio, en ese monte mismo donde recibió culto la Cabaña de Rómulo hijo de Marte. Para quien sabe penetrar en las entrañas de lo pasado, despierta esta colina un mundo de recuerdos de la grandeza humana. Religión, Fuerza, Derecho, Arte y Poesía aquí han recibido culto. Y esta misma montaña vinieron á poblar con la profusión de las estrellas, las estatuas más hermosas de la soberana Grecia. A estas cumbres subió triunfante César en su carro de marfil; aquí subieron Horacio y Virgilio, y más tarde Petrarca á recibir la corona de la divina inspiración. En esto iba pensando yo, en tanto que subíamos la monumental escalera de Miguel Ángel, que conduce á la cumbre del Capitolio. Ufanos se mostraron Matilde y su hermana al ver lo que había contribuído el genio de su compatriota á embellecer esta colina. Subido que hubimos á lo más alto del monte, de donde se dominaban todas las maravillas del Capitolio, mirámos con admiración las obras de Miguel Ángel, cuyo divino espíritu no solamente en Florencia sino también en Roma se cierne por todas partes. Pues no hacía muchos días que habíamos visto de él en esta misma ciudad el Moisés, que está en *San Pietro in Vincole*, y la Piedad en la basílica del Vaticano: teníamos también á la vista, aunque distante, la sublime cúpula de la catedral del mundo católico, al pie de la cual cúpula están los divinos frescos de la Sixtina.

Si piensas tú que voy á hablarte de los artísticos tesoros que guarda el Capitolio, te engañas, Néstor; no te hablaré de

ellos ni en el Capitolio ni en el Vaticano, como no te hablé de ellos en Florencia, ni te hablaré de los demás que en tantos otros palacios y templos de la soberbia Roma se admiran.

En vía de descanso nos sentámos un rato al pie de la estatua equestre de Marco Aurelio, que se levanta en medio de la plaza. Teníamos enfrente el bosque y los jardines que rodean el palacio de Caffarelli, en cuyo sitio el último de los reyes levantó á Júpiter el más famoso templo de la Roma pagana: hoy no han quedado de él más que piedras rotas confundidas con los troncos y las raíces de los árboles.

De allí entrámos á los palacios que rodean la plaza á recorrer los museos de escultura, pintura y antigüedades, que son otros tantos rayos de luz que aumentan la gloria del Capitolio. Entre las estatuas que más me hirieron la imaginación está la Minerva colosal, contemporánea de Fidias, y el Galo moribundo. Cuando entrámos en la Sala de bustos de los filósofos, hundíme en espíritu en esos abismos del genio, donde, con la velocidad propia del pensamiento, recorrí mundos tras mundos: Homero, Sócrates, Platón, Eskilo... Cada uno de estos monstruos de la creación encierra por sí solo un universo.

Desde que la Grecia se convirtió en provincia romana, la escultura helénica comenzó á sufrir la influencia del gusto romano. Ya desde los tiempos de Lisipo, el Arte de la Grecia comenzó á descender con Lisístrato desde las elevadas regiones de lo ideal y universal á lo real é individual. Quiero decir que el estilo característico de los romanos en

escultura fué el retrato, como lo fué en Grecia el tipo, y en el Egipto el símbolo. Pero aunque avasallado el arte griego por el romano, con todo, aun conserva hasta en el retrato mucho de la gracia y majestad, mucho de la belleza de los mejores tiempos; lo cual modificó en gran manera la rudeza y el realismo exagerado del arte romano, y más del etrusco, modelo primitivo de los romanos. Así, gracias á la influencia de los sucesores de Alejandro y al genio romano y etrusco, se hallan en Roma bustos de emperadores y emperatrices, de generales y hombres de Estado, que son un prodigio de expresión. De ahí el interés del viajero en entrar siquiera de paso á la Sala de los Emperadores; donde me sucedió que á la vista de tanta verdad de esos retratos, penetré en las regiones de la historia, y desde lo alto adonde mi espíritu se había encumbrado en la Sala de los Filósofos, comencé á descender y descender . . . En ese descenso di con cimas como Augusto y Julio César, que sin embargo no fueron poderosos á detenerme, y bajé hasta las tenebrosas y fétidas regiones de los Neronés y Mesalinas, de los Caracallas y Calígulas, donde todo es horror, todo sangre y todo fango.

De allí pasámos á la Sala de las Palomas, donde está el famoso mosaico hallado en la Villa Adriana, que representa unas palomas que están bebiendo en torno de una taza: imitación de ese de Pérgamo tan celebrado de Plinio, debido al griego Sosos.

Entre los más renombrados broncees del Capitolio, pudimos admirar la famosa Loba etrusca, que cuenta con veinticinco siglos de existencia.

Oh, Néstor, si París posee la más preciosa perla de las estatuas griegas, la Venus de Milo; si está ufana Florencia con la Venus de Cleómenes y las famosas del Tiziano; no está menos soberbia la invicta Roma con la maravillosa Venus del Capitolio. Las de Fidias y sus predecesores eran castas y pudorosas como una virgen, y el ropaje era para ellas una necesidad. Más tarde, cuando el arte se revistió de ese carácter un tanto afeminado y sensual, abandonó sus vestiduras la diosa de la hermosura. Parece que Praxiteles quiso por un lado seguir á Fidias, y por otro, conformarse con lo que le enseñaba la religión, que decía que Venus había nacido desnuda de la espuma de la mar; lo cual respondía mejor á los deseos de su fantasía, que tan llena estaba de los encantos de Frine... De suerte que hizo dos venus, una vestida y otra desnuda. Los habitantes de Cos compraron la primera, por severa y púdica, y los hijos de Cnido, la segunda. Yo no sé si ha de atribuirse al mayor mérito artístico de la una, ó lo que es más creíble, á la malicia de los hombres, ello es que la desnuda vino con el tiempo á prevalecer sobre su hermana, hasta el punto de eclipsarla y alcanzar una celebridad que durará eternamente. Por desgracia, la de Cnido pereció en un incendio en Constantino-
pla; mas no sin que antes hubiera servido de modelo á célebres artistas, siendo de todos éstos, uno solo el verdaderamente afortunado, puesto que hizo la más perfecta reproducción de esa estatua: la Venus del Capitolio.

De los museos pasámos á la Roca Tarpeya, de que tan lúgubrementemente nos ha-

bla Séneca; y dimos fin á nuestro paseo en la colina con la visita de los dos más primitivos recuerdos de la antigua Roma: el Tabulario y la Cárcel Mamertina. Aquel fué construído poco después de Rómulo para guardar el archivo de las leyes: en el día no es más que una ruina, que á su vez contiene restos del paganismo, porque allí ruedan las piedras y los mármoles de los palacios y templos de la Roma imperial. Del Tabulario pasámos á la Cárcel horrenda, "el precipicio de los gemidos" como dicen las gentes; en cuyas negras mazmorras perecieron Yugurta, Vercingetórix y cien otros, y de donde salieron á recibir la corona del martirio San Pablo á la Vía Ostiense, y San Pedro á las cumbres del Janículo.

Es de noche, y mi espíritu está cansado. Toda Roma desde sus más remotos siglos ha pesado sobre mí esta tarde. Hoy vieron mis ojos cosas grandes. Nunca mi imaginación se ha remontado tanto. Hoy he cruzado en espíritu esas regiones oscuras de la humanidad entera, porque pensar en Roma es pensar en todo el universo.

A la tarde del día de hoy, cuando volvimos de visitar el mausoleo de la hija de Constantino, las catacumbas de Santa Inés y el Monte Sacro ante el cual todo pecho americano palpita, porque en sus cumbres juró Bolívar libertarnos con su espada; en volviendo de allá, digo, salí yo por mi cuenta á recorrer la ciudad sin otro compañero que mi sombra. De paso entré por segunda vez al



Panteón de Agripa, el más bello edificio de la Roma gentil: dentro de esta magnífica Rotonda está la tumba de Rafael Sanzio, ante la cual volví á pararme... He visto sus obras en el Louvre y en Florencia; he visitado sus Sibilas en Santa María de la Paz; conozco la Farnesina y las Logias y Cámaras del Vaticano, y su grandeza me avasalla. Espíritu soberano el de Rafael, emanación de la divina Esencia, remóntase á las más altas regiones de lo ideal, y desde allí contempla á sus pies, sereno como un dios, las humanas tempestades que estremecen la tierra. Ora se muestra místico, ora pagano; la belleza es para Rafael su verdadera religión: lo bello en la forma, lo bello en el alma, el equilibrio en todo; la Belleza es la única divinidad á quien adora. «Á Miguel Ángel, hasta cierto punto, le creemos hombre; extraordinario sí, hombre gigante capaz de lo sublime; pero al fin hombre, que participa de las amarguras de la tierra, de los embates del corazón, y como tal nos interesa. Rafael es un dios cuyo espíritu se cierne por cima de la familia humana: si pinta hombres, tan altos están, tanto se han purificado en ellos las pasiones, que participan de la naturaleza de quien los ha creado, y se muestran serenos como una divinidad.

Sali de allí, pasé el río, y tomé por una áspera pendiente hacia las cumbres del Janículo, la montaña de los cisnes y los pinos, de los precipicios y verjeles, bañada de fuentes y lagunas, en cuyos bosques habitaron los pelasgos, y donde antes que el Árcade viniera á fundar á Palanteo, se alzaban ya la ciudad y los

altares de Jano. Subía y subía yo la altísima colina, y entre tanto mil vagas ideas acudían á mi mente. Cual música divina resonaba en mis oídos la triste y poética leyenda de Dandolo acerca del Hijo del Vesubio: entré en el monasterio de San Onofre, y vi la tumba del Tasso . . . ¡Noble é infortunado poeta, que habitó en las mazmorras, y á quien las gentes le llamaron loco, por haber amado con pasión! Salí como un sonámbulo, y seguí subiendo paso á paso la colina, y llegué de improviso á una altura y me llené de asombro: porque como si hubiera llegado sin saberlo á la cima de un alto promontorio y de repente hubiera visto á mis pies un vasto mar; no de otra suerte la reina de las ciudades se mostró bien adentro, extensa y magnífica, serpenteando por entre sus collados el Álbula famoso cantado por Virgilio, por cuyas aguas en remotos tiempos subió la flota del Hijo de Venus y vencedor de Turno. Allí me vino al mismo tiempo de lo alto de la montaña un ruido extraño como torrentes que se despeñan: era la famosa Fontana, cuyas aguas impetuosas vienen del cráter de un volcán hoy convertido en el Lago Bracciano.

Aquí en la altura en que me encuentro está San Pedro *in Montorio*, que los Reyes Católicos de España mandaron levantar al Príncipe de los Apóstoles.

Roma, como Jerusalén, tiene su Calvario, el Janículo. En el patio de esta iglesia edificó Bramante una pequeña rotonda con diez y seis columnas, bella como todas las creaciones de este artífice divino, en el sitio mismo donde fué crucificado el Pescador de Tiberíades y

donde ahora ves ardiendo una lámpara moribunda.

Absorto yo en los prodigios del Cristianismo, salí á la terraza y miré á Roma . . . La ciudad de los Césares y el Evangelio se apareció entonces á mi imaginación, como un abismo de insondables arcanos. Penetré en lo pasado y vi á Roma convertida en hervidero sin fin de acontecimientos y fantasmas, adonde como los ríos al mar vienen á dar todos los pueblos de la tierra. Roma es el vasto crisol donde todas las ideas y todas las religiones se han fundido. La ciudad de las colinas y la ciudad de las catacumbas, los hijos de Saturno y de Jacob ya no existen; que todo cayó á bulto en el crisol de los tiempos, de donde ha salido este oro aquilatado de la civilización que ahora se extiende por el orbe. En el progreso humano todo nace, todo crece, todo madura, pero no muere nada: lo que perece es la escoria: el alma de todo queda. De la antigua Grecia pereció la esclavitud, pero de ella vive el arte y la filosofía; de la antigua Roma pereció la humana ferocidad, pero de ella nos ha quedado el imperio del derecho y la justicia. Cayó de Roma la monarquía, cayó la república, cayó el imperio, pero de todo aquello cayó tan solamente lo que de falso había. Y sobre sus cenizas se alzó la Iglesia, fuerte como el espíritu del Señor, y armada de todas armas combatió con ese formidable monstruo del Paganismo, que alimentaba en su seno el circo, la esclavitud, la degradación de la mujer. La Iglesia fué una necesidad entonces, como lo fué entre los hebreos la Ley de Moisés para rege-

nerarlos. Pasó el reinado de la Ley con el horror de Jehová, pero jamás pasará lo que ella tuvo de bueno y santo. Pasando está el imperio de la Iglesia con todo su despotismo, y pasará del todo... mas reinará eternamente entre nosotros como espíritu de vida lo que ella tiene de grande y de sublime, de hermoso verdadero. Oh, Roma! todos los pueblos han sido tus vasallos: el Galo y el Germano tus esclavos fueron, y la bella Grecia, tu cautiva, y los dioses del África y el Asia aquí vinieron á rendir culto al Dios de tus altares. Ciudad cosmopolita, ciudad fortaleza, ciudad luz, no hay piedra de tus muros y tus calles que no hable con elocuencia al viajero: cuando tus templos y tus colinas hablan, todas las naciones callan y te escuchan. En Roma todas las colinas hablan: Evóca al Monte Celio, y el monte de las encinas te dirá que entre sus bosques alzaron los etruscos altares á sus dioses, y que el templo de la Felicidad guardaba estatuas de Praxiteles. El Quirinal, donde está el Palacio de la familia real que hoy domina en Italia, te hablará de los sacrificios de los pelagos y del templo donde rindieron culto al fundador de Roma los sabinos. El Esquilino, que en el día guarda las cadenas con que ataron á San Pedro en Jerusalén y en la Cárcel Mamertina; el Esquilino, que ha presenciado el Milagro de las Nieves pintado por Murillo y que sustenta á Santa María la Mayor, y adonde la católica España envió en ofrenda los primeros tesoros venidos de las Américas; este monte, por cuyas faldas ha corrido á torrentes sangre de cristianos, se remonta en su historia á

más remotos tiempos, y te habla de las mansiones de Virgilio, de Plinio y de Propercio, no menos que de los magníficos Jardines de Micenas, del templo de Diana y la fuente de Orfeo, y por último, de los Ibero-Ligures que habitaron en sus bosques. Evóca al Palatino, y el Palatino, humillado y orgulloso á un mismo tiempo, te dirá que él es la cuna de la primitiva Roma, y que en sus cumbres habitaron los más grandes Césares, ay! pero también los mayores monstruos que la tierra haya engendrado: el Vencedor de Accio y de las Galias lo mismo que Calígula y Nerón. Evóca en fin al Aventino, que se mira en el Tíber, y él te dirá que antes que Agripa reconciliase á la plebe de Roma con los patricios; fué testigo del encuentro de Evandro con Eneas, junto á la horrenda cueva de Caco, gigante sanguinario que se engullía á grandes bocados carne humana palpitante, y á quien Hércules mató; en recuerdo de lo cual, en verso heroico, entonaron ese día griegos y troyanos himnos de libertad con que honraron las hazañas del sublime hijo de Jove.

Néstor: Recibí tu carta del mes pasado, que me llenó de gusto. Me das tus noticias, me hablas de mi madre y de todo aquello que más me interesa. Mitad del alma tengo allá, mitad aquí... Qué hermoso sería verme rodeado siempre día y noche de los seres que más quiero. Uno se complace en forjarse quimeras. Yo te agradezco, Néstor: tu

carta me ha hecho mucho bien. Tú tienes ese dón precioso que pocos tienen, que cuando hablas con un amigo, pulsas en él las fibras más delicadas. ¡ Cuántos hay que carecen de este tacto exquisito; cuando por el contrario, con intención ó sin ella, hieren cruelmente muchas veces con un solo gesto, con una sola palabra! Cuánto te agradezco, Néstor. A mi madre le dirás que la semana última le envié por correo un paquetito con algunos recuerdos.

Como este rato me llaman á comer, tengo que dejarte mal de mi grado. Hoy es el natalicio de mi Carlos, el chico de Clementina. Están aquí unos paisanos de Julio, dos de ellos con sus esposas, y uno de ellos con su hija, una linda limeña. Ya no hay saraos como el que tuvimos en Meudón; pero estamos de mantel largo, y me prometo apurar unas tantas copas de *elixir* en tu nombre.

Pasando á la posdata de tu carta, te diré que más me creí que querías reírte un rato conmigo; pero luego me convencí de que me contabas llanamente un hecho verdadero. Qué suerte la de la Juana! llegar á casarse con todas sus imperfecciones, teniendo él tan buenas prendas como tiene, y habiendo allá muchachas lindas y buenas que van madurando solteras. Yo no digo que la coja no sea inteligente: sí lo es, y mucho. Mas la inteligencia solamente, puede bastar á una amiga, que no á una esposa. Yo soy cristiano como el que más, pero en este punto nada ha podido conmigo el cristianismo. Yo me acuerdo, ¡ pobre muchacha! que la boca de esa Juana me hacía olvidar de todos los preceptos de nuestra santa re-

ligión. Una vez me hizo la coja una muy parecida á su pierna, y tú me has dado ahora ocasión de tomar venganza. Lo cierto es que nuestro natural es tan perverso, que difícilmente olvida uno las injurias. ¿Qué diría la fea si supiera que nos hemos reído á su costilla? Si la ves, saludala en mi nombre; pero eso sí, cuidado con mostrarle esta carta, porque me devoraría á pedazos.

Esta mañana visitámos las Termas de Diocleciano y de Caracalla.—Estas termas están pregonando en alta voz cómo los emperadores, á la magnificencia de sus palacios juntaron el sibaritismo de los orientales en sus baños. Circos, foros, templos, fuentes, música, gratos aromas y mujeres voluptuosas; nada de cuanto es propio de la concupiscencia faltó en esta segunda morada de los Césares.

De allí pasámos adonde en lo antiguo se extendían los jardines de Nerón, y ahora se alza ese magnífico emblema de la grandeza romana, el Coliseo, enorme como las pirámides de Egipto y los teucalís de la América primitiva; y cuyos muros semejan montañas. Los Flavios eternizaron su nombre con obras imperecederas: el arco triunfal, no lejos del Palatino, recuerda á Tito el conquistador de Jerusalén, y á Vespasiano se debe el Coliseo. A rayos, incendios y terremotos ha resistido este anfiteatro colosal, cuya inauguración duró cien días de público regocijo, y costó la vida á cinco mil bestias feroces: durante siglos ha

servido de cantera á vastos palacios é iglesias de la ciudad, y con todo, aun se mantiene en pie el indomable monstruo, sereno y firme en su inmovilidad eterna. Hasta que Honorio aboliese los combates de gladiadores como incompatibles con el espíritu cristiano, sólo Dios sabe la sangre humana que ha corrido por esta arena y los mártires que en ella han perecido!

Del coliseo subímos á las cumbres del monte Celio, á San Juan de Letrán, la iglesia madre, la primera en dignidad de las iglesias del orbe, que guarda los cráneos de San Pedro y de San Pablo, y donde se han verificado tantos notables concilios. Como San Pedro, mira esta basílica hacia el Oriente por cinco puertas, y casi como en San Pedro, hay aquí profusión de piedras preciosas y mármoles de bronce y de granito. Cuando entrámos á la plaza del sur, lo primero que hirió nuestra vista fué el colosal obelisco de Sixto V, de granito rojo, que en medio se levanta: el mismo que en los más remotos tiempos se alzaba delante del templo del Sol en la Tebas de las cien puertas, y el más grande á la vez que el más antiguo de los muchos traídos á Roma desde Egipto. ¡Su edad á tanto se remonta, que va siglos más allá del día en que Héctor y Aquiles combatieron! Sus geroglíficos, cuyo significado aun se ignoraba los días en que Corina pasó por la ciudad eterna; no son ya un enigma, gracias á Champollión, y ellos nos han revelado arcanos maravillosos de esa remota y misteriosa región bañada por el Nilo. Desde la plaza oriental se ve la Escala Santa, por cuyos peldaños subió Jesús en la

casa de Pilatos, y por donde suben ahora las gentes, de rodillas, tal como en lo antiguo subió César y subió Claudio la escalera del templo de Júpiter Capitolino. En el Bautisterio lateranense, entre columnas de pórfido, está la famosa fuente adonde entró el Vencedor de Majencio á recibir humilde las aguas del bautismo.

El palacio de Letrán, que sirvió de residencia á los papas desde Constantino hasta cuando se trasladaron á Avinón, está convertido ahora en el más rico museo de Roma después del Capitolio y el Vaticano: encierra antigüedades como la estatua de Sófocles, y escrituras, é inscripciones, y sarcófagos de las catacumbas.

Regresámos á casa no sin hacer comentarios acerca de las maravillas que vimos; lo cual no impidió nos sentáramos á la mesa con buen apetito, pues era muy tarde. Aunque á Julio, como buen peruano, le gusta mucho el vino, ordinariamente no comemos sino con dos clases: sólo hoy día tuvimos casi tanta variedad como el día de Carlos; pues en acabando la sopa nos dieron un buen vino de Sicilia; después de un guisado de perdices, otro del Rhin; luego otro exquisito de Chipre, obsequiado á Julio por sus compatriotas, y á los postres tomámos el más delicado de todos. Esto sin contar con un gran pescado raro, que asomó en una fuente adornado de flores y acompañado de salsa blanca. Estábamos todos de muy buen humor. Siempre me pasa, no es la primera, que en estos momentos alcanzo yo nuevos triunfos... Grande fué nuestra alegría, y así pasámos al otro cuarto, donde al

són del piano cantaron bellamente Matilde y Clementina.

Fantaseando estaba entre mí acerca de las secretas afinidades que entre el amor y el arte sentía en mi pecho; cuando en eso se habló de visitar las catacumbas, lo cual emprendimos con tanto mayor interés, cuanto que ésta debía ser la última de nuestras correrías en Roma. Ayer habíamos entrado al subterráneo de Domitila, en cuyos frescos vi las más antiguas representaciones de Daniel y el Buen Pastor: de allí pasamos al cementerio de Santa Priscila, en cuyo techo los ojos cristianos ven con asombro la Virgen con el niño Jesús, y á Isafas que muestra la nueva luz que en forma de estrella aparece en Israel: es dicha pintura asimismo la más antigua representación de la Virgen, que remonta al siglo segundo. Hoy volvimos á la Vía Apia; pero redujimos nuestro paseo al cementerio de San Calixto, cuya entrada está sobre un pequeño collado, y en cuyo subterráneo fueron enterrados Santa Cecilia y muchos papas. Las catacumbas de Roma son innumerables, y su longitud total, de cerca de doscientas leguas. Hay trechos profundos en que las más altas casas de París entrarían holgadamente: son largas y estrechas galerías superpuestas, en partes, hasta cinco veces, y de cuando en cuando limitadas por anchas escavaciones á manera de cámaras, en cuyas paredes yacen las sepulturas de los primeros cristianos. Sólo tú eres capaz de comprender lo que experimentaré una alma religiosa que por primera vez se engolfa en estos laberintos subterráneos, aclarados apenas por una débil luz de



antorcha: estos subterráneos, que son á la vez el punto de contacto de dos mundos, y la cuna de una civilización nueva, que como árbol maravilloso va dilatándose por el haz de la tierra, y sus frutos madurando al calor de los tiempos. Oh, la omnipotencia de la verdad! Cuando veo que las más grandes cosas nacen de las más pequeñas! ¿Qué son estas oscuras cuevas al lado del esplendor de la Roma imperial que sobre las cumbres de las colinas se levanta? Pero la idea es fecunda como la naturaleza, y tiene más fuerza de expansión que los gases de los volcanes, y tiende á subir y dilatarse por todo el universo. El pueblo aunque rudo é inculto, tiene el instinto de la verdad, la cual prende en sus pechos como la semilla en el seno de la tierra. Por eso en estas cuevas hablaron las masas populares con la inspiración de los profetas, y obraron con la tenacidad y entereza de los mártires. Aquí nació la verdadera libertad, aquí se rompieron las cadenas de la esclavitud, aquí se engrandeció la mujer, y se tornó la ferocidad del circo en amor á la humanidad, y la venganza en perdón, y el odio en caridad, y la abyección del plebeyo en soberano orgullo. Roma era entonces un compendio de la degradación y ferocidad de la humana especie, de lo que ésta tiene de más bajo y repugnante. La idiotez del César y sus crímenes eran públicamente acatados por la inteligencia abyecta: sus más torpes deseos eran leyes que todo el mundo obedecía; y mientras los dioses lares se habían quedado á las puertas; el soplo infecto de Sodoma y de Gomorra, venido del Palatino, penetraba hasta el lecho del

noble y del plebeyo. Pero vienen los *enemigos del género humano*, vienen los ateos, como solían llamarlos, vienen los incendiarios, los envenenadores de las fuentes, los degolladores de los niños; vienen, y con gran pasmo de todos, oponen la omnipotencia de la voluntad á la fuerza de las leyes, al torrente de las costumbres, á los decretos del César... y todo un mundo se desploma, y pasa el dominio de la violencia como pasan las tempestades, y un reinado comienza, más hermoso, el de la verdad y la justicia. Vencidos los unos, vencedores los otros, el espíritu pagano pone al servicio del nuevo sus tesoros: y sus ruinas sirven de cimiento á nuevas fábricas; y las piedras y columnas y el bronce de los templos derribados, sirven ahora de material á tanto monumento levantado al Dios de los cristianos. Y el Panteón de Agripa se torna en Santa María *ad Martyres*, y sobre el templo de una diosa veremos elevarse el de Santa María *sopra Minerva*, y las Termas de Diocleciano, fabricadas por cuarenta mil cristianos condenados á muerte, convertirá Miguel Ángel en convento de San Bruno, y surgirá de allí Santa María de los Ángeles, una de las más bellas iglesias de Roma. Y en el Palatino, sobre los palacios de los Césares y sobre la Casa de Oro, emblema ésta de la soberbia de Nerón porque su magnificencia aventaja á todas las creaciones de la más brillante fantasía; allí en el Palatino se alzan ahora las iglesias de San Francisco y de San Buena-ventura: y sobre las columnas inmortales de Trajano y Marco Aurelio se levantan las estatuas de San Pedro y de San Pablo: y al pie del Vaticano, sobre

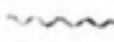
el circo sangriento de Nerón, donde centenares de cristianos vivos sirvieron de antorchas por la noche, se ostenta al presente la Catedral del orbe, que guarda las cenizas de San Pedro: fábrica sublime, supremo esfuerzo del genio, donde la Religión y la Belleza se han juntado, y á la cual como á Jove los dioses del Olimpo, acompañan del Arte las mayores maravillas de todos los tiempos y todos los pueblos de la tierra.



ROMA.

Fecundo es, en verdad, el humano espíritu. Poco importa que el humilde y sencillo Nazareno nada sobre arte nos haya enseñado; que ni sus máximas y ejemplo vayan más allá de lo moral, no importa: el espíritu humano es fecundo, te lo he dicho, el instinto estético es su esencia, todo en el mundo es armonía; y á un nuevo orden de ideas en lo religioso y lo moral, un nuevo orden de ideas corresponde en las regiones del arte. Idos los dioses, ¿murió por dicha la belleza antigua? El paganismo pasó, verdad es, y un arte nuevo ha nacido: con todo, las creaciones del genio no perecen, y el hilo cada vez más creciente del progreso jamás se arrancará. Y en las catacumbas hay eslabones que unen misteriosas cadenas cuyas extremidades se pierden en la noche de lo desconocido. Como el agua de los mares, el fondo del Arte es el mismo al través del tiempo y del espacio: la Belleza, el Sentimiento. Sólo de viso cam-

bia con la marea, con la luz del progreso, con el soplo de los tiempos; de manera que nuevos horizontes, nuevas ondas de resplandor se descubren á medida que avanza el navegante. Ciertamente en estas primeras moradas de los cristianos, más que el arte brilla la fe, más que la belleza el amor: y sin embargo, ¿quién puede negar que en estas tenebrosas regiones principian ya los primeros albores de un nuevo día, cuya suave luz, luz de hermosura, penetrará hasta lo más recóndito del alma? Los templos erigidos á la gloria del Dios de los cristianos, en las catacumbas tienen su comienzo: estos humildes oratorios subterráneos son la simiente de ese árbol maravilloso, que creciendo con los siglos se ha encumbrado á la sublime bóveda del Vaticano, donde sopla el espíritu de Bramante y Miguel Ángel. El genio de la pintura, sobre todo, de aquí se levantó cual águila, y se remontó á Rembrandt y la Transfiguración de Rafael. La misma escultura, con ser la menos favorecida del cristianismo, halló alimento en él, y nuevas fuentes de vida. Aquí en fin resonaron por vez primera los lúgubres cánticos de almas cautivas pero llenas de resignación y de esperanza, cánticos que han de mudarse más tarde en las melodías de Leo, Durante y Pergoleso, tan bellas como tiernas, que cual coro de ángeles que se lamentan recordando la Pasión, resuenan tristemente las noches de penitencia en las bóvedas de la Sixtina.



NÁPOLES.

· Debíamos venir en tren expreso, mas por equivocación habíamos entrado en uno rápido, y todos nuestros planes fracasaron. Ni entrámos á Capua ni á Montecasino subímos. El tren como un torrente pasó al través de las montañas, y ni un momento se detuvo. Yo tenía ansia de ver el monasterio de San Benito, que está sobre las ruinas de un templo de Apolo: estoy sentenciado á no poner allí mis plantas, porque nuestra vuelta, ya lo sé, se hará en el mismo tren rápido en que vinimos. El Montecasino en la Edad Media fué el asilo de la ciencia, y siempre ha sido la morada de la religión, la paz y la poesía. Aunque el viento con fuerza el rostro me soplaba, saqué la cabeza por la ventana del vagón, y á este tiempo vi altas y escarpadas rocas en cuyas faldas blanqueaba una población, y en cuyas cumbres aparecían las almenadas torres y murallas del monasterio. No bien la vi, devoré con el alma esa montaña por donde en tantos siglos tantos poetas habían subido; y cometí la imprudencia de llamar tan solo á Clementina á que se aomara á la ventana, sin pensar en los demás: "El Montecasino!" la había dicho, en tanto que volaba esa montaña en dirección opuesta á la que yo llevaba. Pensé en el Tasso, y sentí hervir en mi cerebro toda la poesía de Dandolo.

Ahora me tienes un tanto corrido por esa mi imprudencia.

Cinco días há que no te escribo: pensé hacerlo desde el Cabo Miseno, pero cuando estuve allí no pensé más que en gozar.

Yo siento que mi alma es una cuerda de esta gran lira, el universo, pulsada por el dedo de Dios. No hay en el mundo instrumento más vibrante, más sonoro, magnífico y delicado como el corazón humano! Bien merecida fama la fama del Cabo Miseno: en vano recorrería la tierra en busca de cielo más hermoso. La naturaleza, la fábula y la historia tanto me cautivaron ayer, que me creí que todos los encantos celestiales habían descendido sobre mí. Hubo un momento allí, mientras los otros acababan de salir del cráter, uno de esos momentos de expansión y de entusiasmo, de que nosotros mismos no sabemos darnos cuenta; en que Clementina y yo, asidos de las manos, volámos á la laguna por ser de los primeros en descubrirla. Oh, Néstor! estos momentos no se describen. Ahora mismo, con estar en lugar inferior al del Miseno, mucho me cuesta escribirte. Por todos los sentidos me penetra poesía hasta el fondo del alma. Lo único que aquí me inquieta es que las horas vuelan. El mismo Julio tiene ráfagas de entusiasmo. ¿Y qué decirte de esas dos almas griegas Matilde y Clementina? Conocí la casa donde nació su madre; está en las faldas del Vesubio: al otro día de llegados toda la tarde revoloteámos en torno de esas ruinas. ¡Nunca la he visto más hermosa á Clementina como aquella tarde que lloraba sentada sobre esas paredes caídas! están las ruinas cubiertas de parras. Las viñas abundan en estas tierras del vino

y el coral. Hicieron bien los griegos, al dejar la bella Grecia, de ~~volver~~ al cielo de Nápoles á plantar aquí sus moradas. Verdadero disgusto tuve ayer mañana de entrar al Museo de Nápoles, á ver primores de arte, es verdad, traídas de las ruinas de Capua, Pozzuoli, Bayas, Cumas; tantos bellos mosaicos y pinturas y bronce más bellos todavía de Herculano y de Pompeya. Empero, las paredes de ese museo me estrechaban el espíritu: en Nápoles, al aire libre, para gozar de todos sus encantos. Quisiera ser ave para volar por este cielo radioso y aletear sobre estas aguas azules y posarme sobre estas islas seductoras; quisiera ser brisa para cernerme por estos huertos y llevar conmigo el aroma de estos naranjos! Cuando pienso que después de tres días nos volvemos... Esta mañana, que estábamos solos, sentados frente á frente, sin hablar palabra ni ella ni yo, contéle cómo había visto una pareja feliz junto á esas paredes caídas del Vesubio, contéle cómo ambos á dos habían fabricado una pequeña morada en la orilla del misterioso Sarno, y que allí vivían... Yo no sé si ella habría reparado en esa casita, pero yo le conté lo que me contaron y lo que vi. Yo no sé lo que pasó por ella: bajó los ojos y uno como sentimiento de rubor advertí en su semblante.

Pero quería hablarte de Nápoles, que acaso más te interesa. Me tienes en la cumbre de un alto monte que en medio de esta ciudad bulliciosa se levanta: por entre un laberinto de pocilgas en que los hombres bullen como hormigas en sus cuevas, subimos á lo alto de esta montaña al grandioso convento de San

Martín que está cerca del castillo de San Telmo, entre cerrados bosques, donde al esplendor del arte acompañan todas las magnificencias de la naturaleza. La más rica imaginación de los poetas no puede igualarse á este fantástico mundo que me rodea. Nápoles, la bella Nápoles, que nace á los pies de esta montaña, se extiende como inmensa constelación por la ribera, hasta confundirse con Herculano y Pompeya y trepar las faldas del humeante Vesubio. El mar es aquí tan azul y más que el cielo mismo, y la voluptuosa curva del golfo es vasta y bella como la concavidad del firmamento: quintas y poblaciones entre verjeles cargados de dorados frutos, blanquean por la playa y las laderas de los lejanos Apeninos que tan ásperamente avanzan hasta Castellamare y Sorrento. Muchas y populosas ciudades, rivales por su hermosura de la antigua Partenope, forman el cortejo de la regia ciudad en toda la extensión de estas cóncavas riberas. Sobre la griega Herculano, que duerme veinte metros bajo la lava del Vesubio, brillan las casas de Pórtici y Resina, no lejos de Pompeya: luego viene Torre del Greco y Torre Anunziata; más allá Castellamare, que entre ásperas florestas, cual blanco mausoleo, guarda el sueño de la triste Stabia. Después de Castellamare se alza un abrupto promontorio, en cuyas quiebras, entre olivares y naranjos, brilla Sorrento, la de clima delicioso, donde nació un grande é infortunado poeta. A esa extremidad del golfo está Caprea, la isla siniestra y maldita, sobre la cual pesa la memoria negra de Tiberio. Del lado acá del golfo, en frente de Caprea, una

vasta y bella isla se levanta con su aire puro y sus aguas termales, y coronada de un rival del Vesubio, el terrible Epomeo. Más acá de Ischia, otra isla se ve, la abrupta Prócida, eslabón suelto de una vasta cadena de volcanes, Prócida, aquella isla hermosa donde Lamartine conoció á la infeliz Graziela aquella noche de la tormenta. A este lado de Prócida, hay un volcán apagado, el Cabo Miseno, en cuyas cumbres la Poesía encarnada en Corina evocó á los acordes de la lira los mil y mil recuerdos de esta feliz comarca. Aquí, junto al mar y frente á la cuna del Tasso, el monte Pausilipo se levanta con sus grutas y su tumba de Virgilio. En esta vasta región de las lagunas y los cráteres, desde Pausilipo al Cabo Miseno, la pagana mitología mundos de poesía ha creado, que cautivan la imaginación del soñador: aquí está Bayas, los campos eliseos de la voluptuosa Roma; aquí Fusaro, el Aqueronte de los campesinos del lugar, junto á la Cueva de Cervero y al triste y negro Tocito que ciñe al Tártaro con sus aguas amargas; aquí está la boca del Orco, por donde Ulises descendió al reino de Plutón y Proserpina; Aquí está la Laguna de Lucrino, por donde Hércules pasó arreando el ganado de Gerión; aquí está Cumas con la horrenda cueva de la Sibila, no lejos de un cráter que resuena como las fraguas de Vulcano; y aquí, junto al Monte Nuevo con su ancha *sumarola*, yace el Lago Averno, triste y profundo, cuyas grutas descienden á la negra Estigia, á esa laguna en la cual se tornó invulnerable Aquiles, el hijo de Tetis y vencedor de Troya.

En este instante brama el Vesubio, el volcán á la vez tan querido y tan temido de los napolitanos. Si le vieras, aparece en la noche inflamado, y el día el humo se levanta como un árbol siniestro de esos profundos antros. Cuando miro al Vesubio pienso en esos días de horror que cual aves nocturnas pasaron aleutando por aquí... Ayer hicimos su ascensión, y mientras mis compañeros se quedaron en la estación del funicular, yo pasé adelante por entre una lluvia de ceniza y piedras calcinadas, y subí hasta donde la guía no quiso acompañarme. Sudaba yo de terror, y subí hasta cerca del cráter, atraído por ese terrible espectáculo del cual quería tomar parte, con el cual quería confundirme. Y cuando puse el pie en suelo falso, y no pude continuar en mi ascensión, de pronto se me erizaron los pelos, y me quedé inmóvil clavados los ojos en el cráter. El humo, blanco unas veces, amarillo otras como el azufre, ó negro como la noche, salía del cráter á borbotones en medio de un ruido como de vasto incendio arreciado por los vientos: y subía el humo y subían las llamas torciéndose en horrendos remolinos, é hiriendo mis oídos sus estallidos. Y cuando sentí el estremecimiento de la tierra, rompí en imaginación el suelo, y vine de improviso como suspendido sobre esos antros de fuego y noche, y sentí la nada de mi ser abrumada ante la grandeza del horror...



GOLFO DE SALERNO.—*Pesto.*

Julio no quiso acompañarme, y he venido aquí solo, de lo que me alegro. ¡Nápoles, Nápoles! ya no te veo, porque las montañas de Sorrento y Campa-nella me lo estorban. Desde Nápoles acá he recorrido algunos lugares. Entré primero en Herculano y visité su anfiteatro; entré después á Pompeya y visité sus templos y teatros: recorrí sus ruinas ... pasé por la casa del noble Glauco, pensé en la bella Ione, en la misteriosa Nidia, en el terrible Arbaces, en la Maga del Vesubio. Aunque toda Pompeya es una sola sepultura, hay una calle con muchas tumbas, la calle del cementerio, y triste complacencia experimenté al andar por esa calle. Vi también pompeyanos en forma de momias, convertidos en ceniza desde hace veinte siglos; los vi en posturas diferentes, tal como los cogió la muerte al correr despavoridos en las tinieblas de tan horrenda noche.

Ahora me tienes en las desiertas playas de Salerno junto á unas ruinas griegas; único vestigio que ha quedado de la que fué egregia ciudad de Neptuno. De estos tres templos que yacen solitarios entre el mar y las montañas, hay uno, el consagrado al dios del mar, que aventaja á los otros por su grandeza y su hermosura, y muy digno por su antigüedad y raza de llamarse hermano gemelo del Partenón. En las horas que estoy aquí solo una como fantasma he visto, que acaba de irse: una campesina harapienta con pañuelo en la cabeza, que

vino á venderme unas monedas muy empolvadas, asegurándome que lo eran de la antigua Pesto, y que ayer no más las había hallado entre las malezas que rodean estas ruinas,

Acabo de leer unos versos de la Odissea, y todo en mi torno me figuro ver poblado de fantásticas ondinas, y toda la poesía del divino ciego la siento dentro de mí. Remóntase mi mente á esos tiempos felices, en que pasó cerca de estas riberas la barca del peregrino amante de Calipso. Veo los manantiales de estas montañas, siento las delicias de estas soledades, y me figuro hallarme junto á la cueva de aquella isla deserta donde habitó la Ninfa. Por qué los dioses me habrán negado el vivir en este suelo en compañía de mi amada? Veo las sirenas, de busto de mármol, de hermosa cabellera, bañarse junto á las rocas; oigo en espíritu el mágico canto de la divina Circe, y siento transportes celestiales en este mar sin límites de amor y poesía. ¡Dulces edades las edades de oro, en que el hombre vivía en el seno de la bella naturaleza en contacto íntimo con ella oyendo sus armonías y sintiendo sus latidos! Habitar una gruta entre parras y olorosos bosques y bullidoras fuentes, y pasar los días y las noches oyendo el revoloteo de las aves en la gruta, y el canto de mi amada, que á la luz del hogar teje la tela... Tiempos felices que nunca volverán, porque la felicidad ha huido para siempre de la tierra y de los hombres.

La dulce tristeza que me causa la ausencia de mi bien, á cuyos brazos puedo tornar dentro de poco; este clima, estas montañas y este ambiente suave que me

envuelve; este cielo que me sirve de techumbre; el mar infinito que se dilata ante mis ojos; esos islotes cantados por Homero, que veo desde aquí vaporosos y lejanos, y de donde cantaron por cautivar á Ulises su mágico canto las sirenas; los recuerdos de una ciudad que fué, ciudad populosa y bella, la "ciudad de las rosas", la ciudad de los jardines y las fuentes, tan querida de los hijos de Grecia, y tan cantada por los poetas de todos tiempos: todo este mundo de recuerdos y poesía me embarga los sentidos y me enajena; y siento en mi interior un algo que me deleita tristemente, un algo misterioso que me hace soñar y me conmueve. En este rato presiento la realización dentro de mí de ese ideal supremo por el cual todos los hombres suspiramos: ideal supremo que si lejano todavía, si tan remoto, con todo, él dormita allá en los más hondos y oscuros senos del corazón.

~~~~~

Mañana tornaremos por última vez por el lado de Pompeya, para regresar á ese prosaico París.

Es de noche, y te escribo al resplandor de la luna desde una cima que da vista á dos profundidades, el cráter del Monte Nuevo y el Lago Averno en cuyas peñas brilla una luz siniestra. La familia está en el hotel. Vinimos á pasar el día por aquí, y mañana nos volvemos á Nápoles en tomando el desayuno. Hoy día vimos cerca de Bayas una campesina moza bailar al són del pandero la tarantela dentro las ruinas

de un templo de Neptuno. Después de lo cual alquilámos un barco y nos embarcámos á Prócida; de donde, de regreso, ellos se vinieron en tren directamente, mientras yo, á pie, di la vuelta por Cumas, porque quería ver la cueva cantada por Virgilio. En Cumas, al lado de la gruta de la Sibila, llena de precipicios, hay un subterráneo, negro como la gruta, que cruza un monte de parte á parte. Ya el sol se había hundido en el ocaso, y la noche comenzaba. "Dos vías hay, me dijeron esas supersticiosas gentes, para ir de Cumas al hotel de Bayas: ó el camino que va costeando la montaña, ó este subterráneo obscuro. Por el subterráneo, añadiéron, sólo con guía se puede andar y una cruz en la mano; siendo como lo es, fácil dar con la Hechicera del Averno, ó en el laberinto de la Sibila de donde es imposible salir". Yo preferí el subterráneo: di al guía unas monedas, rogándole me dejase solo, y con un hacha en la mano emprendí mi camino. Tres veces retrocedí espantado al ruido de mis propios pasos que tan lúgubrementemente resonaban en la negra bóveda. La luz que traía, más que aclarar el camino lo sembró de fantasmas: qué largo fué el camino! Cuando llegué á esas bocas que se comunican con el antro infernal, se me aflojaron las rodillas, y me sudó la frente: no me atreví á mirarlas sino al soslayo. Hubiera querido correr de huida, pero imposible: todo el horror de esas cavernas se apoderó de mí cual monstruo de cien brazas. Así anduve largo trecho, cuando vi al fondo, lejos todavía, algo que me consoló: uno como disco de plata, ancho como la mano:

era la luz lunar que penetraba por la ancha salida del subterráneo. ¡ Figúrate, Néstor, la gran sorpresa que recibiría yo al ver que en vez de salir á Bayas como esperaba, salí á las peñas del Lago Averno! Esas gentes de Cumas, yo no sé si de propósito ó por inadvertencia, no me dijeron toda la verdad. Pasmado, eché una mirada investigadora á todas partes de esa vasta y profunda cuenca. Y mi asombro subió de punto, y retrocedí espantado cuando vi entre las rocas la esbelta figura de una mujer que hacia mí se encaminaba. Clementina! exclamé al conocerla, haciéndome hacia atrás y tendiéndole los brazos, dudando todavía que fuera ella.—Háble quedo, ¿de dónde por aquí? me preguntó al tiempo que me cogía la mano y miraba maravillada al subterráneo. Contéle en breves rasgos la historia, y ella á su vez me contó cómo por una senda abierta en el despeñadero, había bajado hasta donde era accesible; que Julio y Matilde se habían adelantado algún tanto de regreso, habiéndose ella atrasado de propósito por gozar á sus solas de tan tétrico espectáculo. Esto decía al tiempo que miraba á lo profundo, donde el brillo siniestro de las aguas de en medio aumentaba la oscuridad de esos contornos líquidos asombrados por las salientes peñas. Díjome que me había impedido hablar alto porque allí tras una peña estaba la choza de la Hechicera, la que tanto horror le infundía. Acercámonos en silencio á la choza, y por una rendija abierta en la paja, mirámos á la bruja. Llevaba zuecos y medias coloradas, y un pañuelo grande en la cabeza á modo de turbante: el vestido

sucio que traía, tenía mil remiendos, y por entre la camisa rota pendía uno de los senos, seco y prieto á causa de la vejez. En ese suelo húmedo no había más que un catre miserable por todo mueble. De bajo de una como almohada sacó la vieja unos trapos anudados y unas yerbas, y dirigióse á un hogar, del cual sólo se veía el reflejo que aclaraba siniestramente el sombrío rostro de la bruja. Entretanto, Clementina en secreto me contaba cómo las campesinas de Bayas le habían dicho que sólo hasta cierta hora de la noche pasaba la vieja en su choza, que más tarde bajaba más adentro á dormir en una cueva guardando la boca infernal. “Vámonos de aquí”, dijo, más medrosa que risueña, y haciéndome de la mano, nos retirámos de tan helado paraje. Qué soledad de aquesta noche! ... La luna estaba hermosa. Como nunca latieron ese momento acordes nuestros corazones: yo la sentí palpitante. Ni ella ni yo pudimos seguir hablando á causa de la fuerte agitación de nuestros pechos. No hay estimulante para el amor como la soledad. Yo estaba fuera de mí ese momento: todo yo temblaba, Bien pronto ella entró en temor de los que iban adelante, que aunque debían de estar lejos, ella se figuraba verlos.—Retírate! me dijo tuteándome por la primera vez, amedrentada de verme así, y mirando con ojos investigadores por todas partes, al tiempo que trataba de desasir su mano de la mía. Yo entendí su pensamiento, y quise obedecerla. Como arrastrado, empero, me dejé ir á mi pesar pasos más hacia adelante, hasta que llegámos casualmente á una garganta estrecha que remata en

bóveda á causa de las peñas que por todos lados allí se han amontonado.— Ya te obedezco, ya me voy, le dije, todo yo tembloroso, al tiempo que con apasionados y suplicantes ojos la miraba... hasta que me atreví á ella en un momento de arrebató. Pero llevó la cabeza tan de pronto para atrás, que mis labios apenas alcanzaron á hundirse en su blanca y delicada garganta.

Aquella noche, en escribiéndote esa carta me recogí al hotel, y encontré en cama á Clementina, y á todos alarmados de la especie de fiebre que la había acometido. ¡Nunca mi pecho había padecido mayor tormento que aquella noche! cuánto hubiera dado por borrar esa tan negra acción que cometí, abusando villanamente de la inclinación que ella me había mostrado. Cuatro días son corridos de entonces acá, y Julio está impaciente de haber tenido que retardar su vuelta. Pero ya ella está bien, á Dios gracias. Desde esa noche no ha vuelto ella á hablar conmigo sino esta mañana, y con razón: ¡me duele haberle amargado su existencia de tan brutal manera! Esta mañana, aprovechando de un momento oportuno, acerquéme á ella, y con vehemencia, y apretándome las manos y casi de rodillas: "Perdóneme, Clementina, perdóneme" le dije. Y aunque ella sin escucharme iba á volverme las espaldas, pero tal fué mi rendimiento y el pesar que revelaba en mi semblante, que me quedó mirando con ojos que bien decían que me amaba.

—Me ha hecho usted padecer tanto! exclamó entre sonrojada y tierna. A estas palabras suyas que así me hirieron, yo le juré mil veces nunca jamás profanarla ni con el pensamiento. Y cumpliré, Néstor, y cumpliré. Yo no he nacido para ella, bien lo veo.

Adiós.

En el camino de Castellamare á Sorrento, y con la vista al mar, hay una quinta sobre unas rocas abruptas. En esa solitaria quinta mora una mujer, bella como un ángel, y tan desgraciada como bella. Ningún viajero la conoce. Contáronme su historia los habitantes de Castellamare, sabiendo que me encaminaba á Sorrento. Llámase Ofelia esta mujer; pero nadie la conoce por este nombre sino por el de La Cautiva. Aunque es cautiva voluntaria, hay en el fondo una gran verdad en esta denominación. Nacida en Sicilia de padres ricos y principales de Palermo, quedóse huérfana de padre desde muy niña. Vivía en la vecindad un joven, rico asimismo y de claro linaje. Siguiendo el ejemplo de sus familias, que como buenos vecinos tan bien se llevaban y tanto se querían, los dos jóvenes crecieron juntos en la más íntima unión como dos hermanos. Bien pronto la amistad se tornó en amor, amor profundo que les quitaba el sueño, y ya no pensaron sino en casarse. Por parte de la madre de Ofelia no había inconveniente; la del joven Eduardo, que así era su nombre, tampoco se oponía, mas como se hallaba su

esposo ausente, no podía dar á su hijo su consentimiento, y así se limitó á escribir á su marido dándole cuenta de lo adelantados que los dos jóvenes estaban en sus amores, y opinando que no le parecía mal que se casasen. El silencio de su esposo fué toda la respuesta que obtuvo la señora, y sólo al cabo de seis meses recibió una carta en que llamaba á su hijo Eduardo á las Antillas, donde al presente se encontraba, con el objeto, le dice, de regresar juntos á Palermo. Grande fué el golpe que con la carta recibió el joven, dado que con su lectura no alcanzó á descubrir el pensamiento de su padre acerca de lo que más le interesaba. Resolvióse, con todo, á obedecerle, y partió, con ánimo secreto, eso sí, según le dijo á Ofelia, de volverse de fuga, robarla y casarse lejos de Palermo, si su padre se oponía á la realización de sus deseos. Esto no obstante, triste fué su despedida la mañana que partió: Ofelia no se apartó de la ribera en todo el día, ni se cansó de mirar hacia una boya lejana por donde el buque había desaparecido. Tal vez la infeliz joven tuvo presentimientos amargos en el fondo de su pecho, que desde entonces no hubo día que no se la viera en la playa, los ojos puestos en la boya, llorando la ausencia de su Eduardo. Mas sucedió que cuando esperaba con ansia la vuelta de su bien, recibió la fatal nueva de que al mes de llegado á las Antillas, una fiebre maligna había acabado con su existencia. ¡Pobre Ofelia! Encerróse á llorarle día y noche sin consuelo, vistióse de luto, y meses enteros no salió á la calle. Todos en la ciudad la compadecían, y todas, y lloraban con

ella, porque era muy querida. ¿Quién al ver tal padecer podrá pensar qué triste fin la pasión de Ofelia tuvo? ¡Insondables arcanos los arcanos del corazón!

Vivía en su casa de ella de jardinero, desde hacía diez años, un campesino de Sorrento. Hombre de triste figura, pero que tenía la buena prenda de ser fiel en extremo al par que humilde con sus amos: llamábase Pedro el Campesino el jardinero. Una tarde, años atrás, cuando la inocente Ofelia comenzó á sentir en su pecho los primeros agujones del amor; cuando la imagen de Eduardo comenzó á brillar como un astro naciente en un cielo de esperanzas é ilusiones forjado por su imaginación ardiente; una tarde se arrimó ella al antepecho de una ventana que daba vista al jardín. Tan embebecida estaba en sus confusos pensamientos amorosos, que ni reparó en Pedro el Campesino, que rastro en mano se ocupaba á la sazón en peinar un césped; y sólo en el momento de cerrar la ventana, reparó al través del vidrio en la manera cómo el jardinero la miraba. Vueltas las espaldas, sonrióse, y no volvió á pensar más en ello. Ésta era la primera vez que lo notó, mas no la primera que él la hubiese mirado de tan atrevida manera. Ofelia, aunque tan poca importancia dió á lo visto en el jardín, no pudo prescindir de continuar observando en lo adelante lo que antes no había observado; y bien pronto llegó á convencerse de esa pasión muda y tímida en que el campesino se abrasaba: quien sin embargo no se atrevía á mirarla sino cuando no era visto por ella. La orgullosa

Ofelia, en comprendiéndolo, lastimóse de él, porque le quería, y porque veía que jamás sería el infeliz correspondido. Pero sí se aprovechó de esta coyuntura la joven, para hacer de él su paje confidente en sus amores con Eduardo. Muerto Eduardo en las Antillas, de nadie quiso ser servida sino de Pedro, ni á nadie sino era á Pedro sola comunicar sus cuitas. Los otros domésticos de la casa parecían no existir para ella. Todos allí comenzaron á notar tan marcadas distinciones, cosa de venir el campesino á ser el blanco del odio y las murmuraciones de toda la servidumbre. Un hombre burdo, que en su vida había manejado cosa mejor que la azada, se convirtió al presente en cajero de la casa, y traía buen calzado y vestidos tan decentes y más que los otros criados. Y más aborrecido aún llegó á ser de los demás sirvientes el campesino, cuando, prevalido de las distinciones de que gozaba de parte de su señora, comenzó á portarse con sus camaradas con tanta mayor crudeza, cuanto que era profundo su sometimiento á sus señores.

Así corrían los meses.

Un día, el mismo en que se cumplieron cuatro años justos de aquel en que partió Eduardo á las Antillas; salió á la playa Ofelia acompañada de Adriana, íntima amiga suya, que lo había sido desde la infancia. Triste amaneció aquella mañana Ofelia, cuyo pensamiento en Eduardo nunca se había empapado tanto como en esa fecha memorable. En tanto que las dos, enlazados los brazos, andaban muy despacio por la desierta playa, viendo el suelo y en ademán de es-

cucharse mutuamente; Ofelia, con aparente calma, que engañó á su confidenta, le iba contando una por una todas las virtudes con que el cielo había adornado á ese Eduardo que ya no existía. Su amiga recibió con cierta indiferencia estas reminiscencias lejanas, que le parecieron cenizas frías de un fuego apagado largo tiempo, aventadas por el viento del olvido. A un rato de guardar silencio las dos, llegaron á una roca, y se sentaron en esa roca. La mar estaba tranquila, y sólo las aves que aleteaban en torno de la lejana boya, parecían ser los únicos agentes de vida que guardaban el sueño universal de la naturaleza inmóvil: los millares de guijarros, las rocas, la arena, todo vibraba á los rayos del sol abrasador, y un tibio céfiro les llegaba á las mejillas. El silencio de las dos continuaba, como si estuvieran cada cual entregada á sus propios pensamientos en esa hora solemne. De pronto cogió Ofelia la mano de su amiga, y descansándolas sobre las faldas de la misma: — ¿Recuerdas, Adriana, de nuestra infancia? le dijo: ¡qué feliz era yo entonces, porque la inocencia me arrullaba, y la vergüenza no había caído todavía sobre mí... ” Dijo esto, y de improviso toda ella temblorosa y tratando en vano de ahogar los sollozos salidos de lo más hondo del alma, ocultó su frente en el pecho de su amiga. Adriana, sorprendida de tan inesperado caso, revolvía en vano mil ideas en su mente por ver de dar sentido á tan extrañas palabras. No obstante la estrecha amistad que siempre las había ligado hasta el punto de no haber secreto entre las dos; nada le había contado Ofe-

lia, nada por donde pudiera darse cuenta de lo que de oír acababa. Y tanto y tanto conmovió á su amiga el triste llorar de Ofelia, que lloró ella también sin saber por qué lloraba. No era para menos eso de ver á Ofelia, á cada sollozo, ocultar más y más su frente, como anonadada de dolor y de vergüenza, deseando que la tierra la tragara. Cuando Adriana pudo hablar. — ¿Qué tienes, Ofelia, qué tienes, no soy tu amiga? ” le dijo con vehemencia y con ternura. — Si te contara, no serías más mi amiga ”, le respondió amargamente, y después de un rato, añadió: ¡me despreciaras! — Ofelia, Ofelia! mi cariño para contigo es grande, no tiene límites, y sea cual fuere la desgracia que pesa sobre tí, pesará al mismo tiempo sobre mí. ¡uéntame, Ofelia. Días más tarde le contó la verdad de lo ocurrido.

Ofelia estaba en cinta de Pedro el Campesino,

Adriana que tan en mucho tenía el buen nombre de su amiga, tembló ante la consideración de que la alta sociedad la abrumaría de oprobio al punto en que llegara á sus oídos tan vergonzoso crimen; y así se apresuró á ofrecerle un abortivo. — En esta medicina bebes tu honra ”, le dijo, presentándole la copa. — Adriana! Adriana! respondióle horrorizada Ofelia, rechazando con ambas manos el fatal veneno. “ Dios mío! — prosiguió, clamando al cielo—antes mala mujer, que mala madre! ”. Y corrióse á un rincón huyendo, cubierta el rostro con las manos, toda ella horrorizada, porque se figuraba que la perseguían asesinos para obligarla á devorar el veneno por la fuerza.

Nadie en Palermo supo, ni su misma amiga, el día en que Ofelia, convaleciendo de una fiebre, abandonó su patria para siempre; nadie supo, porque, después de noches de insomnio y de tanto llorar, después que hubo causado su crimen la muerte de su madre en quien idolatraba, se vino á estas montañas de Nápoles, donde yace como enterrada en vida entre estas rocas solitarias.



Tú eres como yo: ¡lo bello ante todo! exclamas: lo bello en la naturaleza, lo bello en el arte. Por eso, porque te conozco tanto, te envío por este correo algunas copias de obras maestras, como verás por la lista que con otros documentos te adjunto á la presente carta:

Dos tanagras, la Ariadna y el Laocoonte del Vaticano, ambos en bronce. Parando la consideración en estos dos mármoles, dime, ¿fué Virgilio quien se inspiró en este Laocoonte? ó por el contrario, fueron los creadores de esta obra maravillosa, Agesandro, Polidoro y Atenodoro quienes se inspiraron en Virgilio? ó sucedió acaso que el uno y los otros tomaron por modelo alguna fuente común? ¿Existió primero la Eneida? existió primero la estatua? Quién imitó á quién? Es curioso ver planteado pero no bien resuelto este problema por algunos críticos, sobretudo por Léssing en su inmortal "Laocoonte".

Te envío también la Juno y el Júpiter del propio Vaticano. Cuando con-

temples aquel semblante y aquella crespa melena del Júpiter olímpico, te has de acordar de esas palabras vibrantes de la Ilíada que inspiraron á Fidiás.

Un día que salí fuera de Roma después de haber visto en las Cámaras de Rafael la Batalla de Constantino; tomé la Via Flaminia y llegué al Puente Molle. Allí me detuve largo tiempo arriado al puente, pensando en uno de los más grandes días de la Historia, y mirando al sitio áquél donde Majencio se arrojó al Tíber, y con Majencio el Paganismo. Después, seguí mi camino, y al cabo de mucho andar llegué á otro paraje, que como el Puente Molle tanto me había atraído: es un lugar bañado por dos arroyos que allí se unen, el *Fosso dell' Isola* y el *Fosso di Formella*. Ese campo angular que forman los dos arroyos, fué en otros tiempos la famosa Veies, la ciudad reina de la Confederación etrusca, esa ciudad fuerte que tanto dió en qué merecer á los Romanos, inclusive Camilo su vencedor. Lo que antes era Veies, está al presente más desierto que Itálica, puesto que ni las ruinas han quedado: todo allí es zanjas y matorrales, todo silencio y soledad: una que otra oveja anda royendo á duras penas las pocas yerbas de aquel suelo estéril. De cuándo en cuándo vienen los curiosos, hacen excavaciones, y descubren preciosos objetos de oro de los etruscos y algunas *terracotas*. De estas terracotas traje una hermosa cabeza femenina, de tamaño natural, que te envío.

Ya para venirnos de Roma, me fuí por tercera vez, ahora solo, á las catacumbas de San Calixto. Entré con

otros extranjeros, que nunca faltan, guiado por un religioso que con antorcha en mano se puso á la cabeza de nosotros. Recorriendo estábamos esa especie de dédalo, cuando, en uno como nicho abierto en una pared, reparé un depósito de lamparitas de barro, de esas que usaron los primeros cristianos. Yo, al ver esto, me atrasé de mis compañeros con dañado fin. Aunque estaba el depósito resguardado con una red de alambre, pero estaban flojas las mallas en una esquina, y aun rotas algunas. Me atrasé pues disimuladamente, y cuando todos se alejaron y voltearon una esquina y vi que sólo tinieblas me rodeaban, alargué la mano, todo yo tembloroso, me robé una lámpara y me la metí en el bolsillo. Hecho lo cual, no sólo corrí sino que volé á juntarme á los demás; porque al tiempo que pensaba en el robar, pensaba también en la suerte de aquel joven pintor Hubert Robert, de quien hay uno ó más cuadros en el Louvre, joven desdichado, que murió de hambre perdido en este laberinto de las catacumbas de Roma; razón por la que ya nadie puede entrar en ellas sino con gusa. También te mando esta lamparita, que es tanto más preciosa cuanto que es original y es imposible conseguir originales, que solo copias encuentras en los establecimientos que se ocupan en grande en este género de comercio.

Te acompaño á esta carta unas flores silvestres y una hoja de laurel tomadas del Monte Sacro. Están bien disecadas. Guárdalas como el mejor tesoro, como yo guardo otras de la misma colina, porque yo veo en esta hoja uno como símbolo de la redención americana.

De aquí de Nápoles te mando, asimismo de bronce como el original, el Mercurio que se encontró en Herculano. Te mando una vista de la Casa de los Vetties en Pompeya, que es de todas las casas la que tal vez mejor se ha conservado, á juzgar por el conjunto del edificio, por los hermosos frescos que se admiran en las paredes y por los bellísimos surtidores de mármol y otros objetos de lo mismo en el patio. Te van también una romana, una balanza, una plomada, una escuadra, un compás, un tamiz, de bronce unos, de cobre otros; una figurita de plata, una de marfil, dos de barro, y una urna cineraria de vidrio: todo esto te mando para que admires la cultura artística adonde llegaron los pompeyanos, esos semigriegos, que hasta en los objetos usuales de todo género, hasta en los utensilios de cocina revelan el más refinado buen gusto.

Del museo de Nápoles te envío en mármol de Carrara una Psiquis, de virginal inocencia, la más divinamente delicada de cuantas estatuas he conocido. A su vista me vuelvo más sensible, y un sentimiento de ternura siento surgir en mi pecho. Está mutilada en la cabeza y en el cuerpo, ni tiene brazos; no importa, antes al contrario, parece que esa misma mutilación le comunicara cierto aire de tristeza y meditación, que aumenta esa como atmósfera misteriosa que la envuelve.

MILÁN.

Me tienes en Milán: parámos dos días en Roma, uno en Tívoli, tres en Florencia, y ahora estoy aquí... aguardando se ejecute la fatal sentencia que sobre mí ha recaído. Estoy solo, y aturdido, sin poder todavía darme cuenta de lo que me ha pasado. Antenoche recibió Julio esa carta fatídica de Lima, y ayer por la mañana se volvieron á Florencia. Huyendo de la ciudad me he venido al campo: esto es desierto. La soledad es hermosa, es imponente: un velo de tristeza lo cubre todo. ¡Qué funesto!... A veces me quedo quieto, y oigo dentro de mí, en mi cabeza ruidos extraños, como de cataratas que se desploman por subterráneos desconocidos. Pero no creas, Néstor, que yo me abata: mi voluntad es de acero. Mucha fatiga tengo, y aturdimiento á la cabeza. Esta neurastenia... que no parece sino que va tomando día á día mayores proporciones: hace dos horas que me hice ver de un médico, quien me dijo empezara mi curación por llevar vida tranquila, evitando las emociones fuertes. Yo me ref: paguéle su honorario, y en saliendo á la calle hice pedazos la tal receta. Los médicos no saben lo que dicen: tienen el alma tan bronca y dura que no comprenden nada. ¡Aciagos días los que están corriendo! llóra, Néstor, á tu pobre amigo! Tan rudo es el golpe, que difícilmente resistiré más tiempo. Mi voluntad es fuerte, pero mi cuerpo temo que sucumba. Yo no me conformo con la muerte. ¡Quisiera verla muerta á Clementina, para morir contento yo!

Pero dejarla en ajenos brazo . . . Néstor, qué cruel es el destino. Miro á mi porvenir y es negro y funesto, y mis pensamientos, más negros todavía. Hoy recibí de Julio una carta en que me invita á pasar dos días más con ellos en Florencia, á fin, dice, de tomar allí juntos el tren hasta París, y de París seguir ellos su marcha . . .

Aunque el tren estaba listo á la hora que recibí la carta, yo no me quise ir; me iré mañana. Horror tengo á Florencia, á Julio, á todos . . . horror les tengo.

Antenoche estábamos muy tranquilos. ¿Quién lo hubiera dicho! Ella, sintiéndose algo indispuesta se había recostado en su cama desde muy temprano, y yo pasé á su dormitorio á conversar con ellos. A poco, llamaron á Julio al teléfono los agentes de una fábrica de seda. Yo estuve en una silla en ese rato, al pie de Clementina, jugando con Carlos, de quien componía yo un juguetito que se le había dañado; cuando en eso entró Julio con una carta en la mano, que acababa de entregarle el portero. "Carta de Lima", dijo á Clementina, la cual carta, de su padre, decía entre otras cosas lo siguiente: "He comprado una casa nueva y grande á fin de pasarlo juntos tu familia y la mía estos pocos días que de vida me restan. Está mi salud muy quebrantada, y avanza la vejez á paso acelerado. Mis almacenes los he vendido, y todo negocio lo he dejado. En esto pensaba ya cuando te dije que cortarás en Europa todo negocio, menos el de ciertas mercaderías como sedas y casimires, cuya venta podrán hacerlo por mayor tú y Roberto. En-

víote este cheque para el viaje, que debe ser presto, porque quiero que pasen el Atlántico antes que venga el invierno. Tu madre no ve la hora de abrazarlos, y llora de contento". — Y tú, qué dices? le preguntó Clementina. — Digo que debemos irnos, y en este mismo mes, le respondió, que á lo que veo, está el invierno adelantándose mucho.

Y todo esto lo dijo él con la mayor calma, como un viajero que ha pisado una hormiga sin saberlo, y sigue indiferente su camino. La felicidad es una ilusión, Néstor, y esa ilusión pasa como una sombra, y más presto se desvanece que el humo de un cigarro. En ese instante entró para mí el sol de mi ventura, y todo lo vi negro y todo desierto.

Clementina, como te he dicho, adora en Matilde, y teme llegue el día de volver al Perú, sabiendo como sabe, que una vez ida, no volverá á ver más á su hermana. Esa noche, al ver la resolución de Julio, una mirada me dirigió, de que jamás me olvidaré. Como la sangre le subió á la cara, hizo poner una pantalla pretextando que la luz demasiado viva le hería los ojos, y se los cubrió con el brazo.

Al otro día se fueron á Florencia.

## FLORENCIA.

Más de veinte días han corrido desde que en esta ciudad estamos; y en este tiempo no he tenido ánimo ni de escribirte. Todos los males de la tierra cayeron sobre mí como una lluvia, y aunque,

siquiera en parte, pasaron ya, aun no acabo de reponerme, y en este rato tiemblo. Te digo que sólo en parte pasaron mis congojas, porque en esa carta que acaba de escribir Julio á su padre, hay un *más tarde*, que hace que el tiempo no sólo corra sino que vuela para mí, y veo que las horas no se suceden sino que se atropellan. Nunca me figuré que tan unida estuviese mi existencia á la de Clementina. Pues al ver que se me iba de las manos y para siempre, todas mis ilusiones se acabaron: los celestes goces que yo experimentaba en la contemplación de lo bello, esa sed de saber, y ese empeño en refinar mis costumbres, en mejorar mi persona, se acabaron. Ida ella, ninguna aspiración en la vida, ningún estímulo, y el abandono de mi persona llegó á su colmo. Así he pasado cerca de un mes desde esa noche de que no quiero acordarme; olvidado del mundo y de mí mismo. Cuando no podía evitar el trato de las gentes, como un jabalí acosado por perros me enfurecía con cuantos me rodeaban. No podía llorar, las fuentes de mi pecho se habían secado: tenía cólera de todo, y ganas de huír á donde nadie me viese. Una tarde, enhoramala me preguntaron que por qué no comía: no sé cómo me contuve; ímpetus me vinieron de estallar de una vez. Qué gana de que nadie se preocupe de mi persona, y me dejen hacer lo que yo quiero. Ay!, Néstor, por muchos años de ventura que la suerte me deparase en lo adelante, jamás podrían hacerme olvidar tantos ayes y congojas. Pasaron esos días, pero aun me tienes aturdido, como un náufrago á quien acaban de salvar la vida.

Llegado que hube aquí, llamado por ellos, me dijeron que á cabo de diez días nos partíamos. Pasaron los diez días, y no partimos. Que "nos vamos la semana entrante". Llegó al fin el día. Debíamos tomar el tren de las once. Llegada la hora de la partida, cuando resonó el coche que venía á llevarnos á la estación, Clementina y Matilde se vieron las caras. Comprendí el horror que tenían. Andaban por ahí en los preparativos del viaje como distraídas, temiendo el acercarse la una á la otra.—Escríbeme de París, le dijo al fin Matilde, al tiempo que se secaba los ojos con el pañuelo, escríbeme del Hâvre, de Nueva York, escríbeme de donde puedas. Éste es el único consuelo que me queda!" exclamó sentándose de golpe sobre un sofá como una despechada, y lanzando gemidos lastimeros. Clementina, que entre tanto se dejó estar ahí inmóvil, buscó arrimo, porque las rodillas le flaquearon. En esto se oyó la voz del cochero, que desde el pescante nos incitaba á darnos prisa, porque ya la locomotora había dado la primera señal con agudo silbo. En ese instante salí fuera, por no presenciar ese triste despedirse de las dos, porque esta despedida era para mí el presagio de ese día fatal que en París me aguardaba. Me paré delante del pino que tiene la edad de Clementina, cuando en eso vino á herir mis oídos el rumor de muchas voces salidas de la casa; en seguida de lo cual salió corriendo una criada. "Voy tras un médico!" dijo temblorosa, y sin darme más respuesta á mi pregunta, voló para la ciudad. Entré precipitadamente, y vi un grupo que con semblantes asustados rodeaban el

lecho de Clementina. Enajenado abríme paso, empujándole al mismo Julio, y la vi... estaba sin sentido, pálido el rostro! A poco, los ojos siempre cerrados, lanzó desgarradores gemidos que conmovieron á todos hondamente: todos lloraban. Una de las asistentes dijo era mejor que llorase, porque así daba salida á su dolor comprimido. Cuando el médico vino, ya la enferma había vuelto á la razón; pero en examinándola, dijo que la excitación nerviosa era tal, que sólo podía curarse merced á muchos cuidados.

Viendo esto Julio, entendiendo que una separación repentina de Matilde podría causar grave daño á su esposa, y aún poner en peligro su existencia; resolvió desistir del viaje, y apresuróse á escribir á Lima en este sentido, exponiendo á sus padres las razones que para ello tenía; asegurándoles, eso sí, que de todas maneras se irían pero más tarde. "A mi hermana le debo este milagro, me dice Clementina. Yo no sé por qué se me vino al pensamiento que ésta era la última vez que la veía, y cuando llegó el momento de despedirme... ay! Abelardo, se me desgarraba el corazón! La abracé... y no recuerdo más; que sólo recuerdo que lloraba yo durante el accidente. Cuando abrí los ojos me encontré en la cama, donde todos me atendían, y allí vi á mi hermana que lloraba á mis pies".

---

### BASILEA.

Llegámos con felicidad aquí, al Hotel de San Gotardo, donde aguardámos el

tren expreso para seguir á París. El majestuoso Rin cruza la ciudad de Basilea que sobre collados se alza gallardamente. Acabamos de entrar de vuelta del Museo Histórico, donde fuimos á ver la danza Macabra, atribuída al bávaro Holbein durante largos siglos: corona arrebatada de su cabeza por los modernos.

Antier, todo el día lo pasámos en Milán, de la cual vimos bien poca cosa; que la ciudad es grande, y el tiempo nos vino estrecho. Pero gran satisfacción tengo de haber admirado en ella sus dos monumentos capitales: la Catedral y la Cena de Vinci. En el Louvre había yo visto una copia de la Cena, "excelente copia", como dicen los inteligentes. Ahora empero he llegado á comprender cuán difícil cosa es copiar obras maestras. Cuando dice Jesús á sus discípulos: "Uno de vosotros va á traicionarme"; asombro, indignación, candor, dolor, ternura, todas las emociones que esta palabra despertó en sus fieles discípulos, se pintan en sus semblantes con tal verdad é idealismo que pasma. Y con todo, nada es aquello si se compara con esa amargura profunda del Maestro, divinamente combinada con esa dulzura propia de la suma bondad, y esa resignación celeste. He visto la Joconda en el Louvre, he visto la Cena en Milán, y ninguno de los otros pintores, por grandes que ellos sean, han sabido despertar en mi ánimo este encanto indefinible que siento en presencia de las obras de Leonardo. Solo este excelso florentín ha recibido del cielo este dón divino de cubrirlo todo de un ambiente poético, que es como el velo del misterio, como la entrada mágica de lo insondable. En los cuadros de

Leonardo, no es posible distinguir dónde acaba la visión corpórea del espectador y dónde principia la visión del espíritu que, en su arrobamiento celestial, se deja ir á lo más hondo é impenetrable del arcano.

Para darte una idea aunque incompleta de la Catedral, lo mejor que puedo hacer es copiarte, ó mejor, traducirte en esta carta lo que está escrito en una cartera que un malhadado viajero, que debe de ser francés, se olvidó en un vagón y que por casualidad llegué á encontrarla. Cierto que este viajero más se preocupa de hacer la crítica de los monumentos que visita que de gozar de sus bellezas. Es más bien un anatómico que descompone un cadáver, que no un artista que crea fecundada su fantasía á la contemplación de los dechados del arte.

Dice el viajero lo siguiente :

“He visitado la Catedral de Como, y por segunda vez la de Milán: ambas son de mármol, ambas son hermosas. En la una se ha condensado el espíritu de la Edad Media; en la otra, el del Renacimiento. Ambas son una manifestación del genio: pero la una lo es del Norte, la otra del Sur de Europa. El templo gótico es el soplo del espíritu cristiano; el templo italiano es como la prolongación del paganismo, desfigurado por los siglos. En el templo gótico hay una idea nueva, que ha tomado forma, y es la expresión de una civilización asimismo nueva, el Cristianismo; el genio italiano poco nuevo ha creado: en cambio lleva ventaja al gótico en lo proporcionado de las partes, en lo armonioso del conjunto. Quién lo creyera! cómo refinan el gusto las comparaciones!

Cuando por vez primera entré á Milán, sobrecogíme de asombro al ver su catedral, que llena el mundo con su fama: he vuelto de Colonia, y ha disminuído mi asombro. ¡ La Catedral de Colonia! Ahora, la nave principal de la de aquí me ha parecido demasiado ancha, demasiado baja, y sin ese no sé qué aéreo, profundo, misterioso del fondo. Ya no es tan sublime para mí como lo fue de primero: esto le falta, esto está demás; digo para mí involuntariamente. Se engañaría eso sí, y mucho, el que pensara que yo no admiro esta grandiosa fábrica: tanto la admiro que he vuelto á entrar en ella por segunda vez y por tercera, y siempre experimento un algo inexplicable y santo al recorrer lentamente como he recorrido su vasta magnificencia. En las ventanas del ábside, esos vidrios de colores, los más grandes del mundo, encierran cuadros á cuya vista uno bendice la santa unión de dos espíritus al parecer tan opuestos, el cristianismo y el paganismo, que tan de concierto tan hermosas obras produjeron: ese Abraham no es otro que el Hércules de los griegos, á juzgar por la cabeza pequeña, el cuello robusto y las enormes masas de carne en las piernas, en los brazos, en el pecho. Ese Ángel de la Anunciación, diríase la Victoria de Samotracia, bien por las alas, bien por el continente; no menos que por esa elegancia del ropaje que se infla hacia atrás con el vuelo, dejando ver el desnudo de la pierna. Hay escenas épicas de una ejecución admirable. ¿Y qué tiene ese hombre desnudo, que con la mano en la frente y el codo en la rodilla se deja estar ahí en actitud tan triste?

A pesar de lo dicho, lo que esta vez

más me ha chocado, sin duda porque con mejores ojos veo, es que este edificio no es de un gótico puro, mas antes una mezcla extraña de estilos diferentes. La fachada, más tiene del Renacimiento que del gótico, lo mismo que las capillas de las naves laterales y la cripta, que guarda los restos de Borromeo. Las cinco puertas de la fachada que corresponden á las cinco naves de lo interior, están bajo frontones y son oblongas; las cinco ventanas superpuestas son en forma de cimbra, siendo góticas solamente las tres que están encima de éstas. Adornan asimismo la fachada cariátides machos y hembras, escenas del paganismo y de la Biblia, tratadas estas últimas á la manera clásica.

Volviendo á la comparación de la catedral de Milán con la de Colonia, digo que la germana sobrepuja con mucho á la italiana: sus tres naves y el ábside forman un conjunto verdaderamente sublime, que asombra como cuando se contempla el firmamento. Uno de los caracteres del gótico puro es las torres sobre la fachada; y la de Milán carece de ellas. A Nuestra Señora de París no se la puede tachar de este defecto; y con todo, aparte de lo escultural, su fachada es inferior á la de Colonia. Entre las grandes cosas y los grandes hombres, unos hay que se imponen más que otros á nuestra imaginación, y con poder sobrehumano la dominan. Así es Miguel Ángel, así es la Catedral de Colonia. Allí se ve cuán vastos son los dominios del arte, cuán infinitos sus recursos; pues parece que hasta en lo material trata el hombre de aventajar á la naturaleza con sus obras, á esa naturaleza

engendradora de objetos grandes y sublimes como el mar y las montañas”.

Esto dice el viajero :

Y tú te quedarás frío, admirando la Catedral de Colonia solamente, y dejando á la sombra la de Milán. Cuán engañado andarías, Néstor, si así pensaras! La Catedral de Milán es un prodigio; su conjunto deslumbra: tienen razón los milaneses de decir de ella como dicen que es la octava maravilla del mundo. Esa masa enorme se impone á tu imaginación cual montañas de cien picachos, como el Altar de nuestros Andes ecuatoriales. Uno se complace en contemplar la fábrica de lejos, de abarcar de una ojeada esa alta cúpula, esa vasta población de infinitas estatuas, esa floresta de baldaquinos y agujas, que se destacan sobre encages de mármol delicados y caprichosos, que parecen fantasías petrificadas de un delirante. Las grandes líneas verticales, las severas horizontales, que darían idea de la robustez del edificio, se han ocultado detrás de esos como follajes de nieve, que parece van á derretirse á los primeros rayos del sol. Cómo se goza la imaginación en contemplar aquello! cómo goza al contemplar los magníficos arreboles de la tarde! Cuando penetra el sol por las altas ventanas laterales, el efecto es mágico: todo el interior del edificio se baña de esos colores encendidos de los vidrios: rubíes, esmeraldas y topacios. Como en la Justicia y la Venganza persiguiendo al Crimen por Prud'hon, una especie de niebla transparente entrecubre de poesía esta vigorosa vegetación de blanco mármol que adorna el interior. Figúrase uno hallarse en medio de espesa selva adonde

el sol no penetra sino para aumentar el misterio del conjunto.

Vinimos desde Milán en tren ómnibus, porque no hubo expreso. A Como llegamos sobretarde, ya cuando las sombras de la noche comenzaban á salir de las gargantas de los montes. La ciudad de Como está en la ribera del lago del mismo nombre, entre un imponente anfiteatro de montañas. El Lago de Como cantado por Virgilio es el más bello de Italia, pero de una belleza en gran parte salvaje: sombríos peñascos y montañas le rodean. Pocos minutos parámos en Como á bordo del vaporcito Plinio, aguardando el Volta, que ha poco llegó de su última excursión del día, trayendo viajeros que se juntaron con nosotros con dirección á Suiza. El San Gotardo lo pasámos denoche: lo que sin duda ha contribuído á herir más mi imaginación, según que me figuro haber cruzado el Tártaro con haber atravesado las montañas de la Suiza: tales son de altas sus cimas, tales son de negros sus abismos, tal el estruendo de sus torrentes. Cuando seguámos el curso del espumoso Reuss, figurábame ver por esos precipicios la sombra fatídica de Juan el Parricida. "Huyo de la Justicia, dice el infeliz, después de haber cometido tan horrible crimen—huyo de la justicia, me aparto de los caminos poblados y no me atrevo á pedir limosna en choza alguna, aunque el hambre me devora. Dirijo mis pasos á los desiertos, me asusto de mi sombra, ando errante por las montañas y retrocedo estremecido ante mí mismo, cuando las aguas de un arroyo me han mostrado mi desdichada imagen". Pensando estaba yo en estas palabras de la Sombra, cuando hirió mis oídos un es-

truendo prolongado que vino de la montaña haciendo temblar el suelo. Miré á todos asustado y todos hicieron lo mismo, como preguntándonos con los ojos lo que aquello significaba; á lo cual un suizo que iba con nosotros nos dijo que eran aludes que rodaban de los ventisqueros; y continuó contándonos cómo ese camino estaba poblado de cruces en señal de las muertes que dichos aludes habían causado en los viajeros. A poco de lo ocurrido, llegámos á la aldea de Burglen al entrar de un valle. Allí nos quedámos á pasar el resto de la noche en el mesón de Guillermo Tell. Junto al mesón se alza una capilla en el sitio mismo donde nació el libertador de la Suiza, capilla decorada con pinturas que representan escenas de la vida de ese gran cazador. Cuando por la mañana salímos fuera, quedé embargado de potencias y sentidos á la vista de ese como cielo que teníamos delante, el Lago de los Cuatro Cantones, dominado por el Rigi en lontananza. Teníamos, pues, delante de nosotros ese magnífico teatro de la naturaleza, donde se había desarrollado el grandioso drama de la emancipación de la Suiza. Estremecíme de gozo al considerar que pisaba el suelo santo del cantor de Urí. Vi en espíritu levantarse de los sepulcros esos hijos ilustres de los tres cantones que dominaba mi vista, y á ese tiempo resonaban en mis oídos las palabras de libertad salidas de esos grandes corazones. De Burglen pasámos á pie á la vecina Villa de Altorf cubierta de árboles frutales y de sombra; donde una estatua de bronce que junto á un tilo se levanta, recuerda la hazaña y sacrificio de Tell, á que le sometió la tiranía. Más arriba de la



estatua, al pie del *Baunberg*, se extiende un bosque sagrado, cuyos árboles son encantados y de cuyos troncos manan sangre si se les hiere con el hacha, según el decir de los pastores. Este bosque resguarda á Altorf de los terribles aludes que desde las cumbres se despeñan. Más acá del Valle de Altorf, al pie del *Axenberg*, hay unas rocas abruptas, que avanzan lago adentro á manera de contrafuertes del San Gotardo. En la extremidad de esas rocas, denominada el Salto de Tell, una capilla se levanta, en el derecho en que el gran flechero dió ese famoso salto, dejando á Gessler á merced de las olas y los vientos el día de la tormenta. Del salto de Tell nos embarcamos en el vapor "Helvetia" con dirección á la orrilla opuesta, una de las más escarpadas del lago: allí, en las faldas del *Seelisberg* se extiende la bella é inmortal Pradera de Rutli; de donde se contempla toda la magnificencia del lago y las nevadas montañas que en distintos términos unas tras otras muy lejos se dilatan. En Rutli, en medio de una selva, tres arroyos corren desde una roca á una fuente rodeada de árboles. Es el sitio donde los tres conjurados de los tres cantones que rodean el lago, juraron al amanecer del 8 de Noviembre de 1307 libertar á su patria del yugo de los habsburgos. Allí pasámos largo rato sentados en esa pradera, junto á la fuente, de cuyas aguas bebimos. Llegada la hora, tornámos á embarcarnos para seguir nuestro camino con dirección á Lucerna. A poco de lo cual pasábamos por el ángulo de Brunnen, donde el lago se divide en dos brazos y donde una altísima roca piramidal, denominada el *Mythenstein*, se

levanta en medio de las aguas. Desde lejos alcanza el viajero á leer en esa roca una inscripción colosal que en letras de oro dice : "Al cantor de Tell, Fr. Schiller, los cantones primitivos, 1859".

Yo, más que viendo los objetos que me rodeában, iba soñando : las bellezas de la naturaleza y los más santos recuerdos me subyugaban. Sentado en popa sobre un banco, no apartaba yo la vista de las montañas de Rutli . . .

¡ Grande y noble Schiller ! el inmortal arquero mató á un tirano, y tú, con inspiración del genio, has cantado ese grandía de la libertad de la Suiza : bendito seas !

Sonando estaban en mis oídos, mientras el buque marchaba, las palabras del joven y altivo Melchthal, uno de los conjurados. Habían los tiranos mandado sacar los ojos á su padre, y después del juramento de Rutli exclama entusiasmado : "¡ Oh padre, oh padre mío, pobre ciego ! No podrás ver el día de la libertad, que pronto llegará ; pero te regocijarás con ella. Cuando en los Alpes luzca montes y valles su antorcha luminosa, y las ciudades del despotismo se derrumben ; entonces vendrán los libres en peregrinación á tu cabaña, y resonará en tus oídos la gloriosa nueva, y el sol del más hermoso día alumbrará tu noche triste y solitaria !"

El tiranicidio es obra santa : todo corazón noble lo proclama. La injusticia, la brutal violencia de los tiranos causa vértigo á las conciencias rectas : por eso los más famosos tiranicidios han servido de asunto á los más grandes pensadores como Shakspeare, como Schiller. "Pero es fácil incurrir en error,—me decía Julio cuando estábamos en Rutli,—y llamar

tirano al que despliega toda su energía en contrarrestar la acción de los que ciegamente se oponen á reformas saludables". Cuando el viento silba, le respondi, y el cielo se encapota, y las nubes chocan, y el rayo estalla, y el trueno retumba, ¿quién puede poner en duda que aquello es la tempestad? No de otra suerte, cuando las cabezas saltan de grada en grada en el cadalso, y corre á torrentes humana sangre; cuando se enmudecen las lenguas con mordaza, y se sacan los ojos á honrados ciudadanos; cuando rechinan cadenas y zunba el látigo sobre la dignidad del hombre, y la ley es desobedecida, y el hogar es profanado, y la voluntad de uno sólo prevalece. Entonces todos con gran verdad pueden decir: "¡Aquí está la tiranía!", y todo el que es hombre, y aborrece la injusticia debe levantarse contra ella. El que mata á un tirano salva á su patria; defiende á su esposa y á sus hijos y la vida de todos á costa de la vida de uno solo. "Las chozas están libres,—exclama Schiller por boca de Tell,—porque acabo de matar al opresor de la Suiza; las chozas están libres, y la inocencia, fuera de su alcance: ya no oprimirá á mi patria el tirano en lo adelante".



## TERCERA PARTE

---

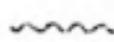
PARÍS.

Desde que estamos en Meudón ayer me fui por segunda vez á Clementina. La encontré dormida con la cabellera suelta y echada la cabeza para atrás sobre el respaldo de un sofá: habíase bañado, y por el jubón abierto estaban los blancos y abultados pechos palpitando detrás de la camisa de cendal. Pasé el umbral de la puerta y me quedé abismado á su vista: no me atreví á dar un paso más de temor de despertarla. ¡Oh dulce voluptuosidad!, exclamé en mis adentros: duérme, ángel, duérme, embalsáma el aire con tu aliento; duérme, divina criatura, duérme... que en este

instante Dios se recrea en tí. El cielo no es tan bello, ni las estrellas lucen tanto como tú. !Qué arrullada estás de la naturaleza, divina criatura! qué hermosa estás! Y me salí de pronto, porque me temía á mí mismo... y la dejé dormida. Me conmovió tanto su hermosura que me saltaron las lágrimas. La hermosura no debiera pertenecer á quien es incapaz de comprenderla. Esa boca... esos pechos... cuánto diera por morirme prendido allí. Criminal me llamarían las gentes asustadizas. Criminal! maldita clasificación de las acciones humanas. Crimen besar á un ángel! Oh Néstor, la muerte que tuviera prendido en su seno. En vano trataba yo de desechar estos pensamientos que durante largas horas me acosaron.



En la carta que desde Florencia escribió Julio á su padre, le dice que aunque por ahora ha desistido de su viaje á Lima, de todos modos se irán más tarde. Quisiera olvidarme de esa carta... pero lejos de eso, tengo el tema de repetirla en mi interior á toda hora, á todo instante.



Acabo de recibir carta de Matilde en contestación á mi primera que le escribí á mi paso por Nancy. Cómo se ha estrechado tanto y tanto nuestra amistad! Preciso ha sido ausentarme para comprenderlo. Se complace en repetirme la mucha confianza que he logrado inspi-

rarle. Yo creo que después de su hermana, yo soy la persona á quien con mayor franqueza descubre sus más ocultos pensamientos. Y es que tiene gran penetración Matilde, y ha sabido leer como en un libro abierto en mi pecho toda la sinceridad de que el cielo me ha dotado. Mis cartas á ella son largas, bien largas: de muchas cosas le hablo, y le doy cuenta minuciosa de cómo me desempeño en el encargo que me hizo de cuidar de sus hijitos. Para mí es ya una necesidad escribir á Matilde. Clementina se complace en vernos tan amigos.

Aun resuenan en mis oídos esos efluvios divinos; aun estoy viendo esos destellos de la infinita Belleza. La noche del día en que te escribí la anterior, después que hubimos tomado el café, Teresa propuso á su cuñada tocar al piano alguna cosa. Esta vez, tocó ella en el piano y Clementina en el violín esa plegaria de Margarita en el Fausto de Gounod: "Ángeles puros, ángeles radiosos, llevad mi alma á las regiones etéreas. Dios justo, Dios misericordioso, en tus manos me abandono, yo pecadora y desdichada!" A lo cual se rompen las puertas de la prisión, y un coro de ángeles en medio de cánticos la arrebatan de manos de Mefistófeles y la transportan al seno del Eterno. Cómo decirte lo que sentí esos momentos? Cuando uno está en presencia de cosas grandes, imposible es hacer con la pluma una pintura exacta de lo que siente; como es imposible al fotógrafo sacar los mares

con toda la inmensidad de su horizonte y la profundidad de sus abismos. Inexplicable es esto de desprenderse de las cosas terrenales y vislumbrar lo infinito... El piano sonaba apenas, y sólo el violín gemía como una nota solitaria escapada de las eternas armonías. El alma le brilla á la italiana en esos ojos grandes que miran á lo alto. Siente con intensidad esta mujer y vibra toda ella como las cuerdas del instrumento. Vestida de blanco, parada con majestad, embargado el ánimo á la vista de cosas celestiales, parece una divinidad esta noble Clementina. Placer, dolor, todo es profundo en esta mujer sublime. Cuando se hubo concluído, Clementina, dirigiéndose á mí, dijo no sé qué de Margarita; pero ni sé lo que dijo ni lo que le respondí. Despecho, cólera... me puse ciego. Ella no es indiferente para conmigo, hay entre los dos lazos eternos; yo bien sé que su unión con Julio es mera apariencia, que él es frío para con ella y ella para con él, que él no la comprende ni sabe apreciar el bien que tiene; que ella sabe distinguir, sabe agradecer y sabe amar. Yo bien sé todo esto, y con todo, qué vale en este mundo este amor puro y eterno que nos liga á los dos? Amor criminal, dirán los hombres, y los perversos murmurarán contra nosotros con mayor saña todavía. Amor criminal, ella no es libre, ella *debe amar á su marido*. ¡Lenguaje vulgar y ciego, que mira sólo la superficie de las cosas, lenguaje torpe y maldito!

¡Y con qué delicadeza me reprende! Cierto, dos faltas he cometido, lo confieso: consiste la primera en haberme salido la noche de la música precipitadamente dejando sorprendidos á los que allí estaban. Cosas son éstas, dice ella y con razón, que pudieran despertar en los demás sospechas de cosas que no existen. Muy mal hice en verdad. Si descubriesen las gentes cuánto la quiero, qué dirían? sedientas de murmuración, ansiosas de descubrir faltas ajenas, atribuyen á los demás su debilidad propia, y sin el menor reparo y sólo por apariencias condenan sin vacilar al inocente, y ven delitos donde no hay sino amor puro, heroísmo y martirio. Y los más flacos de ánimo son los más lijeros en sus juicios temerarios, y los malvados, los peores jueces. Quién sería capaz y digno de reconocer en ella tanta virtud é inocencia, y en mí tanto valor? quién más que yo temo turbar su reposo y ofender su pudor? La veo, la contemplo, penetro en el fondo de su alma, y si descubro en ella algo que vale más que la hermosura de su cuerpo, es su acendrada virtud. Si fuera una mujer liviana, no la querría, no la podría querer como la quiero, la despreciara. Y sin embargo, ¡extraña contradicción del corazón humano! estas mismas prendas que tan adorable la vuelven á mis ojos, son mi mayor tormento. Qué terrible es la virtud, tiene la dureza del bronce. Cuando mucho se compadece de mí, me alarga la mano, y ésa es toda la recompensa que mi pasión alcanza.



Iba á contarte en mi anterior las dos faltas por qué me había reprendido Clementina; pero estaba yo tan acalorado, que sólo te hablé de la una y no de la otra: sea ésta el complemento de aquélla. Consiste pues la otra falta en haberme encolerizado contra ese avaro de quien, si mal no recuerdo, ya te hablé en una de mis cartas. "Si se hubiera Ud. visto—me dice Clementina—lo violento y ciego que estaba aquélla noche. Pobre hombre! al cabo y al fin estaba en mi casa; fuera de que estos infelices inspiran compasión más que otra cosa." Así habló, así me reprendió. Reconocí lo mal que había hecho, y ofrecíle enmendarme en lo adelante. Dudo que tú hubieras oído á sangre fría las necesidades de ese desventurado. Yo no sé que negocios tiene entre manos Julio con ese viejo; el hecho es que le convidó á comer. Conversábamos durante la comida, cuando Julio sacó á colación lo que ese día había leído en uno de los mejores diarios de París. Y es un artículo intitulado "El verdadero Rey de Holanda", en elogio de Rembrandt, jefe de la reacción contra la escuela italiana: y ponderaba la admiración con que de ese pintor hablaban en el dicho periódico, donde se leía que á pesar de haber transcurrido más de dos siglos de su muerte, sus obras inflúan todavía muy poderosamente en este siglo, y seguirán influyendo mientras exista el mundo, y que él reinaba en espíritu en el pueblo holandés mucho más que la misma Guillermina su Reina actual.

Cómo! esto no puede ser—saltó diciendo el viejo avaro, sin poder ocultar el disgusto que le causara la relación de Julio.—Conque un hombre, por el mero hecho de hacer un cuadro, un simple objeto de adorno y de recreo, ¿ha de merecer el título de rey? Menester es convenernos, señores, de que en el siglo de positivismo en que vivimos, el único que gobierna el mundo y le domina con poder soberano, es el oro. Y prueba de ello es que si el tal Rembrandt hubiera sido pobre, se hubiera muerto de hambre con cetro y todo, olvidado de todos'.

Cuánta impiedad, cuánta ignorancia!

—Mire Ud.—le dije, no pudiendo contenerme—sabe Ud. quién fué Carlos V? pues el soberbio Rey de España y Emperador de Alemania, dijo en su mayor apogeo y grandeza, cuando el sol no se ponía en sus dominios: "Tiziano merece que le sirvan los Césares". Y sabe Ud. quién fué Van Dyck? un simple pintor, esto es, un *artesano*, según Ud.: un grande hombre que con su pincel inmortalizaba reyes y pueblos; según el mundo civilizado. Y no há mucho, en este mismo siglo de positivismo en que vivimos, he presenciado en Amberes la celebración del tercer centenario del nacimiento de su hijo ilustre. Cien mil francos destinó el Consejo Municipal á la dicha fiesta, sin los miles que gastaron las sociedades privadas. La ciudad está de gala; el caudaloso Escalda entra en el océano pregonando á voces la gloria de Van Dyck, y por cuatro días se repiten las mismas escenas, y por cuatro días recorren las calles de Amberes con gran pompa y majestad un cortejo artístico representando el Arte á

través de los siglos : Egipto, Asiria, Grecia, Italia, todos los pueblos que han brillado por las artes concurrieron á la apoteosis del célebre flamenco. Y toda Europa contribuyó á solemnizar la fiesta : de todas partes vinieron grandes artistas, y las Academias enviaron sus delegados : España envió al pintor Villegas, Francia á Jorge Lafenestre \*, Italia á Venturi, Inglaterra al famoso Alma Tadema. Grandes masas de gente acudieron unas tras otras á admirar sus obras al museo, donde se formó una colección de sus cuadros traídos al efecto de los museos de las grandes ciudades y de los palacios de los reyes y príncipes de Europa. Todo el mundo iba á conocer la casa donde nació Van Dyck : también yo visité ese rincón miserable, que acabó por convencerme que no es la púrpura ni las riquezas, mas antes la inteligencia, la que vuelve inmortales á los hombres. ¿Quién hubiera dicho que cuna tan humilde llegase á llenar el mundo con su fama ? El rico, mientras vive, deslumbra al vulgo ; pero su grandeza es fugaz y pasa con sus días, y queda de muerto, si no infamado, queda á lo menos tan obscuro como antes de haber nacido. Oh nó... no es el rico, el opulento á quien admiro, sino esos hombres extraordinarios cuya inteligencia se cierne por todas partes como el éter, cuyo corazón es un foco inagotable de sensibilidad y amor, aun cuando sea pobre y viva abandonado de la fortuna. Rembrandt murió pobre, casi olvidado de todos, pero este es preci-

---

\* Conservador, ahora, del museo de pintura del Louvre.

samente el fin de los grandes hombres: así murió Cervantes, así murió Molière, así Bolívar, así Cristóbal Colón: mas no por eso han perdido una sola hoja de sus laureles; antes al contrario la admiración se ha amasado siempre con lágrimas en el hombre de corazón al considerar cuán injusto es el mundo con los bienhechores de la humanidad”.

En esto estaba de mi discurso, cuando Clementina viéndome en extremo enardecido y que llevaba camino de no acabar, me interrumpió con bromas oportunas, que terminaron por hacerme reír. Entendí su intención y me callé; pero eso sí, después de haberle dicho las verdades á ese vejete inmundo.

¿Y cómo ponderarte esa blasfemia horrible de que las pinturas de los grandes maestros no eran más que simples objetos de adorno y de recreo? Hé ahí un Velázquez, un Vinci, un Tintoreto reducidos á la triste condición de titiriteros ó juglares, y sus obras á la de muñecos ó muebles de salón. Ah!, si la ignorancia supiera lo que dice, se muriera! Pero qué se va á morir imbécil como ése, que decía el otro día que era una necedad en las parisienses el usar como usan en los bajos y más ropa interior las más ricas y delicadas telas, y poner tanto esmero y acaso más en la parte interior del vestido que en su exterior? Ha querido el chanchito que sean como ciertas mujeres que él se lo sabe, que usan bajos sucios é indecentes, al paso que traen exteriormente ricas sayas de seda. ¿Qué juzgaría de sí mismo el infeliz si por un milagro del cielo llegara á alcanzar de repente de lo que en las obras de arte se trata? Lo bello,

lo impalpable, lo incorpóreo ; lo alto, lo inmenso, lo profundo ; lo sublime, imperecedero y eterno : sabiduría, sensibilidad exquisita, amor vasto, universal ; tales son las prendas sin las cuales no puede un hombre remontarse jamás á las regiones de lo ideal. Entre los griegos, cuyas obras maestras nadie ha sobrepujado todavía, el arte era una rama de la filosofía y en ningún otro pueblo ha sido más vivo el sentimiento de la vida universal. Ha de penetrar con ojos linceos hasta las entrañas de la sabiduría, ha de coger á la naturaleza con las manos, y la ha de ver, descomponer y analizar para que ese hombre pueda alcanzar el glorioso título de gran pintor, gran estatuario. La indiferencia, la ignorancia son incompatibles con el arte. Fidias, leyendo á Homero concibió su Júpiter Olímpico ; Miguel Ángel, en la Biblia se inspiró, á la Biblia debe tantas obras bellas y sublimes ; y Beethoven compuso su novena sinfonía con coro, cuando leía el Fausto de Gœthe, y giraban en su cabeza los más grandes problemas de la vida : entonces Beethoven se arrojó una vez más en el mar sin límites de su deseo insaciable. Pues un Fidias, un Miguel Ángel, un Beethoven nada valen á los ojos de un avaro. ¡ Infeliz aquél cuyo corazón no ha palpitado en presencia de lo bello ! El arte eleva al hombre por cima de todo interés mezquino y refina el gusto y engendra la cultura en las sociedades ; y la violencia del crimen y el ímpetu de las pasiones torpes y la aspereza de la barbarie huyen para siempre del dulce imperio de esta divinidad bienhechora. Cuando Eneas, arrojado por la tempestad

á las costas de África, llega secretamente á Cartago y entra en el templo de Juno y ve en sus muros una serie de pinturas que representa el Sitio de Troya; sus inquietudes cesan, y renace en su pecho la esperanza. "Tranquiliémonos, dice á sus compañeros, que aquí los desgraciados encuentran corazones generosos". "Viendo á la continua,—dice Platón en su República,— las obras maestras de pintura, escultura y arquitectura; educados entre estas obras como en un aire puro y sano; los menos dispuestos á las gracias aprenderán á saborear el gusto de lo bello, lo decente y delicado: se acostumbrarán á distinguir con acierto lo perfecto de lo defectuoso en las obras de arte y en las de la naturaleza; y esta feliz disposición llegará con el tiempo á ser un hábito en el hombre". Pero esto que para tí es tan claro como la luz, ¿piensas acaso que puede vislumbrar siquiera un menguado como éste de quien te vengo hablando? Sardónica sonrisa se dibuja en sus labios cuando uno habla en la excelencia del arte. No sea Ud. tan inocente, le está diciendo á uno con los ojos, y como las olas en la roca se estrellan cuanto uno dice en esa ruda naturaleza. ¡Siempre frío, siempre duro este infeliz! es cosa que desespera. Lo que no produce dinero no merece la atención del hombre de sano juicio, y el egoísmo es para él la suprema ley del universo. "Todo es negocio", dice, y en este sentido no se cansa de repetir esta perniciosa máxima: Cada uno contra todos, y todos contra cada uno. Y así cree que debe dañar en la primera ocasión al que pueda, así como á su vez él se cree el blanco de la

codicia y felonía de los otros. El hábito de ver las cosas de esta manera ha imprimido en él un exterior siniestro y repugnante: su figura es la expresión más fiel de sus ideas. La rigidez de sus miembros, el encogimiento de sus hombros probando están la estrechez de su espíritu: esos ojos hundidos, medio sesgos y sanguíneos como de berraco, manifestando están el deseo que tienen de ocultarse en lo más hondo de sus bóvedas para de allí escudriñar todo sin ser vistos. Viva muchos años, pero sí sería de desear que, muerto, los frenólogos se apoderasen de su cráneo como un objeto de estudio. Así como vacila en gastar un sueldo, así vacila en responder á una pregunta por inocente que sea. Jamás dice una palabra sin haber antes hecho todos sus cálculos matemáticos de que ella es susceptible; todo lo pregunta y todo se lo calla: tiene la malicia en la punta de la nariz, y la reserva es su arma favorita. Ríese del patriotismo, de la abnegación, de los sanos propósitos del hombre de bien; pues nadie hace el bien á otro si el interés privado de medrar no le mueve á ello. Así es que Ricaurte, que se sacrificó en San Mateo por la libertad de cien generaciones, no es á los ojos de este desventurado sino un mero negociante! y negociante y no otra cosa fué también nuestro sublime Calderón, el héroe-niño de los Andes; aquel ecuatoriano que sucumbió por igual causa en las saldas del Pichincha mutilado de piernas y de brazos á fuerza de heroicidad! Horrible engendro es la avaricia. Vive en la inmundicia y se alimenta de lo mismo. Todo lo ruin, todo lo torpe, todo lo infame tiene cabida en

el alma fétida del avariento. Cuando le veo, involuntariamente pienso en los abismos que nos separan, porque yo disto más de él que él dista de los animales brutos. A la verdad, amigo Néstor, es cosa que llena el alma de amargo asombro ver esta desigualdad tan profunda de los hombres entre sí; pues si en el mundo físico el blanco dista mucho del negro y el bronceado; más, mucho más aún dista en lo moral el filósofo, el hombre de bien de estos hijos del fango que son la escoria de la familia humana. ¿Cómo puedo compararme con egoísta semejante yo que ardo en el amor más puro á la humanidad entera? ¡Cuando si sólo fuera el mejorar el mundo, no habría más guerras entre naciones ni entre hermanos, ni usurpación de los derechos ajenos, ni quiebras afrentosas! Ya la inocencia no estaría á merced de la criminal astucia; los maridos se despojarían de toda crueldad é injusticia, y las esposas dejarían de ser lo que son ahora, pobres víctimas de la torpeza y maldad de los maridos! Oh amigo, cuando uno se compara con estos hombres alcanza cuánto vale el corazón que uno tiene. Nó! las dulces y puras aguas de la fuente de Ortigia no se mezclarán jamás con las amargas y fangosas del Alfeo.

~~~~~

Oh brevedad de la vida! Cómo se pasan las horas, cómo se pasa el placer! No hay momento que no arrastre una cantidad de tiempo que no vuelve, en que la carrera de la vida no se acorte.

Cuando considero que mi felicidad aquí en la tierra no ha de ser eterna ni constante, y que un viento cualquiera puede hacer cambiar el rumbo de mi ventura; cuando veo que el más allá es un misterio, que la puerta de lo desconocido es la fría y tenebrosa tumba... Cuando veo todo esto, un viento helado penetra hasta mis huesos y me deja yerto. Acabo de entrar, son las tres de la mañana, y todo duerme: helado estoy, hace mucho frío afuera, y la noche es tinieblas. Yo no sé quién acaba de pasar por aquí tocando triste un instrumento. Ay Dios! ser ya imposible para mí esa tranquilidad de la inocencia! Felices los niños que nada saben ni nada sienten. Sentado yo ayer frente á frente de ella, puso la mano en la mejilla, y me quedó mirando largo rato con dulce languidez. "Abelardo", me dijo. No quiero recordar más... Las diez de la noche serían cuando entré á mi cuarto y me puse á pasear hablando conmigo mismo: Sí me quiere, sus ojos lo dicen. Tenía cansancio, pero no pude acostarme, y me senté en un sofá, y allí con los ojos cerrados seguía viéndola, seguía oyendo su voz... Dieron las once, dieron las doce, y aun no tenía sueño. Fuíme á casa de ella, y vi que todos dormían. Desventurado de mí! que buscaba? Atrásdo sin cesar hacia una sombra que huye de mí á medida que avanzo, corro incansable tras esa sombra fugitiva que nunca puedo alcanzar. Qué horror! es mi destino andar y andar por el mundo... Vuelvo la vista á un lado y otro, y no veo sino el vacío: el silencio de la nada me rodea. ¿Quién puede aliviar mi dolor? todo en el mundo es

indiferente á mi suerte, y no tengo á nadie con quien compartir mis penas. Sería la una de la mañana, y la noche era negra. Miré á su casa, y todo era silencio. Duermes angélica criatura, me decía, y ni una puerta se abre para mí. Las paredes de tu casa nos separan, pero no son éstas las infranqueables, no son éstas: las murallas que tú misma te has levantado, esos fuertes en que tú te has encastillado, tu virtud inquebrantable, ésa, ésa es la terrible para mí. Quisiera amarte con pureza de ángel, pero siento que soy hombre. Así me quejaba en lo más hondo de la noche. ¡Todo negro en torno mío! sólo en el cielo brillaban por entre nubes negras una que otra estrella como lámparas que ya se apagaban. Yo bien sé que esas estrellas son mundos infinitamente más grandes que la tierra, decía entre mí, y con todo parecen tan pequeñas... Así vive el hombre de engaños é ilusiones, y una ilusión constituye su felicidad. Cuánto me rodea es ilusión, todo, todo es mentira, y sin embargo, los suspiros de una flauta que atraviesa la floresta me conmueven. ¡No se me alcanza cómo estas quimeras nos impresionan tanto! Ni el iris, ni el azul del cielo tienen existencia propia: la voz de la mujer es mentira, una mirada es mentira; ¿se amaré más allá?... Yo no sé adonde ir ni qué hacer para palpar la realidad. ¿Será otro engaño la esperanza, será el más allá otra mentira?



Anoche hacían Don Juan Tenorio en el teatro del Renacimiento. El español Mendoza, que acaba de recorrer, según dicen, la América Meridional, ha venido á París con el objeto de dar aquí algunas piezas, y Sarah Bernardt le ha cedido su teatro. Una compañía dramática española en la capital de Europa no se ve sino cuando nace el Fénix, esto es, cada quinientos años. Y como la pieza de Zorrilla iba á ejecutarse aquí por primera y acaso última vez, no quise perder la ocasión de verla. Fuime pues por la tarde á casa de Julio á convidarles al teatro; pero se había ido muy demañana á Versalles, de donde no regresaba todavía, y sólo encontré á las dos cosiendo en sus aposentos respectivos. Salí yo en despidiéndome de Clementina, cuando no sé cómo se me enredó la levita con la puerta, y se me arrancó un botón: como quisiese venirme á mi cuarto á ponerme otra, “No hay para qué,—dijo ella alzando á la vez del suelo el botón, que fue rodando á sus pies,—yo se lo pegaré si Ud. gusta”. Qué te parece? ;si Ud. gusta! Preguntóme si quería sacarme el vestido, ó me lo pegaría de puesto. Preferí lo segundo, no sin alguna malicia ciertamente. Pero son las contradicciones del amor inexplicables, pues te hubieras reído al verme esa esquivez, ese temblor que se apoderó de mí cuando estuve junto á ella; de suerte que apenas tuvo comodidad de manejar la aguja. Qué momento aquél! ella palpaba mi agitación, y ni ella ni yo hablábamos palabra. Dios de piedad! por qué anduve tan cobarde, me preguntaba en el camino, por qué perdí la ocasión? Llegado al teatro, ya comprenderás el

esfuerzo que tuve que hacer por ocultar mi mal humor. Pero qué bien hice en concurrir. Zorrilla! divino Zorrilla! bendito seas. Hace ya largo tiempo que por primera vez vi en Quito representar este fantástico drama; pero como no amaba todavía, ni sabía lo que ello era, nunca pude alcanzar el sentimiento que encierra. Grande es mi gratitud con Clementina: ¡de cuánto me ha hecho capaz esta mujer bendita! oscuro mi espíritu, ella lo aclara; dormidas mis pasiones, ella las despierta y les da vuelo; ella en fin ha dado alas á mi inteligencia y pegado el fuego á mi fantasía.

Tenorio, el más perverso de los mortales, poseído del espíritu del mal; Tenorio, á cuya presencia nada queda en pie, que cual huracán arrebatara consigo cuanto al paso encuentra: respeto filial, amistad, gratitud, hacienda ajena, pudor de las mujeres; Tenorio, el favorecido de la fortuna, que se burla de la justicia, que derriba á sus pies al enemigo, y todo lo alcanza con el oro y con la espada; Tenorio, que como Nelson no conoce el miedo, y se ríe de lo humano y lo divino, y se atreve con los aparecidos y les amenaza arrogante; Tenorio, el jugador, el cruel, el sanguinario: duro como el bronce, frío como el mármol, feroz como la hiena; este hombre sin conciencia, este hombre sin Dios ¡oh portento! tiene á pesar de su maldad un fondo de grandeza, y con gran asombro suyo siente encenderse en su pecho por la primera vez el santo fuego del amor, á la vista de una joven casta y pura de singular belleza, con cuya virtud é inocencia pretendió dar al traste, según tenía de costumbre. Y el roble se

dobla, y el mármol llora, y el león se humilla. Jamás Tenorio había inclinado la cerviz ante nadie ni ante nada: sólo el amor ha sido poderoso á ponerle de rodillas, y hacerle respetar lo respetable y adorar lo adorable; jamás este hombre había derramado una lágrima; sólo el amor le ha vuelto sensible, y desde que ama llora y gime y arrulla como dulce paloma. Siempre se jactaba de sus acciones vergonzosas; pero desde que ama no puede mirar al pasado sin sentir en su pecho horror á sus crímenes. Ahora comprende la excelencia de la virtud, y suspira por ella: ahora ya no es el incrédulo Don Juan, todo materia, todo vicios: alza los ojos al cielo y cree en el que todo lo puede. Doña Inés vela por él desde la eternidad... Aun no sabe Don Juan que ha muerto su Doña Inés; mas no deja de pensar en ella en los largos días de ausencia: vuelve á su patria, entra una noche á su palacio orillas del Guadalquivir, y ve con asombro al claror de la luna que su palacio han convertido en cementerio, donde reposan las víctimas de su furor sanguinario; y con la majestad de quien nada teme, atraído de esa sagrada melancolía del lugar, se pasea lentamente por ahí. Su mirar es vago: unas veces habla consigo mismo, otras, se queda sin movimiento y como paralizado; diríase que su espíritu vacila y flota entre el pasado y los presentimientos. A ratos se pára delante de las efigies de los muertos, y les habla como si pudieran escucharle. La estatua de Doña Inés está de pies allí: alta y noble, un tanto inclinada la cabeza, cual si tristes recuerdos la hubieran sumido en meditación profunda. Repara

en ella Don Juan... ¡qué estupor: "¿Doña Inés aquí?" El que guarda las llaves del cementerio le dice que sí, que ha muerto de sentimiento y amor de un tal Don Juan Tenorio, y que sus restos duermen debajo de esa efigie: en diciendo esto se va. Te digo que no es mayor el silencio é inmovilidad de los sepulcros... Ni una palabra en Don Juan ni una palabra en los espectadores: nadie se mueve, nadie respira, y mil ojos están clavados en él. Con lento y grave movimiento recorre otra vez con la mirada ese recinto sacrosanto y solitario: Aprueba la idea feliz de haber convertido su palacio en cementerio; habla á las estatuas con voz de espectro, y se distrae como uno que estuviera fuera de sí; admira la claridad de la luna, la magnificencia de la noche; laméntase de que tantas noches semejantes haya perdido en infames aventuras: se dirige á los pies de Doña Inés, alza los ojos, dobla la rodilla... ¿Y qué pluma podrá decirte esos sollozos de un hombre como Don Juan, esa voz desgarradora, esas palabras tiernas á la vez que atronadoras, y esa noble y triste actitud de la estatua, que parece que le escucha? ¡Oh Dios, oh Dios mío! estos ratos no sé lo que pasa en mi alma... quisiera hacer pedazos la pluma con que te escribo.



Allá en la tierra donde yo nací, en las faldas de los Andes, la primavera es constante, pues que dura los doce meses del año: los árboles, frescos; la naturaleza, siempre lozana y alegre como la

vigorosa juventud: no así por estas tierras, donde la primavera dura más de tres meses, el estío otros tres meses, después de lo cual viene el otoño, estación en que me encuentro. Y es triste ver que los árboles más robustos van perdiendo su frescura, y las hojas van cayendo, hojas que son arrebatadas por el viento como lo son las horas de la vida. Como en la naturaleza las plantas, vemos pasar nuestra vida: presto vendrá esa estación fría como el invierno, la vejez, precursora de aquella otra más fría aún y más oscura, la muerte...

Pero ir de estación en estación pasando por todas las edades de la vida hasta llegar naturalmente á la sepultura, no ha de ser tan duro, yo me imagino, como eso de hallarse en los días más floridos, y verse de pronto en los umbrales de la eternidad. Triste de mí! Yo mucho amo, Néstor, muchos imposibles tengo que vencer para arrastrar á duras penas esta existencia tan pesada. Hay ratos que un velo negro me cubre el alma. Miro al través de ese velo mi norvenir. y quito la vista horrorizado.



Quando le veo á Julio sentado junto á ella, tratándola con esa familiaridad íntima de que son causa inmediata los misterios del matrimonio... cuando le veo entrar al dormitorio de ella con esa confianza que nada le inquieta; sacar del ropero una bata y ponérsela con sus manos, y acomodarle una pieza del vestido cuando no le va bien; acercarse á sus faldas á besar cariñoso á su Carlos,

y ella, recreándose en la cara de su hijo, besarle á su vez... Y ver todo esto yo... Dios mío, no debiera ella por piedad permitir estas cosas en mi presencia. Por desgracia me tratan con tanta confianza, que así me obligan á ser testigo de sus intimidades.



Ayer tarde salí con ánimo de ir á pasar gran parte de la noche lo más lejos de su casa, por los vastos bosques de Ville d' Avray, y tomé el camino más solitario. Pasaba ya por el monumento de Bartholdi en la villa de *Les Jardies*, donde vivió Balzac y donde murió Gambetta; cuando reparé en que también ella había salido á hacer ejercicio en vía de paseo con su criada, haciendo la casualidad que nos dirigiéramos los dos de manera de encontrarnos.—Qué tiene Ud., Abelardo? parece que hubiera visto una fiera, me dijo sonriéndose maliciosamente al ver mi turbación.—Ya sé que Ud. se burla de mí, respondióle. Las orejas me ardan ese rato; mi cabeza era una ascua. Ella no me respondió, pero sin advertirlo me dio la más cumplida satisfacción: hizo por toda respuesta un ruidecito en la garganta, que sólo ella sabe, una como voz de paloma, acompañada de cierta sonrisa y gesto, de un aquél seductor que no exhala sino cuando tiene mucho que responder, pero que su honor ó su pudor le obliga á guardar silencio: es la expresión más expresiva que he visto, y que para mí vale más que si claramente me dijera: "Yo te adoro". Tomé la misma dirección que llevaba ella, y luego dimos

en unas lagunas á la entrada del bosque, en cuyas aguas surcaba á lo lejos una canoa. Son las poéticas lagunas que tanto amó Corot, á cuyas orrillas se ha levantado un monumento á su memoria. Apenas eran las cinco, pero ya había anochecido, y la luna comenzaba á cubrir de melancolía las lagunas y el bosque. Un sauce llorón que se miraba en las aguas nos atrajo con su misteriosa sombra, y pasábamos por bajo su follaje cuando ella me dijo: "Hoy recibí carta de Matilde en la cual habla de Ud.: si gusta verla véngase á casa mañana". Y en diciendo esto me quitó la mano con cierta violencia, y sin darme lugar á que me ofreciera á acompañarla, se fué á su casa, tomando el camino más corto por una larga calle de tilos. Me arrimé al tronco de un árbol, y de allí la miré hasta que se desvaneció como una sombra. Y la seguí con el pensamiento clavados los ojos al fondo lejano de la calle de tilos, y me quedé así inmóvil como de piedra, cuando el ruido del remo de una canoa que pasaba me sacó de mi enajenamiento. Levantéme de allí y recorrí el camino que poco antes había andado con ella, y vi el sitio en que me había dado la mano. Me fuí y volví como uno que sueña, sin darse cuenta de lo que pasa, y torné al sauce y me senté á su sombra.



Si mi madre me viera, tendría yo un refugio en su seno, perdonaría mis faltas, me daría consejos saludables, y su voz mitigaría mis dolores. Mi madre! Mujer

que vale tanto por ese corazón que tiene, por esa tan clara inteligencia. Si algo soy yo á ella lo debo: á ella me parezco en esto de sentir con gran intensidad. Tiene una alma tan delicada y poética y sufre tanto... No le digas nada. Ella sabe cuánto la quiero. No le digas nada de mí: no quiero que padezca más de lo que ya padece con mi sola ausencia. Si me viera... cómo redoblaría sus oraciones implorando al Señor paz para mi corazón. Pero quiso el destino que esté yo solo, que viva solo, lejos de ella en estos días sombríos, abandonado cual débil nave en borrascosa mar. Esta Clementina... mucho le nombra á su marido, mucho le nombra, y hasta me habla de unos versos hechos por él cuando novio en elogio de Clementina, y leídos á ella cuando casado. Y los tiene bien guardados. Esto me irrita. Yo no sé el aprecio que haga ella de los tales versos, pero los conserva en una cajita: mucho me hiere que me hable de ellos, persuadido como estoy de que Julio tiene excelentes prendas, cierto, pero nada, nada de poeta. ¡Oh celos que me devoran!



Acabo de pasar un buen susto: mi amigo de Bombay me dió la mala nueva de que Julio y un francés, corresponsal de un diario en el extranjero, iban á batirse en duelo á toda sangre, según que así habían concertado en el Casino de París. Una hora antes de la señalada llegué á saber el tal desafío, y el sitio aplazado, noticia que para mí fué un golpe. No

bien hube recibido la noticia corrí á su casa con pensamiento de impedir, si era posible, que llegaran á pelear; porque temía que el vencido fuese Julio, y corría riesgo su vida. Al entrar de la casa topé con la criada á quien pregunté por él, á lo que me respondió que había salido.

—Adónde?

—Ignoro, señor.

—Y Clementina?

—Está en su cuarto leyendo.

—Y Teresa?

—Está en la cocina.

A los chicos los había yo encontrado correteando por afuera. Entendí pues que todo allí se les ignoraba: volví las espaldas y volé al lugar de la contienda. Mas ya era tarde: yo llegando y ellos comenzando. Afortunadamente no había sido muy exacta la noticia: Julio no era de los duelistas, sino de los padrinos solamente, de lo que me alegré sobremanera. El combate era á la espada. Ni el uno era un Rochefort ni el otro un Cassagnac; mas no por eso manejaron mal sus armas, ni les faltó valor. Al cabo de un cuarto de hora de luchar, alcanzó el uno victoria completa del otro, merced á una herida profunda que le abrió en la misma región epigástrica, como dicen los que entienden de anatomía, y así, previo reconocimiento, declararon los médicos al herido en estado de inferioridad. Fue el vencedor el ahijado de Julio, á quien en triunfo le acompañamos hasta su casa los amigos, que también lo era yo.

Tuve en el camino con el duelista una ligera discusión sobre el duelo.

—Digan lo que dijeren, es bárbaro el duelo á muerte, le dije.

—Cuando se trata de defender el honor no es bárbaro, me respondió.

—Bien está, replíqueme, que se defiende el honor á todo trance, mas por qué escoger el modo peor? ni cómo ha de ser razonable que se entregue la vida en cambio del honor, si hay otro medio de defenderlo?

—El que lucha en duelo, dijo, no entrega la vida, sino al contrario, defiende el honor y la vida juntamente.

—Es verdad que quien maneja con destreza la espada ó la pistola, no entrega la vida; pero ¿pueden por ventura decir todos otro tanto? Y mientras todo el mundo tiene derecho para defender la honra, no todos tienen obligación de manejar bien estas armas, ni está en las manos de todos conseguirlo. Ahora bien, proseguí, supongamos que un mulato que está de Intendente de Policía (yo me sé por qué le puse este ejemplo), un gran mulato, de esos que infunden pavor y repugnancia al verlos; que tiene toda la apariencia de un pícaro, y que en realidad lo es; que la historia de su vida está llena de negras páginas: traidor, ladrón, asesino, mal esposo, peor padre de familias, violador, vengativo y ruin; pero que se ha envejecido en la milicia y esgrime á maravilla; supongamos, le dije, que este mulato, herido de los desprecios que de mi parte ha recibido, concibe el designio de vengarse de la más vil manera: Finge que alguien le ha denunciado que en casa de mi madre se han puesto en armas contra el Gobierno. Sabe que tiene la fuerza de un oso, y esbirros á su disposición: pues toma á unos tantos gendarmes y, activo defensor de la buena causa, corre en personá á casa de mi ma-

dre á buscar las armas *denunciadas*: rompen techos, cavan el suelo, despedazan muebles, dicen insolencias, amenazan á todos con las bayonetas, y acaban la rebusca por faltar á mi madre de obra y de palabra. Después de consumado el hecho, llego á saberlo: monto en ira y vuello hacia el infame: no le mato de redondo por no dejar esa mancha á mi familia, y me limito á retarle á duelo. Él me acepta gustoso y añade "A toda sangre y á la espada", como quien quiere asegurar la presa. Yo le respondo "Como queráis, pero al punto", sin considerar que nunca había yo cogido espada. Pues qué sucede? lo que era de esperarse, que no bien hemos comenzado á reñir cuando muero en la estacada atravesado el corazón. Quien ha ganado? Claro está que yo he cumplido con mi deber vengando á mi madre. Pero yo he muerto, quedando mi adversario vencedor, quien recibe de sus amigos las felicitaciones del triunfo, y sigue gozando de los honores militares y obedecido y respetado de sus subalternos.

Hé aquí el duelo.

—Pero Ud. me ha puesto un ejemplo excepcional, dijo el otro, suponiendo una policía y una sociedad tan corrompidas, que sin duda no las habrá en ninguna parte del mundo.

Y con todo, lo que yo le puse como ejemplo no era sino la relación de un hecho acaecido en mi tierra un tanto no más desfigurado. ¡Lo del mulato era cierto en sus peores partes!

En esto llegámos á su casa, con lo cual terminó la discusión; pero yo creo que no quedó él convencido de mi razonamiento, como no quedé yo convencido del suyo.

Verdaderamente, ésta es una de las tantas sinrazones, fatal quizá, en que ha incurrido el hombre, al forjarse la cosa más absurda, el duelo á muerte, para defender la honra, cuando bien se la pudiera defender de otra manera. Según las leyes inglesas, el que mata en duelo es un asesino, y como á tal se le condena. Yo no digo que en el estado actual de la civilización, semibárbara todavía, no sea necesario el duelo en muchos casos. Mas por qué no pudiera bastar el duelo á la primera sangre? Yo estoy en este punto en un pensamiento con Montalvo. Y aun sería de desear que en mi tierra se vieran ejemplos de esta laya de duelos en vez de los palos y puñales con que á traición suelen acometerse muchos de mis compatriotas:



En este momento me voy á París con mi amigo de Bombay á tomar un baño tal como se estila en las Indias Orientales, dice.

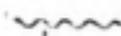


Ayer cosía ella una muselina: estábamos solos en su cuarto, mientras al lado tocaba Teresa en el piano una canción de lo más triste, aquella misma canción que tocaba en los primeros días que di aquí con Clementina, canción que me despertó ayer en el alma todas esas primeras emociones que yo creía bien pasadas. Conversábamos poco: yo tenía el ánimo

como embargado á la renovación de esas mis antiguas impresiones. Como un distraído jugaba yo con la orilla de la tela que ella cosía: estaba agachada, y yo la miraba al rostro al tiempo que esas notas melancólicas de la música me llegaban á lo más hondo del alma. Cuando en eso se levanta, y muy paso se dirige á la alcoba. "Qué será de mi Carlos? dijo, estos días no lo ha pasado bien, se le ha quitado el sueño, y ahora van horas que no se ha hecho sentir". Piano, piano, y con la punta de los pies dirigióse á donde la cuna estaba: le ve dormido; no contenta con verle, le aplica el oído... después de lo cual, soberbia de su obra, le queda mirando un buen espacio y le besa dulcemente. La criatura, que sin duda soñaba en ese rato con ángeles que le rodeaban, sonrióse. Tranquila ya, se retira, y vase á volver á la pieza inmediata. Viéndome solo, ¿cómo perder la ocasión? cómo no poner mis labios donde ella acaba de poner los suyos? Y me lanzo á la cuna y le devoro á besos á Carlos. Pero lo hice con tanta precipitación é imprudencia, que el niño se despertó espantado, y echó á llorar con desesperación como si le mataran. Allí fue mi conflicto: no sabía qué hacer, si quedarme en el punto ó correr adonde ella me había dejado: aun no acababa de resolver el punto, cuando vino la madre como un rayo, toda ella asustada: ¿Pero qué le ha hecho Ud., Abelardo, que así llora? me dijo, y temblaba la mujer. Subió de punto mi turbación y se ató mi lengua de manera que no acerté á responder palabra.

Antes solía yo decir: "Por buenas

prendas que tuviese la mujer á quien yo amara, una expresión dura sería harto poderoso motivo para olvidarla. Así hablaba yo, Néstor, así hablaba! El hombre en toda edad es un niño: dice lo que siente en el momento, y hace promesas y juramentos para el mañana, sin comprender que es un juguete de su propio corazón, y que el corazón es una cosa que está sujeta á todos los vientos de la vida.



Diligencias urgentes me llevaron ayer temprano á París por el lado del Barrio Latino. A la tarde, deseoso de descanso y soledad, fuime á las faldas de la Montaña de Santa Genoveva, al Luxemburgo, que es en la ciudad una de mis delicias. Me gustan sus fuentes, sus bosques, sus estatuas; me deleitan sus jardines y sus aves; me conmueven hondamente sus recuerdos. Días felices y días sombríos han pasado por él, y mi imaginación siempre le ve poblado de sombras venerables que fueron. En este jardín del Luxemburgo hay una fuente, la vieja fuente de la reina florentina. María de Médicis fue gran mujer, muy sensible á la poesía, á la belleza, al amor, y Rubens hizo bien de rendirle culto é inmortalizarla con su pincel sublime. Ayer pasé la tarde en esa fuente. Las cuatro de la tarde serían cuando ya el sol del ocaso comenzaba á hundirse en un piélago de nubes, y sus rayos horizontales venían á morir á la fuente al través de las hojas secas de los follajes. Vasos, enteros unos, quebrados otros,

que en otro tiempo contenían flores, se conservan en sus bordes todavía: hileras de árboles que se dilatan á lo largo de la vasta fuente, unidos éstos entre sí por festones de trepadoras, forman cortinaje en aquel poético recinto. A cada soplo de la brisa caen hojas secas en la superficie del agua, en cuyo fondo bullen infinitos pecesitos rojos y dorados. A la cabecera de la fuente existe una artística muralla carcomida por los siglos. á cuyos pies, por una gradería cubierta de musgo, corren las puras aguas que alimentan la fuente á la continua. Sobre la gradería está el hermoso y colosal grupo de Otin: Polifemo, Acís y Galatea. El enorme cíclope, de barba y cabeza crespas como una montaña, el furor de los celos en el pecho; está mirando desde lo alto de una roca á la divina Galatea en brazos del venturoso pastor. El gentil mancebo está absorto devorando con los ojos el rostro de su diosa, en tanto que ella, recostada con abandono en el regazo de su amante, ciñéndole con el brazo por el cuello, duerme el sueño de la voluptuosidad y del amor. Allí me dejé estar hasta el anochecer. Cuánto envidia, Néstor, á los seres dichosos! en vano busco yo en torno mío algo que me vuelva la calma que he perdido. Quisiera perder la memoria y sacarme los ojos... En dónde no la veo? Quisiera convertirme en piedra, quisiera ser yo ese silencio eterno de la nada.

Qué de cosas me dices en tus cartas. Adiós, Néstor, no dejes de escribirme. Qué de cosas me dices. Perdóname, querido amigo, perdóname. Cuando veo tu corazón y el mío... Y con qué

acierto piensas, y qué reflexiones tan justas, qué moral tan severa, qué frialdad... ¡Feliz tú que así piensas, que así sientes!



Desde hace algún tiempo soy amigo de un joven inglés de agradable trato y modales cultos. Viste con elegancia. Aunque inglés de sangre y nacimiento, es alegre de natural, y su ática conversación interesa á poco que se le trate. Pero sobre todo su corazón sano, sus sentimientos finos y delicados es lo que más me atrae. Pruebas me ha dado de estimarme en alto grado. ¡En donde quiera hay seres benéficos en medio de tanta maldad de que está llena la tierra! Me habla mucho de Bombay, donde vive y se ha casado con una criolla. Es socio allí de una casa comercial. Ha venido á París acompañando á Mr. Cook y por visitar de paso á su madre, que actualmente está en Meudón. “Desde el punto de vista artístico poca cosa tiene usted en Bombay, me dice, pero me habla mucho de Bombay, mucho de sus pescadores. Según me han dicho, estragos está haciendo allí el cólera-morbo en estos días; pero él quiere mucho esa tierra, y ama mucho á su esposa. Es tan franco en el hablar, en todas sus maneras, y al mismo tiempo tan delicado en todo, que desde un principio infunde confianza y despierta en el ánimo gran simpatía. Conozco que goza mucho cuando me habla de la patria de su esposa, y yo tengo verdadera complacencia en escucharle: me dice que de Bombay se domina una isla hermosa, la de

las Grutas ó Isla de los Dioses, donde hay famosos templos — grutas de los bra- manes, y donde se rinde culto á Tri- murti el dios de tres cabezas, no menos que al simbólico y misterioso LÍngam. Me habla de paseos á aquella isla. Real- mente me interesa todo ello: me dice de Bombay muchas cosas; me cuenta historietas ocurridas allá, que harto prue- ban que el género humano padece en todas partes. Conoce mi situación; en- tiendo que se lastima de mí, y al disi- mulo me da buenos consejos. Es muy bueno: yo he llegado á quererle mucho.



Antes solía Julio visitarme con algu- na frecuencia; pero van días que se ha retirado del todo. Yo, te diré con franqueza, no me he atrevido á recon- venirle; por qué? todo cuanto él ha- ga es justo, y yo debo recibir con la mayor resignación cuanto me venga. ¿ De qué me serviría el rebelarme contra una peña que sobre mí se desplomara?



Dios ha puesto al corazón humano un término fatal: todo remata con la muer- te ...



No pocas veces me he preguntado á mí propio: qué! ¿ es un sarcasmo esto que llamamos civilización? Estas son las naciones que asombran al mundo con

su poder y grandeza? Cómo es posible que la miseria tenga aquí tan vastos dominios, y que el hambre reine donde reina la abundancia? Cómo sucede que en pueblos que no son bárbaros haya corazones tan duros, conciencias tan encallecidas á fuerza de faltar á sus deberes? ¡Y casi todos piensan en América, en mi tierra sobre todo, que en París todo es placer! Estas mujeres, que otros miran como instrumentos de deleite, son para mí objeto de la más profunda compasión, excrescencias del progreso, llagas vivas de la humanidad doliente. ¡Cuántas hay de ellas que serían honestas si tuvieran lo necesario para la vida! ¡Y cómo se venden hasta por un franco las infelices! y persiguen y se encarecen sin asomos en su rostro de pudor ni de vergüenza, cosa de quedar impasibles á un nó redondo de los hombres. Esto para nuestras mujeres de América es imposible. Pudor, ¡santo pudor! el más precioso dón del cielo: todo el encanto de la mujer está en el pudor, y éstas de aquí no lo tienen. Frías, indiferentes en todo caso, entréganse estas desgraciadas al mejor postor, sin importarles un comino las prendas personales: que sea negro, que sea blanco, que sea feo, que sea hermoso, que bueno, que malo, qué importa? lo que quieren es vivir, vivir á todo trance; y si uno les ofrece solamente para hoy día, ellas se venden á quien les da para hoy y para mañana. Ay de la mujer que no ha comido, y carece de un vestido decente, á pesar de tanta diligencia, de tanta humillación! porque se ha de ir á su casa, se ha de encerrar en ella, y ha de acabar de una vez con su mísera existencia con el veneno ó con

la asfixia. Y si por el contrario, su buena suerte la hizo hermosa, y halla siempre lo que busca, ¿cuáles son á poco las consecuencias de su libertinaje? los hospitales lo están diciendo, sin las miles que se sustraen á la vista de los demás, y se consumen á sus solas víctimas de enfermedades crónicas y vergonzosas. Miles y miles son, según la estadística, las mujeres de mal vivir en París, fuera de centenares de otras, que tímidas y pudorosas no han salido á luz todavía, y así compran por lo bajo el pan de cada día, á costa de su virginidad y su pudor. Las hermosas, libremente, á la luz de los grandes bulevares; las feas, en estrechas y oscuras calles; las recatadas, en sus casas, por la mayor parte más que el deleite buscan la vida. Pues qué si venimos á los barrios del este de París, á Charonne, por ejemplo, á la Villette, á Montmartre? La pobreza en sus más tristes formas está campando allí al ojo del investigador: casas viejas construídas á la antigua, donde los ancianos viven rodeados de larga familia, de nietos abundantes y andrajosos, y apiñados todos en estrechos y lúgubres aposentos; alimentos mal sanos y escasos: carne de caballo, carne de mula, carne de burro, mariscos podridos, aguas de campeche por vino, pan prieto y pesado; en fin, el hambre, la sed, la desnudez, y lo peor de todo, el embrutecimiento y la degradación á que los ha reducido la miseria. Tiemblan estas gentes que llegue el invierno, y con razón, porque en esos días los que no mueren de frío, son en todo caso víctimas infortunadas de los rigores de la naturaleza y la civilización, dos madrastras del pobre. Y ya

hoy se ha dejado sentir el frío en forma, pues ha bajado á dos grados bajo cero la temperatura. La neblina que cubrió á París esta mañana, tan espesa fue que suspendieron hasta cierta hora del día la marcha de los vaporcitos del Sena. Y sopla todavía un vientecillo muy delgado que penetra hasta los huesos de la cara. Y cuenta que apenas estamos á principios de noviembre y que aun tenemos casi un mes de otoño: de suerte que el frío irá aumentándose cada vez más, lo cual es una amenaza de muerte para el pobre. Carecen sus casas de caloríferos y estufas; en sus cuartos no se ven chimeneas, y si las hay, el pobre no tiene para leña ni carbón. Haga el tiempo que hiciere, ha de salir por la mañana en busca de trabajo, so pena de perecer de hambre, y ha de andar por el lodo y por la nieve, aspirando niebla: los dedos de los pies y de las manos le duelen por el frío, las orejas le duelen, la nariz le duele, y el estómago está vacío; pero con desfallecimiento y todo tiene que trabajar, porque tiene que vivir y porque tiene hijos: no puede, como el noble del barrio de San Germán ni los opulentos de los Campos Elíseos, del Arco de la Estrella, del Parque de Monceau, no puede el pobre quedarse en su cama toda la mañana, en su casa todo el día, ni salir á la calle en coches cerrados, con rejuelas para calentarse los pies, con buenos sobretodos, con ricas y abrigadas pieles: no puede nada el desvalido. Y esas pobres mujeres, esos ángeles caídos, hijas del infortunio, ¿dónde las enaguas de franela ni de seda, dónde las batas de vicuña, ni las mantas ni ropones aforrados en pieles? dónde las *boas* de plumás

de avestruz ni los guantes ni el manguito que llevan las opulentas? Terrible plaga es la pobreza, amigo, contra la cual poco ó nada ha podido aún la sabiduría de los hombres: la pobreza es y será, en tanto que subsista sobre la tierra, sobre todo en estas poblaciones populosas como París y Londres, la fuente inagotable de lágrimas y abatimiento, de degradaciones sin número, de vicios nefandos, de crímenes horrendos. No hay cosa más lastimera como esto de ver cómo sucumben las gentes, cuánto son pocos los corazones de fierro que resisten soberbios á sus golpes.

Ayer, á eso de la una de la tarde, en acabando de almorzar, salí, como suelo otras ocasiones, á dar una vuelta por estos contornos. Me llena el alma de tristeza ver cómo la naturaleza va descendiendo por el camino de la muerte: antes, vigorosa como la juventud; ahora, como si las fuentes de la vida se hubieran agotado, todo va amortiguándose y perdiendo su antigua lozanía. Las ramas de los árboles, ya casi son esqueletos, los troncos, casi son carbones; el tiempo está cubierto y cada día va triunfando más y más del rey de nuestro sistema planetario. Todo anuncia que el invierno se aproxima. Así andaba yo, paso entre paso. Paréme en la calle de Pierres, N^o 11, á leer una inscripción grabada sobre una placa de mármol, que han fijado en la fachada de esa casuca vieja, que dice que dicha casa perteneció á Armanda Béjar, mujer de Molière, y que allí vivió ella con su hija. Y seguí mi camino

Pasé por una encrucijada donde se ve un busto de Rabelais, de mejor gusto artístico que aquel otro de la plaza. Todo esto se veía al través de la niebla, más como fantasmas que seres reales. Diríjame hacia Bellavista, cuando á la vuelta de una esquina veo acurrucada contra la pared una muchacha de diez á doce años, de pelo castaño, de facciones graciosas, pero en extremo flaca y pobremente vestida. Tenía en las faldas una criatura de algunos meses de edad, que ya lloraba. Interesóme tanto ese cuadro, que llevado del deseo de saber lo que él significaba, me acerqué á ella y le dije :

—Qué hace aquí, niña, en este frío, en este sitio ?

La chica, entre tímida y sorprendida, alzó la cabeza y me miró, y con los ojos puestos en mis pies, respondiome :

—Nada, señor, no soy de aquí, no tengo donde entrar.

—De dónde es Ud. ?

—De París, del barrio de la Villette.

—¿ Pero cómo es posible venirse de barrio tan distante con esta criatura ?

—Es mi hermano. Mi madre me dijo : “Ánda, hija, con el Esteban, (que así se llama el chico), al Bajo Meudón á casa de tu tía, donde tendrán algo que comer, en tanto que yo trabaje con mi hija mayor para el día de mañana ; que como no tuve trabajo ayer no tengo ahora qué darles”. A mis otras hermanitas las envió á mi otra tía. Nos dio un pedazo de pan con vino, y nos mandó. Y como aquí hemos encontrado cerradas las puertas,—prosiguió, mostrando con los ojos una casucha vieja que estaba delante,—no tenemos donde entrar.

Conmovióse tanto la muchacha á estas últimas palabras, que en poco estuvo que no llorase.

—Y tiene Ud. padre?

—Sí señor, pero nunca nos da nada.

—Es pobre?

—No, es rico, vive en la Plaza de la Bolsa, mas ni quiere que le veamos ni jamás se acuerda de nosotros. Una vez me dió á mí una muñeca.

—Tan infame es ese hombre?

Calló la muchacha: yo me arrepentí de haberme expresado tan duramente, que al fin y al cabo era su padre. Le di unos francos, les llevé á mi cuarto y les di de comer hasta que quedaron hartos; después de lo cual les tosté unas castañas y les acompañé al Sena hasta embarcarles de vuelta para su madre. De allí regresé á mi cuarto lleno mi ánimo de tristeza á escribirte la anterior.

~~~~~

Mi amigo el inglés se empeña mucho en llevarme consigo. Me ha hablado en nombre de Mr. Cook, gerente de dicha casa, para que acepte un puesto en ella. Me ha descrito el establecimiento de Bombay: dice que está situado en *Malabar Hill*. Mi amigo vive en un barrio llamado *Colobo*. Tengo en mi cartera estos nombres. El comercio de esta casa consiste principalmente en llevar de Bombay perlas y palo de sándalo á la China. En fin, me asegura que mis viajes á la China llegarían á gustarme con el tiempo.

Temeroso Julio del invierno, trató ya de trasladarse á la capital con la familia ; pues á pesar de que está ahora más casero que antes, ó quizá por lo mismo que está forzado á ello, es cosa muy pesada para él esta estación en el campo. Tal pensamiento me contrarió sobremanera, porque habiéndole yo dicho que pasaría en Meudón toda la invernada, suponiendo que ellos harían lo mismo ; no podía, sin imprudencia, seguirla á París, y así habría yo tenido que permanecer aquí más tiempo. Afortunadamente para mí, el médico que cura á la florentina, triunfante como está, aun se opone á que hagan vida de ciudad, alegando que si ha conseguido hasta ahora curarla casi radicalmente de sus males, era debido en su mayor parte á la benéfica acción de los puros aires del campo, y que el invierno, lejos de ser un obstáculo, favorecería infinito á la enferma, que en realidad de verdad ya casi no lo está. Teresa, más dócil que Julio á las razones del médico, ha influido en su hermano para el efecto de quedarse, y lo ha conseguido : de suerte que me tienes tranquilo por ese lado. Le ha prescrito eso sí el médico á Clementina que salga de casa estos meses lo menos posible, y menos cuando llueva y haga neblina ; que evite las transiciones fuertes de temperatura, que siga como siempre las abluciones de cuerpo entero en agua fría las mañanas en levantándose de la cama, y que después de fuertes frotaciones se abrigue y haga ejercicio dentro de casa. Esto le ha dicho, aparte de otras menu-

das prescripciones. Pero te aseguro que ha sido el médico tan acertado que no parece sino que se hubiera propuesto no sólo combatir en ella una enfermedad, más también aumentar su hermosura. Qué bella está! Porque has de saber, Néstor, que en días pasados desmejoró tanto, que su belleza más que en el color de la piel ya no consistía sino en la acabada perfección de esas líneas serpentinadas y en esa pupila negra de sus ojos. Ahora añade á esto lo que había perdido y que al presente ha recuperado, la púrpura de sus labios voluptuosos y esa palidez divina de su rostro, palidez que no nace de enfermedad sino de un capricho feliz de la naturaleza. Te digo que esa palidez me enajena. Los cabellos tiene ahora más largos y abundantes, y sus ojos de mirar profundo le brillan como negras estrellas: es alta, es delgada, de formas divinamente torneadas: ese talle, ese cuello, el cuerpo todo tiene la esbeltez de una estatua de Lisipo. Tiene no sé qué de aéreo esta mujer, y con todo, Néstor, y con todo me enferma de alma y cuerpo la vista de esas divinas curvas de sus senos. Ahora que está restablecida quisiera hablarte de su hermosura; pero en vano te hablaría de ella, en vano, es preciso verla, Néstor, es preciso verla... Cuando se sienta al piano es una reina, y no te cansas de admirar esas manos gordillas, blancas, chicas; esos dedos tan delicadamente torneados. Lo cierto es que estoy en un resbaladizo tal que veo el abismo á mis pies, y no sé á dónde voy á parar. Y no me aconsejes nada, te lo ruego, porque sería para precipitar más mi perdición. Recuerdas? En una de tus

cartas no há mucho me estrechabas encarecidamente á que, para salir de este caos, fuera yo retirándome poco á poco de su casa, que comenzara por no ir sino de ocho en ocho días durante dos meses, después cada mes ; que bien pronto me acostumbraría á no verla, y así acabaría por olvidarla. Pues resolví, siguiendo tu consejo, no irme una semana entera, ¿y qué sucedió? que yo mismo no me pude aguantar : tal era la bilis que tenía : hasta que á los seis días de ese rudo batallar de mi pasión, rompí con mi juramento, y un domingo muy temprano, contra costumbre, una mañana que lloviznaba, corrí hacia ella ; y no solamente me fui una, sino tres veces aquel día, y volví el lunes, y volví el martes, y no conseguiste otra cosa que aumentar con mucho la violencia de mi amor.



Qué mujer tan malvada ! qué alma tan vil, qué corazón tan ponzoñoso el de esa flaca y verdosa de quien ya tantas veces te he hablado. Nunca la he creído buena, pero ha sido mucho peor que pensaba : le quita el sueño y corroe las entrañas la negra envidia. Qué mal ha recibido de mis manos, qué mal de Clementina ? pues de dónde esa ansia de perdernos, de procurarme un daño peor mil veces que la muerte ? Oh Néstor ! más temible es una mujer envidiosa y que lleva espada de dos filos por lengua, que el salteador de caminos que con puñal acecha á la víctima inocente en el seno de la noche.

Estábamos á la mesa en casa de Julio,

su familia, yo y la víbora. Como nos sirvieron anguila, saltó la víbora, y en tono de chanza dijo :

—Dicen que el pescado nos hace fecundas, verdad, Clementina ?

Y echó sucesivamente un vistazo preñado de malicia á mí y á Julio. Clementina, á quien no se le alcanzó el sentido de tales palabras, llevó adelante la broma, y echando vino en el vaso de la bromista, respondió :

—Así aseguran, dado que se le acompañe con una copa de burdeos.

Llegados los postres, volvió á los chistes la ponzoña ; porque has de saber que se las da de muy chistosa y aguda, y con la copa de Málaga levantada, volvió á decir : “Á la salud de los que bien se quieren”, viéndonos alternativamente las caras á mí y á Clementina, y echando un vistazo á Julio. Aquí, como ves, ya la cosa fue más seria. Acabada la comida, pasámos á tomar el café al cuarto del piano. Yo había dicho á Teresita, antes de sentarnos á la mesa, que deseaba oírle la Marcha Turca de Mózart, que había tocado otras ocasiones, pues gusto de esa marcha semibárbara, porque ese aire animado, un tanto marcial y melancólico á la vez, me recuerda la música americana. Hasta que sirvieran el café, sentóse al piano á tocar la dicha pieza. Pero yo no estaba ya para nada, que el contento de poco antes se me había convertido en ira contra ese monstruo de mujer. Y el temor de que Julio hubiese llegado á traslucir algo, me redujo á tal timidez que en vano procuraba yo disimular. Tomábamos el café, y como si lo anterior no le hubiera bastado para dañarnos, zornó á los chistes la infame :

—¿No gustas, Clementina, del café?

—No es eso, respondió la otra, sino que no me sienta bien, como ya te he dicho otras veces.

—Ah, ya caigo, sí, tienes razón, es que debes de estar muy nerviosa estos días, verdad? Y usted, prosiguió dirigiéndose á mí, supongo que estará usted otro que tal, y que el café que está tomando le va á poner más nervioso todavía. ¡ Dos nerviosos! exclamó echándose á reir, festejando ella misma sus gracias.

Pero tanta malicia y maldad reveló esta última vez, que se puso terrible. En sus ojos, en su modo parecía decir claramente á Julio: "Mira como estos dos se quieren, no seas bobo".

Esto acabó por trastornarme: el mundo se me venía encima. Qué hacer? disimular? imposible; lanzarme sobre esa mujer? era perderme de una vez. Á Julio no me atrevía á verle, á hablarle, menos. Qué trance tan duro! Y como si todos hubieran estado como yo, guardaron silencio ese momento, hasta que Julio lo rompió llevando la conversación á cosas tan diversas, que me creí que nada se le había alcanzado de cuanto acababa de escuchar. Esto me volvió el alma al cuerpo, y me dió valor para continuar un rato más allí. Esforcéme en disimular mi turbación, pero me figuraba que todos en mi semblante conocían lo que pasaba en mi interior. Tomé á poco mi sombrero, y cuando di la mano á Clementina eché de ver que estaba temblorosa. Pensé en todas las consecuencias y me estremecí. En efecto, no me había engañado: Julio lo ha comprendido todo y ha dicho á Clementina que él ya había notado desde antes mi afición

á ella, pero que había disimulado por temor de ofenderla en su amor propio, estando como estaba muy convencido de que ella no le sería infiel jamás. Pero una vez que gentes extrañas habían llegado á comprenderlo, fuerza era que yo no frecuentase su casa tan á menudo. Y de hoy más—había añadido con tono imperativo—quiero que te muestres menos deferente para con él. ¡Alegre estará esa mujer que tanto daño me ha hecho! pero es negro placer aquel que se cifra en el mal de la inocencia: el día que hubiere dañado yo á uno de mis semejantes, ese día era para mí la abdicación de una corona, y el trueque de mi justo orgullo en vil humillación. Pero qué tengo yo de extrañar que conmigo haga lo que hace, cuando con su hermana tan buena, tan inofensiva, es lo que es esta terrible arpía? Si tu haces una manifestación de buena voluntad á su hermana Isabel, ya la ves inquieta, haciendo por atraerte hacia ella y obligarte á tu pesar á ser galante y complaciente con ella, con preferencia á la otra. En la mesa, en la tertulia quiere el monopolio de las atenciones de todos y la galantería de los mozos. Cuando habla la ojos de víbora todos callan, pues no es posible otra cosa, según que alza la voz de manera de sofocar todas las otras. Y lo curioso es que ella se cree que todos callan no más que por gozar escuchando sus donaires; cuando esos modales afectados, esa voz y esa risa fingidas hieren en lo más vivo. Envidiosa, soberbia, habladora, amiga de herir con sátiras groseras, en todo el reverso de su hermana, todo lo contrario de lo que debe ser una mujer bien educada. En ca-

sa de Julio, todos prefieren á Isabel y la estiman en gran manera, y con todo, ella visita poco; que la intrusa es la arpía. ¡ Cuando presume de escritora la necia! Tengo escrita,—dice con la mayor desvergüenza,—la historia de mi vida, y mucho se empeñan amigos redactores de periódicos en que se la dé para publicarla en sus diarios! Y yo he visto vilettes de ella dirigidos á Teresa, en que hay más faltas de sentido que renglones, y más puntos de ortografía que letras. Escritora! y no sabe distinguir un libro bueno de un malo. El otro día me pidió uno, diciendo que mucho gustaba de leer, que era ésa su delicia, y se admiraba de que hubiera mujeres que no sabían lo que era un libro. Yo le presté el Gil Blas de Santillana por Le Sage, y á poco me lo devolvió sin terminar su lectura por haberle parecido *insubstantial*. Si tú le preguntas por el autor de un libro que lee, no te sabrá responder, y los para ella predilectos son esas novelas eróticas de escritorzuelos sin sentimiento, que se ganan la vida *alquilándose* en las casas editoriales para componer cada mes un libro sobre un asunto improvisado. Y la arpía es zalamera que irrita: á juzgar por lo que dice de viva voz y por billetes, se muere de amor por Teresa y Clementina. Mas en realidad de verdad la envidia le come las entrañas. Ojalá todos los hombres la adorasen; quisiera tenerlos á sus pies quemando incienso á su vanidad, y que toda mujer fuera testigo de sus triunfos. Esta sería su dicha suprema. De ahí el que no sabe sufrir que un joven se apasione por otra: quiere que el corazón de los demás sea caprichoso y versátil como

el suyo, y que habiéndolo puesto en una, lo retire para ponerlo en ella. Muchas veces ha pretendido atraerme hacia sí, y no pierde ocasión de hacer ver á los demás que tiene pie chiquito, que es inteligente y muy leída: mas como no puede rendir corazones con su falsa hermosura y sus desmochadas agudezas, pretende hacerlo echando mano á los adornos y atavíos de su persona. Y así la vemos cambiar de traje con frecuencia, observar escrupulosamente las leyes de la moda, usar hechuras y telas que correspondan á cada estación y lugar, y todo con el mayor lujo y primor: que para salir del comedor, que para paseos y teatros, que para invierno, para verano, para la primavera. Y enaguas de muselina de seda, ó de rasos de vivos colores, y chales de pelo de cabra de Cachemira, y crespones de la China, y encajes de Chantilly, de Alençon, y joyas, y dijes, ¿qué sé yo cuántas y cuántas otras maravillas? Y siempre nos está dando á entender lo que le ha costado una piel de armiño, una pluma de marabú, una esclavina. Y que las ha comprado en la Calle de la Paz, en el Bulevar de los Capuchinos, ó cosa por el estilo. Con la venida del invierno está contentísima: dice que ya han de comenzar los bailes en París: gusta mucho de veladas y tertulias. Se acuesta tarde y duerme hasta bien entrado el día: toma el desayuno en la cama, y se pasa en el tocador hasta la una de la tarde, hora en que suele almorzar. Parte del día lo emplea en *ilustrarse* leyendo, como ella dice, sin que se le dé un ardite ignorar como ignora todo aquello que es propio de una mujer hacendosa. Las faenas domésticas, para su hermana;

para ella peluqueros y modistas. Como te he dicho, más de una vez ha intentado inclinarme á ella; pero yo, no sólo no le he dado gusto, sino que no he perdido ocasión de manifestar á Isabel mis mayores consideraciones y respetos, y á la tal Genoveva, por el contrario, indiferencia y hasta desprecio. Esto la ha irritado contra mí, y ésta y no ótra es la causa de su criminal y villana felonía.

Yo no sé qué quebranto mortal se ha efectuado en mi alma, qué presagios de muerte veo por doquiera. Un vacío inexplicable siento en mi interior. La imagen de la muerte me persigue: llevo los ojos al fondo... y en vano me esfuerzo en detener mi caída: una fuerza oculta me arrebatada como en impetuoso remolino á los abismos de la nada. ¡Que se le impongan reglas al amor! Dime, Néstor, si tienes corazón y has amado como yo, ¿hay absurdo mayor, hay cosa más cruel? Que estas reglas me impusiera mi madre, mi padre, el cielo mismo, juro que no me abatiría tanto. Pero el marido de Clementina... Yo sé lo que son los celos, yo sé lo que es el amor propio ofendido; no ignoro el derecho que á él le asiste, y sobre todo, yo sé lo que ella es, y en cuánto estima su honor. Verse ofendida con esa delación infame, ella, que mil vidas sacrificará antes que dejar de cumplir con sus deberes de esposa! Ver que ya las gentes han descubierto nuestro amor inocente; verse reprendida por mí de su marido; ella la buena, la virtuosa, dime, ¿no es para tenerme por perdido por grande que fue-



ra el amor que ella me tuviera? No quiero pensar más en esto, porque ímpetus extraños me acometen, que me hacen temer de mí mismo.



A juzgar por la apariencia nada ha cambiado en casa de Clementina respecto á mí: el mismo cariño, la misma confianza: Julio siempre el mismo, Teresa siempre solícita; y con todo, yo sé bien lo que ha dicho Julio, yo sé lo que ha dicho su hermana. Cuatro veces ha vuelto á casa de Clementina la judas que la vendió, y otras tantas ha hecho ella decirle que no había quien la recibiese, que todos estaban fuera de casa; hasta que ha salido la judas hecha una furia, diciendo que bien comprendía que se hacían negar, y que no volvería más. Esto ha hecho Clementina, mas, lejos de consolarme esta su actitud, ha aumentado mis temores. Hasta aquí nada me ha dicho, pero trasluzco que algo terrible está pasando en su ánimo. Menos risueña que antes, ha entrado en una especie de mutismo que desespera: si alguna vez me mira, sus miradas son rápidas. Cuando entro, y me ve, esos sus ojos se abren de manera que me hacen creer que me recibe con el alma; pero luego los clava en la costura ó hace de la distraída, y así habla, así conversa, eso cuando conversa. Esto es para matar. Voy á ella con ilusión de verla, y no voy más que al suplicio, y cuando salgo, ni sé por donde salgo. Imposible es, ya lo veo claro, que esto pueda durar mucho tiempo. La levadura va fermentando... el fuego de este volcán

va acumulándose día á día, y yo no sé cómo termine mi existencia. La idea de suicidio como un relámpago cruza mi espíritu tempestuoso, y estos relámpagos se repiten dejando grabado en mi ánimo no sé qué presagio horrendo. Amo la vida, Néstor, como el que más; pero mucho me temo de mí mismo, porque hay impulsos interiores tan fuertes que sobrepujan á la razón y la voluntad. Sólo Dios sabe las veces que he pasado y repasado el puente, impelido de ese deseo de echarme al río y acabar de una vez con esta vida que ya me cansa. Me acuerdo de aquel día que estuve en la cima de esa alta roca en el parque de la *Buttes - Chaumont*: medía el abismo con los ojos y contemplaba allá adentro esas rocas erizadas de puntas que podían recibirme . . . Detesto el cobarde y criminal suicidio, y me siento fuerte para resistir con entereza á todos los embates del destino. Pero hay algo, Néstor, hay algo siniestro que me aguarda.

~~~~~

Quando me ve entrar, no está en ella; no sé qué temor embarga su ánimo: quisiera disimular, pero no puede. Conozco que se lastima de mí, que bien quisiera ahorrarme tanto sufrir: tiene rasgos harto generosos. Ay! pero rasgos y nada más, inspirados sin duda por esa bondad de corazón que ella tiene; pues el hecho es que cuando me ve, tanto se inquieta, que no sabe qué hacerse, y más si la encuentro sola. Yo que la conozco íntimamente sé á qué obedece en ella cada acción suya: nada se me escapa para tormento mío: No me parece sino

que estoy por demás allí, que á ella misma la fastidio, y por disimular mi vergüenza y respirar con cierta libertad, salgo con sus sobrinitos al jardín, donde, mientras ellos persiguen las mariposas, yo me dejo ir parando aquí, parando allí, arrancando al paso una hoja, viendo correr el agua de un arroyo. Pero está mi pensamiento tan lejos, que no hago estas cosas sino maquinalmente. Me había sentado una tarde sobre una piedra: pensando estaba en mi suerte, mientras que hoja por hoja, sin saber lo que hacía, arrojaba al arroyo una flor, que días antes me había puesto Clementina en el hojal de mi vestido: Sonó en eso ruido en mi cabeza: alcé los ojos y vi que Clementina me miraba de la ventana. Volví á agacharme como avergonzado y me mordí los labios... Ay! Néstor, así paso los días. Antes era yo tan alegre, y tenía tanta confianza con ellas, que las tardes ó las noches de luna, las sacaba á paseo en canoa por el río: soy diestro remador, y me gustaba remar con ellas. Ahora... á nada me atrevo. Antes, con qué gusto me sentaba al piano á tocar un yaraví de mi tierra, ó con Eugenia en mis faldas, hacerle pulsar las notas: ahora tengo vergüenza de todo, tengo temor de todo, me parece que de todo se molestan. Todas las puertas se me van cerrando, y mi espíritu se me pone cada vez más sombrío. Cuando la miro largo, y ella hace que no me ve, ímpetus de orgullo y rabia me acometen: tengo ganas de salirme desdeñándola. Pasan esas oleadas, y se le rinde otra vez mi corazón.



Quisiera salirme de esta vida, y desde una cima abarcar de una ojeada el más allá. Qué será eso que llamamos eternidad? qué será esto que llamamos corazón? Este rayo que apellidamos alma, que cruza fugaz la tierra, ¿se apagará en el frío de la tumba? habrá injusticias en el otro mundo? conspirarán contra uno los hombres y las cosas? le oprimirán, le torturarán como en la tierra? Cuando en la mitad de la noche alzo la vista al cielo, y miro allá á las profundidades de la bóveda celeste, donde millones de mundos luminosos hablan un lenguaje misterioso que sólo mi corazón entiende, entonces me figuro haber hallado la resolución de estos problemas, y digo: Allá está Dios! La esperanza me ilumina, y mi espíritu se serena al contemplar el profundo reposo de esos mundos, esa paz y felicidad imperturbables. Allá ni tempestades ni llanto: todo amor, todo armonía, todo hermosura. Allá está Dios! Y pienso en ese día en que yo he de estar allá aclamando con ella la gloria del Eterno. Y me quedo inmóvil, y lágrimas de gozo y bienandanza rebosan en mi pecho. Pero bajo á la tierra... ay Néstor! y como si en un fango hubiera dado conmigo, todo me repugna, y la duda vuelve. ¡Tanta maldad en los hombres, tanto aborrecerse los unos á los otros, tanta hipocresía, tanta envidia, tanta vileza! Esta tierra de corrupción ¿tendrá algo que ver con la eternidad de Dios? no será la nada el justo castigo de sus iniquidades? En vano trato de consolar-

me volviendo sobre mí á lo más hondo de mi sér: Todo es misterio y horror en este abismo de sombras, donde siento un volcán cuyos estragos tiemblo, donde veo relámpagos que pasan, y oigo rugidos que me estremecen.

~~~~~

Qué buena es Clementina, qué buena es. Ayer sobretarde me fui á su casa: la encontré sola en su cuarto, pero me recibió con ese modo de siempre, que me dejó corrido. Los chicos, á quienes nada de lo que pasa se les trasluce, se abalanzaron á mis piernas á abrazarme. Turbado yo, viéndola así, todo yo tímido y encogido, no supe qué hacerme. Aparenté jugar con ellos, después, abrí un libro, que arrojé con despecho. Abrí la ventana que da al jardín, y me puse á considerar cómo la naturaleza derramaba sus dones con mano desigual tanto en las cosas como en los hombres; cuán rigurosa se mostraba con una y cuán benigna con otra parte de la vegetación en el invierno: ramas sin ojas, troncos negros y muertos, por un lado; el verdor y frescura de los abetos, por otro, de las yedras que cubren troncos y paredes, de los céspedes de esmeralda que rodean las bullidoras fuentes. La vista del pino, cubierto ahora de escarcha, me recordó aquel otro de Florencia. Más de una vez me había ella hablado de aquel pino que plantaron el día en que nació, contándome que su tío había dejado grabados su nombre y el de ella en ese pino. En esto estaba yo, cuando sentí que alguien se me acercaba. Vuelvo la vista, y veo á ella delante de mí. “En qué

piensa, Abelardo?" me preguntó. Sentí á estas palabras algo como resentimiento, como despecho. La miré sin decir palabra, me mordí los labios y vi al vacío procurando sofocar la emoción de mi pecho. "Está Ud. pálido y ojeroso, prosiguió: yo sé que duerme poco, que vaga mucho. Esta vida en estas noches crudas, en esta dura inclemencia de los hielos, es para acabar con las naturalezas mejor constituídas, y más la suya tan delicada. Ud. es solo, pudiera enfermar, y sería triste eso de verse así lejos de su suelo natal. Ud. tan estudioso antes y tan alegre, ¿por qué ahora tanto abatimiento y abandono?" Y alargándome la mano, con cierta autoridad, me dijo: "Quiero que no vuelva á hacer eso". Y cambiando al punto de tono, con ternura, como si hablara á un niño, tornó á decirme, "Oye, Abelardo? no vuelva á hacer eso". Yo no le respondí palabra, yo me callé, yo no hice á todo esto sino callar. ¡Y con qué delicadeza me habló! cuánta bondad! Todos los hombres estamos condenados á ignorar cómo es Dios: tú estás condenado á ignorar cómo es ella. Su mirar es magnético, y la envuelve no sé qué ambiente de poesía, que aparece á mis ojos como una cosa divina, que al par que amor, infunde veneración. Me rozo con su vestido, y un flúido eléctrico siento por mis venas: sus pasos resuenan en lo hondo de mi sér de manera extraña, y ese perfumado viente-cillo que á su paso me manda á la cara, de tal modo me enajena, que la sigo con los ojos, la devoro con el alma.



Estoy contentísimo, Néstor, y con ánimo para todo: he dormido bien. Me tienes este rato, que son las cuatro y media de la noche, escribiéndote la presente en el salón de lectura de los Grandes Almacenes del Louvre, de este palacio de las cien puertas. Como el libro que me dio Clementina habla del arte egipcio, el griego, el romano, así como del Renacimiento y los Tiempos Modernos, cuyos originales ó copias se hallan en el Louvre; siempre que puedo vengo á París á contemplar las dichas obras. Muy temprano vine hoy día con ese objeto, y me he dejado estar en los museos hasta las cuatro, hora en que acostumbra á cerrarlos en invierno. De donde pasé aquí á comprar una cajita de laca del Japón con pañuelos para un obsequio, y á escribirte la presente. Más que por escribirte, por dar expansión á mi ánimo, porque ya rebosan en mi pecho esos raudales de sentimiento y poesía que brotan de los Agoracrites y Rafaeles, de los Alcamenes y Leonardos, los Praxiteles y Miguel Ángeles, los Géricault y los Corregios.

Qué palacio el del Louvre! qué palacio! qué magnificencia, qué inmensidad! Engendrado al soplo del Renacimiento italiano, y llevado á su apogeo por el genio de los franceses; este palacio es la obra maestra de los siglos, desde Lescot hasta Visconti y Lefuel, es el esfuerzo de vastas inteligencias, la imaginación condensada de artistas soberanos.

Así, así deben ser los templos levantados al Arte; todos de piedra, todos grandes, robustos y soberbios; rodeados de bosques, de jardines y de estatuas.

Estas masas enormes, esta inmovilidad eterna, hacen extraño contraste con el caudaloso Sena, que pasa al lado de él, humilde y mudo, cual si pasara delante de un monarca. Qué diría Francisco I, qué Pedro Lescot, si le vieran? nunca se habrán imaginado que su obra había de tomar con el tiempo tan colosales proporciones. Desde el incendio de 1871 por los comuneros, que destruyó la obra de Delorme, este palacio de las columnas, ornamentado por escultores como Juan Goujon, se tornó en un cuerpo con dos brazos: brazos gigantes como su cuerpo, brazos entreabiertos, que semejan dos cordilleras de montañas divergentes, brazos que parecen querer abarcar las más bellas regiones de la regia ciudad: las Tullerías, la Plaza de la Concordia, los Campos Elíseos, el Arco del Triunfo, el Bosque de Boloña... Todo el que viene por aquí, por rudo que sea, por mediano talento artístico que tenga, no puede menos, antes de penetrar en lo interior de tan augusta fábrica, que pararse á contemplar esta imponente mole del conjunto, sus cúpulas y galerías, sus arcos, pórticos y columnatas; sus leones y altos relieves de piedra, sus cien grupos alegóricos, y sus largas hileras de estatuas de mármol colosales, que coronan los muros y representan á los grandes de la Francia. Casi siempre que vengo á estos museos entro por el pabellón Denón, que es la entrada más grandiosa del palacio, gracias al célebre Visconti. No puede uno recorrer el interior del Louvre sin experimentar la acción de una fuerza superior que embarga el ánimo: salones y más salones á cual más regio y extenso; rotondas y series

de galerías interminables como la magnífica de Apolo; bóvedas espaciosas y soberbias; bellos artesonados; mármoles de colores en los pavimentos; arcos y escaleras monumentales por todas partes; relieves y pinturas en las techumbres, no menos que mosaicos que representan á los más grandes artistas y á las más grandes naciones que han rendido culto al Arte, ¿qué no se ve, qué no se admira en esta mansión de los dioses? El interior, por su riqueza artística y su magnificencia, está muy en armonía con el exterior del edificio. Con justicia se ha dicho del Louvre que es el más espléndido de cuantos son los palacios de la culta Europa, y el mayor del mundo, después del Vaticano. Imposible es, te repito, cuando uno entra en él, no sentirse sobrecogido de uno como temor religioso. ¿Cómo profanar tan sagrado recinto? cómo interrumpir con el ruido de mis pasos profanos este silencio solemne de los siglos que aquí duermen? Aquí duermen los siglos hasta el día en que han de alzar la frente á celebrar en coro el ensalzamiento de la humanidad entera y de la Infinita Belleza.

Subí á una de las mesetas de la Escalera Darú, y allí me senté á los pies de la Victoria de Samotracia. Me gusta este sitio, por estar contiguo á partes sombrías de la misma escalera, donde se ven féretros etruscos, sobre los cuales están recostadas, tristes y silenciosas, unas mujeres con la mirada fija, como sumidas en la más profunda meditación sobre la muerte: están guardando el sueño de los que yacen dentro. Mi imaginación corrió por los laberintos sin fin de estos museos, y sentí sobre mí ese

rato el peso todo de las pasadas edades. ¡Y con qué rapidez vertiginosa, con qué locura sublime recorrí en espíritu los pueblos todos de la tierra, al través de un espacio de cuarenta y de sesenta siglos! Desde Menfis y la Tebas de las cien puertas, desde Tiro y Sidón; desde Nínive y Babilonia, desde los más antiguos dioses de la India, ¡cuántas y cuántas cosas vi en esta congregación de todas las civilizaciones! Un murmullo lejano y sordo, como de sombras que acaban de levantarse de los sepulcros; palabras entrecortadas, voces confusas y numerosas como enjambres de abejas, parecían bullir en mis oídos... Son éstos los murmullos de cien génios, de cien pueblos que han envejecido ya, de innumerables generaciones que han pasado; pero por cuyo seno en vida corrían raudales de belleza y poesía y sentimiento. Lo material de esos pueblos ha desaparecido, mas el espíritu no muere: viviendo está en sus obras. Hélos aquí congregados: aquí están los egipcios con sus dioses, sus momias y sus esfinges; aquí están los asirios con sus genios y sus toros alados; aquí los palacios de Persépolis; aquí los sarcófagos de los fenicios, las ruinas de Palmira; aquí los jonios y los dorios; Micenas y Tanagra; aquí las islas de Rodas y de Chipre, de Milo y de Mileto; aquí la Edad Moderna y el Renacimiento; aquí la Roma de los Césares; aquí la antigua Grecia, aquí los restos, ay! sólo restos del Partenón.



Ayer te escribí esa carta sobre los museos del Louvre. ¿Y piensas que se haya agotado la materia? No se agotara si te escribiera cien cartas, y cada carta fuera un libro.

Inexplicable es lo que pasa en mi alma siempre que visito estos museos: entro uno y salgo otro: mis pasiones se purifican. Entro aborreciendo la vida y á todo el género humano, y cuando salgo, todo veneno ha desaparecido de mi pecho, y la venganza se me há convertido en amor á mis semejantes. Conozco la fragilidad humana, y ya no me irrito, sino al contrario me lastimo de esta fragilidad y hago en mis adentros propósitos mil de trabajar y estudiar siempre á fin de contribuir en algo á disminuir los males de la tierra. Es que el divino soplo de los grandes maestros ha penetrado hasta mi espíritu; la contemplación de lo bello al través del sentimiento de grandes almas, ha purificado mi amor y mis pasiones. Mi ternura para con ella se aumenta, y mi fantasía se enardece con mayor intensidad. Al recorrer las galerías de pintura y las otras de los grandes estatuarios, no es la tierra, en donde me hallo; son mundos superiores á donde me remonto. ¡Y á donde voy veo su imagen, la imagen de la italiana! ¿Veo una Diana tras un jabalí ó una cierva? pues ella es, mi Clementina, y corro á su lado por páramos y montes: yo llevo el carcaj, yo grito y aliento á los perros cazadores. ¿Veo una Antiope, adormecida al pie de un árbol? pues ella es, y yo, ebrio de amor y de lascivia

como el padre de los dioses, me acerco á ella temblando, y tímidamente le alzo el velo que le entrecubré las caderas. ¿Veo una Angélica, de suelta cabellera, encadenada al pie de uua roca batida por las ondas? pues ella es, la bella florentina, y yo el Rogerio que la libra de la muerte hiriendo con mi lanza al monstruo que viene á devorarla. ¡Qué mundos aquellos, donde todo es poder y rendimiento en el uno; todo es amor y gratitud en la otra! Veo la Primavera de Poussin, y me conmuevo. Qué dulce sosiego el de esos amantes solitarios! nada hay allí que pueda turbar su reposo. Ni padecen celos, ni tienen vecindades, ni testigos sus amores. Pra-dos, flores, perfumes, aves, aura suave, aguas tranquilas, un sol radioso detrás de la montaña, entradas sombrías en los bosques por donde los dos amantes van á escurrirse luego. Quién no suspira al ver pareja tan amable y tan feliz? Pues yo veo en ella á Clementina, y por un instante, siquiera por un instante me creo en el Paraíso! Pero nada como cuando contemplo el Mercurio de Rude: se me exalta la fantasía y me late fuertemente el corazón. Cobro la agilidad del mensajero de los dioses, y con mis alas de oro y asido de la mano de mi amada, echo á volar por el espacio sin fin: azótanme en el rostro fuertes vientos, inflase y flamea el ropaje que llevamos, y la tierra, distante ya de nosotros y pequeña, vuela en dirección opuesta, y no hay límites para nosotros, y el infinito nos rodea . . .

Estamos en febrero : va á ser un año que estos campos se cubrieron de nieve, y vi á Meudón por la primera vez. Quién hubiera dicho entonces lo que aquí me aguardaba? Tal mudanza ha recibido mi sér en este corto tiempo, que no soy ya ni la sombra de lo que fui. ¡ Soy tan otro, tan otro, amigo Néstor! ... Nunca me imaginé que una mujer pudiera tanto. Los más violentos cataclismos no trastornan la naturaleza como ha trastornado la msa esta mujer. El hombre renace y comienza una nueva existencia el día que ama como yo amo. Las mujeres son para mí como si no existieran : sólo una me domina, sólo una me cautiva. Terrible es el amor, Néstor, pero hermoso, pero sublime! y este mismo infierno de mi pecho me hace gozar, puesto que es ella por quien así padezco. Hay cosas horrendas que me aguardan : ¿ Qué será de mí dentro de poco? Perderme por ella ... todo es gozar, Néstor, cuando es por ella.



Día á día me convenzo más de que mi situación empeora, de que corre mi perdición á toda rienda. Esa Clementina me da miedo ; ese Julio ... esa Teresa, que no sé qué tiene, que ya no es la que fue. Cada uno de ellos me infunde pavor. Como un salteador nocturno, como infernal aparición me espanta la presencia de ese Julio : cuando entro en su casa, mi espíritu se encoge. Fran-

camente que mucho arrojo es menester en mí para seguir frecuentando esa casa. Mi amor propio está herido, y no quiero ver el fin ... Bien pronto dejarás de recibir cartas más. Ímpetus me acometen á menudo de acabar con esta situación por cualquier camino. ¿De dónde vendrá que se tema tanto á la muerte? se verá desde allá á los seres queridos que quedan en la tierra? Tememos á la muerte; pero pasado ese golpe tremendo el cuerpo reposa. Yo quisiera más bien morir. Cosas hay peores que la muerte ... ¡Malvada mujer aquella que me vendió!



Esa Teresa ... Espectro que por dondequiera me persigue, serpiente, que sin ruido se desliza por mi cuerpo. No puedo visitar con libertad á Clementina, porque ha dado esa Teresa en la manfa ruin de acercarse muy despacio y sin ruido, y presentarse de repente como quien no quiere la cosa. Y como si nada la preocupase, echa á hablarnos en las modas del día, ó cosas por el estilo. Este procedimiento irrita sobremanera á Clementina, y con razón: esa Teresa nos va á perder. Violencia de una y otra parte, va poniéndose la cuerda tan tirante que al fin, al fin se ha de arrancar. Tengo sobre mi cabeza una montaña colgando de un cabello solamente. En vano trata de disimular su turbación Clementina cuando yo entro. Bien lo comprendo, lo que quiere es no verme. Una mirada alguna vez, palabras sueltas que nada dicen: eso es todo. Ese mutismo en que está encastillada es desesperante.

¡ Dios mío ! que nunca la hubiera conocido ! Y ser tan linda ! A medida que se vuelve más imposible para mí, más y más crece á mis ojos en hermosura y encantos. Esa bata que se ha puesto recientemente la ha vuelto más alta y majestuosa, y esos pechos abultados, esos pechos ... Yo no sé como no me sacó los ojos. ¡ Qué terrible es, Néstor, la voluptuosidad de la mujer ajena !



Una madre ! ... Cuántos han meditado sobre la excelencia de este vocablo santo ? quién podrá comprender todo el misterio que esta palabra encierra ? Una madre ! este solo nombre vale más que las armas que dan y quitan los imperios, más que el cetro de los monarcas, más que la tiara de los pontífices. Fuente de vida de cien generaciones, manantial inagotable de amor y de ternura ; luz que aclara los más oscuros pechos ; fuego que ablanda los más duros corazones. Cuando veo que en la madre está el porvenir de todo un pueblo, que es ella la salvación del género humano, que en su pecho no caben odios ni venganzas, ni envidia, ni rivalidades ; que es ella todo amor, todo ternura, y que no hay en la tierra cosa por grande que sea que pudiera sustituirla ! No sé por qué me estremezco : ya yo tengo á mi madre por bien muerta para mí : la distancia que nos separa es grande, y yo presiento que no he de volver á verla ... Dichosa esta carta que se va á la América, dichosa esta carta que se va á mi tierra. ¡ Cuántas lágrimas me va cos-

tando el escribirla! Pobre mi madre: cuando la escribo, no le digo nada, no le cuento nada, no sabe nada de mí. Quién me diera sus consejos ahora que tanto los necesito: Verme juguete de un corazón impetuoso, y rodar y rodar como una bola de fuego sin saber á dónde, y no tener una mano poderosa á detenerme en mi carrera ciega... Una madre! Dios se muestra más grande cuando se le contempla al través de una madre. Nada como ella. Pienso en la sociedad, y la aborrezco; pienso en la amistad, y la detesto: pienso en mi madre, y todo yo soy ternura y sinceridad como ella. ¿Ves una mujer demacrada y macilenta llorar en silencio día y noche? al través de lo grave de su semblante se trasluce la amargura infinita de su pecho. Si le preguntas qué padece, te responderá que nada, y la vida se le va consumiendo poco á poco. Antes tan lozana y alegre; ahora tan triste y dolorida. Quién es? qué tiene? Es una madre que tiene hijos extraviados. Una madre! amor sublime... mil veces maldito el hijo ingrato! sea confundido en los cielos y la tierra. Mi madre! qué triste sueño me cuenta que ha tenido: "Ocho días há que he pasado enferma—me dice—desde que vi en sueños una cosa de que no quisiera acordarme: te vi en un desierto: estabas sólo, al otro lado de una laguna lúgubre. En mi desesperación tendí los brazos como para alcanzarte, y tendiste tú también los tuyos hacia mí. Pero á cada esfuerzo nuestro el lago crecía y crecía sin medida: vino densa neblina á tus espaldas, y tú te dirigiste al encuentro de esa neblina, y yo vi hundirte

en ella como en un piélago sin fondo, y desaparecer tu imagen para siempre . . . Yo no sé por qué, ello es que me pareció ver escrito en esa niebla el *para siempre*". Estas últimas palabras están manchadas. Dñe á mi madre que recibí su carta, y que la parte manchada con sus lágrimas la he besado muchas veces. Dñe además . . . Mejor no le digas nada.

Adiós, Néstor.



Con frecuencia me acometen desvanecimientos de cabeza: oigo ruidos extraños cual si enormes cataratas se desplomaran de lo alto de un peñasco. De noche cuando cierro los ojos, veo cosas horribles; y hay noches que de repente me encuentro por precipicios en que apenas tengo dónde poner el pie, y ni una rama de que asirme, y veo al fondo y miro el abismo que me aguarda. Qué horror! Muy mal me siento: pierdo el equilibrio á ratos, y parece que me voy á caer. Duermo poco estas noches. Esta naturaleza rígida, este invierno crudo, entenebrece más el alma: todo hielo, todo niebla. Lo más lo paso en mi cuarto, y siempre solo, sin parientes, sin amigos: viendo sucederse las horas y los días, y llevarse cada hora que pasa una parte de mi existencia y mi sosiego, y sin recibir en cambio ni una voz de aliento, ni un rayo de esperanza. Y los días que vienen son más negros. Bien sé lo que me aguarda . . . El corazón se subleva. No puedo, Néstor, no puedo resignarme á obedecer decretos de un

destino tan cruel. Las noches? ay qué noches! No tengo adonde ir ni sé qué hacer. Anoche me fui al teatro, sin saber á qué, que ya ni el teatro me atrae. Vi en la Grande Ópera el Romeo y Julieta de Gounod. La que suele hacer de Julieta es la señorita Ackté, muchacha finlandesa la más bella de cuantas actrices he conocido. Impresionóme tanto esta tragedia, que me quitó el sueño y pasé en mi lecho batallando hasta el amanecer. Romeo fue feliz. Aunque todos los elementos conspiraron contra su amor, él fue feliz. Qué le importaba lo demás? Feliz Romeo! los dos se corresponden, los dos se buscan y se atraen y á despecho de Dios y de los hombres, los dos se encuentran solos y sin testigos en el seno de la noche... Feliz Romeo! La otra noche vi la Africana: la vi en las riberas del mar al pie del manzanillo, cuando su amado duerme y ella canta... Ya nada espero yo. No hablemos más de esto, porque uno como furor me acomete. ¡La suerte de los hombres es tan diversa! En días pasados me contaron la historia de un amante infeliz, cuya suerte me estremeció. Amó este hombre con frenesí: ella le correspondió de igual manera, pero su amor fue desgraciado. ¡No basta quererse para unirse! El destino, que se juega con el corazón de los hombres, los separa. Y así sucedió que estando para abríseles las puertas de la felicidad, hubo ciertas maquinaciones, y ella cayó contra su querer en ajenos brazos. Entonces concibió él un propósito, propósito negro, de ausentarse por siempre de su bien. Cogió su maleta, y sin despedirse de nadie em-

prendió su viaje por donde nadie supo. Cuatro años más tarde supo ella de él que, recién convalecido de la peste en Bombay, navegaba por la Oceanía. Todo el día lloró la pobre mujer cuando esto le contaron. Seis años han pasado de entonces acá, y no ha vuelto á recibir sus noticias.

Te agradezco infinito tus consejos: yo sé que sufres de verme así, y ésta es la causa por qué te sobra en aconsejarme. ¿Pero cómo remediarlo? Desde que tus consejos tienden á alejarme de ella, te miro con horror, y voy perdiendo esa fe que antes tenía en ti. Ahora la quiero más. En vano es todo: podrán sacrificarme; pero no conseguirán que la olvide. Cuanto hacen por apagar mi pasión, es echar leña en la hoguera. Su voz, su nombre, su presencia, toda ella... Dios mío! qué cosa tan cruel, Néstor, qué cruel es arrancarme de ella! Al imaginarlo, arde como ascuas mi cerebro, y me aprieto con las manos la cabeza porque me parece que va á estallar. Veo la eficacia con que mis enemigos me persiguen, é ímpetus tengo de hundirme de cabeza en el seno de una noche eterna. Ese peregrino de quien me hablaron el otro día, va tornándose á mis ojos en uno como espectro: ¡cosa horrible! sacudo la cabeza, cierro los ojos, y el espectro está aquí... como un abismo que me atrae.

Por qué alejarme de ella? me digo á ratos, retrocediendo ante ese desierto lúgubre en el cual voy á dejar mis huesos. Por qué alejarme de ella, cuando menos mal sería salir de esta oscura cárcel que llamamos vida, estando como están las llaves en mi mano? ¡Qué horrible es lo irremediable! Hay gran maldad en no querer que la vea. Ángel mío.... viéndote estoy. Y te quedas! Adiós Clementina, ¿qué siglos pasaré sin verte? Oh eternidad! Néstor, me ahogo.

Está resuelto. No te aclaré antes mi pensamiento porque aun vacilaba en cerrar el contrato: acabó de firmar la escritura, y he recibido dinero adelantado para hacer algunos pagos. Antes me parecía imposible determinación semejante. Ignoro de dónde volveré á escribirte. A la carta siguiente estaré alejado más de América. Quería hablarte de muchas cosas y no me acuerdo. Mi cuarto que dejé allá, dále la llave á mi madre, y díle que puede disponer de todo. Estoy haciendo el inventario de las cosas que tengo aquí para mandártelas, y entregar los cuartos al dueño de casa.

Está terminado el inventario y entregados los cuartos al dueño de casa. Yo no esperé de Julio este comportamiento. ¿Por qué me invitó a comer si abrigaba



tal designio? ha debido decirme francamente lo que quería, pero no así. ¿Acaso yo le he negado nunca el derecho que tiene? Hace tres días estuve en su casa: como llamasen á comer, me levanté con ánimo de despedirme, cuando Julio me convidó á la mesa. Entendiendo yo que lo hacía por mera cortesía, como otras ocasiones, dile las gracias empeñándome en despedirme. Mas como insistiese por segunda y hasta por tercera vez, me pareció terquedad no aceptarle, y me quedé, no sin extrañar eso sí esa manera comedida de Julio, de quien quedé muy reconocido. También Teresa se portó muy cortés, y Clementina manifestó contento. Yo no quería otra cosa. Mas, luego noté en la mesa que Julio á ratos conversaba y á ratos callaba: parecióme entrever en él alguna preocupación. Lo cierto es que mis miradas ya más se dirigían á él que á ella, si bien disimuladamente. De pronto frunció el entrecejo, como si alguna fuerte conmoción le moviera, y al ir á hablar se contuvo y recobró su serenidad. Íbamos á levantarnos de la mesa, cuando dijo Julio á Clementina:

—Me preguntabas esta mañana con qué objeto había yo resuelto vender mis muebles. Como ese rato escribía de prisa una carta de suma importancia, no pude responderte: es el caso que pronto vamos á partir al Perú, que los negocios marchan no muy bien, según nueva carta recibida de mi padre, y se hace allí necesaria mi presencia á fin de enderezarlos.

Yo me quedé como si un rayo hubiera estallado junto á mí. Aturdido, miré á Clementina, y mi confusión subió de punto cuando vi que ni disgusto ni agitación

mostraba: si bien es verdad que nada podía yo sacar de esa su serenidad, que bien podía ser aparente, pues ya otras ocasiones me había engañado al juzgarla así por las apariencias. Yo la miraba, tratando de adivinar por su semblante el efecto que pudieron haberle hecho las palabras de Julio. Pero en balde. Cómo me fui á mi casa, cómo pasé la noche? Tú te quedarás frío con esta carta.... Tienes razón, porque nada te digo, nada de lo que está pasando.

Antier volví á casa de ella: lo hice de manera de encontrarla sola, y lo logré.

—Qué plato tan delicado me brindó Ud. ayer, — le dije, y lo dije con amarga ironía,

—No sea Ud. injusto, Abelardo — me respondió — ¿no vio Ud. que tan nueva fue para mí como para Ud. la resolución de Julio?

—¿Y se irá Ud.? — torné á hablarle precipitadamente: oh! yo sé que Ud. se irá!

—¿Pues no soy su esposa? — replicóme: bien quisiera yo no hacerlo; mas si él insiste en su propósito de viaje, habré de irme si me cuesta la vida.

No volví á decirle palabra. “¡Malvada, cruel!” eso me decía. Figurárame ese rato que todo dependía de ella y que bien podía detener con mano poderosa mi perdición, y me paseaba con furor. Y lo que más violento me puso fue esa indiferencia que creía ver en ella: yo la miraba con vehemencia: ¡qué ansia que ella me viese, que me hablase algo, y no me viera! Los ojos en la costura, si era para desesperar. Me venían ideas extrañas de cambiarle ese corazón por otro, de arran-

cárselo y ponerle otro, de echar fuego en ese corazón de hielo y, convertirlo en uno como el mío! Ímpetus de arrebatarse la tela que cosía, de hacerle pedazos á ella misma. Tomé mi sombrero, y sin darle la mano me salí, y eché á andar sin rumbo por ahí, todo yo enajenado. Bien pronto el despecho se me tornó en arrepentimiento de haberme despedido tan bruscamente de Clementina, y quería volver á ella á rogarle me perdonara. Pero obraba yo como un autómatas y así me había venido de una manera inconsciente á mi aposento: aquí me puse á pasear, pero con tanta excitación, que á haberme alguien visto habría dicho que era yo un poseído. Miré á su retrato que tengo á la cabecera de mi cama: torné al paseo y torné á mirarla. Acerquéme al retrato, y de rodillas ... Ay, Néstor! hasta ahora tiemblo. Esto me sosegó algún tanto; de suerte que me tendí en el sofá por dar descanso á mi cuerpo, que estaba estropeado. Pensando estaba en la manera mejor de poner término á esta mi situación: decía yo para mí que estaba demás en el mundo, que no debía vivir entre los hombres, que no servía de más que estorbo á mis semejantes: pensaba en Clementina, en su glacial indiferencia. Qué me queda? todo el mundo me desprecia: sentíme herido en mi amor propio, y me avergoncé de mí mismo, y me admiré de que no hubiese cuanto antes reflexionado así y renunciado por siempre al trato de los hombres y á la misma Clementina: y me sentía con harto vigor para llevar á cabo mi pensamiento; y pensaba en la manera de ejecutarlo. En esto estaba de mis re-

flexiones, cuando llamaron á la puerta. — Quién va? ” Abro la puerta y me encuentro con la criada de Clementina. — Qué hay? le había dicho involuntariamente antes de que ella me hablara, todo yo sorprendido. — Dice la señorita que venga ”. No bien oí estas palabras me puse en marcha. Mil ideas confusas acudían á mi mente acalorada. Había ya caminado un buen trecho, cuando volví hacia la muchacha, que venía atrasada, á preguntarle si Julio estaba en casa. Como me dijese que no, seguí adelante con mayor aceleramiento. Qué de dudas en el camino! Presto el gusto se me trocó en temor. “ Pero, qué importa? me ha mandado llamar ”. Efectivamente, la encontré sola. A poco de entrado me dijo :

— Ud. merece un castigo por muy precipitado, y para eso, para castigarle, le mandé llamar.

Y en diciendo esto me dio de una cajita unas grajeas de anís, y me confirmó con una palmadita en el hombro. Quedéme confundido de tanta bondad suya: qué gratitud y olvido de lo pasado, y qué ternura para con ella! Sin duda que el Adán de Miguel Ángel, clavando los ojos en el rostro de su Creador al sentir el dedo divino con que acaba de animarle, no revela mayor gratitud y rendimiento que mostré yo en ese instante mirando al rostro de Clementina!

Pero cuándo la felicidad ha sido duradera?

— Abelardo, me dijo, á cabo de rato, Ud. ha abandonado del todo los libros, y esto es para Ud. pérdida irreparable de que se ha de lamentar más tarde. Hace tiempos que no abre un libro.

— Para leer se necesita de sosiego, de paz al corazón, y eso no lo tengo.

— Pues por qué no se procura Ud. ese sosiego? por lo mismo que es Ud. joven y la sangre le está hirviendo, necesita ahora más que nunca desplegar mayor energía, á fin de combatir esos impulsos, y dedicarse á cosas que le han de ser útiles más tarde.

— Donde hay combate, no puede haber sosiego: además, quiero que la sangre me hierva, y lejos de enfriarla, atizaré más y más este fuego en que me abraso.

Y de tal manera dije esto último que me quedó mirando sorprendida.

— Déjese Ud. de estos arrebatos, Abelardo, mire, Ud. es amante del saber, inteligencia no le falta, ¿pues qué de recursos no encontraría en su misma imaginación y talento para pasar agráblemente las horas? La lectura de tan buenos libros como tiene, los museos y teatros de París, en fin, la misma naturaleza que le rodea, por todas partes encuentra Ud. fuentes de inspiración y embeleso. Por otra parte, hallándose como se halla tan lejos de su patria, ¿no sería profundamente satisfactorio para Ud. aprender mucho y llevar ideas nuevas, ideas que pudiesen ilustrar á sus compatriotas de cosas que no han podido ver ni ha estado en sus manos observar? Ni qué cosa más honrosa para Ud. que hacer ver hallá que no ha empleado las horas en vanos pasatiempos, como desgraciadamente suelen hacerlo gran parte de los mozos que vienen de las Américas? Conque, Abelardo, yo le voy á obligar al trabajo. La próxima vez que venga, me va á leer algo escrito de su mano: pero eso sí, le ruego, Abelardo,

le ruego en nombre del amor que me tiene, le ruego no vuelva á verme sino después de un mes, ó á lo menos de veinte días. Nuestra amistad es sincera, bien lo sabe Ud., y no ignora cuántas son las consideraciones que le guardo; mas tampoco ignora que ha habido gentes que no nos quieren bien, que han tratado de apagar el brillo de mi buena reputación, y que por lo mismo son poderosos los motivos que me obligan á pedirle este favor. Dicho lo cual, añadió en son de broma, que me daría un premio, si me desempeñaba bien en el deber que me imponía.

Imagínate, Néstor, cómo me habría quedado al oír salir de sus labios tan de improviso ese terrible "no vuelva Ud"! Todo lo comprendí, y toda la culpa la imputé á ese Julio, á quien hubiera querido tenerle entre mis garras ese rato!! Levantéme de la silla, y púseme á pasear con grande agitación, repitiendo las palabras "un mes", "veinte días" con sarcástica sonrisa. Mientras tanto palpaba ya la necesidad de abandonar para siempre este suelo maldito: estaba yo en lucha con todos los elementos, y era imposible sostenerme en esa posición. Rabia y desesperación sofocaban mi pecho.

—No sea injusto, Abelardo, me dijo entre conmovida y resuelta, no sea Ud. injusto, estoy comprometida en mi honor, y no es posible otra cosa.

Y me miraba como temerosa de verme tan fuera de mí.

—Sí, ya sé que no he de volver. Malvada!

Y seguía paseándome cada vez más violento. Cuando en eso entró Julio, quien no supo disimular la sorpresa que

recibió al verme de esa manera. Yo disimulé menos mi rencor, y así nos dimos la mano fríamente, haciendo él como yo ningún caso de ocultar el disgusto que nos causaba el vernos y saludar. Sin duda que este momento fue el más crítico para los tres. Tomó un libro, se puso á hojearlo, y lo botó; abrió la ventana y se paró allí con un cigarro en la mano. A poco arrojó lejos el cigarro recién empezado, y cerró la ventana con violencia cosa de hacer gran ruido y romper las vidrieras, como dándome á entender de esa manera grosera su indignación. Este acto brutal me irritó más todavía, y me puse ciego, é iba á echarle una buena interjección, cuando me acordé que estábamos delante de ella, y me contuve, y me salí al punto con ánimo de no volver á su casa. Al pasar el puente me topé con la criada, á quien le rogué con encarecimiento me dijera lo que había visto y oído entre Julio y Clementina respecto á mí. Negóse á hacerlo. Irritado yo de su negativa, hice rechinar los dientes y quise estrangularla. Pero en seguida me calmé, y cambiando de tono y dándole unas piezas de moneda le pedí, le supliqué casi de rodillas que me dijera lo que sabía. Temblorosa la muchacha y turbada, se aprestó á referírmelo todo como lo hizo de la siguiente manera :

—Pues ha de saber Ud., señor, que la noche del día último que comió Ud. en casa, tuvo la señorita un buen disgusto con su marido, quien la reprendió de no haberle obedecido en la orden que le había dado de decir á Ud. que dejase del todo su casa. Á lo cual la señorita le respondió que nunca había tenido va-

lor de dar á nadie con las puertas en la cara, y así, que lo único que podría hacer era decirle á Ud. que no les visitase con frecuencia; pero que nada obstaba para que él en persona despidiese á Ud., si así era su voluntad. “Tu honor y el mío lo exigen, replicó mi señor, que no ignoran las gentes lo que hay. Y últimamente, prosiguió, si no pones remedio á este mal, te llevaré al Perú cuanto antes, que con este fin he comenzado á vender mis cosas y arreglar mis negocios”. Y en diciendo esto se salió colérico á la calle. La señorita se quedó en una pieza al oír esto: á mí me mandó á mi cuarto, y ella se encerró en el suyo. “Pobre Abelardo — decía mi ama esta mañana, hablando con la señora Margarita, — Abelardo es muy bueno. Qué haré para que no venga?” Y se puso afligida.

Esta relación de la muchacha, en especial sus últimas palabras hicieron en mí tal impresión, que me resolví en ese instante á lo que nunca había podido resolverme definitivamente. El señor Cook es una buena persona, mucho me agasaja. Alguien le ha contado el motivo por el cual me he comprometido con él á servirle por diez años, y me trata con las mayores consideraciones. Mucho me halaga. Pronto debo partir. No volveré á pisar suelo europeo ni americano. No volveré al lugar donde nací ni al lugar en donde amé.

Adiós, Néstor.



Oh madre! ó madre mía! por qué me diste la leche de tus pechos? por qué no me sofocaste al punto en que nací? Pobre mi madre! Cuando ella me contemplaba mientras dormía mi sueño de la infancia, ¡cuán lejos estaba de imaginarse lo que á su hijo le aguardaba!



Me parece que el mundo se ha mudado en una cosa extraña. El canto del gallo me suena como un gemido de la eternidad. Distante veo el mundo, bien distante de mí. ¿Á dónde me voy hundiendo? ¡Todo extraño, todo desconocido!....



Última carta que te escribo: está ya firmado el convenio con el señor Cook y comprado el pasaje para Bombay. Son las dos de la tarde, y después de cuatro ó cinco horas habré partido. Clementina está una furia contra mí. ¡Si tú la hubieras visto ayer! no hay cosa más horrible que una mujer enfurecida. Ayer se encontraron los dos momentos supremos de mi vida: el de mi mayor ventura y el de mi eterna perdición: tiene el labio un tanto lastimado, ¡qué brutal es la materia! Pero de todos modos ya ella se libra de mí, no la importunaré más en adelante.

Como me impuso el mes pasado que no volviese á su casa sino después de veinte días, y ayer se cumplió ese plazo, fuime á verla llevando á leerle un manuscrito mío. Era este manuscrito la traducción de uno de los más patéticos pasajes de un poemita en francés, que tu primo está componiendo, y cuyo asunto coloca en Francia hace cosa de tres siglos. En este poemita figura un joven desheredado de la fortuna, pero de magnánimo pecho, que se enamoró perdidamente de una tal Carmela, hija del Ministro de Ultramar. Indignado éste de que un joven pobre se hubiese atrevido á poner los ojos en su hija, y de que ésta se hubiese rebajado hasta corresponderle con tanta decisión, resolvió perderle intentando contra su vida. Encerróle en un calabozo y cargóle de cadenas, con ánimo secreto de aprovecharse de la primera coyuntura para enviarle á mejor vida. La viveza y vigilancia de la muchacha desvió el puñal del pecho y el veneno de los labios de su amante. Meses después de atormentarle así, gracias á nuevas maquinaciones, envióle cautivo á la Mauritania en las costas de África, de acuerdo con el bey de Túnez, á quien le tenfa cohechado, y quien se le ofreció á descargar sobre el cautivo, como lo hizo, todo el rigor de las penas que solian usar en los baños ó prisiones turquescas, como si hubiera sido prisionero cristiano y de los más aborrecidos de los turcos. Pusieronle desde luego cadenas á los pies y esposas á las manos: así le tuvieron durante algunos meses, al cabo de los cuales se las quitaron. Entonces fue cuando comenzó á mover todos los resortes

que prudencia y astucia le sugerían para burlar la vigilancia de los gendarmes y ponerse en fuga. No se le ignoraba al joven cautivo que se exponía á la horca y á ser empalado ó desorejado, pena que habría padecido si por su mala estrella se le hubiera sorprendido en su temerario intento; mas todo peligro lo arrostraba su ánimo varonil, con tal de recabar su libertad perdida, y poder así unirse con aquella por quien de tal manera se hallaba. Desgraciadamente nunca tuvieron ventura sus intentonas de fugarse, y la última de ellas, cuando ya todo parecía estar dispuesto para la fuga y señalado el día en que una barca debía venir á recibirle en altas horas de la noche, quiso la mala suerte que el Ministro de Ultramar en Francia sorprendiese en manos de su hija una carta del cautivo, en que se trataba de huirse él del cautiverio y ella de su padre, para encontrarse los dos en un puerto de España, y embarcarse juntos con rumbo á las Américas. Esto irritó tanto más al Ministro cuanto que ya tenía ofrecida la mano de su hija á un poderoso banquero. Vióse pues su padre en la necesidad de recurrir á medidas prontas, oportunas y más eficaces que las anteriores, y así resolvió mandarle furtivamente á destierro perpetuo á una isla desierta, que abunda en serpientes venenosas, á la Isla de Faros, según unos, á una del Océano Índico, según otros, con el fin de que allí pereciera, y así lo realizó.

Esta fue la traducción que quise leer á Clementina. Mas al entrar de la casa me dijeron que se hallaba con su esposo y su cuñada, y hube de desistir de entrar ese momento para volver al día si-

guiente, como lo hice, pues que entonces Julio debía irse á París por la mañana en el tren de las siete, de donde no volvería sino de noche. Fuime pues al otro día á las nueve, hora en que Teresa aun no se levantaba de la cama á causa que padece constipado estos días. Gran susto di á Clementina con entrar á tales horas á su cuarto, pues yo no solía visitar su casa sino las tardes ó las noches. — Nada tema Ud. — le dije al frío recibimiento que me hizo — que pronto me voy de aquí”. Á estas palabras, dichas con acento extraño para ella, me miró al rostro con mirada investigadora, y acaso algo siniestro notó en mi semblante. Dio vueltas buscando algo por las cómodas, las mesas; pasó á la otra estancia, volvió, y no lo habiendo, sentóse á coser. En vano trataba de disimular la inquietud que tenía de verse á solas conmigo. Llamó á la criada, preguntó si ya Teresa se había levantado, y como le dijeren que no, “Díle que ya es tarde”, añadió. Me chocó esta conducta de Clementina, me chocó, me amargó hondamente. Últimos momentos que la veía, y esos momentos se portaba con tanta dureza conmigo. Yo no abrigaba ninguna mala intención; fui á verla porque sentía necesidad de verla, eso era todo; pues, por qué se portaba así? Herido quedé, resentido en el alma, oprimido el pecho. Sonaba en mi interior ese momento el adiós eterno: yo no me había ido á otra cosa, y recibirme así... ¡Y tener fuerzas yo, y no consumirme, y no caer convertido en cenizas!

— ¿Y qué ha escrito Ud.? dijo sobreponiéndose, al ver el rollo que tenía

en la mano, ¿ha hecho el deber que le di? me preguntó entrè seria y risueña, cogiéndome los papeles para leerlos, al tiempo que me decía: "La próxima tarde que venga Ud., esto es, el mes entrante, va á traerme escrito sobre un tema que le tengo preparado". Yerto me quedé: cruel, en extremo cruel me pareció la mujer. Ya yo mismo me había resuelto á separarme de ella, y no necesitaba hablarme de ese modo. Y cuando ni ella ni yo sabíamos lo que de mí sería después de veinte días... La miré con ternura infinita, la miré al rostro con pasión vehemente, la miré con esa mirada con que mira un agonizante á un sér querido que se queda. Nunca la vi tan seductora y siniestra. Ella, entendiendo que algo grave pasaba en mi espíritu, lastimóse de mí, y llamóme á su lado para que le leyera yo mismo mi manuscrito. Así lo hice, me acerqué á ella y le leí lo que vas á ver. Pero antes te diré que el héroe del poema prorrumpe en lastimeras quejas por la noche sobre un alto peñasco azotado por las olas de la mar. Es la última noche, como te llevo dicho, que al día siguiente le llevan á aquella isla lejana que va á ser su prisión y su tumba. Ha llovido fuerte y acaba de escampar. Las olas, unas tras otras se suceden todavía, crespas y espumosas, y vienen y se estrellan contra las rocas allá en lo profundo, cosa de conmover el promontorio. La luna comienza á rasgar tímidamente el denso velo de las nubes, y un horizonte indeciso se deja ver apenas. Viendo está hacia la Francia, mirando está con el pensamiento á su amada, de quien cinco años mortales ha vivido ausente, al ca-

bo de los cuales va á alejarse más todavía, atormentado con la idea de una muerte prematura, de una ausencia eterna, y sabiendo, lo que es peor de todo, y sabiendo que van á casar á su dueño por la fuerza! Parece el hombre una estatua por lo inmóvil, cuando de improviso rompe el silencio en que se halla abismado, y prorrumpe así en clamorosas quejas:

¡Olvidarte yo, Carmela! ¡pretender que el tiempo pueda arrancarte de mi pecho, que la distancia nos separe, que el aislamiento me prive de tu presencia! Cinco años de no verte, ¿y ahora? ... ¡ferocidad humana! Pero tú, cada vez más presente en mi memoria, yo cada vez más esclavo de tu hermosura. ¡Verdugos impotentes en medio de tanto poderío! Mandarme aquí para que te olvide, cuando no hay lugar en que con más frenesí te adore, con más robusta voz te llame. Que me encarcelen y carguen de cadenas, que me pongan el puñal al pecho, el veneno en los labios; que me encierren en mazmorras y me alejen más todavía adonde planta humana no ha pisado, que te hagan imposible para mí, ¡vano empeño! á cada nuevo tormento más mi amor se enciende, y toda mi gloria y todo mi orgullo se cifran en padecer por ti, Carmela mía! No hay potencia en todo el universo poderosa á apagar el fuego en que me abraso, y á impedir que mis labios pronuncien tu nombre. Si me atan las manos y los pies, y me echan á rodar por un despeñadero, á cada bote que dé sobre las rocas, tu nombre sonará, y mi última palabra allá en el fondo será tu nombre santo, Carmela mía. Si me arrojan á la

mar, y la mar me estrella contra las rocas, tu nombre sonará en sus cavernas y lo resonará el espacio más fuerte que el estampido de las hondas. Tu padre ... ¡y ser tu padre un hombre semejante! Tanta saña y crueldad contra un amante infortunado y pobre, sólo porque soy pobre ... Privarme de Carmela, arrojarme á esa isla remota y poblada de fieras en el piélago de ese mar tan inmenso, tan profundo ... y sólo porque soy pobre!"

Una lágrima surcó por el rostro de Clementina, quien dobló su atención á lo que sigue, y es que el infortunado amante, después de largo rato de silencio é inmovilidad, subió á una eminencia donde se alzaba una majestuosa palma. Los últimos meses había alcanzado del bey cierta libertad en virtud de la cual podía al menos andar por la playa, dentro, eso sí, de muros infranqueables. Se había acostumbrado á ver en dicha palma un símbolo de la mujer que amaba, y en el tronco de esa palma, en un hueco abierto con sus manos, guardaba algunos recuerdos de ella con más veneración que una reliquia. Llegado allí, sacó del hueco esos recuerdos, los miró largo rato, los llevó á sus labios, tornó á mirarlos, y envolviéndolos en unas hojas los guardó en una pequeña bolsa de cuero que consigo llevaba. Apartóse de allí y echó á andar por una senda, grave y cabizbajo, cual hermitaño que acabara de meditar en lo infinito. Llega á una pequeña laguna, y allí se detiene en su cabaña fabricada por él debajo de árboles coposos. Toma el laúd, y sentado á la puerta de la choza tañe y canta por última vez allí una canción, aquella misma

con que un día rindió el corazón soberbio de Carmela, hasta obligarla á posar la frente sobre el pecho de su amante. Todo se le representa al vivo de aquellos días felices: piensa en que otro día se va de aquel lugar que ya había cobrado cariño; se acuerda de todo y llora: arroja lejos el laúd, y despechado se interna por el espeso bosque.

¡Qué pesada me es la existencia, Carmela, desde que estoy lejos de ti! exclama de pronto, ¡qué silencio, qué lóbreguez!... Por donde llevo la vista no veo sino el horror de la nada. Sombra errante en el vacío, sólo tinieblas me rodean: de su seno sale una fuerza que no se deja ver; fuerza que me arrastra y me arrebatá fatalmente por caminos que más y más me alejan de mi bien. Te busco por todas partes, bella Carmela, te busco por todas partes y te llamo: nadie me responde. Alzo la voz y te grito ¡Carmela! el eco me responde, y nadie más.... Pregunto por ti á los objetos que me rodean: no puedo creer que tú no estés donde yo estoy, y con mis ojos sumidos en llanto les pregunto por ti, y todo calla.... Parece que la vida misma ha dejado de palpitar y que el universo no es más que un vasto cementerio. Oigo en el fondo de mi sér ese fatal "adelante", y tengo que seguir mi camino con paso incierto, cual sentenciado que va al patíbulo oyendo á su lado una voz confusa que le habla de eternidad. Largos años de ausencia arrastro cual pesadas cadenas, y así me hundo más y más en mi oscuro porvenir. Cansado en el desierto de mi vida, sediento de ventura quiero volar á ti; viene el destino, huracán impetuoso, y como una

paja me arrebatara, y nuevos mares y montañas levanta entre los dos. ¡Impotencia! Fatalidad! . . . Dios omnipotente, ¿de qué modo te ofendí, yo, grano de arena perdido en tu inmensidad? por qué nos sacaste de la nada si era tu voluntad tenernos siempre ausentes? oh Dios de justicia, oh Dios de misericordia, si fatalmente amé siguiendo una ley que tú dictaste, ¿qué crimen he cometido con quererla? Y sin ella, á qué tu eternidad, oh Dios eterno? ¡Dulce unión en vano por mí soñada! Cuán fugaces las horas de ventura, cuán fugaces! ¿Recuerdas, Carmela, de aquella noche de nuestra eterna separación? te prendiste de mi cuello. . . . Noche terrible, aquélla, en que te di mi postrer adiós y en que tus castos labios se unieron con los míos!"

Aquí se interrumpió la lectura, porque habiéndose juntado no sé cómo nuestras frentes, sentí confundirse mi aliento con el de Clementina: esto me turbó la razón, me puso ciego. . . . "¡Abelardo, Abelardo!" habló ella indignada y balbuciente, rechazándome con el brazo al tiempo que rodó una peineta suya por el suelo. . . . Qué supremo silencio! qué inmovilidad se siguió en los dos! qué confusión la mía, qué temblarme los labios, qué estremecerse mis huesos! No sabía dónde esconderme de arrepentimiento y despecho. La vésa. . . . ese pelo desgredado, la vésa, y no me quiero acordar: ímpetus me vinieron de salirme gritando por las calles huyendo de su furor, y no parar hasta no dar con la muerte! Terrible se puso la mujer: aun la estoy viendo en su inmóvil encogimiento de todo el cuerpo, centellantes los ojos, esparcido el cabello como de furia. . . . Quise salir,

y no me atreví á levantarme del puesto en que estaba sentado: tanta era mi vergüenza. Si me parece que la estoy viendo con ese pelo en desorden. Qué le digo? cómo la calmo? ella está así.... pero no sabe que es ésta mi última despedida! Así la dejé en esa postura apartado el rostro de mi lado: no me atreví á despedirme, no me despediré. ¿Qué le importaría? Una fiera frente á frente conmigo no me infundiera ese horror que ella me infundió con ese rostro airado. Me voy sin verla, Néstor.

Todavía aquí? Acababan de darme en nombre de Mr. Cook la orden de partir cuanto antes á Bombay, y estando para hacerlo recibí de Julio esta carta de un modo intempestivo:

“El cobarde y villano sois vos, y por eso no os desaffo á duelo porque sois cobarde, y tan miserable como cobarde. Y así me limito á manifestaros que me tendréis contento, muy contento, si no vuelvo á veros en mi casa”.

Esto me puso ciego de sorpresa é indignación, y volé á su casa á pedirle explicaciones de su brutal injuria. Llámame cobarde! él, que nunca me había visto en ocasión digna de mostrar mi valor! Volé á su casa á pedirle explicaciones, y le encontré en el puente.

—Miserable! le dije, tratarme vos de cobarde!

— El miserable y villano sois vos, que así me dirigís tan insultante carta.

Más se me encendió la ira á esta calumnia suya.

— Quiero ver cuál de los dos es el cobarde.

— Vos! me gritó con manos y boca, dilatando sus ojos inyectados.

Como yo sabía que nuestro amigo el del pasado duelo tenía su espada, y vivía en un lugar allí cercano, envié á pedírsela prestada.

— Mientras tanto, le dije á él, sacad la vuestra.

Aunque mi amigo no había estado en casa, su esposa me la mandó, y dimos principio á la batalla, no muy lejos del puente. Pronto logré yo herirle en la mano, bien que levemente. ¡El choque de las espadas sonaba bien á mi venganza! A poco me abrió en el pecho una herida grave pero no mortal; lo cual avivó más mi furor, y mayores bríos cobré y eché á acometerle con mayor violencia que de primero. Cuando en eso, Clementina, que á la sazón supo nuestro lance, y que momentos antes había llegado á saber que tanto Julio como yo habíamos sido víctimas de una asechanza; vino corriendo hacia nosotros, y abriendo sus brazos desnudos se interpuso entre los dos toda ella horrorizada de verme tan ensangrentado el pecho y las rodillas y los pies. Allí arrojé la espada lejos, y despechado me alejé de allí.

Acabo de descubrir la intriga: es Genoveva quien le ha escrito á Julio en mi nombre esa carta brutalmente grosera, á la cual me contestó tratándome de miserable y cobarde, injuria de que jamás me he de olvidar, é intimándome á la vez á que no pise más el suelo de su casa.

Me tienes en París, en la Estación de Lyon, de donde voy á partir luego. Como rompí el anterior, hoy he tenido que comprar otro pasaje. Anoche soñé con ella. La vi muerta, la vi muerta, Néstor! No te puedes figurar el horror que se apoderó de mí cuando me desperté. Tenía necesidad de batallar en la cama, porque al punto en que me quedaba quieto, un sentimiento de horror inexplicable embargaba mi espíritu, y sentía hormigueos y que se me hinchaba el cuerpo y se ponía grande como una casa. Un mundo de quimeras monstruosas bullían en mi fantasía tan exaltada como tenebrosa. Tenía yo ansias de saltar, de gritar, de salir corriendo, ¡libreme Dios de otra pesadilla semejante! Cuando en sueños la vi agonizar, me arrodillé, y levantadas las manos clamé al cielo y le pedí me la devolviera viva! Y tal fue la vehemencia de mi plegaria que allí al punto desperté. Cansado de ese febril batallar encendí luz, me levanté y di á pasear en el cuarto con violencia. Al cabo de una hora, cuando me volvió algún tanto la calma salí por el campo: la noche estaba oscura y helada: lloviznaba todavía. Impelido por no sé qué impulso oculto me encaramé á la cima de una roca, donde me senté al borde del despeñadero; cuando á poco salió del fondo de la playa un quejido tan prolongado y espantoso, que me quedé como de piedra. Clavé los ojos en la playa, y no vi más que tinieblas. Sonaba el viento de extraña manera en las ramas y los huecos de la peña. No sé por qué me

vino á la imaginación que aquel quejido que había salido de allá adentro era la voz de la muerte que me llamaba. No obstante ese horror que me heló la sangre, sentíme atraído irresistiblemente hacia la playa, y veía en el despeñadero que estaba á mis pies una verdadera tentación. Me levantaba con ánimo de apartarme de allí, cuando sentí una especie de mareo y que la tierra giraba.... No recuerdo más. Vuelto en mí del desmayo vi que las nubes se habían disipado. Al resplandor de la luna, los dos brazos del río, que ceñían la isla, brillaban, y brillaba también la casa marmólea de Clementina. Parecía aquello un cementerio: el silencio de la naturaleza era profundo y funesto. Parecía cernerse la muerte por el mundo. Estaba yo como entorpecido; todo lo veía con la mayor indiferencia y calma. Así bajé de la roca. Después de largo vagar vine á mi cuarto y me metí en la cama. Me había dormido profundamente algunas horas. Cuando abrí los ojos me vino á la nariz un olor cillo como de cera: tenía el cuarto no sé qué de funesto cual si acabaran de sacar el cadáver de un sér querido. Me acordé que era último día. Vi el reloj: eran las diez de la mañana: saqué el pasaje que llevaba en el bolsillo, y vi que el tren en que debía partir salía de París á las cinco: no me quedaban sino siete horas. Un rato me quedé inmóvil boca arriba, haciendo de almohada mis brazos. El tiempo estaba obscuro según veía al través de las vidrieras. Clavé los ojos en un objeto que tenía allí delante: era un camisón de la italiana. Pero no sentía nada ya, no comprendía nada, todo me

era indiferente. Me levanté, abrí la ventana, y vi densa neblina por todas partes, y que los árboles, sin hojas, blanqueaban todavía con la escarcha que había caído por la noche. Tendí la vista hacia mi izquierda y alcancé á divisar al través de la niebla uno como grupo de fantasmas que se movían: cuando se acercaron algo más distinguí que era un cadáver que traían. Salí de pronto á ver qué significaba aquello, y me dijeron que era un suicida que traían de la playa. Uno de los que conducían el cadáver me contó cómo había acaecido aquella desgracia: Díjome ser el muerto un joven como de veintiséis años, robusto, de gentil presencia, que había vivido hacía largos años en relaciones ilícitas con una mujer casada, cuyo marido estaba para llegar de América de un día á otro. Aunque había sido mucho tiempo de no hacer vida estos casados, entraron en buenas relaciones, y venía él á llevar á su mujer y su hijo: ella entonces anunció á su querido su próxima partida hacia la América con su consorte, y por una carta le impuso al mismo tiempo que la olvidara. Púsose el joven fuera de sí: se fue á verla, pero ella le cerró las puertas. Desde la calle ha pasado rogándola toda la noche que se compadeciese de él, que le abriese la puerta, siquiera por un momento, por un instante. Ella en la ventana se ha mantenido inflexible negándose á todo. Dicen que el desgraciado joven se hincaba de rodillas y le ponía las manos; dicen que á ratos bufaba; dicen en fin que la amenazaba con matarse, y que ella no le creía. Hasta que viendo vanos sus esfuerzos, viendo vanos su llanto, sus amenazas, sus

imprecaciones, se arrojó al río en su presencia á eso de las tres de la mañana. Que entonces ella dio un grito tan agudo y espantoso que estremeció á la vecindad. "Todos los habitantes del pueblo están consternados, añadió, y grupos de gente están en la orilla del río viendo el lugar de lo ocurrido". Acabada la relación volví á mi cuarto medio alelado, pensando en ese grito que yo había oído desde la roca. Al entrar, la vista se me clavó en esa camisa . . . Saqué el reloj: era la una de la tarde. Pedí de comer. Mientras tanto me puse á arreglar mis papeles, mejor diré, á quemarlos, y á preparar mi saco de noche. Uno de dichos papeles escritos por mí, decía: "Soy feliz, ella me ha hecho feliz". Lo guardé en el bolsillo de mi chaleco para tenerlo siempre á la vista. "Soy feliz, ella me ha hecho feliz" repetía yo en tanto que metía mis cosas en la maleta. Me avisaron que la mesa estaba puesta y me senté á ella; pero más que comer quería beber: tenía sed, mucha sed; me bebí una botella de vino, y pedí más. Me quedé un rato pensativo. Nunca me he sentido más sensible que ese momento! se me vino á la memoria aquella canción que me recuerda cuanto á Clementina se refiere: las lágrimas me rebosaron; mas yo no quería llorar, quería reír: me ref á carcajadas é hice pedazos la botella dándola contra una silla. No sé por qué me puse furioso: apoderóse de mí un espíritu de destrucción, y di á girar precipitadamente al rededor de mi cuarto. Me detuve ante esa camisa . . . la tomé por los hombros y la vi contra la luz: parecióme ver en ella grabada la imagen

de su dueño: me dio susto y la arrojé lejos. Volví á tomarla, le arranqué un pedazo de encaje del lado del pecho y me lo guardé en el bolsillo. Luego encendí un fósforo y.... zazz! la camisa como una estopa se convirtió en llama que al punto se apagó: recogí con cuidado esa ceniza, la eché en un vaso de vino y me lo devoré hasta las heces. ¡Bebida deliciosa! ¡y con qué avidez recibía en la boca la última gota! Hecho lo cual, me pareció bien escribir á Clementina, y renovando la herida de mi pecho, con esa sangre le dije lo que sigue: "Esa camisa que vi en tu cuarto después del baile la primera noche que dormí en tu casa, esa camisa, ¿dónde está? la llevo en mis entrañas.... Si la quieres, preciso es que te conviertas en buitre.... Quédate con tu marido. Si no crees que me voy, si temes que me quede, sál de tu casa á la orilla del río dentro de una hora. En el vapor de las cuatro me verás pasar para no volver á tu Meudón." En efecto á las cuatro me embarqué. Recibió mi carta, pero en su lecho porque había estado enferma: ya sabía ella mi compromiso con Mr. Cook, y hubiera querido yo que estuviese en pie. Cuando pasaba el vaporcito, sólo Margarita salió á la orilla. Yo no sé qué cara puse, cómo la vi, que los pasajeros, que estaban ignorantes de todo, se agruparon en mi torno sorprendidos de verme á mí así y enfrente á Margarita llorando. Presto desapareció á mis ojos, ó mejor dicho, presto se hundió y para siempre Margarita, la casa, todo.... en el seno de esa niebla espesa. Al principio de esta carta te digo que tuve esta mañana una pesadilla en que

vi muerta á Clementina. Como acabo de volver en mí, me figuro que el tiempo no ha pasado y que estoy en el mismo día. “Cuando llegó Ud. á la estación — me dice uno de los empleados — comenzó á correr gritando y llamando á una tal Clementina”. Te escribo esta carta junto al río á donde he venido á sentarme á ver correr por última vez estas aguas que han de pasar por Meudón. En este instante oigo el ruido del vapor de una locomotora: es la misma que va á tirar el tren en que me voy. Dentro de media hora me voy. Todo queda arreglado: ya nada me queda aquí. Cierto que me he venido, sin caer en la cuenta, sin despedirme de mi dueño de casa, sin entregarle el cuarto; pero en fin, no ha recibido perjuicio: ahí quedan sus muebles, todo era suyo. Está pagado hasta el mes entrante: ya verá que me he ido y ocupará sus piezas. Lo que yo tenía era bien poca cosa: un vasito de Sevres, la Polimnia del Louvre. He pagado á nuestro paisano B., comerciante muy honrado que tú conoces, para que lleve estas cositas entre sus mercancías, y te las entregue á ti. Me las conservarás como un recuerdo de tu amigo. Te van asimismo algunas copias de cuadros: el Apolo y Marsias de Rafael, el Parnaso de Mantegna, la Bacante del Ticiano, y Dante y Virgilio en los infiernos por Delacroix, en cuyo dorso de este último, verás la defensa que de dicho cuadro hizo Thiers en el *Constitucional*. Te mando también, para que la conozcas, el retrato de Clementina, que se hallaba á la cabecera de mi cama; que para mí he mandado hacer otro de esmalte en miniatura, que llevo al pecho y

me enterrarán con él. Me he despedido ya de los lugares más queridos. Te escribo esta carta á toda prisa, porque no tengo más tiempo que minutos. Presto voy á partir, presto voy á engolfarme en un mar con bruma. Me siento solo, me siento aislado, desde ahora siento frío. Garras, abismos.... yo no sé lo que quisiera. Adiós Néstor, adiós América, adiós Meudón, adiós.



### VEVEY.

¡Oh sombras! oh espectros! Y no tiene fondo.... todo negro.... qué horror! Qué me queréis? qué horror! qué fuego el de esos ojos, qué garras, qué colmillos, qué risa tan siniestra! ¡y qué rapidez, Dios mío, qué rapidez! me traga el profundo, ya me traga....

Esto decía yo anoche mientras me soñaba rodar y rodar en un precipicio sin fondo. Y en tanto que rodaba en ese abismo eterno, veía que con bocas abiertas me aguardaba una legión de demonios en forma de dragones que echaban chispas por los ojos. Y tal fue mi desesperación y horror, que de dormido di un salto de la cama y me desperté y miré á mis pies horrorizado, porque aún me parecía descender. Vi que todo era sueño.... reflexioné.... vi dónde me hallaba y pensé en Meudón, lugar remoto, que dista de aquí más de cien leguas.

Me tienes en Vevey sano y salvo, á la orilla del Lago de Lemán. Anoche dormí en la Clef, que existe todavía, como existe aún el jardín por donde anduvo la

Heloísa del ginebrino. Cuando te escribía la anterior me sentía un tanto mal de salud, pero ahora, á Dios gracias, estoy bien, muy bien. Es verdad que parece me hubieran puesto el cerebro en tortura, que lo tengo pesado como de plomo, que á ratos me bambolea la tierra; tengo ganas de volar, oigo á lo lejos algo como aullidos funestos.... pero no es nada: estoy bien, muy bien. Mido la distancia que me separa de Meudón, y es gran consuelo para mí verme libre, respirando estos aires libremente y descansando ya de tanta congoja como allá padecía. He caminado mucho más de cien leguas de Meudón acá, y apenas estoy al principio de mi jornada. No es poca dicha, Néstor, verme libre: yo recuerdo lo que allá padecía.... El más allá me atrae, y presto seguiré mi camino impelido por una fuerza fatal hacia horizontes brumosos que me esperan. Aquí no estoy sino de paso. Veo el lago, sus colinas, sus montañas, el Ródano que "nace de las entrañas de una noche eterna": no ignoro la historia de este suelo: sé los grandes hombres que han pasado por aquí, y todo me es indiferente. Soy el más insensible de los hombres: no siento lo que debiera sentir, lo que quisiera sentir: se ha tornado mi corazón en corazón de piedra. ¡Cuánto hubiera gozado aquí en otros tiempos! pero ahora.... "Esto es un paraíso" dicen los que tienen ilusiones. Qué me importa Ferney, ni Corina, ni el mismo Childe Harold cuya sombra ha pasado por aquí? Soy una ruina y nada más, para quien se acabaron los encantos de la vida, y esta tierra hermosa apenas tiene á mis ojos la hermosura de los sepulcros. Meudón, Meu-

dón.... Quisiera ser Prometeo.... El Jura, los Alpes. Cuando veo los Alpes, me acuerdo de los Andes en cuyas cumbres se halla mi tierra. Mi patria, los Andes.... ¡Cómo ignoraba yo cuánto pasaba en las entrañas de los Andes! Ahora, yo no soy menos que esos volcanes que arrojan fuego. Yo le vi un día al Cotopaxi.... yo le vi aquella noche horrenda echar fuego y rayos y bramar con voz bronca de cien gigantes heridos, y estremecerse cosa de conmover la eternidad de los Andes! Mi pecho, amigo Néstor.... todas las fuerzas de la naturaleza no son nada al lado de este caos tenebroso de mi sér. Aquí en Clarens, en Vevey, vivió el genio de la melancolía, por cuyos labios habló el dolor con una elocuencia de conmover á las piedras: su amor fue sublime como el de toda alma grande; su corazón, un rayo que todo lo consumió. Su Heloísa ya no existe, él mismo ya no existe.... pasó por la tierra como un meteoro nocturno, calcinado su pecho de tanto amar. Felices los que reposan en los sepulcros. Byron atravesando el lago en medio de la tempestad es la imagen del solitario ginebrino. Así pasó por el mundo.... Feliz él que ya pasó, y que descansa en la tumba. Yo batallo todavía, yo batallo y siento hervir en mis entrañas todo el fuego y todo el horror del infierno.

CHILLÓN.

Te escribo desde las mazmorras de un castillo, triste recuerdo de la Edad Media  
De aquí no veo sino cielo, agua y los

escarpados Alpes. Quién me diera enterarme entre estos muros ciclópeos, en estos subterráneos abiertos en la roca por el despotismo! De cuanto he visto en mi vida nada como esto me ha dado tanto horror. Una de estas cavernas fue la prisión del noble Bonivard. ¡Cuando pienso en las cadenas que largos años resonaron en este rincón obscuro! y veo esta argolla, y esta canal abierta por sus plantas en esta roca á fuerza de girar años enteros en torno de esta columna!... ¿Quién me diera, privado yo de los ojos, ocupar el puesto del patriota ginebrino? Puertas de bronce de cien cerrojos pusiera, y en esta tumba tan sólo el ruido de mis cadenas resonara. No sé lo que pasa en el fondo de mi sér. Qué sudor el de mi frente. Allá... en esos mares sin límites adonde planta humana no ha pisado, donde reinan el frío glacial y la noche... Lo lejano, lo desconocido. ¡Cómo me atrae aquello! si comprendieras lo que siento! Sólo una cosa te pido como último favor: tal vez sea ésta la última que te escribo: pronto estaré navegando, y entonces no recibirás cartas más sino cuando lo permita el cielo, quién sabe? después de meses, tal vez después de años. ¡Es tan remota la tierra adonde voy! Una cosa te pido como último favor, y es que cuides de mi madre. ¡Pobre mi madre! ella no sabe que una mujer me ha perdido. Y con qué traición se entra el amor en el pecho, y con qué dulce voluptuosidad te encanta! qué mundos, qué horizontes jamás imaginados para el que empieza á sentir ese dulce agujón. Cómo te complaces en un principio en avivar esa pasión que comienza y así te deleita; y vislumbras

una felicidad tanto más seductora cuanto es más misteriosa y fugitiva! y la curiosidad y el atractivo de lo desconocido, y el encanto que te embarga te impulsan y te arrastran fatalmente por un camino lleno de ilusiones y de ensueños, ¿adonde?.... Pobre mi madre! y con qué saña el amor te despedaza el alma: como el águila voraz sobre el cisne, cuando ebria de placer grita y baila sobre esas entrañas abiertas, así baila sobre ti, víctima indefensa, así te clava las uñas y te chupa la sangre.... Me vienen ganas de despedazar esta pluma, este papel, todo.... Qué feamente me rodea la cabeza.... se me nubla la vista.... ;que noche tan tenebrosa! ;que aullidos! ;qué grito el de los buhos! No ames, Néstor, ; Dios mío! qué es lo que siento?....

Dos días los he pasado en cama: dicen que he hecho disparates. Acaba de irse el médico diciendo que estoy mejor.

Nunca como ahora he tenido tanta conciencia de la omnipotencia humana: nunca como ahora me he sentido más dueño de mí mismo ni con más ánimo para todo. Espectáculos grandiosos.... ;Grande y poderoso me siento! Me figuro haber luchado cuerpo á cuerpo con todos los elementos. Acabo de pasar el San Gotardo. Maravilloso! sublime! He visto, he palpado el infinito. Frústrate allá en tu fantasía, frústrate que estás en



pie sobre una serpiente monstruo de cien miembros, violenta como una exhalación y silbadora como los vientos de las alturas; figúrate escalando montes esa serpiente, arrastrándose impetuosa por las entrañas de la tierra cosa de conmoverla, saliendo de esas entrañas para atravesar otros abismos y escalar otros cerros y todo con la velocidad del pensamiento!... Tal es el tren en el San Gotardo. Voy en un tren relámpago. ¡Qué orgullo tengo de haber pasado el San Gotardo y qué poderoso me siento! Esa locomotora, Néstor, da miedo verla bramando como un condenado, hechando humo por la boca y fuego por los ojos. Da vértigo el cómo te arrastra ciega por tantos precipicios, y cómo atraviesa abismos tras abismos, á cuya vista se te paran los pelos. Intérase, impetuosa siempre, por túneles en caracol donde enrosca su cuerpo enorme, y así sube y así baja, y se enrosca y se extiende por esas montañas subterráneas. Sale de allí y da un grito desesperado que te aturde, y en seguida se mete por la boca de otra perforación espiral más larga todavía. Y la boca por donde entra es negra é inmensa como de dragón que te espera, y ésa por donde sale queda humeando cual boca del infierno. Y á cada abismo que se me abre á mis pies, ímpetus tengo de arrojarme del puente y hacer parte de esa confusión espumosa que brama en lo profundo del cauce. Ya estoy en el valle adonde todas las aguas bajan. ¿Y qué son esos puntos blancos que allá á lo lejos brillan en las cumbres de las montañas? Ya no puntos solamente, sábanas son extensas, y su superficie va dilatándose á medida que vuelo hacia

allá. Estoy frente á frente.... Cielos! son los sublimes ventisqueros de la Suiza! Alzo la frente y los miro soberbio de haberlos escalado. Sus masas son enormes, su profundidad es infinita; pero altivo opongo á su inmensidad sublime la sublime inmensidad del pensamiento. Y me siento grande y me siento fuerte, más fuerte que el mismo Prometeo. ¡Estremecimientos!.... Una horrenda tempestad viene á mi encuentro: serpentea el rayo y retumba el trueno en las montañas. ¡Yo soy esa naturaleza terrible! así se agita mi espíritu, así sopla como esos vientos tempestuosos. Y la locomotora suda de furor, y corre, y vuela dando aullidos como un condenado que busca los bordes de la tierra para lanzarse en el profundo.... Toda la naturaleza es terrible. Jamás he visto espectáculo semejante. Me figuro ver el globo abrirse en dos mitades, salirse de su asiento y echarse á rodar por el espacio en confusión eterna. Ya me imagino yo hijo del caos, girando cual torbellino ciegamente. Oh Néstor!.... miro adelante adelante hacia donde los truenos retumban y el rayo brilla.... allá va mi existencia, impelida, arrastrada, á sepultarse para siempre en esos remolinos sin fondo....



COMO.—*La misma tarde.*

Me tienes á los umbrales de Italia atravesando por escarpados montes el Lago de Como en medio de la lluvia. ¡Cómo zumban los vientos por sobre

mi cabeza! la borrasca es furibunda, el trueno retumba en las montañas, y los arroyos convertidos en torrentes se precipitan de las alturas. Qué tétrico es el lago!... me figuro que es éste por donde pasó Virgilio conduciendo al Dante á los infiernos. Yo sé de cierto que Virgilio anduvo por aquí. Último lugar de Europa en donde he detenido mi carrera... Después de pocas horas habré partido, y cruzaré esta Italia como una exhalación. Yo no sé cómo ando por aquí: quisiera el nombre de Florencia borrarlo de mi cerebro como el nombre fatídico de la que me ha perdido. De cuánto ha causado mi ruina quiero huir, y al cruzar esta tierra fatídica cerraré los ojos y los oídos hasta engolfarme en ese piélago profundo. Mi viaje es una fuga. Toda esperanza ha muerto para mí. Al mar, al mar... Quiero que sea mi tumba la inmensidad. Me atraen esos monstruos del abismo, esos vastos imperios de la Noche, donde todo es hielo y todo es bruma; donde el sol nunca ha nacido ni jamás nacerá. Allá... á lo impenetrable, á lo insondable, donde veré hundirse mi existencia como se hunde un átomo en el torbellino. Veo venir á mi encuentro la noche tenebrosa... Todo el mundo me abandona. ¿Quién podrá detenerme en mi carrera? Todo es vértigo en este precipicio de mi vida. Mis negros pensamientos giran en torno del vacío... ¡Oh recuerdos! Señor! Señor! parece que no existieras!... ¿Así abandonas á la hechura de tus manos? ¡inmutabilidad desesperante! Padecer yo tanto mal, y tú, Señor, siempre inmutable, siempre indiferente! Esto de no saber qué ha erme. La mujer... oh, la

mujer! El 17 del mes.... ¡qué día! En ese momento en que mi sér vibró, en que frenético vislumbré la plenitud de la vida y del amor, ¡ay! en ese momento mismo vi ábrirse á mis pies la fosa.... Mi vida es una tumba. Ni luz ni armonía. Soy el caos. Las ilusiones, amigo, cuán presto se forjan, y cómo desaparecen! Qué desierto el mundo, qué funesto. ¡Suprema indiferencia la de los hombres! Cuando veo que ni cambiando de naturaleza los hombres y empleando juntas todas sus fuerzas para aliviarme nada podrían sin ella.... Sublimidad humana! omnipotencia del dolor! Dios, sólo Dios puede comprender mi corazón. Día terrible aquel en que nací, día sin luz, de maldición, maldito día. Ruede ese día eternamente con aquél que me dio el sér. Ruede por el abismo. Maldito el vientre de mi madre, maldito el aire que respiro, maldita la luz que me alumbró. Huyo de mí mismo. Me precipito.... Ganas de despedazarme, de torcerme. Meúdón.... Tiemblo, sudo. Qué terrible es todo lo que veo, qué terrible. Ese rostro airado.... en vano cierro los ojos para no verlo.... Así estaba, así.... Dios no ha creado nada más terrible que esa mujer tal como yo la vi....

Marinero quiero ser  
Y por ella padecer.

Alegre estoy. Cantar.... bailar....  
Adiós, Néstor.

Quiero luchar con las olas  
Como he luchado con ella.

¡Qué violencia, oh Dios, qué violencia! Últimos ecos de mis gritos de dolor que repiten estos montes. Todo es descenso y más descenso.... Esto no tiene fondo, ¡me hundo, Néstor, me hundo!...

## CUARTA PARTE

---

Nota de un amigo de Abelardo,  
editor de sus cartas.

---

Llegó su fin. . . . ¡pobre Abelardo! En vano aguardarás, caro lector, otra carta de aquel infortunado amante. Nada hay estable en esta vida: todo nace, todo perece y se transforma: el hombre se convierte en gusanos, los gusanos en polvo, y el polvo toma á su vez cien formas diferentes. Viene el hombre sin saber de dónde; se va sin saber, «dónde», y su vida es una muerte sucesiva y un misterio. Perece la infancia, perece la juventud, perece la vejez, y su carne y su sangre y sus huesos se mudan á la continua. Canta, ríe, llora: sus pensamientos son como sombras fugitivas, sus deseos vanas quimeras. A la noche se sigue la luz, á la luz la noche; tras la

primavera viene el estío, tras el otoño, el invierno. Los mares cambian de madre, se tornan en vapores sus aguas, los vapores en nubes, las nubes en tempestades, las tempestades en torrentes. Las montañas andan ó se hunden, y se levantan ótras para volver á hundirse, como se levantan y hunden las naciones. Así como no existe la salud absoluta, así no existe el reposo absoluto: todo está en movimiento, y el movimiento no es otra cosa que un morir sucesivo, en que á la vez el principio es fin y el fin principio.

¿Sólo Abelardo se hubiera abstraído de obedecer esta ley universal? Mueren los amantes, mueren los indiferentes. La única diferencia que va de aquéllos á éstos, es que los unos viven más que los otros en un mismo espacio de tiempo: la vida de los primeros es cien veces más intensa y más universal. Pero al fin perecen. Yo tuve la fortuna de conocer á Abelardo y de tratar con él no pocas veces: todo él respiraba bondad y buena fe. Hablaba poco: era melancólico de naturaleza, era meditabundo, y gustaba de la soledad. Dicen que desde niño le asaltaba con frecuencia un sentimiento de tristeza y lloraba sin saber por qué. ¡Vagos presentimientos de un porvenir desgraciado! Vivía convencido de que no había nacido al mundo para gozar, y sólo gozaba cuando podía dar rienda suelta á su sensibilidad exquisita. Más tarde se puso tan sombrío, que andaba por las calles como andan las sombras en los sepulcros. La naturaleza le hizo en extremo sensible, mas no fuerte de constitución, y aparte de los achaques de que adolecía desde niño, los nervios se le aflojaron á lo últi-

mo de su vida de manera que no pudo resistir á los estragos de una pasión tan violenta. Amó ciegamente, sin razón, sin prudencia; se fue tras el objeto amado con el candor de un niño, al impulso de una pasión desenfrenada. Adoró á una mujer, adorable sin duda, pero imposible de poseer; y ese amor le perdió. Padeció tanto los últimos meses, tan insoportable le vino á ser la vida, tan espantosa, que sintió en su interior todo lo que puede sentir un náufrago que se ve solo, sin nadie quien le ampare, en el piélago de un mar inmenso. Ahora?... reposa y duerme su sueño eterno en la mansión de los muertos. Yo visité una tarde su huesa: estaba en el suelo al pie de un peñasco, cubierta de malezas por las cuales asomaban algunas hojas de yedra. Todo tristeza, todo silencio.... Ver esa inmovilidad de quien tanto se había agitado en vida! Clavé allí la vista: mis ojos se detuvieron en la superficie de esa sepultura, pero mi pensamiento penetró hasta él. ¡Qué misterio el de la muerte! Yo le vi allí tendido en el fondo de la hoya, pálido como una cera, mudo como una estatua, secos sus ojos, que fueron dos fuentes en vida, cruzadas sus manos sobre el pecho, su corazón sin latido. Así le vi. Esa quietud absoluta, esa rigidez de su cuerpo y ese silencio parecían decir: así es la eternidad....

✓ Pero estarás, acaso, caro lector, impaciente de saber cómo acaeció la muerte de Abelardo. Se recordará que en su última carta á Néstor, escrita desde Como, dice que dentro de pocas horas va á cruzar la Italia con dirección á Bombay. Cruzaba pues en tren con gran rapidez

la Italia; mas su mala estrella quiso que en momentos en que atravesaba la capital de la antigua Etruria, hoy Toscana, dos de los viajeros que iban en dicho tren ponderasen la hermosura de la ciudad que tenían á la vista, y evocasen sus recuerdos. Abelardo, que horas antes había comenzado á dar muestras de no estar muy en su entero juicio, pero que ese rato estaba sosegado y quieto, al oír esta conversación de los dos viajeros, que cosas tan íntimas le traía á la memoria, sorprendido sacó la cabeza por la ventanilla del vagón en momentos en que el tren pasaba el Arno haciendo retumbar el puente, y vio que era Florencia la ciudad que pasaba, lo cual acabó por trastornarle, y con gran precipitación dejando á todos sorprendidos y aterrados, se arrojó en el Arno de cabeza, diciendo no sé qué palabras que nadie entendió.

“¡Se mató el americano! el americano!” gritaron consternados los pasajeros, asomando las cabezas por las ventanillas y mirando al río.

¡Todo en vano! el tren, rápido, siguió su marcha y bien pronto desapareció detrás de las colinas.

Hundióse Abelardo hasta el fondo del río, y no asomó sino un buen trecho hacia abajo, donde la corriente que era mayor, le arrojó fuera: de suerte que las gentes que por allí andaban pudieron sacarle sin trabajo á la ribera, aunque medio ahogado y sin sentido. Por ciertos papeles de su bolsillo vinieron en conocimiento de sus relaciones de amistad con la hermana de Clementina, que habitaba en las goteras de Florencia. Al punto acudieron á ella. Mientras tanto esas buenas gentes hicieron cuánto estaba en sus manos por

volverle á la razón, aunque ya le suponían muerto. A poco apareció Matilde por la playa: venía á toda prisa. Las gentes verdaderamente cristianas que asistían al ahogado, hicieron tanto que cuando llegó Matilde ya pudo Abelardo abrir sus ojos moribundos. Imposible describir ese momento. Pobre Matilde! Le veía paralizados sus miembros, dilatadas sus pupilas, que se clavaron en ella; medio inconsciente, medio claro-vidente, que parecía verlo to lo, sentirlo todo al través de la rigidez de su cuerpo, del entorpecimiento de sus facultades; le veía así Matilde y más y más lloraba. Todos á la vez estaban sorprendidos y consternados á la vista de aquella escena. Después de tanto hacer lograron al fin que hablara, pero todo era palabras extrañas y sin sentido. Luego comenzó á dar gritos todo él despavorido como si le mataran, dando muestras de espanto en sus ojos saltones. Como empezó á despedazarse el pecho, le tuvieron de los brazos: púsose entonces todo él furioso á forcejear con fuerza superior á la que tenía en su estado normal; cuando en eso algo extraordinario vio en su interior, que cesó en el forcejo y tomó un aire de asombro: esto por un momento, porque al punto le volvió ese temblor á todo el cuerpo y esa mortal angustia á su semblante. Un pastor, que asomaba y se perdía en la roca de enfrente, se puso á tocar la flauta, pero con tanto sentimiento, que el moribundo derramó tiernas y abundantes lágrimas. Matilde, que no estaba menos conmovida, puesta de rodillas, sollozante, ocultó su frente en el pecho de Abelardo. A medida que la flauta se alejaba, la voz de Abelardo

se iba apagando, como si esa flauta se llevara consigo el último aliento del moribundo.

De pronto los concurrentes, conmovidos, aterrados, clavaron en él los ojos.

Era el instante....

Al otro día mandó Matilde hacer una cruccita del pino que tenía en el patio de su casa, y con sus manos la colocó en el pecho de Abelardo en el momento en que cerraban el ataúd para llevarle al cementerio.

## FE DE ERRATAS

“La fe de erratas ha caído en desuso: ¿cómo haré para que mi libro no vaya con ese raba? La introduzco y hago pasar con nombre de comentario, y allá me den látigo en mi ausencia los que no tienen por bueno el expediente.”

Ojalá que Montalvo con golpe de maza le hubiera quebrantado la cabeza á este feo reptil, de manera de hacer que desaparezca para siempre de la faz de la tierra. Desgraciadamente esto no está en poder humano, y la fe de erratas, en cualquiera forma en que aparezca, aun en la menos deforme cual es la de comentario, es un fetiche que se impone: el mismo Montalvo con refunfuño y todo ha tenido que rendirle pleito homenaje. Habrá caído en desuso, yo no digo que no; pero como las erratas no han muerto, la fe de erratas sólo ha mudado de piel como la serpiente, y ahí se está viva que viva.

He leído una sola vez mi libro y he podido advertir mucho más de cien equivocaciones. Obra sin defectos ¿quién la hallará?

Más que solecismos he notado en este volumen errores de ortografía, sobre todo en lo tocante á puntuación y más aún á la acentuación.

“Rosa Elvira, joven bella, noble y rica *enamórase*”.... digo en la pág. 40. Ésta no es falta del cajista sino mía, y no la he cometido por inadvertencia ó ignorancia, sino de propósito deliberado, á despecho de los gramáticos. No yendo el verbo inmediatamente después del sujeto, no me suena mal el enclítico, y así he dicho *enamórase* por se enamoró. Faltás como ésta supongo habré cometido más de una ocasión. ¿Y por qué no? “Almanzor, caudillo del ejército cordobés preséntase encubierto con el nombre de Zaido”. Éste y otros pasajes semejantes de un buen escritor han sido citados por Bello como no muy aceptables en cuanto al uso del enclítico; pero el mismo Bello añade: “Esta se va haciendo una especie de moda que probablemente se arraigará á la sombra de autoridades tan respetables como la del escritor á quien pertenecen estos pasajes; no creo que perderá nada en ello la lengua”.

En todo el cuerpo de este libro se observa, sobre todo en orden á los acentos, falta completa de uniformidad. Yo considero la claridad como la

primera de las leyes del bien decir, y todo he procurado subordinarlo á ella. En obediencia á esta regla suprema he pintado el acento en la primera persona del plural del pretérito absoluto de indicativo en los verbos de la primera y tercera conjugación, para evitar que se confunda desde luego esta persona con la misma del presente de dicho modo. Por eso digo: conversámos ayer, salimos el año pasado. En *vinimos* no he puesto acento porque no hay este peligro.

Como la simplificación es una de las condiciones de la claridad, he evitado con empeño pintar el acento en los monosílabos, aun en los que tienen diptongo y se pronuncia el acento en la segunda de las dos vocales; salvo el caso de que la énfasis lo requiera ó de tener que diferenciar en un mismo monosílabo sus varios significados; como cuando he querido diversificar á *tú*, pronombre, de *tu*, simple adjetivo; á *dón*, dádiva, gracia natural ó sobrenatural, de *don*, título de dignidad; á *són*, sonido, de *son*, inflexión del verbo ser; á *qué*, enfático, que por el mismo hecho se ha separado de su significado común de conjunción ó de mero relativo.

Estas son mis reglas, ¿pero están por ventura practicadas en este libro? el *fue*, *dio*, *vi*, *ti*, con acento lo están diciendo.

He acentuado también á la segunda persona de singular del imperativo. Pero hay tanta irregularidad en los acentos, son tantos los inútiles y tantos los omitidos, que es de suponer que me hubiera propuesto lo contrario de lo que aparece.

Por ahí veo un *rincón* sin acento: pecado ése contra la Real Academia Española. Afortunadamente no es más que un rincón. Lo más grave es que donde yo puse *facil* con la pluma [pág. 27], al impresor no le pareció tanto y puso *dificil* con los tipos; y donde yo digo "Enjambres de doradas abejas en actividad maravillosa", él dice: "enjambres de doradas abejas en actitud maravillosa". Cuando le pregunté en qué actitud había visto mis abejas, calló y bajó los ojos. No podía haberlas visto en esa actitud puesto que zumbaban moviéndose en todas direcciones. Asimismo en otras partes le pareció preferible escribir con *h* ondas de luz, jívaros por jíbaros, inhabitable por inhabitable, hermitaño por ermitaño, volver por venir, [218].

Yo no había sabido que la llama tensa brazos; pero mi cajista, que debe de estar en gracia de Dios, los ha visto, y así dice: llama que todo lo abraza.

En la pág. 79 quitó los dos puntos que yo había puesto después de "Por donde quiera Dios se me presenta en sus obras", y puso en su lugar punto y coma. Casi en seguida puse "y veo y siento este fuego sagrado, esta llama invisible y celeste del amor", y él me corrigió y puso "y veo y siento ese fuego sagrado, esa llama" que él vió muy remota.

La Academia quiere que Washington lleve acento; pues por qué no pintarlo en Wágner, en Wéber?

Aunque Toro y Gómez en su Diccionario escribe con *m* el nombre del maguntino que inventó la imprenta, yo quise en esto seguir á Larousse, y puse con *n*.

Esto no es nada al lado de ese *contorno* que han puesto en lugar de *centro* [pág. 112], y de ese "al meson" en vez de "al menos" de la pág. 116.

¿Por qué puso *puerta* con mayúscula en la pág. 111, siendo una simple puerta, tan puerta como cualquiera otra?

Si Salvá hubiera visto ese *porvenir* de la pag. anterior, me habría afeado cosa de sacarme los colores á la cara; porque uno es *porvenir*, me hubiera dicho, y otro muy distinto *por venir*.

Al hablar de la histórica ciudad de Aviñón, mi ánimo fue escribir ese nombre á la castellana; y por distracción lo he escrito una vez á la francesa.

Después de interrogación ó admiración no acostumbro poner punto ni coma ni cosa que lo valga. No son pues míos esos dos puntos de la pág. 120.

Lo que vi en el Lago de Lemán no fue neblina, sino sólo niebla, y ésa muy tenue.

Por ahí digo: La Roma imperial.... atestiguando están que también la arquitectura es susceptible de mudanza: *sólomente que* para ello necesitan los pueblos".... Salvá, Caro y todos en casos como éste dicen "sólo que". El tal *sólomente que*, idéntico al *seulement que* de los franceses, ¿tendrá carta de naturaleza en castellano? Muchas expresiones hay que son idénticas en las dos lenguas. Aunque tal vez nunca por ignorancia, ello es que Cervantes y Garcilaso, después de Juan de Mena, cometieron italianismos; también Quevedo cometió galicismos. ¿Y hemos de ser nosotros, pobres hormigas, más acertados que esos corifeos de nuestra lengua?

Si se quiere una prueba de que una simple coma puede alterar el sentido de la frase, léase lo último de la pág. 168, cuando, después de haber hablado de la Catedral, la Torre inclinada y el Bautisterio de Pisa, hablo del Camposanto y digo:

“.... es un vasto pórtico del más hermoso mármol blanco, al par de los tres monumentos mencionados”. Según este pasaje debería entenderse que también los tres monumentos de que había hablado antes, tenían la figura de un vasto pórtico; cuando no fue ésa mi intención, sino dar á entender que todos cuatro monumentos eran del más refinado mármol blanco. Suprimase pues la virgulilla después de la palabra *blanco*, y pñtesela después de la palabra *pórtico* “....es un vasto pórtico, del más hermoso mármol blanco al par de, etc.”, y el sentido será el mismo que he querido enunciar.

El tiempo significado por el gerundio coexiste con el del verbo que se le junta, ó es anterior á él, siendo impropio hacerle denotar la idea de posterioridad: Bello, Caro, Cuervo é Isaza así lo enseñan. No es pues por ignorancia por lo que he puesto en la pág. 190 ese *siendo* impertinente. Es verdad que Moratín en su Discurso Histórico sobre el teatro español dice así: “Constantino prohibió los gladiadores, *obedeciéndose* tan mal su decreto, que al cabo de muchos años Arcadio y Honorio volvieron de nuevo á prohibirlos”; pero ello es que yo no hubiera empleado en este sentido mi gerundio si á tiempo hubiera caído en la cuenta. “Acometióle á Julio en el camino un calorfo fuerte y prolongado y una calentura de treinta y nueve grados: de suerte que vino directamente á la cama, *siendo* mi primera diligencia, en llegando á Roma, buscar médico”. Ese *teniendo* de la pág. 2, ese *haciendo* de la 275 no son menos intrusos que el mencionado *siendo*.

“Regresámos á casa no sin hacer comentarios acerca de las maravillas que vimos”. Este *vimos* invasor está ocupando el lugar que legítimamente corresponde al anti-pretérito *hablamos visto*.

Después de hablar de la eterna primavera del Ecuador, digo en la pág. 274: “No así por estas tierras, donde la primavera *no* dura más de tres meses, el esto otros tres meses”, etc. El cajista quitó el *no* después de la voz primavera, y puso: “La primavera durá más de tres meses”, poniéndome así por mentiroso á los ojos de las gentes.

Por último, en la pág. 382 se ha puesto *recabar*, cuando yo dije: con tal de *recobrar* su libertad perdida”.